

JUAN RAMÓN BIEDMA



El IMÁN y la BRÚJULA



En la Sevilla de 1926, Éctor Mena, un ex profesor de historia que se gana la vida gracias al pequeño contrabando tras cumplir condena por desertar de la guerra de Marruecos, es requerido para localizar dos películas que, junto a una tercera que acaba de salir al mercado negro, constituyen una trilogía filmada catorce años antes con los títulos de Donatien, Alphonse y François, los tres nombres del marqués de Sade.

Los responsables de las cintas, radicalmente transgresoras —en una de ellas se llega a rodar un asesinato—, eran siete jóvenes admiradores de cualquier forma de malditismo en el arte, pertenecientes a lo más alto de la sociedad de la época, hasta el punto de que la propia casa del rey está interesada en su recuperación; para ello, además de con Éctor, cuenta con la participación de un tal Piancastelli, un enigmático individuo capaz de realizar los más extraños prodigios. Pero hay otras fuerzas sobre el tablero. Un grupo de militares africanistas, conscientes del poder político que las películas les proporcionarían, están dispuestos a usar cualquier medio para conseguirlas.

Buscándolas, Éctor, con la colaboración no del todo voluntaria de Séptima, sobrina de uno de los miembros del grupo que las realizó, tendrá que trasladarse y recorrer el Madrid de los años veinte, y, al mismo tiempo que las rastrean, reconstruir la historia de cada integrante del grupo y contrastarla con su decadencia actual, desplazarse a lo largo de los más extremos márgenes sociales, recavar información de una extensa galería de personales que reflejan el cambio de época que está experimentando el país, y enfrentarse a los dos bandos que han terminado por hacer de las películas una cuestión de estado. En paralelo, Jacinto Ortega. Nos parece un monstruo. Se dedica a degollar niños para extraer su sangre. Después sabremos que su hijo padece tuberculosis, que se ha descartado la posibilidad de curarle por cualquier medio convencional.

Casi nada es lo que inicialmente nos parece.



Juan Ramón Biedma

El imán y la brújula

ePub r1.1
Etsai 23.06.13

Título original: *El imán y la brújula*
Juan Ramón Biedma, 2007

Editor digital: Etsai

Primer editor: Dermus (r1.0)
ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

1

Jacinto Ortega y Jacinto Ortega

El cuerpo de la niña se desmorona cuando el hombre abre la mano izquierda y deja que dibuje en el suelo un lento garabato. La derecha sostiene el recipiente de barro que contiene la sangre que ha brotado al cortarle el cuello. Después toma la jarra de loza decorada con una ballena que él mismo ha pintado y la llena hasta el borde del líquido caliente.

Todavía siente en los dedos, ásperos de tanto tiempo en contacto con sal marina, la piel de crema de la pequeña de no más de ocho años, el cabello suave que casi se deshacía mientras lo sujetaba, los estertores de monigote de una de esas nuevas películas de dibujos animados, pero proyectada con un dispositivo defectuoso.

Para no mirar la agonía de la niña a sus pies, intenta fijar la mirada en el calendario de la pared, que le sirve para recordar que se encuentra en la cochera anexa a su casa, que el 23 de noviembre de 1926 aún no ha terminado.

Adelgazar sin drogas:

por la simple evaporación de un líquido resolutivo.

Desafío, a cualquiera, que pruebe que mi Agua

Reductora no hace adelgazar en ocho días y
desaparecer definitivamente los mofletes, la doble
barba y, en general, toda grasa superfina.

La leyenda del almanaque publicitario va acompañada de una ilustración donde un individuo gordo y feliz se columpia en una balanza gigante. Su hijo siempre se ríe al ver el dibujo.

Aparta con el pie la navaja que dejó precipitadamente en el suelo para coger la vasija y no perder ni una sola gota de sangre, con cuidado de no mellar la herramienta, consciente de que ésta es la primera de otras muchas veces en las que tendrá que usarla para el mismo fin, y deja el recipiente en un rincón; ya lo limpiará todo después, ahora no puede perder más tiempo.

También tendrá que enterrar el pequeño cadáver. La garganta se le contrae en un nudo que no deja pasar ni el aire cuando repara en que tendrá que sepultarlo tan cerca de la esquina como pueda para dejar sitio a los muchos que lo seguirán.

Cuando empieza a caminar, despacio para no derramar nada, casi se sorprende de volver a respirar. Deja abierta la puerta que comunica el garaje con el salón, el niño nunca entra allí sin permiso y en la casa no vive nadie más; cruza la penumbra de la estancia y sube la escalera que le lleva frente al dormitorio.

Su hijo, pálido y adormilado, sonríe cuando lo ve llegar.

Se sienta al borde de la cama, le toca la frente y le acerca la jarra con la ballena a los labios, deshaciendo con una mirada severa los pucheros de protesta que inicia el pequeño ante la bebida.

—Es por tu bien, hijo. Es por tu bien.

Todo se enturbia durante un instante, y no está seguro de por cuál de los dos niños se le han llenado los ojos de lágrimas.

2

Donatien

*«Y así los saturnianos deben sufrir y así morir —
admitiendo que seamos mortales—, pues su plan de
vida ha sido trazado línea a línea, por la lógica de
una Influencia maligna».*

Paul Verlaine, *Poemas saturnianos*

El columpio ha desaparecido.

El general se queda mirando el jardín de su casa, con la llave de la verja en la mano, haciendo un esfuerzo por cuadrar aquella realidad que se desquicia como si un bromista hubiera estado borrando la mitad de los términos de la ecuación que demuestra la existencia de Dios. No es posible que nadie lo haya movido de allí sin su consentimiento.

Recorre el senderillo de grava entre las primeras sombras del atardecer, con prisa por llegar a su casa; vive con su hermana y con su niña que, mucho más que el aeródromo al que dedica tantas horas, supone su motivo único. Nació, mientras moría su mujer, ciega y sorda, y nunca lograron que aprendiera a hablar. Eso sí, se la escucha llorar a veces, y reír, cuando la impulsa en el columpio, que es una de sus pocas distracciones. Tiene veintinueve años.

—¡Paquita!

Su hermana no responde, y ella nunca la deja sola. El general deja el abrigo, la gorra y el portafolios en la salita, sobre una silla, y cuando se está

desabrochando la cartuchera, repara en la mecedora de su hija, en que no está.

Sale de la sala y sube la escalera, despacio, controlándose, no se permite ninguna interpretación de lo que está sucediendo, pero son los huecos blancuzcos de los retratos de su hija en la pared los que le guían hasta la habitación de la muchacha. Estaban por la mañana. Se colocaron allí a medida que se fueron haciendo, año tras año, veintinueve, son la historia en imágenes de su niña, y alguien o algo los ha eliminado, negando su existencia. Sólo han dejado en la pared el calendario con la hoja de noviembre de 1926, un hombre gordo subido a una balanza, dándole una medida del tiempo que ahora le parece absurda. La mano le tiembla cuando la acerca a la pistola, como si con ella pudiera solucionar algo.

La puerta del dormitorio está cerrada.

No debería haber pasado tanto tiempo en Tablada, pero las complicaciones se habían multiplicado desde que le dieron el mando del Parque Regional Sur, y el vuelo del *Plus Ultra* había puesto Sevilla frente a los observatorios del mundo entero. Habría tenido que...

Abre la puerta del cuarto.

Nada.

Ni la cama, ni los cuadros, ni los juguetes de peluche, ni el sillón verde. Abre el ropero. Ni la ropa. Se deja caer lentamente al suelo, siente algo parecido a lo que dicen que es el vértigo. Ni la alfombra.

Se queda quieto, buscando dentro de sí el camino de vuelta a la existencia que se le desdibuja. La ve, aunque no está, esperándole ansiosa cada tarde para jugar un rato hasta la hora de cenar. No encuentra el camino de vuelta.

Le da tiempo a la pesadilla, como un tonto.

Enterándose de que le han suprimido una parte de lo que es; mucho peor que los malos sueños, como si se le hubieran desvanecido los brazos, o como si cuando era un niño, hubiera vuelto un día del colegio y no reconociera la cara de su madre.

Lentamente repara en que sí han dejado algo en el suelo de la habitación; el billete del tren a Madrid que pensaba tomar a la mañana siguiente y que debía estar en uno de los compartimentos de su cartera.

Los mil pedazos en los que había saltado su existencia se van

convirtiendo en piezas de un rompecabezas que, al encajar, forman una figura peor que el caos.

Hace dos semanas que cinco miembros del cuerpo de Regulares, un teniente, un sargento y tres soldados moros de patillas largas y largos cuchillos en la trasera del cinturón, fueron agregados al aeródromo; en el documento de asignación se mencionaba que pertenecían a la Comisión Investigadora de la Industria Civil, y se ordenaba que se les dieran las máximas facilidades en la ejecución de sus misiones. Sus misiones, según pudo comprobar con creciente indignación, las llevaban a cabo vestidos de paisano, saliendo y entrando a su antojo en el Hispano Suiza último modelo en el que habían llegado, negándose a darle cuenta de sus movimientos, sirviéndose de las instalaciones militares como si fuera un hotel, o más bien un escondite. Un viejo amigo de la Comisión le confió que nadie había oído hablar de ellos. El general de brigada que firmaba la orden se negaba a ponerse al teléfono. Cuando alguien le dijo que los había visto rondar por los Reales Alcázares, la residencia del monarca cuando visitaba la ciudad, decidió no seguir soportando aquella situación; los tiempos andaban revueltos en el ejército, mucho más desde el conflicto con los artilleros que había obligado a implicarse al propio Alfonso XIII, y no iba a tolerar que convirtieran su aeródromo en un nido de espías. Al día siguiente iba a visitar personalmente el Ministerio de la Guerra, y estaba dispuesto a entrevistarse con el mismísimo general Primo si hacía falta para aclarar la situación.

Alarga la mano y coge el billete, que se deshace entre sus dedos.

Lo han cortado cuidadosamente en cuatro mitades.

No tarda en recibir el mensaje. No sabe si era mejor la confusión o despertar a esto. Sean quienes sean, son capaces de hacerle cualquier cosa a la niña por detenerle. Arruga los fragmentos del billete hasta que se pierde en su mano, jurándoles, jurándose que, si recobra a su hija, nadie volverá a saber nada de él en esta historia.

—¡Entre!

Es la segunda vez en un mes, aproximadamente a la misma hora, que

Éctor viene a este piso de la plaza de San Julián. La luz sigue cortada, todo está igual de sucio a la luz de la vela adherida a la mesa, los mismos diminutos espectros repulsivos se mueven entre las sombras, el niño también llora en alguna habitación del interior.

El hombre, en camiseta a pesar del frío, con los brazos agujereados, parece más descarnado, no ha interrumpido su rápido proceso de desintegración.

—Joven... ¿Sabe a qué se debe exactamente que haya llegado usted hasta aquí? —pregunta el dueño de la casa sin dejar de mirar fijamente un antiguo plano en forma de estrella enmarcado en la pared.

—Supongo que a mi inagotable reserva de buena suerte.

—Pues no. Mire este grabado, es la Fortaleza de Palmanova, cerca de Venecia. Pertenece a una colección de 1598, *Civitatis Orbis Terrarum*. Ya entonces sabían, lo sabían, que había que contar con la influencia astrológica para diseñar las ciudades y que éstas...

Llora el niño y es justo lo contrario a una música de fondo.

—Intente escucharme —Éctor interrumpe los delirios del hombre, pero hasta que no saca del bolsillo las recetas de morfina y las deja en la mesa con un golpe no consigue atraer su atención—. ¿Me escucha?

—Sí... —el hombre persigue los papeles con ojos sedientos y parece olvidar su disertación. El llanto del niño no cambia.

—En primer lugar, el dinero. —Recibe un rollo de billetes temblorosos que cuenta velozmente y se guarda en el bolsillo del pantalón—. Ahora atento —señala las recetas—: Esto se está volviendo cada vez más peligroso, el tema sale cada día en los periódicos y dicen que pronto ni los médicos podrán recetarla así como así, de modo que no se le ocurra emplearlas dos veces en la misma farmacia; y, si puede, procure que estén alejadas entre sí. ¿Me ha entendido?

—Sí...

Dice que sí, pero cualquiera sabe.

Éctor conoce, por casualidad, la historia de aquel hombre. Aunque apenas se le nota ya el acento, formaba parte del equipo de arquitectos italianos venidos a Sevilla para levantar una de las edificaciones de la Exposición

Iberoamericana de 1929. Aún quedan tres años para el evento, pero ya no participará en él. Su mujer murió en el accidente de automóvil que sufrieron hace unos meses. Vive con su hijo pequeño desde entonces, solos, en la casa que el ayuntamiento les proporcionó. Le han contado que se aficionó a la morfina en el hospital para atenuar el dolor de sus heridas, pero no le han especificado de cuál de ellas.

Sigue el llanto seco y cansado del niño en las profundidades de la casa.

No tiene nada más que hacer allí.

—Oiga... el niño... ¿seguro que se encuentra bien?

—Sí, sí... perfectamente. Es que mi mujer está en el baño. En cuanto lo coge en brazos, deja de llorar.

Está cayendo la tarde y, aunque no se ha quitado el gabán ni el sombrero, está empezando a helarse. Sólo se le ocurren comparaciones con tumbas, mármoles y panteones para describir el frío del salón.

Se da la vuelta para marcharse, no es probable que vuelva por allí; no tiene lo que se dice una red de clientes ni está especializado en ninguna mercancía. Hasta el contrabando cuenta con sus propias castas, y él no pertenece a ninguna, ni siquiera obtiene el dinero suficiente para vivir de aquello; come del negocio de su mujer y merodea por los puestos del mercado negro para pasar los días, el ojo atento a los desperdicios.

El llanto.

Vuelve a encararse con el arquitecto.

—Mire, puede hacer lo que le parezca con eso —señala las recetas—, a mí me da igual. Pero hay sitios a los que podría llevar al niño para que lo cuiden. Puede visitarlo y...

—Mi mujer atiende perfectamente a nuestro hijo —sin alterarse—. Está en el cuarto de baño... ¿puedes salir, cariño? —Alza un poco la voz—. ¿Cariño?

De pronto, el niño deja de llorar.

—¿Lo ve?

Éctor se queda un par de minutos en la entrada, y al fin abre la puerta, para no seguir explicándose aquel silencio.

Después de muchos días sin apenas aparecer por su casa, esa noche ha aceptado la viabilidad de la sopa caliente, de la conversación a media voz de su mujer, de la luz cálida de la salita para fundir el frío que se le ha metido en la sangre en casa del arquitecto. Al pasar por la camisería percibe aún alguna luz tras las vidrieras, seguramente Anunciación, Nuncy, estará cuadrando las cuentas del día, de modo que decide evitar el rodeo por el edificio adyacente que comunica la vivienda con el establecimiento, y entrar directamente desde la tienda. No llega a llamar a la puerta acristalada; un siseo lo reclama desde la acera de enfrente. Adalfina lo espera al borde de las sombras de un portal, con un abrigo oscuro abrochado hasta el cuello y un pañuelo cubriéndole la cabeza. Al final, tampoco hoy llegará pronto a casa.

No se entretienen en saludos ni preámbulos: ambos saben que ella nunca sale del taller de costura donde tiene su casa y su centro de operaciones a no ser que el asunto sea inusualmente importante. Mientras Adalfina le entrega un papel acompañado con secas explicaciones, Éctor mira hacia atrás y descubre a su mujer a través del escaparate.

Pequeña, apenas uno sesenta, y aun así, parece esbelta, a pesar de que no está precisamente delgada, de las caderas, de las tetas; el pelo negro es algo más que media melena, las cejas inteligentes, los ojos han perdido su color de tanto hervir.

Nunca sé si es la compasión o el rencor lo que hace brillar su mirada.

El arrastre continuo de la película sobre las ruedas dentadas del proyector suena como el chirrido de las cadenas que abren el portón levadizo del castillo que esconde los más inmundos recuerdos de los dos espectadores.

En el gris parpadeante de la pantalla se dibuja el blasón de la Editorial Saturnia —el planeta con una leyenda ilegible en su anillo— que surge y se desvanece, fugaz, para ofrecernos una panorámica del portal con un san José y una virgen maría a cada lado del pesebre, flanqueados a su vez por dos pilastras con motivos vegetales y las siluetas burdamente pintadas en

cartón de la vaca y el buey. Interior. Noche.

Desde detrás del decorado aparece un niño cargando un pesado saco en la espalda, vestido con un turbante y un taparrabos, precediendo a los magos: dos hombres blancos y uno pintado de negro, jóvenes, de mirada maligna, cubiertos con túnicas sucias y andrajosas, adornadas por símbolos cabalísticos. Los gestos exageradamente temerosos del san José y la virgen maría nos transmiten la impresión de que han llegado para algo más que para entregarles sus presentes, como si el nacimiento fuera parte de una perversa ceremonia orquestada por los recién llegados.

El paje arroja con desprecio el saco en dirección a la cuna y algunos de los instrumentos que contiene —un sextante, un catalejo, un compás...— se esparcen por el suelo; después se vuelve hacia el primero de los magos, que se remanga la túnica, mostrándole los genitales desnudos. El niño comienza a lamérselos, preparándolo para la verdadera ofrenda.

El aldabonazo en la puerta de la calle sobresalta a los dos hombres y uno de ellos, el más avergonzado ante las imágenes, presiona rápidamente el interruptor que detiene la proyección y se levanta para encender las luces.

—Debe de ser él —conjetura, algo nervioso—. El ama tiene orden de subirlo directamente a esta sala, como usted me indicó.

Resuenan los pasos en la escalera, en el pasillo, dos golpes en la puerta; la vieja sirvienta hace entrar al joven sin decir una palabra y se va.

El recién llegado se queda de pie junto a la entrada, sin quitarse el gabán ni el sombrero flexible, siempre se resguarda tras ellos en las casas que visita. Mira con descaro la disposición hexagonal de la biblioteca, el proyector y la pantalla desmontable, las maderas nobles y labradas, la piel de los sillones, el metal de las figuras; se imaginaba que los interiores de los palacetes de la plaza del Duque, el centro del centro de Sevilla, eran más o menos así, pero hasta ahora no había tenido oportunidad de comprobarlo. Se deja mirar por los hombres que lo han convocado, el que ya conocía y el que permanece en las sombras del sofá, de algo más de cincuenta años y vestidos de etiqueta los dos, pero seguro que no en su honor.

—La noche está fría, ¿quiere usted beber algo? —le pregunta el que está

de pie, aunque apenas termina la frase al caer en la cuenta de que aquélla no es una de sus habituales visitas de cortesía.

—No.

—Ya... Bueno... —intentando hacerse con la situación—. La otra vez no tuvimos... oportunidad de presentarnos. Me llamo Anselmo de la Fuente, supongo que ya ha visto mi nombre abajo, en el membrete de la notaría —reconociendo forzosamente su identidad.

—Yo me llamo Éctor (sin hache) Mena, y me han dicho que también usted lo sabe.

Es la primera vez que un cliente pregunta precisamente por él; sabe que conocen mucho más que su nombre y que no lo han citado para comprarle nada. Todo tal y como esperaba.

Su anterior encuentro, como casi todos los que le concertaban Adalfina o Vidal, fueron unos minutos en el ambigú de la estación; el tiempo de entregarle el paquete con la película pornográfica a cambio de un sobre con billetes contados casi al tacto por debajo de la mesa, una conformidad por otra, con la conciencia de que abreviar y olvidarse era la única manera de reducir el peligro que ambos corrían.

—Me imagino que me ha hecho venir porque necesita la misma clase de género que la otra vez —una apertura como cualquier otra—. Si me dice en qué está interesado, intentaré conseguirlo.

—No exactamente. Verá... —arañando palabras—. Estamos intentando encontrar...

—Señor Mena, la razón por la que le hemos pedido que venga tiene que ver con la película que le procuró usted a mi amigo.

La voz del otro hombre es una sombra de la que sólo se pueden distinguir las manos apresadas por una larga cadena de plata asegurada por un candado; con un solo movimiento de las muñecas, invisible de tan ágil, quedan libres.

Desde que se levanta del sillón, fuerte y elástico para su edad, y toma la palabra, el notario parece perder casi todo el color y el volumen en su favor. Calvo, delgado, alto y muy apuesto, probablemente un galán hasta hace pocos años, a pesar del costurón que le recorre el rostro, desde la frente a la mejilla, en una vertical perfecta, salvando milagrosamente el ojo derecho;

autoritario, con cierto aire castrense o aristocrático, la cicatriz, en él, resulta casi elegante.

—Siga —responde Éctor, endureciendo el tono como reacción a la energía del otro.

—¿Puedo preguntarle qué sabe usted de esa película? —Guardando la cadena en el bolsillo.

—Nada. Hombres liados con mujeres, o con otros hombres, o con niños, o con animales. Ni siquiera la he visto. Yo sólo se las vendo a ustedes.

El otro lo mira fijamente, sereno, no se le ocurre perder el tiempo en tomar aquello como un insulto.

—Necesitamos conocer su procedencia. Cualquier información relacionada con ella —se acerca—. En último caso, nos bastará con que nos diga quién se la proporcionó a usted. Estamos dispuestos a recompensarle con largueza.

Para mantener la distancia, Éctor se mueve por primera vez desde que llegó, se aproxima a la ventana y descorre un poco las cortinas. Fuera, una niebla amarillenta desconocida, oxidada. Noviembre se está yendo frío.

De su siguiente frase dependerá la posición de inicio que ocupe en aquel juego.

—No puedo revelarle dónde las consigo, pero si me dicen qué es lo que buscan, puedo encargarme yo de hacerlo.

—Sabía que ésa iba a ser su respuesta.

—Claro que lo sabía. Cuando alguien se dedica a este trapicheo, cabe pensar que esté dispuesto a alquilarle a su hija, o a hacer cualquier cosa por dinero. Y desde luego, a exprimir al máximo una situación de esta clase.

El tipo de la cicatriz avanza hacia él y le apoya la mano en el hombro. Está claro que tiene experiencia atrayendo a sus causas a otros hombres. Su voz y su mirada son lo bastante claras incluso para hacer dudar del artificio.

—Precisamos a alguien que nos ayude, desde la calle. Si se aviene a hacerlo, todos estaremos metidos en la misma empresa.

—Pues acertaron, estoy dispuesto a prestarle a mi hija, la de cinco años, para que se divierta con ella. ¿Qué es lo que buscan?

El notario, agotado su papel, baja la cabeza y se retira un poco, violento,

mientras su compañero acaricia el proyector, descartando más información de la que aporta.

—Esta película en la que no aparece el título, se llama *Donatien*. Junto a otras dos, *Alphonse* y *François*, forman una trilogía.

—Donatien, Alphonse y François. Los nombres del marqués de Sade.

—Efectivamente. No ignoro que fue usted profesor de historia. Ni que carece de hijos —sigue de inmediato su exposición, sin mirarle—. Pues bien, por motivos que no vienen al caso, hace años que estamos intentando conseguir la serie completa.

Lo demás son detalles complementarios.

Aquello es un contrato.

Se trata de encontrar lo que verdaderamente busca mientras intenta conseguir las películas.

—¿Cuánto hace que desaparecieron?

—Fueron rodadas en 1912. En Madrid. Las tres. Y hasta ahora, catorce años después, no ha aparecido la primera en esta ciudad.

—¿Cómo podré identificarlas?

El otro extrae del bolsillo un lapicero de oro y realiza unos trazos rápidos en la primera de un bloque de holandesas dispuestas en un antiguo buró junto al visitante. Un dibujo del planeta Saturno con unas palabras escritas en el anillo: «*ruino sen nomo*». Éctor, después de examinar la hoja, la dobla en cuatro junto a algunas más y se las guarda en el gabán. Piensa, mientras juega con el lapicero que el otro ha dejado en la mesa.

—Quédese. Un recuerdo.

Lo mira con atención, asiente. Para esa gente los objetos de valor no son nada.

—¿Qué significa? —Señala el bolsillo donde ha guardado el dibujo.

—Es el símbolo de la Editorial Saturnia. Esta... agrupación, fue la responsable de la filmación.

—¿*Ruino sen nomo*?

—Se traduce por «ruinas sin nombre». Es esperanto. No me pregunte qué querían decir con eso, porque lo desconozco. Los miembros de este grupo desarrollaron unas ideas ciertamente singulares —apesadumbrado—.

Desquiciadas. Peligrosas.

—¿Una especie de culto al diablo?

—Peor. Esos, al menos, adoran a una especie de deidad, por repugnante que sea. El grupo del que hablo pretendía arrancarse la necesidad de Dios, de cualquier dios, usando los métodos más abominables.

A Éctor le llega, de pronto, el calor de la estancia; se quita el sombrero y lo coloca en equilibrio sobre el respaldo del sofá y después hace lo mismo con el gabán. De todas formas se ha introducido lo suficiente en aquel asunto como para que no le baste con parapetarse debajo de ellos.

—Necesitaré todos los datos que tenga de sus miembros.

—Lo siento. Apenas sabemos nada más de ellos. Sólo esto —busca otra vez en su bolsillo hasta encontrar una fotografía—. Es para usted. Le puede ser útil por si tiene que pedir a alguien que reconozca a quién hizo alguna de las transacciones.

Tarda un segundo de más en recoger el retrato que le tienden; no cree que el otro hombre esté diciendo la verdad, pero no es el momento de plantarse.

Al fin toma la fotografía. Parece una orquesta formada por seis hombres y una mujer, todos de gala, con violines en la mano o bajo el brazo, de pie en los escalones de entrada a una gran edificación, una iglesia o un palacio.

—También necesitará esto. Por los gastos.

Le da un grueso sobre perfectamente cerrado, los caballeros no hablan del parné. Todo previsto.

Éctor se sienta en el brazo del sofá y busca la petaca en el bolsillo de la chaqueta para liar un cigarrillo, pero vuelve a guardarla; no quiere tomarse ni siquiera esa familiaridad con aquella gente.

—¿Músicos?

—No, no. Al parecer eso fue una mascarada, una broma —vuelve a ponerle la mano en el hombro—. Debe tener muy presente que no es a esos hombres a quienes buscamos, sino las cintas. Ha pasado mucho tiempo de todo esto. De lo que hicieron no quedaría nada si no fuera por este maldito invento del cinematógrafo.

—¿Qué hicieron?

—Eran jóvenes, ricos y estúpidos. Como no tenían que realizar ningún

esfuerzo para ganarse la vida, la confundieron, la vida, con lo que ellos llamaban dedicación total a su arte. Europa estaba a punto de arder en una guerra total. Se entregaron a todo tipo de barbaridades, prácticas sexuales atroces... —habla con un desprecio no carente de indulgencia—. Al final, en la tercera película, *Frangois*, murió una persona. Por accidente.

—¿Quiere decir que rodaron la muerte de una persona?

—Sí.

—Algunos coleccionistas darían una fortuna por una película así.

—Haremos lo necesario por recuperarlas —lo mira de frente con uno de sus ojos cruzado—. Debe usted entender algo. Lo más importante de este asunto es preservar... Lo más importante es la discreción. Estamos dispuestos a sacrificar lo que haga falta.

Éctor se lo cree.

De momento nada más.

—Si le parece, podemos ver la película. Debe usted conocerla, para identificar el estilo de las otras dos. —Hace un gesto al notario, que esperaba junto al proyector, abatido, intentando resignarse al coste personal que todo aquello supondrá para él.

El hombre de la cicatriz apaga las luces.

Éctor se deja caer en el sofá. No, hoy tampoco llegará temprano a casa. Todo parece ir hacia atrás al mismo tiempo que el rebobinado. La visión de los recovecos de la trama en la que se ha metido hace que le cueste respirar. Intenta cambiar el rumbo de sus pensamientos, y es peor.

Aún le silva en los oídos el silencio súbito del hijo del arquitecto morfinómano.

Ha cenado tres tapas de queso y media botella de tinto en una tasca de ambiente taurino, la única que ha encontrado abierta de camino a su casa. Cuando se harta de escuchar el erudito intercambio de las supersticiones atribuidas a Rafael, *el Gallo* entre el camarero y el único parroquiano, coge el sombrero, la fotografía, y el resto del vino, y se cambia a la última mesa del local. La fotografía cobra fondo.

Reconociendo y desafiando la maldición que se abate sobre ellos. La natural desgana, las manos, la seguridad obscena... todo son indicios de la raza a la que pertenecen. Menos uno de ellos, los jóvenes y la mujer que forman la orquesta simulada, miran la cámara con desparpajo de arrogantes borrachos, como si estuvieran posando para el propio Dios al que no se toman en serio. Menos uno de ellos, anormalmente rígido, que da con cuidado la espalda al objetivo.

Éctor les devuelve la mirada.

Está seguro de que el hombre de la cicatriz sabe mucho más de lo que le ha dicho sobre ellos. No se fía de él. Ni siquiera se ha presentado. Estarán en contacto a través de Adalfina. No importa. Aquello no ha hecho más que empezar y debe poner mucho cuidado en que no escape a su control.

Saca del bolsillo las hojas que cogió en casa del notario y las extiende con cuidado sobre la mesa, pero en lugar de iniciar un esquema sobre sus próximos pasos, se distrae con la niebla amarilla que entra por la puerta, bebe otro vaso de vino, examina el lapicero dorado, se imagina a su mujer esperándole inútilmente, como cada noche.

Querido Luis:

Te hablaba en la última de esta especie de indiferencia ante la soledad y el dolor de las personas que trato cada día en estos chanchullos. ¿Crees que lo que nos ha pasado nos excusa de sentir compasión por los demás?

Espero que sí, compañero. Espero que sí. Hoy, al fin, se ha puesto en contacto conmigo la gente a la que esperaba...

Mira su propia letra, menuda, falsa. Puede ver a su primo Luis, que se quedó en el castillo militar donde él mismo pasó tres años preso, y casi desearía no haber salido de allí para no tener que hacer todo aquello, y para no tener que hablarle sólo a través de estas cartas que nunca sabe si llegan o no a su destino.

Ya es de madrugada cuando los cinco hombres que esperan en el Hispano Suiza semioculto en una bocacalle ven abrirse la puerta del caserón de la plaza del Duque; la puerta se cierra a su espalda inmediatamente, pero Piancastelli no parece tener prisa; se toma su tiempo para encender el largo cigarro con una cerilla que hace brillar la cicatriz que le cruza el ojo y para subirse el cuello de su abrigo oscuro antes de emprender su camino a paso atlético pero no apresurado.

—Abdelkader —dice en voz baja el teniente Cármenes, que ocupa el puesto inmediato al conductor.

—Sí, jarrub —responde el soldado rifeño, usando con su oficial el mismo apelativo con el que lo llama desde que era su instructor, y ninguno de los dos necesita ni una palabra más.

Abdelkader, el merodeador, con su chaquetón de cuero negro y su boina, se deja caer del automóvil y se va detrás del hombre que acaba de salir de la casa. Ha seguido a gente más sinuosa que él por los parajes desérticos del Rif sin que su perseguido lo descubriera; entre los pliegues de una ciudad, aunque sea de noche y no haya nadie por las calles, no debería tener ningún problema, pero le acompaña un mal presentimiento.

Atraviesan la Campana y entran en la calle Sierpes, inundada por aquella niebla cobriza que transforma a los objetos y a la gente en el material en el que se descomponen los recuerdos. Como sus cuatro compañeros, lleva dos pistolas del nueve largo, pero es el largo cuchillo de su espalda lo que verifica para darse seguridad. No sabe por qué, pero después de muchos años se acuerda de la Aisha Kandixha, la mujer con patas de cabra que se aparece a los viajeros para traerles la mala fortuna; creía que había dejado esas supersticiones atrás para siempre, junto a su tribu de origen, en los campos asolados con gas mostaza por el ejército al que ahora pertenece.

De Sierpes pasan a Tetuán, y el rostro oscuro y cuarteado del militar se contrae en una sonrisa al leer el nombre de la calle; de vuelta a casa. Unos metros más adelante el abrigo negro y el sombrero de Piancastelli, al mismo ritmo. Ni un alma. Camina pegándose a las fachadas, buscando la densidad

de la niebla, silencioso, con los movimientos indispensables.

Y súbitamente, como para evitar una barrera invisible, el perseguido da la vuelta en un giro de ciento ochenta grados que es casi una pirueta, y avanza hacia Abdelkader aumentando de forma ligera su velocidad.

El soldado se para y se refugia en un portal, pero está cerrado y su sombra apenas lo cubre. No es una falsa impresión. Piancastelli está desviando su trayectoria, leve pero progresivamente, buscándolo.

Echa mano al cuchillo.

Justo cuando está lo bastante cerca para distinguir su rostro entre la niebla, el hombre levanta la mano en un gesto que parece casual y se cubre la parte izquierda de la cara, haciendo resaltar la cicatriz que le recorre el ojo derecho, una marca vertical y perfecta, profunda, muy profunda. Lo mira. Entonces desaparece.

Deja pasar unos segundos y sale a mitad de la calle, detrás de la figura que se ha volatilizado ante su mirada, la mano húmeda y temblorosa empuñando el cuchillo.

3

Jacinto Ortega y Jacinto Ortega

La negra silueta de piedra, altísima, implacable, parece cernirse sobre él por mucho que avance; en su enloquecida huida, en el dolor de los brazos que apenas soportan ya el peso del niño inmóvil, en la falta de oxígeno, se imagina que la estatua de Alfonso XII ha cobrado vida para conducir tras él a los hombres y las mujeres que lo persiguen.

Había tenido que presionarle el cuello para que no gritara y dejara de moverse, y ahora tenía que rezar para que sólo estuviera inconsciente; la sangre de los muertos no servía. Debían tener nueve o diez años como mucho y estar vivos cuando les cortaba la garganta.

La noche viene en su auxilio.

Jacinto sigue corriendo, administrando su cansancio y su miedo al borde del estanque. No conoce a fondo los Jardines del Retiro, pero cree que va en la dirección correcta. Ha dejado su Ford 1926 en la Puerta de la Independencia. Piensa, estúpido, en las 4.500 pesetas que le ha costado el automóvil, en el precio de la casa en las afueras dotada de cochera convertible en cementerio, en la inversión de los ahorros de toda una vida en el mar para comprar lo que necesitaba para llevar a cabo su desesperada misión. Como si le importara el dinero. Ha tenido que reescribir toda su vida a los cincuenta y cuatro años. Como si eso tuviera alguna importancia.

Escucha los pasos de sus perseguidores, la familia en busca del niño que les ha arrebatado. O quizás no haya nadie tras él, sólo se lo figura. Se imagina hostigado por docenas de aldeanos con antorchas, cerrando el cerco, a punto

de acorralarlo entre el bosquecillo y el lago.

Hace tres o cuatro años, aburrido y solo en un puerto alemán, mientras cambiaban la mercancía del barco que capitaneaba, se refugió en una de esas salas de cinematógrafo, sin consultar siquiera el programa. Estrenaban una película con un extraño nombre: *Nosferatu*. La absurda tragedia de un ser monstruoso que necesitaba la sangre de otros hombres para sobrevivir. Le pareció una historia fantástica, sin ningún sentido; se mantuvo en su asiento hasta el final únicamente porque no tenía otro sitio adonde ir y creyó olvidarla para siempre en cuanto se encendieron las luces. Aquel ser repugnante, espantoso y frágil, atormentado eternamente, le pareció casi cómico. Entonces.

Al fin deja atrás el estanque, se procura la sombra insuficiente de los setos, mira en todas direcciones, busca en cualquier rincón a los que lo buscan. Cuando divisa al fin la puerta, el niño parece removerse en sus brazos; en lo primero que piensa, esperanzado, es en la navaja de pescador que lleva en el bolsillo; la sangre de los muertos no sirve. Definitivamente, el niño se agita, recuperando fuerzas. Jacinto también logra andar más deprisa, dando gracias a Dios por la sangre del niño.

4

Adalfina

«Pasó en un mundo saturnal; yacía bajo cien noches pavorosas, y era mi féretro el olvido... Ya la cera de tus ojos sin lágrimas no ardía».

Julio Herrera y Reissig, *Los parques abandonados*

No lo miran, no lo ven, pero la gente se aparta de su camino.

La mañana está fría, el cielo despintado.

A esta hora, la mayoría ya *ha hecho la plaza*; quedan los rezagados, ancianos con las gorras hundidas para protegerse del viento que no deja de levantarse y mujeres oscuras cubiertas con mantones de lana rezurcidos que cuentan una y otra vez los pocos reales que llevan antes de detenerse ante el mostrador. Un guardia civil que sabe dormir de pie se balancea bajo el peso de su tricornio y su capote. Algunos curiosos, desocupados. Éctor rebasa la fuente. A medida que se adentra en el laberinto del mercado de la Encarnación, dirección a la calle Regina, los puestos de madera son más pobres, la mirada de los vendedores, más hosca.

Debe sortear continuamente el albañal que baja por las calles que se estrechan conduciendo el agua sanguinolenta cuajada de los despojos vertidos en la zona más próspera, como persiguiéndole.

Tras la siguiente callecilla lo reciben cadáveres de pajaritos ensartados en sus perchas, el pestazo salado de los restos de pescado mezclado con el hedor agri dulce de las frutas y las verduras podridas, piezas de carne pertenecientes

a regiones anatómicas no identificables de animales a los que es preferible no identificar.

En la oscuridad del fondo del mercado de abastos, entre los almacenes y un campamento de esportilleros, hay un chiringuito con tres mesas de tijera y varias sillas. Una de esas mesillas constituye la oficina de Vidal García, antiguo asistente de Éctor en Marruecos, cuando éste era un joven oficial conocido por la silenciosa chulería que le aportaba un pasado universitario con el que se consideraba superior a cualquier mando, y el otro, un espabilado cabo extremeño que durante su tiempo libre aprendía los rudimentos de la marrullería en los zocos de aquella tierra; antes era su ordenanza y ahora es el tipo que le suministra, cuando quiere y el resto de sus vendedores están ocupados, el género de contrabando con el que apenas se gana la vida.

Les une la guerra, y les diferencia que Vidal no eligió desertar y dinamitar cuanto tenía, y aun así consiguió sobrevivir.

Varios esportilleros miran a Éctor con mala cara y se mueven para interponerse en su camino, pero el del mostrador lo reconoce y le manda un salvoconducto en forma de silbido.

Importante debió de ser lo que vinculó a Vidal, que no ha levantado los ojos del trozo de papel de estraza donde echa sus cuentas, con los esportilleros —individuos que realizan portes en espuelas y que viven de lo que sisan, de pana y barro, renegridos por el camino, sin raza ni patria—, porque siempre hay algunos a su alrededor.

Casi nadie llega hasta allí, el siniestro intestino grueso del mercado. Siluetas cautelosas de hombres que sólo saben entrar por las puertas traseras a las más infectas trastiendas de la ciudad y ratas impacientes porque llegue la tarde.

Éctor se sienta en la mesa de Vidal sabiendo que no va a ser acogido ni por una mirada del otro.

—Necesito que me hagas un favor.

—No tengo nada para ti.

—No es eso.

La expresión divertida con la que lo mira Vidal se agria cuando

comprueba a tientas que no quedan restos de su tercera tostada en el plato; se conforma con la zurrapa del café con leche. Deja sobre la mesa los útiles de escribanía y se rasca la enorme barriga sobre la que descansa una corbata floreada con el lazo demasiado corto. Es algo más joven que Éctor, pero parece mucho mayor que él gracias a las entradas que apenas ocultan el sombrero, la papada y la mirada sabia de quienes nacen con la capacidad de negociar con los restos de cualquier civilización.

—¡El alférez Mena pidiendo favores! ¡Coño!

—Es una tontería. Sólo quiero saber de dónde sacas las películas que vendemos. Concretamente, la última. La que le vendí al individuo que nos recomendó Adalfina.

—¡Tú tienes fiebre! ¡O la resaca! ¡O te has pinchado la morfina de una de las recetas! Anda, anda, vete, que tengo que cuadrar esto —señala las columnas de números y vuelve a coger el lápiz mordisqueado.

—Sabes que no te lo pido para hacerte la competencia.

—Claro que sé que no es para hacerme la competencia. Tú no sirves para esto. No durarías media hora —lo mira a los ojos para medir su nivel de decisión—. Mira, si fuera contando por ahí quién me pasa el material, el que no duraría media hora iba a ser yo. Tú lo sabes. No me explico ni cómo me lo pides siquiera.

—Te lo pido porque lo necesito y porque doy por hecho que sabes que te puedes fiar de mí.

—Ni hablar.

—... —Se queda callado mientras cristaliza una mirada distinta.

—¿Te has creído que sigo siendo tu machaca? —dejando otra vez los números.

—Tú siempre serás mi machaca.

Se miran.

Éctor, de pie.

Los esportilleros, alerta.

Separa la silla, da la vuelta y comienza a irse.

—¡Eres un cabrón! —Vidal, que está pasando rápidamente de la furia a la admiración por el tipo que es capaz de sacrificar con aquella tranquilidad su

único medio de vida—. ¿Te quieres sentar un momento, so cabrón?

Para, Éctor.

—¡Siéntate, hombre!

Vuelve.

—¡Y seguro que no hubieras vuelto! ¡Eres la hostia! ¡Ese orgullo tuyo te va a costar un día el pescuezo!

—... —No responde, pero piensa que no lo ha hecho por orgullo. Ya no tiene de eso. Se hubiera marchado, pero alguna noche en alguna esquina, habría esperado a su amigo para sacarle la información por el medio que hiciera falta.

—¿Para qué quieres saberlo?

—¡Joder! ¡Me cago en tu puta madre!

La última pausa antes de hablar.

—Esa película me la dio para que la vendiera un tío que me presentaron hace poco; no parece dedicarse a esto. Lucio se llama. Un niño muy raro, con una pinta de maricón que tira de espaldas —escribe y le entrega un trozo de papel—. Me dijo que, si necesitaba algo, lo podía encontrar en este piso de la calle Lanza.

Éctor llega a la calle Lanza desde Imperial.

La callejuela se va estrechando hasta ensancharse inesperadamente al desembocar en la zona que antes ocupaba el cementerio de la trasera de la iglesia de Santiago.

Son las seis; la niebla amarilla está saliendo del lugar donde se oculta durante el día.

Ni un alma.

Entra en el portal que busca y el zaguán se prolonga en un corredor y una escalera tan lóbregos como la mayoría de los que suele encontrarse en los últimos tiempos. En el primer piso golpea la puerta descascarillada.

Tarda en abrir un hombre de unos setenta años con los ojos pintados que no parece llevar nada debajo de su bata a rayas brillantes.

La puerta es más sólida de lo que parece desde el exterior y permanece trabada por una doble cadena.

—Buenas tardes. ¿Lucio?

—¿Quién lo busca?

—Vengo de parte de Vidal García.

—Pase usted.

Éctor siempre ha parecido más alto de lo que es, más fuerte de lo que es, más guapo de lo que es. En el viejo también causa ese efecto y lo demuestra entornando los ojos y ofreciéndole su sonrisa más coqueta.

El recibidor da paso a un salón mucho más grande y lujoso de lo que cabría imaginar.

—Está usted en su casa. Lucio está trabajando en el estudio. Voy a buscarlo —da unos pasos de espaldas permitiendo que se le abra la bata sobre el flácido y canoso canalillo antes de desaparecer por el corredor.

Los ventanales del balcón dividen la sala en dos partes: la derecha es un comedor abarrotado de muebles antiguos protegidos con pañitos de croché y fotos enmarcadas en dorado de una anciana adusta y solemne, la izquierda es el museo más extraño que haya visto en toda su vida.

Hace calor allí.

Se trata de una sucesión de urnas con lo que parece ser una formidable colección de reliquias sacras, acompañadas del rótulo correspondiente y un pequeño pergamino describiendo su origen y propiedades.

Un dedo incorrupto del pie de santa Lucía, una pluma de un ala de san Gabriel, unos hilos de la túnica de san Mateo, la cabeza del fémur de santa Rosalía de Palermo, sangre de la circuncisión de Cristo, tierra de Getsemaní impregnada con Su sangre, un trozo de la Santa Cruz, dos de los clavos, cuatro espinas de la corona, una brizna de la esponja con la que se le dio a beber hiel y vinagre, un fragmento de mármol de la columna donde fue flagelado, cuarenta y dos dientes de leche y cincuenta y tres Divinos Prepucios del Señor.

Éctor se quita el gabán y se afloja el nudo de la corbata: el ambiente sofocante de la vivienda es, seguramente, la otra razón por la que el viejo va sin ropa debajo de la bata.

Lo ve regresar por el pasillo, con la misma sonrisa que se llevó.

—Hay personas que han invertido todo su patrimonio, e incluso han robado o asesinado, por conseguir algunos de estos Santos Vestigios —

acariciando las aristas de las vitrinas—. Yo, en mi modestia, he tenido más suerte; suerte, y toda una vida dedicada a recopilarlos por todo el mundo.

—Yo tenía una colección exactamente igual, pero la confundí con el cubo de la basura y me quedé sin ella.

—Es usted un bromista —le haría gracia cualquier cosa que dijera—. Acompañeme, haga el favor. No hay quien traiga a Lucio hasta aquí.

El corredor termina en una puerta en la que comienza otro pasillo más largo aún. Por fin llegan a otra en cuyo postigo han clavado un retrato a pluma de Oscar Wilde.

Dentro, una otomana baja de piel, y, recostado en ella, leyendo una carta, un tipo de unos veintitantos con el pelo hasta los hombros, vestido con un pijama negro de raso y un bastón.

—Escucha esto —le dice a Éctor en cuanto lo ve entrar—, está describiendo un club nocturno, *sesenta lámparas se distribuían de esta manera: una en el techo y cincuenta y nueve en el delantal del encargado del mostrador*. Enrique es un genio. Es un apunte para una novela. Enrique Jardiel Poncela.

—No lo conozco.

—Yo tampoco. Sólo a través de la correspondencia que mantenemos. Parece que por fin va a estrenar su primera obra, en el teatro Lara de Madrid. No hay autor de nuestra generación que le llegue a los talones. Tengo por ahí una novela corta suya que publicó en la revista *Buen Humor* que...

—Soy amigo de Vidal García —lo interrumpe Éctor—. Me gustaría hacerte unas preguntas.

Lucio se queda en silencio y frunce los ojos para enfocar su mirada de borracho.

La habitación está cubierta de estanterías llenas de libros, manuscritos cosidos a mano y papeles desordenados. En un rincón hay una maqueta de un teatro en la que han reproducido hasta los menores detalles del escenario, y en el suelo, a su alcance, una botella de licor verde, otra de agua, un vaso y un azucarero.

—Sebas, ¿te importa salir un momento mientras hablo de cinematografía con este amigo mío?

El anciano lo mira enfadado, murmura muy bajo algo que termina en «... que para eso es mi casa». Pero sale cerrando suavemente la puerta.

—Sebas es muy bueno, pero un poco alcahuete —señala la botella—. ¿Pernod?

—No.

—Yo no bebo otra cosa. Me aficioné en Montmartre. Aquí es difícil de conseguir.

El joven coloca un terrón de azúcar sobre una cucharilla dispuesta horizontalmente entre los bordes del vaso, y vierte sobre el terrón una medida del licor verde y cuatro de agua.

El visitante coloca el gabán en uno de los brazos de la otomana y se sienta en un taburete mientras se completa el rito.

—El *hada verde*. Rimbaud, Baudelaire... Yo prefiero llamarlo el *demonio verde*. Me encanta —pero la mueca de asco que sigue al sorbo contradice sus palabras—. Imagino que te envía ese gordo mercader a por más películas. Pues lo siento, no tengo más.

—No vengo a eso. Me gustaría hablar de la que le diste para que la vendiera.

—Pero ¿a que no te trae sólo el interés artístico?

—Necesito saber todo lo que puedas contarme sobre ella: dónde la conseguiste, quién la rodó, dónde puedo conseguir otras similares...

—No creo que seas policía. Pero hoy ya no puedo pensar con mucha claridad... —levanta el vaso.

—Y eso que he venido a las seis de la tarde; no quiero ni pensar cómo estarás a las seis de la mañana. Claro que no soy policía.

—Ya —otro trago—. La robé para venderla pero me costó mucho deshacerme de ella. Era importante para mí. *Donatien*. Un símbolo del malditismo. Casi un manifiesto libertario. No te engañes, es mucho más que una cinta con imágenes sexuales para excitar a los reprimidos.

—Tengo entendido que forma parte de una trilogía.

—El *Sagrado Tríptico*. Era lo único que me quedaba para vender de lo que me traje de casa de mi tío —bebe—. Estoy harto de pedirle dinero a Sebas para mis gastos. El papel de joven querida ha dejado de divertirme.

—Hay quien tiene interés por conseguir las otras dos películas. Si me ayudas, puedes conseguir algún beneficio de todo esto.

—¿Quiénes?

—Ni siquiera yo lo sé, ni me importa. Mira, me has dicho que era de tu tío, a lo mejor bastaría con que me pusieras en contacto con él.

—Mi tío murió. Y del resto del grupo no sé nada. Quizás Séptima...

—¿Séptima?

—No creo que seas policía. No creo que a la policía le siga interesando el crimen después de tantos años. No sé —bebe, con aún más desagrado—. Me has cogido en mal momento. Déjame pensarlo cuando esté más despejado. Ven mañana.

Presionarlo no serviría de nada...

—¿Por la mañana te viene bien?

—Tengo que escribir. Mejor por la tarde, a eso de las ocho ya estaré sobrio.

—¿Siempre escribes con eso? —señala el Pernod.

Una explosión en el salón, vidrios rotos, gritos de un niño desesperado. Los dos se ponen de pie y Lucio llega antes a la puerta. Corren por el pasillo.

Sebas aterrado en el suelo, boca arriba, se revuelca en los cristales de las urnas sobre los que ha caído, intentando librarse. Los chillidos no proceden de un niño, sino de la bestia que le trepa por el pecho, arañando y mordiendo, buscándole el rostro. Un gato pardusco enorme ensangrentado mugriento enloquecido.

La cristalera del balcón muestra el agujero por el que han arrojado al animal.

Valiente y loco, asombrosamente, es Lucio el primero en socorrer a su amigo, intentando librarle del monstruo con las manos desnudas. Sólo consigue que se vuelva hacia él, que le hunda las garras en el pijama y la melena, subiéndole, impulsándose con los colmillos.

Éctor se lo quita de encima de una patada.

Y la fiera se para, como si hubiera reconocido a su auténtico enemigo.

Un depredador de alimañas, nacido de la cloaca y el estercolero. Lo mira fijamente con sus ojos de roñoso ámbar, arquea el lomo, el pelaje sarnoso

erizado, las llagas antiguas, mudo, salta.

A Éctor se le viene, durante una décima, la imagen de una mujer en Marruecos, mordida en la cara por un pequeño perro salvaje, la boca sin boca, la nariz sin nariz.

La dentellada resuena muy cerca, las uñas le rozan el cuello, pero logra rechazarlo de un codazo.

Cae de pie, por supuesto, pero los cristales que alfombran el suelo le restan estabilidad, trastabilla, y Éctor sabe que no tendrá muchas oportunidades como ésta. Coge una de las pesadas sillas de madera y lo golpea no sabe cuántas veces con el borde del asiento. Al final se la arroja encima, para no ver el amasijo negro y rojo en que lo ha convertido.

Ni el llanto de Sebas que sigue acostado sobre los cristales altera la calma abrupta que se impone en el salón.

Lucio se sienta en un sillón, intentando componer una frase o una mueca irónica, y Éctor un cigarro, aunque no tiene las manos lo bastante firmes todavía; se acerca al agujero del ventanal, en busca de aire fresco. Los ve.

Ellos lo ven a él, las figuras negras de dos hombres y una mujer que observaban el piso desde la esquina, y que se *convierten en noche en cuanto aparece* en el balcón.

Su único compañero, el conejo blanco que responde cuando no está deprimido al nombre de *Meyrink*, permanece inmóvil sobre la mesa desnuda para no distraer los pensamientos de su dueño.

Piancastelli no logra concentrarse en las *Mémoires pour servir a l'histoire et a létablissement du magnétisme animal*; se acaricia la cicatriz sobre el ojo, roza las tapas del libro, apreciando lo bien que se encuadernaba en 1784; quizás, cuando acabe todo aquello, él mismo, como Puységur, recopile su técnica, de naturalezas mucho más eclécticas y complejas que las del hipnotizador, en una monografía.

Quizás debería haberle hablado al tal Éctor Mena de las otras fuerzas que van detrás de las películas.

El conejo niega con la cabeza y Piancastelli saca un pañolón negro del

bolsillo, lo extiende en el aire, y deja que caiga lentamente sobre el animal.

Juega con la foto que usa como marcapáginas, duplicado de la que entregó a Éctor; observa con devoción la figura de espaldas entre los jóvenes de etiqueta; no importa lo que pasó, hay formas de borrar el pasado, él se encarga.

Somete la tentación de encender un cigarro, aún le queda mucha noche por delante para ahumar la celda acolchada, con un jergón, un aguamanil, una mesa, una silla y un baúl. Respira hondo, sereno; ha convertido el autodomínio en la única vía de comunicación con cualquier entorno, no tolera injerencias del exterior, ya sean las excelencias de los mejores hoteles del mundo, o el frío, la estrechez y la suciedad de un cuchitril como éste, donde le ha tocado pasar estos días. La celda, al extremo del semisótano, lejos del personal del manicomio y del resto de los enfermos, está cerca de una salida que da a una calle discreta; el responsable de la institución es de toda confianza; no necesita más.

Meyrink, el conejo, todavía debajo del pañolón, crece y cambia de forma.

Ha conocido la vida más exquisita que un hombre pueda imaginar, el reconocimiento y la gloria, pero también ha vivido la extrema miseria del campo de concentración donde cada día iba a ser el último; vaya una cosa por la otra; se había librado de la muerte cuando estaba aprendiendo a contemplarla como la única solución honorable, y había vuelto a ella en pago a una deuda de pan y de sangre y de respeto y de honor; vaya una cosa por la otra.

Con un gesto teatral, Piancastelli da un tirón del pañuelo y deja al descubierto a *Meyrink*, que lo mira fijamente desde encima de un sombrero de copa. También lo mira el hombre y piensa que ojalá todo fuera tan fácil como sacar una chistera de un conejo.

Acodado de espaldas en la barra de la tasca de la Alfalfa, mientras mira a la calle y ve cómo la gente se va retirando, Éctor calcula que si se da prisa y no toma un tercer coñac, puede llegar al taller de costura de Adalfina antes de que cierre. Indica al camarero con un gesto que le llene la copa.

—Doña Adalfina, ¿les vamos quitando los hilvanes?

—Dejadlo tal como está, que ahora mismo vengo y las repasamos.

En contra de lo que cabría suponer por su condición de asalariadas, aunque siguen dejándose los ojos en la aguja a las nueve de la noche, y a pesar de la clase de tareas extra, normalmente con viejos que les triplican la edad, que a veces realizan por encargo de Adalfina, las modistas parecen mirarla con auténtico cariño.

La patrona indica a Éctor que la siga a través del taller y se encierra con él en su oficina.

El hombre se quita el gabán y el sombrero y comienza a liar un cigarro mirando a las cuatro chicas desde la ventana interior. Ella no hace ningún comentario de la camisa y la chaqueta desgarradas, de los arañazos ensangrentados en el cuello.

—Son guapas. Las cuatro. ¿De dónde las sacas?

—Eso no es cosa tuya —se sienta en el borde del escritorio para disipar las pocas dudas que pueda dejar el desabrido tono de su voz: no tiene intención de prolongar el encuentro—. ¿Todo salió según esperabas? —Sí.

—Pues ya te mando aviso si me dan algún recado para ti. Ahora tengo trabajo. Fíjate en la hora que es y todavía tenemos que terminar una entrega para mañana.

Pero él no tiene prisa.

Mira fijamente a las costureras, que se murmuran bromas sin dejar de trabajar, ninguna llega a los veinte años, dos morenas y dos teñidas, contentas de haber escapado de la miseria gracias a aquella mezcla de patrona y madame que las trata tan bondadosamente, hasta que alguno de los viejos con los que las cita les deje unas purgaciones o una barriga, o se les pase la edad o la belleza.

—¿Cuánto cobras por ellas? Por esa rubia del pañuelo verde. Por una noche.

—Déjalo, Éctor —y, sin pausa—; perdona, ya te he dicho que tengo prisa, ¿necesitas algo más?

La mujer levanta la cabeza, enfoca la mirada; por un momento abre aquello que nunca muestra a nadie, visto y no visto, e inmediatamente lo vuelve a cerrar para ponerlo a salvo.

Comienza a tamborilear suavemente sobre la mesa. Siempre viste trajes sastre en tonos oscuros con falda hasta media pierna que realzan su autoridad y eliminan las escasas curvas que doblegan su delgadez nerviosa. La boca es una línea a juego. El pelo en un moño pequeño. Los pómulos agresivos. Alrededor de los cuarenta. Tan alta.

—Anselmo de la Fuente, el notario, era sólo el intermediario, el convidado de piedra. Necesito saber más de él. Pero, sobre todo, necesito información del tipo que trató conmigo: unos cincuenta años, delgado y alto, casi calvo, militar probablemente, con una cicatriz sobre el ojo derecho.

—Mira, me llegan chismes, escucho cosas. El notario es muy discreto, que yo sepa no hace nada más aparte de comprar películas y fotografías, siempre de hombres. Hubo un jaleo hace unos años, pero aquello se tapó enseguida. Tiene conocimientos muy altos.

—¿Cómo de altos? —sin dejar de mirar a las modistillas por la ventana de vigilancia.

—Los más altos. No quiero meterme en esto más de la cuenta.

—Intenta enterarte. Hay mucho dinero de por medio.

Ordena unos papeles en la mesa para no responder inmediatamente.

—Haré lo que pueda.

—No me has dicho cuánto cobras por la del pañuelo verde.

Adalfina se levanta del escritorio, se acerca a la ventana y oculta a las muchachas de un tirón a la persiana.

—Te he dicho que lo dejes, no son para ti —desafío y desprecio—. ¿Algo más?

—¿Cómo que no son para mí?

—...

—¿Eh? ¿Cómo que no son para mí? —achulando el tono y acercándose a ella—. Serán para el que pueda pagarlas.

—Son para quien yo diga. Si quieres conseguir una mujer, sabes mil sitios donde encontrarla.

—¿Las proteges a ellas o me proteges a mí?

—No sé qué quieres decir. —Tiene que retroceder ante el avance de Éctor.

El hombre moreno y nervudo huele a tabaco y coñac, pero el olor no le desagrada; aunque es algo más bajo que ella, la arrincona contra la pared, y, a pesar de que no demuestra ninguna clase de sentimientos, tampoco está segura de que eso le resulte desagradable.

Le introduce la mano bajo la falda y se la arrastra por las medias hasta encontrar la piel y sigue subiendo, a ver qué pasa.

Con la otra levanta y pellizca suavemente el lugar donde cree que tiene el pezón a través de la gruesa tela de la chaqueta.

Ella permanece inescrutable, impasible, inconmovible, imperturbable. Impenetrable.

—¿Quién te ha hecho eso? —le señala los arañazos con la barbilla.

Yo pierdo.

Comienza a separarse de ella, intentando responder como si nada acabara de ocurrir.

De vuelta a la misma tasca de la Alfalfa, Éctor retrasa la vuelta a casa con más coñac. Ojea un periódico, *El noticiero sevillano*, del mes anterior, que habla del nombramiento del general Primo de Rivera como hijo adoptivo de la ciudad; se dice que aquí siempre estamos dispuestos a acoger a cualquier bastardo. Evita mirar al camarero que le ha dicho dos veces que es hora de echar el cierre.

Tiene que terminar la botella para disipar el miedo, metido en la piel, del gato negro buscándole los ojos con los colmillos. Piensa en lo que ha estado a punto de hacerle a Adalfina. No es ésa la mujer que necesita. No quiere volver a casa. La extraña. Coñac.

Despierta muerto de frío, con una lucidez manchada, el alcohol a un paso de la garganta, la habitación apenas iluminada desde la mesita de noche, y

Nuncy como única fuente de calor; se tendió un momento en la cama para quitarse los pantalones y allí se quedó; las manos de su mujer, apoyada de rodillas sobre la colcha, el balanceo de los pechos bajo el camisón blanco a cada movimiento, terminan de desvestirlo; ni el frío puede evitar el súbito despliegue de la erección que parece desgarrarle algo muy hondo.

Se acuerda de los tirantes de su suegro, que no hace ni un año que murió; gordo, bajo, calvo, viejo, sonriente, los pantalones hasta las axilas que apenas necesitaban un palmo de tirantes de sujeción. El hombre más bondadoso que ha conocido en su vida. No se opuso a que se casara con su única hija, aun sabiendo que la mayoría de los trabajos, excepto aquellos de una marginalidad tan extrema que no exigían ningún certificado penal, estaban vedados para él, y que tendrían que mantenerlo del producto de la camisería. Jamás le reprochó, ni de reojo, el ferozmente respetuoso desapego con el que empezó a tratar a su Anunciación a los pocos días de la boda, ni sus largas desapariciones inexplicadas, ni las silenciosas borracheras con las que se venía a cualquier hora, a veces más de una vez al día.

Tampoco Nuncy le reprocha nada, ni le pregunta, ni le acusa; parece que todavía espera, pero tampoco es seguro. Le quita la camiseta rasgada, evitando mirar los arañazos en el cuello; Éctor piensa en lo estúpido que sonaría si le dijera que un gato ha intentado matarlo. Termina de desnudarlo pero no se retira; se queda allí, sobre él, cerniéndose, dejando que su mano, que pesa y quema, se apoye en su muslo. El está a punto de mirar dentro del escote en uve, de convencerse de que no pasa nada, de que están dentro de un mundo cerrado a una hora que no existe, que sólo tiene que dejar que la mano avance un poco más y recibir aquella mirada que lo busca desde hace tanto. Pero agarra la muñeca, firme y suave, y la aparta, se da la vuelta, se entierra bajo las mantas.

Cinco legionarios y yo entramos una noche en una casucha de un poblado del Rif y encontramos a dos mujeres desnudas besándose en la cama; aunque las bereberes conocían de sobra el sanguinario prestigio de los soldados del tercio y el destino que les esperaba, tuve la convicción de que miraban la boca de los fusiles con el profundo alivio de comprobar que

no eran sus familiares quienes las habían descubierto.

Los tres esportilleros que acompañan a Vidal García se quedan en la plaza del Duque, en las proximidades de la estatua de Velásquez, guardándolo de lejos mientras el contrabandista se para ante la notaría de Anselmo de la Fuente, se sacude unas migajas del delantero del abrigo, se recoloca el sombrero y llama a la puerta.

El arreglo no engaña a la vieja gobernanta que se dispone a decirle que no, venda lo que venda.

—Buenos días. Vengo a ver a don Anselmo.

—¿Está usted citado?

—No, verá...

—La notaría está cerrada.

—Es sólo un momento —con voz suave, servil—. Dígale que a mí también me gustan las películas.

—Ya le he dicho que la notaría está cerrada.

—No vengo a contratar sus servicios, sino a ofrecerle los míos. No se olvide lo de las películas.

Ya está saliendo más de la cuenta Adalfina de su taller. Por mucho que tuviera prueba con una diente a media mañana, con una de las mejores. Por mucho que le cueste hablar con extraños; es la única alcahueta tímida que conoce, aunque ha conocido a muy pocas, y no se puede decir que se conozca muy bien a sí misma; el origen de su retraimiento, y de su doble ocupación, estará en sus orígenes de familia bien venida a menos, de ahí la explicación de que no se parezca nadie; o no; los orígenes están para olvidarlos y no para explicar nada. Por mucho que lo que va a hacer sea, ni más ni menos, como otras veces, volver a ellos para conseguir información.

Adalfina recoge las piernas y se resguarda tras la capota del carruaje ante el frío del campo abierto; están cruzando las huertas de Ranilla, camino de Alcalá de Guadaira. El cochero no ha dicho una palabra desde que salieron.

En uno de los nuevos autotaxis ya hubieran llegado a donde quiera que vayan, pero para este viaje no había alternativa.

Todo por hacerle un favor de unos duros a aquel tunante de tres al cuarto, Éctor, un canalla tan embalado en su cuesta abajo, tan enredado, que nunca sabes por dónde te va a salir; un individuo al que apenas soporta y al que siempre está deseando volver a ver.

En silencio, el cochero se desvía por un caminito de tierra y va recogiendo riendas hasta que el Milord queda parado entre la maleza. Después baja despacio del pescante y se apoya en la portezuela, junto a Adalfina, que evita la proximidad de su mirada.

—Estás guapa así, pintada. ¿Tienes novio?

—Que me ha dado hoy por ahí —piensa y no piensa en Éctor.

El hombre se arrebuja en su viejo abrigo y se queda allí mirándola, los labios tapiados tras un espeso bigote grisáceo, los ojos abotargados por una resaca permanente semiocultos bajo la visera de la gorrilla.

—Tú dirás.

—Perdona que te haya hecho perder media mañana —no invita al hombre a entrar ni se decide a salir del carruaje.

—No te preocupes, el negocio está más muerto que vivo.

—¿Te acuerdas de Anselmo de la Fuente? El notario que me dijiste...

—Claro que me acuerdo.

—¿Qué sabes de él?

—...

—Hay quien me ha pedido que le informe.

—Adalfina... ya sabes que no me gusta meterme en lo tuyo, pero con el taller de costura, lo de las muchachas, y algún encargo extra, deberías tener bastante. No te metas en líos de chivateos. —Y, con la voz un tono más amargada—. Déjame eso a mí.

—Es un favor.

Resignado, tras una pausa.

—El notario es un tío discreto. Le gustan las fotos y las películas como te dije, no se le conoce nada aparte de eso. Pero hace dos años estuvo a punto de perderlo todo. No porque le gusten los hombres, eso no tuvo nada que ver,

sino por un tejemaneje notarial. Por lo visto, falsificó una autorización para comprar y vender bienes, para poder actuar en nombre de un loco, uno que estaba ingresado en el manicomio de Nuestro Señor Extraviado; se puso en complot con parte de la familia, pero cuando la otra parte se enteró, lo denunciaron, y estuvo a punto de terminar en la cárcel. No recuerdo todos los detalles, pero si quieres, mañana mismo te los mando.

—¿Y cómo se libró?

—Esta gente siempre cae de pie. Recurrió a sus amistades. A lo más alto.

—¿Cómo de alto? ¿Al alcalde? ¿Al general Primo de Rivera? —Irónica.

—Más alto aún.

—¿A la casa del rey?

—Por eso te digo que no te metas en esta camisa. Que de cierta gente, mientras más lejos, mejor.

Adalfina hace cuentas en silencio antes de volver a preguntar:

—¿Conoces a uno que va últimamente con él? Unos cincuenta años, delgado, alto, calvo, con una cicatriz sobre el ojo derecho. Con pinta de militar.

—¿Una cicatriz...? Ese no debe de ser de Sevilla, porque me sonaría. Pero si está aquí, me entero y te mando respuesta con Manolito. —Baja un tono más con su castigada laringe—. ¿Quién te está preguntando por éstos?

—Éctor. Éctor Mena.

—¿El recadero de Vidal García? —Preocupado—. Te dije que no te fiaras de él. No es un profesional. De gente así te puedes esperar cualquier cosa.

—Podía vivir como le diera la gana a costa del negocio de la mujer. La camisería tiene fama.

—Salió amargado del castillo militar donde lo encerraron por desertor. Por eso te digo. No puede seguir dando clases como antes de la guerra ni conseguir un trabajo en condiciones; es demasiado fino para trabajar de peón y demasiado orgulloso para vivir de la mujer... La gente que nunca ha tenido nada lo tiene más fácil, se busca la vida como puede y no se plantea más — parece englobarles a ellos dos en la última sentencia.

Vuelven al silencio.

El caballo mordisquea algo en el suelo, tan grave como su dueño.

—¿Cómo sigue mamá? —Adalfina.

—Tiene días.

Son las ocho pasadas, y Lucio lo espera apoyado en el quicio del portal, sobrio y pensativo, con un abrigo de pelo de camello y jugando con su bastón. Cuando distingue a Éctor sale a su encuentro sonriente, moviendo la cabeza para ondear la melena.

—Buenas.

—Perdona el retraso. —Éctor no se siente muy cómodo con el tipo amanerado y descubierto, pero tampoco le preocupa mucho lo que la gente piense de él; se acostumbrará enseguida a su compañía.

—He pensado que podemos dar una vuelta para charlar tranquilos — inicia el paso, cogiendo a Éctor del brazo— y cenar unas tapitas. Tú pagas.

—Pues yo pago.

Lucio emprende la marcha hacia el interior del centro de la ciudad; no tiene prisa, aunque da la impresión de que sabe adónde van.

—¿Y tu amigo? ¿Cómo sigue? —Éctor, por hablar de algo.

—Mejor, recuperándose del susto. Las heridas no son gran cosa. Es más duro de lo que parece.

—Lo de ayer, lo del gato, no tiene nada que ver con la película que le vendiste a Vidal, ¿verdad?

—Nada que ver, no te preocupes. No te preocupes todavía —carcajada—, porque tengo algo que proponerte. —Sin querer entrar en materia—. Es estupendo salir a la calle y que te dé el aire después de llevarse tanto tiempo encerrado.

Pasan frente a una de las nuevas placas en las que se puede leer:

LOS AUTOMÓVILES POR LA DERECHA

A esa hora la gente empieza a desaparecer de las calles, pero durante el día, con el aumento incesante del número de vehículos a motor, el tráfico empieza a ser un problema. La ciudad se está quedando estrecha para los tranvías, los coches y camiones, los carruajes, las bateas de mano, los carros

tirados por mulos, y los burros con angarillas de cisqueros, lecheros, panaderos, verduleros...

—Hoy estoy contento —reinicia Lucio—. Esta mañana he terminado el primer acto de mi obra.

—¿Teatro?

—Es un vodevil de penetración psicológica; muy en la línea de los que hace mi hermano Enrique; Enrique Jardiel Poncela es como si fuera hermano mío.

—¿Ya tiene nombre?

—Sí.

—...

—*Un maremágnum por no decir un pandemónium.*

—¡Hostias!

—No te gusta el título.

—No. Me gusta. Es que me ha sorprendido.

—A Enrique le ocurre lo mismo con los títulos. Todo el mundo nos dice que deberíamos buscarlos más cortos y pegadizos.

—No les hagas caso.

Aminora la marcha, ofrece tabaco y librito, que Lucio rechaza con un gesto, y aprovecha el trajín de liar el cigarro para liberarse de su brazo. Caminan muy cerca de las fachadas, la niebla amarillenta se los ha tragado a casi todos.

—¿Paramos? —señala una taberna con jamones y chorizos colgados sobre el mostrador.

—Si no te importa, después. Tenemos que ver a alguien y quiero hablar antes contigo —Lucio, misterioso.

Éctor Mena se planta.

—¿Alguien relacionado con las películas que busco?

—Sí y no. Forma parte de lo que tengo que proponerte.

—Venga.

—Tenemos una cita con el guía del ultramundo —la más encantadora de sus sonrisas hace resaltar las marcas mal curadas del acné; sus ojos claros, que cambian continuamente de color, se estrechan en una divertida ranura.

—¿Tenemos?

—Si quieres, sólo si quieres —más serio—. Aunque hace poco que nos conocemos, me caes muy bien, y más después de lo que hiciste ayer por nosotros con aquel monstruo; además, odio el regateo; pero necesito pedirte un favor a cambio de ayudarte a encontrar las otras películas... —Mira la hora en un reloj dorado de bolsillo—. Me estoy metiendo en un follón y me vendría bien que me echaras una mano.

—Explícate.

—¿Sabes quién fue santa Rosalía de Palermo?

—Una monja que conocí me dio una estampita suya de recuerdo. Tenías que haber visto las tetas que tenía la monja.

—Joven, si hubieras visto tantas tetas como yo, no les darías tanta importancia —Lucio, que ha virilizado exageradamente la voz.

—Sigue.

—Sebas tiene el privilegio de ser el poseedor oficial de la cabeza del fémur de santa Rosalía de Palermo. Una santa con fama de milagreira en todo el mundo; se le atribuye la capacidad de curar cualquier dolencia. Hay gente muy interesada en conseguir esa reliquia para beneficiarse de sus propiedades. Muy, muy interesada.

—Y él no está dispuesto a desprenderse de ella.

—A ningún precio.

—Y tú piensas birlársela y venderla por tu cuenta.

—Es sólo un hueso. —Consulta su reloj y después mira hacia el suelo mientras sigue hablando—. Sebas se ha portado muy bien conmigo, pero ha llegado el momento de marcharme; no voy a hacerle ningún daño con todo esto. Al contrario, ya no correrá peligro de que intenten quitársela. Y yo conseguiré fondos para mantenerme una temporada.

—¿Qué tendría que hacer yo?

—Nada, sólo acompañarme —levanta la cara, serio—. Esa gente me da escalofríos. Lo del gato de ayer... fueron ellos. Los que quieren comprar la reliquia. Están dispuestos a lo que sea.

—Quieres que sea tu guardaespaldas.

—De verdad que no creo que haga falta. Yo soy el primero que no está

dispuesto a jugarse el tipo. Han hecho ofertas muy sustanciosas. Es cosa de trincar el dinero, darles el cacho de osamenta y quitarnos de en medio. Pero ya te digo, me da no sé qué hacer esto yo solo.

—¿Lo llevas encima?

—No, esta noche sólo vamos a ver a una especie de intermediario. El guía del ultramundo. El nos pondrá en contacto con los compradores.

Éctor se lo piensa un rato; después pregunta.

—¿Qué me ofreces a cambio?

—No mucho, ya ves que te soy sincero. Una pista. Mi prima Séptima estaba muy unida a mi tío. Si alguien sabe dónde están las otras dos películas, es ella. Pero hay un problema, tendríamos que ir a Madrid para convencerla. ¿Lo ves posible?

—Se podría arreglar.

—A mí me vendría muy bien, qué quieres que te diga. Me quedaría en Madrid. Allí hay más posibilidades para un dramaturgo.

—Ya sé que salgo más beneficiado que tú. Sólo tengo una remota pista que ofrecerte. Y mi agradecimiento eterno, claro —con lo que él entiende por una mirada cautivadora—. ¿Qué me dices?

—¿Dónde has quedado con el guía de los cojones?

—Ahí mismo, junto a los Archivos de Indias, en los jardines de la Lonja. Se pone en marcha a paso lento y Lucio vuelve a enlazarle el brazo.

—Estás más loco de lo que parece si te fías de mí —Éctor.

—Mi vida está en tus manos —de nuevo sonriente.

No parece que haya nadie por las calles, pero si lo hay, la niebla no permite verlo. Éctor lamenta no haber cogido el nueve largo botín de guerra que guarda en el ropero. La masa terrible de la catedral parece echárseles encima cuando pasan a su lado.

—Al fin tendré oportunidad de conocer a Enrique, a Jardiel —Lucio, con lo suyo—; está deseando de conocerme. Nos va a venir muy bien a los dos tener cerca a alguien que te entienda de verdad.

—Háblame del guía de la ultrahostia.

—No —riéndose—. No quiero romper el efecto sorpresa.

—Estás para encerrarte.

La operación de ensanche destinada a crear una gran vía recta perpendicular a la fachada sur de la catedral, entre las calles Gran Capitán y Reina Mercedes, había dejado un espacio triangular de más de mil metros cuadrados frente al edificio del Archivo de Indias que se iban a convertir en los jardines de la Lonja. Las obras estaban en plena ejecución, y, a aquella hora de la noche, era un espacio fantasmagórico lleno de maquinaria, material amontonado, arriates a medio sembrar, sendas no del todo pavimentadas, árboles diseminados, y los cimientos de la futura fuente circular. Sólo los urinarios subterráneos estaban ya contruidos.

Éctor se deja llevar entre la oscuridad que anula hasta la niebla, intentando oír cualquier paso a su alrededor ya que apenas ve, siguiendo la luz de las cerillas que va encendiendo Lucio, que lanza un pequeño grito cuando está a punto de quemarse los dedos, hasta llegar a un pedestal vacío que parece ser el lugar de la cita.

—¿Aquí has quedado?

—El guía del ultramundo sólo puede invocarse en un lugar como éste.

—¡Ya era horita! ¡Tengo el higo como un terrón de nieve! —Una voz, y enseguida una figura que surge entre los árboles.

—Mil perdones, señora —Lucio, con una inclinación—. Penetrar en el plano ultraterreno es un proceso complicado. Usted lo sabe mejor que nadie.

—Yo no sé nada. ¿Qué va a pasar con eso?

Se trata de una mujer de unos sesenta años, desgredada y fea, con una doble fila de dientes que le parte en dos la encía superior, con un viejísimo abrigo de astracán que no termina de ocultar un delantal rayado.

—Listos para que nos conduzca ante los pobladores de la dimensión desconocida.

—¿Lo tiene o no? —con voz rajada, impaciente.

—Lo tenemos.

La anciana parece dudar un momento, no se fía de aquel muchacho estafalario. Decide seguir.

—Está bien, pero le advierto que éstos no se andan con tonterías. Son capaces de abrirles en canal si les engañan.

—No se preocupe, dispongo del sagrado trozo de esqueleto.

—Yo se lo he advertido. Muy bien. Vamos a quedar mañana por la noche. A las once. En los urinarios, abajo; a esta hora están cerrados para el público, pero yo tengo la llave.

Éctor, que le escucha en silencio, reconoce el fragmento de delantal como parte del uniforme de empleada de los servicios.

—¿Traerán el dinero? ¿Tengo que decirle a usted el precio para que se lo transmita? —Lucio.

—Yo de eso no sé nada. Yo les presento y sanseacabó. Eso, allá ustedes. Empieza a marcharse pero Lucio la detiene.

—¿Quiénes son?

—¿Quiénes van a ser? Compramiligros. Pero de los peores, y conozco muchas clases. De los majaretas. No de los que sólo quieren comprar reliquias como si coleccionaran sellos, sino de los que buscan una a toda costa, ciegos, como si les fuera la vida.

—De acuerdo, ya sé cómo son. Me gustaría saber quiénes son.

—¿Tienes dinero? —Con un tercio de sonrisa.

—No.

La vieja se palmea la nalga, se desplaza a lo oscuro, y después a otra dimensión que los dos hombres con la cerilla a medio consumir no logran vislumbrar.

Podría haberse callado. Haber guardado la película en la caja fuerte donde oculta el resto de los juguetes que sólo usa una vez a la semana. Cancelar unilateralmente la deuda moral que había contraído con ellos. Olvidarse.

El notario se da el último toque de carmín ante el espejo del cuarto de baño y comienza su paseo. Aprovecha el descanso semanal del ama para ponerse las bragas, el sujetador, la combinación, las enaguas y el vestido de la mujer, encender todas las luces del caserón, y pasear lentamente por salas y pasillos, recreándose en su contoneo, haciendo alguna parada ante la mesa de la biblioteca donde ha extendido previamente una selección de fotos de hombres desnudos, ver alguna película casi al final, justo antes del rápido desenlace de nuevo en el cuarto de baño, que lo devuelve a la serenidad que

le permite ordenarlo todo de forma que la mujer no se percate de nada a la mañana siguiente, aguantar otros siete días.

La casualidad lo quiso. Le gustaba aquella frase, casaba bien con el fatalismo que le había acompañado toda su vida. Quiso que cayera precisamente aquella película precisamente en sus manos, precisamente la que ellos necesitaban.

Después de una carrerilla, emprende despacio el descenso por las escaleras hacia la planta inferior; a mitad del tramo, decide sentarse a descansar en uno de los escalones, abre mucho las piernas con una risilla, un poco escandalizado de sí mismo.

—Zorra —se susurra.

Alisa la vieja peluca que usaba su madre cuando empezó a perder el cabello y se limpia el sudor de su cara gordezuela, percibiendo la transición del rostro de niño al de viejo que está teniendo lugar sin estados intermedios. Escucha un roce en la puerta y lo descarta sobre la marcha, a nadie se le ocurriría visitarlo a aquella hora de la madrugada. Pasa las yemas de los dedos por el interior de sus muslos. Nunca en su vida ha tocado a un hombre ni ha sido tocado por ninguno, y, desde luego, le resulta por completo inconcebible la idea de cualquier contacto más allá de sus fantasías.

No se podía quitar la película de la cabeza. Les debía eso y mucho más. Ellos lo salvaron cuando todo se hundía, inesperadamente, la consecuencia lógica de su mala suerte; bastó un único acto irregular en toda su vida para poner en peligro cuanto había construido. Ellos lo supieron resolver y él tenía...

Esta vez el roce es un chasquido; tiembla la puerta de entrada, otro golpe sordo; se abrirá con el siguiente.

Anselmo de la Fuente se pone en pie, se tapa la boca para no gritar. Lo sabía. Sabía que al avisarles de que había encontrado una de las tres películas que buscaban se exponía a perderlo todo, pero...

Ultimo golpe.

Se da la vuelta y comienza a correr escaleras arriba.

Yebel es el primero en entrar, con una pistola en cada mano. Lo siguen Rabah y Abdelkader, también con los cañones por delante. Después, el

sargento Delgado apuntando hacia el techo, que se queda junto a la puerta para cerrarla cuando entra el teniente Cármenes.

El oficial viene desarmado, con las manos cogidas a la espalda, mirando al suelo con los ojos entrecerrados; no se detiene hasta que llega al centro del salón, donde permanece en silencio, con los pies muy separados, mientras el sargento señala la planta superior a Yebel y a Abdelkader, la zona de la notaría a Rabah y se ocupa él mismo de registrar el resto de la parte de abajo.

Ni un minuto más tarde aparece Yebel al principio de las escaleras y grita:

—¡Jarrub! Una vieja *descolgado* por el balcón —levanta la pistola e interroga con un gesto sobre la posibilidad de abatirla.

—Déjala —responde el teniente.

Vuelve a su aparente letargo, evaluando de reojo los pesados muebles, el mármol de la chimenea, los cuadros oscurecidos por el tiempo, las gruesas alfombras, las complicadas figuras en forma de lámparas. La boca fruncida deformándole el fino bigote. Alza la cabeza, niega ante alguien o algo que no podemos ver, y comienza a subir los escalones.

Antes de llegar arriba se le han unido Rabah y Delgado, que no necesitan decirle que no han encontrado a nadie.

De una puerta surge Abdelkader, que le reclama con un gesto, los precede por la biblioteca hasta la mesa del fondo y señala con la pistola las imágenes de hombres desnudos.

Cármenes extrae el largo cuchillo oculto bajo el chaquetón de cuero, y con la punta, como si temiera contagiarse, revuelve las fotografías, asqueado.

Al fin habla.

—Quemadla.

—¿Las fotos? —pregunta el sargento.

—La casa.

—¿Y por qué no? —acusa más que pregunta Nuncy.

—... —Por cómo lo mira, para Éctor no parece haber nada más importante en el mundo que su tazón de café con leche.

—Ya sé que siempre has sido de letras, pero Antonio no se jubila hasta dentro de tres meses. Tienes tiempo de sobra de hacer un cursillo de contabilidad o de ponerte al día con él. O conmigo, si quieres; ya sabes que los números no se me dan mal.

—Ya no sabría ni multiplicar —con la mitad de una sonrisa—. Restar, sí. Restar sí sé.

No se da por enterada de la doble intención de las palabras. Termina de untar una tostada y se la acerca al hombre en un platillo. Continúa hablando sin dejar de moverse hábilmente por la cocina, con un vestido azul marino inmaculado a pesar de no haberse puesto el delantal.

—¡Venga, Éctor; eres profesor universitario! Haya pasado lo que haya pasado. ¿Quién mejor que tú para llevar las cuentas de tu propio negocio?

—El negocio es tuyo, no mío; y sólo podría llevarte a la bancarrota. Además, voy a estar muy liado en las próximas semanas.

—¿En qué? —dándole la espalda, haciendo como que trastea en los fogones.

—Quizás tenga que hacer un viaje.

—¿En qué estás metido?

—Es sólo un garbeo por el ultramundo —recordando a Lucio.

Ella se da la vuelta con los ojos ligeramente, ligerísimamente, inundados.

—¿En qué estás metido, Éctor? ¿Cuándo vamos a salir de esto?

Éctor juega a no mancharse los dedos con la manteca de lomo fundida en la tostada que aún no ha empezado. Viste un traje de tres piezas en una fina mezclilla gris, camisa a rayas gris perla y corbata marengo. Pero hace dos días que no se afeita, lleva el primer botón de la camisa desabrochado y la corbata algo torcida. Ella se ocupa de que siempre vaya elegante y conjuntado. El se encarga de no parecerlo.

Alguien llama tímidamente a la puerta de la cocina y la mujer autoriza la entrada; es el más joven de los dependientes, con la gorra en la mano.

—Que aproveche. Doña Anunciación, que la buscan.

—¿Quién?

—Un marchante.

—Dile que voy enseguida.

El chico desaparece y Éctor aprovecha para ponerse en pie y recoger el sombrero.

—¿Te pensarás lo de la contabilidad?

—Nuncy... —Y la palabra, o los puntos suspensivos, son una antigua negación.

Éctor sale de la vivienda por la puerta de la camisería, poniéndose el abrigo mientras camina.

En la calle Asensio y Toledo, el ambiente es húmedo, los transeúntes, escasos; hay restos de niebla en las aceras.

Se queda con el mechero de yesca a medio camino del cigarro que acaba de liar cuando enfoca al gordo del sombrero pequeño y los pantalones y el abrigo demasiado cortos. Anselmo de la Fuente, abrazado a una minúscula maleta de cartón, le hace señas discretamente desde la esquina. Mientras se acerca, confirma la impresión de que el notario lleva la ropa de alguien más bajo y delgado que él. Sin afeitarse. Sin el aliento suficiente. Los ojos hinchados por el llanto o por la falta de sueño, o por haberse pasado la noche llorando.

—Le esperaba —en voz baja—. ¿Podemos tomar un chocolate ahí enfrente?

—¿Se ha disfrazado por si alguien le ve hablar conmigo?

—No. —Triste, se pasa la mano por el abrigo—. Las cosas.

Tiene que ser aguardiente dulce, y coñac para Éctor; en la bodega Alemania no sirven más que bebidas alcohólicas. El dueño, ajetreado, sin cejas, apenas les ha dedicado el tiempo de llenarles las copas y encogerse de hombros cuando le han indicado que se sentarán en una mesa; el establecimiento tiene despacho para la calle a través de una ventana en el lateral de la barra de cinc y no dejan de llegar mujeres con botellas vacías para hacer el pedido diario con el que abastecer a su hombre cuando llegue del trabajo.

Sorteando grandes barriles llegan hasta una de las mesas del fondo; se sientan en la húmeda semioscuridad. Éctor juega a diferenciar el vaho del

humo del cigarro. El notario intenta recobrar algo de la calma que le han arrebatado; no lo logra, pero no puede pasar más tiempo sin hablar.

—Vengo a traerle un recado. El último, por mi parte.

—¿Se va?

—Sí, bueno... supongo que se enterará enseguida. Raro es que no lo sepa ya. —Va descubriendo que hablar le tranquiliza—. Anoche... bueno. Que me han quemado la casa. Cuando escuche la noticia, supongo que oirá que fue un accidente; no cabe esperar más del funcionariado policial de este país. Mejor así.

Éctor Mena ha pasado por la guerra y el presidio, sabe cómo hacer hablar a la gente, esquinando, con paciencia. No le pregunta aún si el incendio ha tenido algo que ver con el asunto de las películas.

—¿Adónde se marcha?

—América. México, la Argentina... no sé, me da igual. El barco que salga antes. Algún lugar tranquilo donde retirarme —más aliviado conforme va hablando—. No echaré de menos mi profesión, hace mucho que estaba harto de ella. Mi tierra, sí; digo yo. Y mi casa, seguro; hace noventa y tres años que vivíamos en ella, mi bisabuelo se la compró al conde de Marchena... Qué más da. No quiero entretenerle con historias.

—No tengo prisa.

—Yo debería irme lo antes posible, pero ya ve; se me hace un mundo. Aunque tengo la edad que tengo, es como si nunca me hubiera independizado hasta ahora.

No hay nadie más sentado a las mesas; el frío ha llegado hasta lo más hondo del local; apenas se ven las caras. Éctor piensa que va siendo hora de aprovechar que el otro no se quiere ir, que tiene ganas de hablar y que el aguardiente habrá hecho su efecto.

—¿Qué dice su amigo de lo de la casa?

—¿Mi amigo?

—El de la cicatriz.

—No es mi amigo. Lo he visto tres veces con hoy... Que lo siente. Y que la instancia a la que representa se encargará de que no me falte de nada —triste—. Yo sabía que me respaldarían. Pero hay carencias de las que nadie

puede compensarte, y asesinos de los que nadie te puede proteger. Soldados enloquecidos que no conocen más formas que la tortura y la destrucción.

—¿Primorriveristas?

—No. Ese botarate y los suyos no tienen nada que ver con esto... ni se enteran... como no se enterarán de lo que pasa en el país que dicen que dirigen hasta que se les vaya de las manos. Son los otros, los africanos. Ésos son los verdaderamente peligrosos.

—¿El hombre de la cicatriz también es militar? Lo parece.

—Creo que parece cualquier cosa que quiera parecer. No lo sé. Ya le digo que apenas le conozco. Sólo sé que representa a una causa noble... —Aunque parece dudar del adjetivo—. Al menos sé que representa a la causa con la que estoy obligado. Ellos me hicieron el más grande favor en su momento, me permitieron conservar mi honorabilidad y la de mi familia, y aunque me voy sin nada, eso, al menos, lo conservo intacto.

—Y todo, ¿por unas películas? —Casi en el mismo momento de concluir la frase sabe que no sacará más del notario.

Pausa.

—No se me puede olvidar darle el recado para el que he venido —modificando el rumbo de la conversación—. Tome.

El notario le entrega una tarjeta en la que han escrito a pluma un número de teléfono.

—A partir de ahora, cualquier cosa que necesite, fondos, novedades, lo que sea, podrá comunicarlo a través de este teléfono. Siempre habrá alguien preparado para recoger sus mensajes.

—¿Algo más?

—Me han dicho que le diga que no vuelva a intentar conseguir informes de quienes le han contratado, sobre todo que no vuelva a hacerlo a través de su amiga Adalfina. Que no vuelva a verla. Es lo que me han dicho.

Éctor siente que le arden las mejillas, que le sudan las manos, el latido acelerado en los oídos. Nunca ha soportado que le prohíban ni le ordenen nada. Se calla y espera a que le baje por la garganta para no partirle la cara al notario, porque el hombrecillo no tiene la culpa y porque se juega demasiado en todo aquello, mientras se pregunta si merece la pena lo que está teniendo

que hacer para empezar de nuevo.

Un inmenso cartel anuncia el próximo inicio de la edificación del Gran Garaje Hotel, el primer hotel sevillano con cochera privada para los automovilistas, que será inaugurado con motivo de la Exposición Iberoamericana de 1929. Su emplazamiento ya está acotado, a la altura del número tres de la plaza del Sacrificio, y el perímetro del garaje hace semanas que se levanta junto a la zona que ocupará el futuro hotel, pero una visión más realista de la sociedad que la del diseñador original ha obligado a paralizar las obras para convertir en cuadras para los carruajes de tracción animal más de dos tercios de las plazas de garaje.

Vidal pasea intranquilo entre las columnas de la cochera. El notario al que visitó el día anterior le ha organizado esta cita con alguien que puede apreciar sus servicios y al que reconocerá por la cicatriz que le cruza el ojo derecho. No suele entrar en negocios con este tipo de gente, pero no va a dejar que su antiguo alférez saque provecho de lo que quiera que busquen sin intentar llevarse una parte.

Los esportilleros rondan por el corralón desierto, cinco hombres y un chico de unos quince años, oscuros, criados a la intemperie, nacidos del cruce de otros esportilleros con mujeres que han encontrado a su paso por todos los sitios, silenciosos, la mano cerca de la navaja, sin quitarle ojo al contrabandista que les ha librado del hambre y del camino y al que protegen con su sangre y con la del que sea.

Cuando Vidal pasa por segunda vez junto a una de las pilastras, se materializa Piancastelli.

Los esportilleros avanzan al descubrirlo, la mano lista, pero su jefe los detiene con un gesto. Intenta recomponer su imagen mundana y disimular el susto ante la mirada tranquila del recién llegado, el hombre de la esperada cicatriz, elegante y distendido, con cuello duro brillante y traje, abrigo y bombín inmaculadamente negros.

—Señor mío, un placer. Vidal García, para servirle.

—Lo sé. Paseemos; hace frío en este solar.

—Ha elegido usted un buen sitio para reunimos. Muy discreto. La discreción es muy importante para mí. Ya me advirtió don Anselmo que usted eso lo valora mucho.

—...

A pocos metros, los esportilleros pasean también sin perderles de vista.

—Tengo entendido que ha hecho usted un encargo a un hombre llamado Éctor Mena —el contrabandista buscando algún modo de entrar en la materia que le interesa—. Vino a verme el otro día, a preguntarme. Lo conozco hace muchos años, hicimos la guerra juntos... bueno, la hicimos juntos hasta que desertó. Quizás yo pueda contarle algunas cosas sobre él que serán de su interés...

—Todo lo que quería averiguar sobre él lo supe al minuto y medio de conocerle.

Vidal saca del bolsillo dos puros de los más caros que ha encontrado para la ocasión y el otro rechaza la invitación con una mueca brevísima, terminante, y el contrabandista desiste de encender el suyo, nervioso ante la autoridad de aquel hombre.

—Yo le doy algún trabajillo de cuando en cuando —intentándolo de nuevo—, en recuerdo de los viejos tiempos; nada importante. Si usted necesita encontrar quien le dé razón sobre un tema delicado de verdad, yo puedo...

—¿Estos bigardos le son leales a usted? —cortándolo y señalando a los esportilleros.

—Sí —sorprendido—. Claro que sí.

—Quiero decir —se detiene y lo mira de frente, con sus pupilas sin fondo — que si harían cualquier cosa que les pidiera, incluso aquello que no quisieran hacer.

—Cualquier cosa —por primera vez seguro.

—Entonces es muy posible que pueda serme útil.

Mientras sube las escaleras hacia el taller de Adalfina, en la calle Roque Barcia, Éctor va pensando en el temor incrustado en las palabras del notario al referirse a los militares africanistas.

La milicia colonial, tan próxima a Primo de Rivera tras su

pronunciamiento, había considerado una traición a la patria la determinación del general de finalizar la interminable campaña marroquí, convirtiéndose en un inestable núcleo de poder permanentemente enfrentado al dictador y al monarca que había transigido con sus decisiones.

Éctor había vivido de cerca el irreflexivo salvajismo en la batalla y la ambición voraz del ascenso por méritos de guerra en un grupo de oficiales que se consideraban a sí mismos la única elite capaz de regenerar la *cobarde degradación de su país*, fueron la razón última de su alejamiento del ejército —de su encarcelamiento, de la pérdida de su primo Luis y de todo lo demás — en un camino tan largo que le había llevado de vuelta hasta ellos.

Se abre la puerta y lo reciben la muchacha rubia del pañuelo verde y la ironía hacia sí mismo en el fraseo de Carlos Gardel.

—Buenas.

—Buenas —la chica lo reconoce—. ¿Viene buscando a la sastra?

—No. Vengo a buscarte a ti. ¿Sabes escribir a máquina?

—Yo no —risa.

—Entonces eres lo que siempre he buscado. Quedas contratada. Recoge tus cosas.

La puerta se abre del todo. Adalfina.

—Sigue con lo tuyo, Paquita, que vas muy atrasada. —La muchacha se retira, cambiando sus risas por una mirada baja—. Acompáñame —a Éctor.

El hombre la sigue a través del taller sin dejar de mirar a la modistilla, que se ha reunido con sus compañeras pero lo sigue con disimulo. A pesar del frío, tienen la ventana abierta para que entre Gardel desde la casa de algún vecino; por las interrupciones, parece que la canción procede, más que de un gramófono, de uno de esos receptores de radiotelefonía que se han puesto de moda.

Adalfina cierra la puerta de la oficina y baja la persiana de la ventana interior; él se quita el abrigo pero no el sombrero, se sienta sobre la mesa.

—Como siempre, estoy con las prisas —se queda de pie, no lo mira a los ojos, pero se tiene que aproximar, para que sus empleadas no la escuchen o para sentirlo más cerca—. Poco he averiguado, la verdad.

—¿Cuántas veces nos hemos visto tú y yo, Adalfina?

—No sé... ¿Para qué quieres saberlo?

—Haz un esfuerzo.

—Siete.

Se imaginaba que, así como él no tenía ni idea, la mujer recordaría exactamente el número de veces que se habían encontrado, lo cual disipaba hasta la última duda de que podría acostarse con ella en cuanto lo deseara.

—¿Por qué?

—Es igual. Cuéntame lo que sepas.

Lo mira, desconfiada; es mejor comenzar con sus informes.

—Del hombre con... —recordando algo de pronto—. Oye, ¿te has enterado del incendio en la mansión del notario?

—Me lo ha dicho él mismo esta mañana.

—¿Qué pasó?

—Un accidente —no quiere ahuyentarla—. Sigue.

—Es muy raro. Ha ardido hasta los cimientos. Han tardado toda la noche en apagarla. No parece accidental.

—Por si acaso, se ha quitado de en medio una temporada. No te preocupes. ¿Qué sabes del tipo de la cicatriz?

—Esto me gusta cada vez menos.

—...

—Te digo lo que me han dicho, o mejor, lo que no me han podido decir, y no quiero saber nada más de todo esto —espera un momento a que intente convencerla, pero él sólo la mira—. El hombre de la cicatriz no es de Sevilla. No lo conoce nadie ni nadie lo había visto antes por aquí. Tampoco se sabe dónde vive. No se sabe nada de nada.

Éctor asiente y se sonríe; pasa así un momento antes de volver a preguntar.

—Me ibas a dar los detalles del escándalo de Anselmo de la Fuente.

—¿No me has dicho que se ha ido? ¿Qué importancia tiene eso ya?

—Tú, dime.

Con cuidado de no tocarle, Adalfina toma de la mesa la libreta donde toma las medidas a los clientes y la abre por la última página.

—No tiene nada que ver con sus gustos, sino con su trabajo. Fue hace

cinco años. —Se ayuda de las notas—. Por encargo de la familia de Benedicto Durango Díaz, ingresado en el manicomio de Nuestro Señor Extraviado, el notario tramitó un documento de autorización de administración de bienes por incapacidad, que permitía a los familiares hacer y deshacer con su patrimonio. Lo malo es que ningún juez había declarado incapaz a Benedicto. Lo malo es que había otros familiares que salían perjudicados y que denunciaron el asunto. Anselmo de la Fuente podría haber sido suspendido hasta por tres años y su carrera se habría acabado para siempre. Pero al final, se retiró la denuncia y aquello quedó en nada. Me han dicho que fue el director del manicomio el que echó un cable al notario; el doctor don Higinio Cuesta. No sé si has oído hablar de él.

—No.

—Fue el que atendió a Alfonso y a Victoria Eugenia por la crisis nerviosa que sufrieron los reyes tras el atentado del día de su boda, en 1906.

—¿Algo más?

La mujer niega con la cabeza. Éctor se toma algo de tiempo para sacar conclusiones y decidir sus próximos pasos. Pregunta:

—¿Sabes si el tal Higinio Cuesta sigue siendo director del manicomio de Nuestro Señor Extraviado?

—Creo que sí.

—Compramilagros. He tenido tratos con algunos. Los hay de todas las clases, desde los chupacirios que sólo quieren trincar cualquier reliquia para presumir de piadosos ante sus compañeros de cofradía, hasta los fanáticos dispuestos a lo que sea por conseguir una en concreto. ¿Qué tienes tú que ver con esa gente?

—Yo también me he hecho hermano de una cofradía —responde Éctor—. ¿Sabes de alguna reliquia que sea especialmente buscada?

—Esos cachivaches no son lo mío —responde Vidal con cara de asco—. La verdad, me dan un poco de grima.

—Y de esos... compramilagros. ¿Conoces a alguno de aquí, de Sevilla, o que opere por aquí?

—No. Los coleccionistas viajan o han viajado por todo el mundo para conseguir lo que buscan. Después están los que compran una reliquia una vez, normalmente porque se la ofrecen; a éstos les dan a menudo gato por conejo. Y por último, los que te decía antes, los fanáticos de verdad, éstos tienen fe y eso da mucha mala sangre; imagínate que la madre de uno de ellos tiene una cosa mala y los médicos no pueden hacer nada, y se enteran de que el dedo chico de *san Yonosequién* cura todos los males; pues se llevan por delante al que sea para hacerse con él.

A esa hora de la tarde el mercado de la Encarnación está prácticamente desmantelado. Los dos hombres pasean despacio, camino de la calle Puente y Pellón. Esportilleros, lejos y cerca.

—Éctor, Éctor, Éctor. Ten mucho cuidado. Te lo he dicho muchas veces: para los negocios no sirves. El peor negocio que hiciste fue ir a la guerra; a ver si tu familia no tenía dinero de sobra para haberle dado unos miles de reales a cualquier familia para que mandaran a alguno de los suyos a filas en tu lugar; y si no una Permuta, al menos, una Cuota al ejército, que te habría permitido elegir un destino tranquilito y corto, y volverte a tu casa sin un arañazo. Pero no. El señorito era un idealista y no estaba de acuerdo con esos chanchullos. Y así te fue.

Éctor se ha dejado reconvenir por su antiguo asistente con frases muy similares a éstas en tantas ocasiones que no se molesta en responderle.

Hoy Vidal parece amistoso, cordial, entrañable. Pero no le ha hecho ni una sola pregunta sobre Lucio ni sobre las películas, y eso es indicio más que suficiente de que ha iniciado algún tipo de movimiento a sus espaldas.

Aunque lo habitual es que la criada se encargara de los recados, hace dos semanas que ha tenido que mandarla a su pueblo para recuperarse de unas fiebres, y tiene que simultanear los trabajos de la casa con la dirección del negocio. Anunciación vuelve cargada de la tienda de ultramarinos, andando deprisa, menuda y fuerte, deseosa de llegar a casa antes de que le caiga la noche encima. Lo cierto es que no tiene mucho que comprar; Éctor, como si no estuviera.

Las primeras sombras son las que caen sobre su ánimo, cuando piensa en el hombre al que está perdiendo, por mucho que se resista a hacerse a la idea.

Las segundas son las del atardecer, que llegan casi sin avisar en esta época del año.

Las terceras sombras son las de dos sportilleros, que la siguen a unos metros de distancia desde que salió de la camisería.

—¡Deberíamos haber traído una lámpara!

Afirma Éctor, cuando en realidad está pensando en que debería haber traído la pistola. Ha llegado a tenerla en el bolsillo, cargada y limpia, pero la ha dejado en casa a última hora, pensado que, si no la llevaba encima, podía desentenderse del asunto en cualquier momento, y dejar que Lucio se las arreglara por su cuenta; ahora, mientras vuelven a cruzar la oscuridad de los jardines de la Lonja, no está tan seguro de haber hecho lo correcto.

Hay momentos en que el resplandor de la luna, tamizado por la niebla ocre, basta para orientarse sin que Lucio eche mano de sus cerillas.

Pero no basta para tranquilizar a Éctor, que no puede quitarse de la cabeza otras incursiones en otros agujeros guardados por marroquíes enloquecidos de hachís dispuestos a todo por defender su tierra de los invasores.

—¡Espera un momento! —Cogiendo a Lucio del brazo—. Hacer esto así es una gilipollez. Esos meaderos son una ratonera.

—¿Y qué propones? —Divertido, inconsciente del peligro.

—Dame la mierda de hueso.

Lucio sólo duda un instante en entregarle la cabeza del fémur, del tamaño y la forma aproximada del puño de un niño pequeño, envuelto en un pañuelo blanco.

Con su navaja, el otro excava un palmo al pie de una de las columnas, introduce el hueso y lo vuelve a cubrir de tierra.

—Escúchame —sacudiéndose las manos—: Déjame hablar a mí con esa gente. Del dinero, no; eso lo tratas tú. Pero lo demás, me lo dejas. Ten presente que vamos a apostarnos el cuello ahí dentro.

—A veces creo que hace cien años que te conozco —balancea

ligeramente la melena, de manera más femenina de lo que lo harían la mayor parte de las mujeres, pero puede ser un efecto óptico provocado por la falta de luz.

—...

Llegan enseguida.

No hay nada en la superficie que los identifique aún, y aunque de momento sólo los utilizan los obreros que están construyendo los jardines, los urinarios subterráneos ya están operativos; dos rectángulos negros rodeados por caballetes de madera para evitar accidentes.

La mujer que los ha citado no aparece por ninguna parte.

De cerca, las entradas son todavía más siniestras; las escaleras casi verticales parecen descender sin fin.

No les especificó si la cita sería en las instalaciones destinadas a hombres o a mujeres, y de todas formas no hay nada que distinga los accesos; tienen que acercarse hasta el borde para descubrir una débil iluminación al fondo de las escaleras de la derecha.

Comienzan a bajar los escalones sin enlosar a la luz de las cerillas; las paredes, también descubiertas, brillan por la humedad al paso de la llama; la temperatura ha bajado varios grados repentinamente. No se oye nada. Las escaleras no dejan de hundirse en el suelo. Lucio empieza a celebrar que, si les rebanan el pescuezo, ya tendrán hecho la mitad del camino al infierno, cuando Éctor lo corta con un suave golpe en el brazo. Han llegado a una puerta entreabierta.

El conjunto de los servicios masculinos y femeninos son dos cámaras paralelas separadas arriba pero comunicadas en el interior por una verja que permite vigilar ambas zonas a una sola empleada; ven la silla de ésta, y la mesa con varios rollos del papel higiénico que dispensa a cambio de una propina, pero ella no está.

Enfrente, un largo corredor.

Recorren el pasillo, con las cabinas de los retretes a cada lado, y al fondo, tras un recodo, cuatro mingitorios de pared y un lavabo sobre el que han dejado el candil de aceite que les ha guiado hasta allí. Nada más.

Un ruido metálico a su espalda.

Los tres hombres y la mujer debían de estar ocultos en las cabinas para acorralar a Éctor y a Lucio entre la pared y el doble cañón de la escopeta de caza con la que les apunta uno de ellos.

Habla Éctor.

—No traemos el hueso encima. Así que, o bajáis eso —señala el arma— y os dejáis de mamoneo, o me hago un puchero con él y se acabaron los milagros.

—Les aseguro que eso no es necesario —Lucio, con una de las sonrisas que más practicaba cuando pretendía ser actor—. ¿Qué fue del honor entre malhechores? Al fin y al cabo, todos traficamos con lo mismo, que Dios nos perdone.

Dos tipos entre los veinte y los treinta, un cuarentón, y la mujer que los dirige, de unos sesenta años. Llevan viejos trajes camperos, limpios y bien remendados, botos. El pelo rubio entrecano, los ojos clarísimos y la cabeza cuadrada heredados de alguna remota ascendencia germánica los identifican como miembros de una misma familia. La matriarca, con su negra falda rociera hasta los tobillos, se adelanta, hace una señal a su espalda para que bajen la escopeta, se mete en los ojos de Éctor y habla con acento cerrado de la sierra de Huelva.

—¿Tenéis el puto hueso o no?

—Lo tenemos, pero no aquí —Éctor, que ha tardado en recuperarse por la falta de respeto hacia la reliquia de santa Rosalía de Palermo; no era el tipo de gente que esperaba.

—¿Se lo habéis quitado al viejo maricón?

—Eso no es cosa suya.

—¿Por qué no lo habéis traído? —tragándose la mala leche con un suspiro.

—Porque si hacíamos aquí el negocio lo más seguro es que nos pagara con eso —un gesto a la escopeta.

Todos escuchan algo parecido a un quejido, procedente de la entrada a los urinarios pero no se vuelve a repetir, y siguen con lo suyo.

—Estás equivocado —otra pausa para repostar paciencia—. ¿Dónde queréis hacerlo?

—Antes hay que acordar el precio.

—Veinte mil reales. Ni una perra más.

—El precio de mercado. —Lucio parece seguir pasándoselo bien—. Es justo.

—Muy bien —Éctor—. Ahora, atiéndame. Está claro que la reliquia no es para ustedes. Y me he hartado ya de tanto intermediario. Además, me importa el dinero, pero me importa más que no me den dos tiros en la barriga. Así que, si la quieren, la entrega deberá ser en la casa del auténtico comprador. O no hay trato.

Los tres hombres clavan su mirada en la portavoz, dejando que sea ella quien decida.

Lo mastica.

Lo digiere.

—En el palacio de los Cuervos —abortando la furia con un nuevo suspiro—. Mañana. A las nueve de la noche. Venir solos. Por la entrada de servicio, la que da a la calle Cuervos.

Desde la entrada, se repite el sonido de antes; debe de haberse colado algún animalejo.

A Éctor debería bastarle con la cita, pero sigue.

—Todo esto es muy extraño. ¿Cómo van a autenticar la reliquia? Podríamos llevarles la cabeza del fémur de la abuela de éste. —Lucio lo mira.

—Ella la reconocerá. —Reflexiona un segundo—. La verdad es que vale con que se crea que la reconoce. Nos vamos. —Arrepintiéndose de haber proporcionado esa última información—. No se mováis de aquí hasta dentro de una chispa; que nos dé tiempo a irnos. Y no olvidarse: por la puerta de servicio.

Uno de los jóvenes coge el candil del lavabo y, mientras el de la escopeta les cubre, desaparecen los cuatro.

Lucio vuelve a encender cerillas y Éctor fabrica un cigarro con rapidez.

—¡Cinco mil pesetas me llegan para invitarte a cenar en el mejor restaurante de Madrid!

Éctor asiente, enciende el cigarro con la cerilla del otro y comienza a salir.

Al final del pasillo, a la altura de la reja que los separa de los servicios de mujeres, vuelve a escucharse el quejido.

—¿Escuchas eso?

Mientras pregunta, Lucio se desvía en dirección a la reja, descubre que el candado está roto, la abre y pasa al otro lado. A Éctor siempre le asombra su impredecible valentía. Se va detrás de él.

Con la cerilla en alto, Lucio abre una por una las cabinas, llega hasta el fondo del corredor, y vuelve en dirección a la puerta de salida; junto a ésta, descubre otra puerta más estrecha. El lamento se escucha allí con mayor claridad.

El cerrojo, forzado.

Se trata de la habitación donde guardan cubos, escobas y aljofifas.

La empleada de los servicios está en el suelo, con las tres filas de dientes destrozados, la cabeza sobre un charco de sangre, más cerca del ultramundo que nunca.

5

Jacinto Ortega y Jacinto Ortega

Desde su escondite, entre la arboleda, no sólo puede ver perfectamente los juegos y paseos de los niños uniformados con sus batas grises, sino que escucha palabras sueltas, evalúa los grados de tristeza en sus rostros, los clasifica según su sociabilidad y capacidad de resistencia.

A veces sale del edificio una vieja monja malencarada con las manos ocultas bajo el hábito, preparadas para cualquier tipo de admonición, pero la evidente repulsión que le producen los críos hace que desaparezca enseguida.

El planteamiento casi científico con el que ha concebido su tercer asesinato carece de desviaciones: si bien es cierto que no puede reducir el sufrimiento de la víctima, lo que sí está en su mano es eliminar el dolor de sus seres queridos; en adelante, siempre que le sea posible, procurará elegir únicamente a niños solitarios, sin familia.

Es el segundo día consecutivo que Jacinto Ortega salta la tapia del Orfanato de la Primera Comunión, más allá del vado de Migas Calientes, y apenas tiene dudas ya acerca del candidato. La candidata.

La edad correcta, unos ocho años; con una leve cojera que no le impide alejarse de los demás, buscar la protección del límite del bosquecillo. Morena. Delgada. No parece muy inteligente, pero quizás sea otra forma de protegerse.

Jacinto se deja ver entre los árboles, con cuidado de quedar a cubierto para el resto de los hospicianos, despacio para no alarmarla. Pero ella lo mira sin ningún temor.

—¿Cómo te llamas? —Siempre ha sido torpe con los niños, hasta con su propio hijo.

—Julita —con una voz sorprendentemente clara.

—¿Te gusta el chocolate?

—No —en tono de disculpa.

—¿Te gustan los caramelos?

—No.

—¿Qué te gusta?

—Me gustan las puntillas. Y las tablas, y los martillos. Un día estuve jugando con unas puntillas, unas tablas y un martillo que me encontré en el patio; me iba a hacer una casa. Pero vino sor Mercedes.

El hombre ha ido retrocediendo lentamente mientras habla y la niña lo ha seguido para poder escucharle; ahora están fuera de la vista de todos.

—Y el mar, ¿te gusta el mar?

—No.

—¿Por qué?

—No sé.

Un par de pasos más y estará en posición para cogerla, taparle la boca y llevársela de allí.

—Yo he pasado muchos años en el mar. En un barco.

—Yo también.

El hombre acaricia la navaja de pescador en el fondo del bolsillo de su chaquetón.

Le llegan los gritos de los chiquillos que no parecen festejar nada.

Hace un esfuerzo por desviar la mirada del tremendo cansancio que desprenden los ojos de la niña.

Se dice que el destino que planea para ella no será mucho peor del lugar donde vive ahora. Se lo repite otra vez, y otra, a ver si logra convencerse.

6

Anunciación

«En esta encrucijada donde el humo y la lluvia y el tiempo encavernan murciélagos que aniquilan la luz».

Juan Bañuelos, *Donde las piedras se mueven hacia el día*

Cuando Anunciación lo vio salir cuidadosamente afeitado con su mejor traje pensó en lo que pensó, pero no en que iba a hacerse pasar por abogado.

Tras su fachada barroca, el Sanatorio de Nuestro Señor Extraviado lleva siglos eliminando cualquier comportamiento clínicamente catalogado como anómalo a través de los más variados métodos terapéuticos; la «camisa de fuerza», el «cuarto silencioso» y la «silla tranquilizante» son los más eficaces, pero no los únicos. La calle donde está situado tiene otro nombre, pero los sevillanos la conocen como la de los *extraviados*.

Éctor es interceptado en la entrada por un celador de bigote, gorra y blusón negros.

—¿Qué quiere?

—Quiero ver al doctor don Higinio Cuesta, el director. Soy letrado.

—Venga —más que la presentación, ha sido el traje de tres piezas a juego con el abrigo y el sombrero lo que le ha convencido.

Recorren un desconchado vestíbulo vacío, y a través de una puerta, un largo corredor y una galería que bordea un patio también desiertos.

No se oye un alma.

—¿Dónde están? Los enfermos.

—Encerrados —responde el celador con un tercio de sonrisa, dando a entender que sólo él sabe el lugar y que sólo a él deben agradecerle los ciudadanos que no anden sueltos, asesinando a siniestro por las calles.

La galería desemboca en una gran habitación decorada con cuadros de marcos dorados y varios sillones tapizados en terciopelo verde; la dejadez que desgasta el resto del edificio no ha llegado a las dependencias administrativas. El empleado se acerca y susurra algo a la enfermera sentada junto a una mesa que protege una puerta de doble postigo.

El celador desaparece sin despedirse por la puerta por la que han entrado y la enfermera, por del fondo; al momento vuelve a abrirla para que Éctor pase a un enorme y suntuoso despacho; tras el escritorio le sonríe el director, que le invita a sentarse pero no se levanta de su sillón.

—Así que es usted abogado. ¿En qué puedo ayudarle?

—Vengo a pedirle un favor, si me lo permite. A preguntar por un conocido de usted.

—Lo siento, pero la enfermera no me ha dicho su nombre —con una sonrisa amplia.

—Me llamo Enrique Jardiel Poncela —responde Éctor en homenaje a Lucio—. Tengo despacho en la Puerta de la Carne, y, como le decía, me gustaría pedirle ayuda.

—Pues usted dirá.

El director, de unos sesenta años, viste con elegancia extrema, y es probable que lleve lazo o corbata, pero una barba gris densa y perfectamente peinada de más de veinte centímetros impide asegurarlo.

—Tengo entendido que es usted amigo de don Anselmo de la Fuente. El notario —Éctor.

—Nos conocimos hace algún tiempo —la sonrisa no se le destiñe.

—La cosa es que se me ha perdido. ¿Sabe usted lo del incendio?

—Lo he leído en el periódico.

—Pues, a partir de ahí, no hay quien sepa darme razón de él. La criada está sin noticias suyas; familia, no tiene; en el juzgado no lo han visto. Y me

urge ponerme en contacto con él, por unas gestiones que llevamos juntos. De manera que me he acordado de usted; una vez me dijo que lo ayudó en un percance que tuvo.

—Trabamos conocimiento hace unos años, a raíz de un asunto un poco desagradable, pero sin importancia —debe de ser verdad, porque no deja de sonreír—. Un malentendido relacionado con uno de los internos. La familia entró en razón y aquello se resolvió satisfactoriamente para todos.

—Con su ayuda.

—¿Yo? ¿Qué podía hacer yo en semejante contienda? Me limité a escucharle y a tranquilizarle.

—No sea modesto, don Higinio. Sé que es usted persona de grandes influencias; que trató nada menos que a los reyes tras el atentado del día de su boda.

—Zarandajas. La gente, que habla por hablar. A Sus Majestades, poca ayuda tuve que brindarles —la sonrisa no decae, un hombre feliz—. Tuve el privilegio de encontrarme entre los invitados, y como era especialista en trastornos mentales, el jefe de la casa real me pidió que les atendiera. Pero nada, los soberanos demostraron toda la entereza que cabía esperar de ellos; fíjese que Don Alfonso, cuando llegó al banquete nupcial, unos minutos después de haber estado a punto de perder la vida, al ser preguntado, nos dijo: *¡Bah, los consabidos gajes del oficio. Un anarquista... nada!* Doña Victoria Eugenia, estaba algo más afectada, tenga en cuenta que entonces no tenía más que dieciocho años, pero se recuperó enseguida. Está claro que son de una estirpe fuera de lo común.

Se queda en silencio, parapetado en su sonrisa, y Éctor, aunque ya sabe que no obtendrá ninguna respuesta, prueba una última vez.

—Volviendo al notario, ¿no conocerá usted a un íntimo suyo, un hombre de unos cincuenta años con una cicatriz sobre el ojo derecho?

—No me suena nadie de esas señas.

Parecía imposible, pero la sonrisa se ha ensanchado ante la última pregunta; Éctor no ha creído una palabra, pero se pone en pie.

—Siento muchísimo haberle hecho perder el tiempo. Ha sido usted muy amable.

—Si me entero de algo, ¿dónde puedo darle recado?

—No se preocupe. Ya me dará una vuelta por aquí.

El director del sanatorio espera a que salga el visitante.

Extrae su reloj de bolsillo, calculando, con una sonrisa, el tiempo que tardará en aparecer el celador. A los tres minutos justos, llama a la puerta y entra con la gorra en la mano tras obtener permiso.

—¿Se ha ido?

—Sí, don Higinio.

—Y nuestro amigo, ¿está abajo?

—Me parece que sí, pero con él nunca se puede estar seguro.

—Veamos.

El médico se levanta solemnemente. Se ajusta debajo de la barba una bufanda de lana que toma del perchero y sale detrás del celador. Pocas veces baja al semisótano, la zona donde encierran los casos más violentos, y jamás lo hace solo, por mucho que todos estén encerrados en celdas de seguridad.

Y si deben estar encerrados para seguridad de todos, ¿para qué necesitan más luz que la que proporciona un quinqué cada varios metros, ni casi ninguna otra cosa? El director termina de bajar las escaleras y se interna en la húmeda penumbra de los pasillos desnudos. Deja atrás la sala de tratamiento, y las hileras de mazmorras, donde una mueca de asco está a punto de borrar su sonrisa permanente, dando gracias por la invención de la mordaza, que le salva de irritantes alaridos. Pasa el almacén. Y llega al tramo final de los corredores, que lleva a la puerta trasera del recinto; a la mitad, hay una celda aislada destinada a los brotes más agudos, convertida desde hace unos días en habitación de invitados.

El celador se queda respetuosamente a unos metros de distancia, y el director empuja la puerta con el cerrojo descorrido.

—¡Caramba, Higinio! ¡Dichosos los ojos! —Piancastelli se levanta del catre, donde practicaba con su cadena de plata y su candado, para recibirle—. Pero siéntate hombre, no te quedes ahí de pie.

—No, gracias —mira con repugnancia el camastro—. No sé cómo puedes estar aquí.

—En sitios peores he vivido. Mucho peores.

—Ya —tuerce un poco su sonrisa para cambiar de tema—. Ha estado aquí Éctor Mena. Acaba de irse ahora mismo.

El hombre de la cicatriz se queda mirando a *Meyrink* pero el conejo no tiene nada que comentar.

—¿Qué te ha dicho?

—Preguntaba por Anselmo. Y por ti.

—...

—¿Cómo crees que habrá dado con esto?

—A través de su amiga, la madame de las modistillas.

—¿Piensas librarte de él?

—Ni por asomo. Ese hombre es el único que puede encontrar lo que buscamos. Vosotros, con todos los medios a vuestro alcance, no habéis conseguido nada en estos años.

—Pero se nos está acercando demasiado —otro motivo para sonreír.

—Ya he tomado medidas para corregirle el rumbo.

Se ha abierto la puerta de la camisería, pero Nuncy, de pie tras el mostrador, termina de contar unos botones de nácar antes de levantar la mirada.

Ante ella, mirándola con odio, se encuentra a un niño de unos seis o siete años con un papel en la mano, roñoso, con pantalones de pana y gorrilla calada hasta las orejas. Una cría de sportillero.

—¿Tú eres Anunciación?

—Sí. ¿Qué quieres?

El chico se adelanta, suelta el papel sobre el mostrador y sale sin decir más.

Desde el otro extremo del local, uno de los dependientes mira divertido a su jefa, y está a punto de hacer una broma sobre la visita cuando repara en su expresión al leer el papel, y prefiere seguir ordenando el interior del escaparate.

Se trata de un plano, bajo el epígrafe de Cementerio de San Fernando. Hay una figura, rotulada como Estatua de Andresito, *el Gitano*, rodeada por doce tumbas y una flecha señalando una de ellas. Debajo, unas palabras: «Ven a las ocho sin decirle nada a tu marido si quieres saber algo sobre él».

La caligrafía es exquisita.

—... «a tres años vista de la Exposición Iberoamericana», —mientras esperan que el camarero se acerque a la mesa que ocupan en el café Dinamarca, Éctor escucha sin mucho interés el artículo de *El correo de Andalucía* que Lucio lee en voz alta—, «todavía esperamos noticias de la nueva Comisión Permanente del Comité Ejecutivo constituida en marzo, después de que la anterior se viera forzada a dimitir tras saberse que veintiuna obras estaban pendientes de ejecución, doce de las cuales no contaban ni siquiera con proyecto, y cuatro, oficialmente, no existían». —Cierra el diario y lo deja sobre una silla—. En el 29 espero estar a dos mil kilómetros de aquí, que debe de ser la distancia que nos separa, más o menos, de París.

Por fin se les acerca, a paso lento, un aciano camarero con pajarita, que se queda junto a la mesa sin decir nada.

—Coñac para mi amigo y Pernod para mí —pide Lucio, tras buscar la conformidad del otro con una mirada.

—Coñac y... ¿Perdón?

—Perdón, no; Pernod. Absenta.

—Se nos ha terminado —que es lo que dice ante cualquier pedido complicado.

—¿Y por qué no han cerrado el establecimiento?

—Tenemos orujo, o cazalla.

—Menta, ¿tienen?

—Voy a ver.

Tarda un buen rato en maniobrar para dar la vuelta y emprender el camino hacia la barra.

—¿Qué vas a hacer con eso hasta mañana? —Éctor señala la maleta de piel que ha traído el otro.

—La dejaré en un bar que conozco, cerca de la estación.

—¿Y dónde vas a dormir? El tren no sale hasta las tres.

—Si la cosa nos sale bien esta noche, a lo mejor me voy a una suite. Si no, ya me buscaré algo por ahí —se encoge de hombros—. Sebas aún no se

ha dado cuenta de lo del hueso, y prefiero no volver por el piso para evitar el melodrama.

Lucio se queda mirándole los ojos, no dentro sino los ojos, fijo; Éctor piensa que está rastreando pistas que ninguna mujer le ha buscado allí.

Vuelve el camarero antes de lo previsto, deja copas con líquidos color caoba y verde, y se marcha sin decir nada.

Mantienen un rato el silencio, que rompe Éctor.

—¿Y si tu prima Séptima se niega a ayudarnos a encontrar las películas?

—O si se ha mudado y no la encontramos, o se ha muerto. Puede ser —reconoce Lucio—; nunca te he mentado. Todavía estás a tiempo de no venir al palacio esta noche conmigo; esa gente tenía mala pinta, cualquiera sabe lo que nos vamos a encontrar allí. Son capaces de sacarnos las tripas.

—Iré. Armado.

—Sabes quién es la dueña del palacio, claro.

—Claro.

—Los cuatro de ayer debían de ser sus sirvientes. ¿Qué milagro esperarán de ese hueso para haber llegado a esto?

—Cualquiera sabe. Esta es una ciudad de locos.

—Pues espera a llegar a Madrid. Al Madrid que deberemos conocer. Sabes que no voy a dejarte tirado allí —apoya la mano sobre el antebrazo que el otro hombre no aparta—. Si Séptima no nos ayuda tendremos que hundirnos hasta las encías en lo más degenerado de la ciudad para rastrear las puñeteras películas.

—Creí que los miembros de la editorial Saturnia eran pura alta sociedad.

—Mi tío era vizconde, Grande de España. El resto, jóvenes de las mejores familias, y alguno que se les adhirió con la intención de parecerlo. Poco más te puedo decir, yo era un niño y estaba hecho un lío. —Lucio, mucho más trascendente de lo habitual—. Sé, eso sí, que tenían suficiente tiempo, dinero, poder y desprecio hacia los demás para creerse una casta intelectual con licencia para cualquier cosa; el aburrimiento, el alcohol y las drogas también les ayudaron a bajar a su abismo exclusivo; pero sobre todo, ciertas prácticas... sexuales, que hasta a mí me parecen perversas, que son tan adictivas como cualquier droga. Por eso te digo que tendremos que buscarles

en lo más... abyecto, que se dice. No creo que habiendo pasado por aquello se hayan reencarnado en apacibles padres de familia; llegaron demasiado lejos. —Hasta el asesinato.

—¿Estás seguro de que no es esa muerte la razón por la que te han contratado?

—No estoy seguro de nada.

Luis, si estuvieras conmigo, te morirías de risa, y me dirías que ya sabes lo que voy a terminar haciendo. No debería volver a ver a la tal Adalfina; no me interesa, ni siquiera me gusta, pero, ya sea porque voy necesitando una mujer o por el peso de todo esto, la verdad es que siento la necesidad de romper esa barrera de seriedad con la que se defiende de mí, que estoy convencido de que oculta a una mujer solitaria y frágil; no mucho ni mucho tiempo, lo suficiente para dejarla tocada y largarme y que se joda. Al final no lo haré, pero cualquiera sabe; mucho de lo que hago es por no volver a casa, que es lo único que deseo. Ya ves que la vida me está convirtiendo en un tipo piadoso y equilibrado, lleno de bondad y comprensión hacia mis semejantes.

Del café Dinamarca al café Pamplona han pasado unas cuantas horas. Han comido juntos, y luego Éctor, con una excusa, se ha despedido de Lucio hasta la noche, tras citarle en una calle próxima al palacio de los Cuervos.

En el café, hace tiempo con coñac y con la interminable carta a su primo Luis.

Antes de llegar aquí, ha pasado por la Central Telefónica Urbana de la plaza del Pacífico y ha hecho dos llamadas. La segunda al número que le facilitó el notario, donde una voz neutra ha tomado nota, con puntos y comas, de su mensaje anunciando que mañana sale para Madrid tras una pista de las películas que busca.

Vuelve a Luis, intenta no imaginárselo en el Penal Militar del monte Hacho, en Ceuta; le escribe como si le hablara, como si, al igual que tantas veces, compartieran mesa y botella.

De mi plan, poco más debo contarte por escrito, si esto sale bien, bien; y si no...

Más o menos desde las cinco de la tarde lleva dando vueltas por el cementerio, resguardada bajo un abrigo y un pañuelo negros, sirviéndose de los panteones para ocultarse de los escasos funcionarios del camposanto, y, sobre todo, de la persona que la ha citado allí, vigilando de lejos la estatua de Andresito, *el Gitano* con la idea de ser ella la primera en ver a quien la ha convocado y lograr alguna ventaja. A eso de las siete, llegó la oscuridad, y con ella, los fantasmas, pero no son éstos los miedos que la rondan; desde que era muy pequeña, su padre decía que «su Anunciación había nacido con un gran temperamento, siempre había dicho y hecho y cumplido, desde que no se veía en el suelo»; lo que la asusta es que, por mucho que al final haya concentrado su voluntad en conseguir lo que más le ha importado en toda su vida, sus esfuerzos no estén sirviendo para nada. Éctor está cada vez más lejos y ella se siente día a día con menos fuerzas para atraerle del lugar donde se quedó atrapado después de la guerra. Sigue intentándolo, por si acaso. Por si acaso, al salir ha dejado suficientes monedas en el contador de gas para que, si vuelve su marido antes de tiempo, no encuentre la casa a oscuras; él nunca vuelve tan temprano, pero por si acaso.

A las ocho y dos minutos por el reloj en forma de broche que lleva prendido al pecho se acerca a la estatua del torero y, desde ésta, a la tumba marcada en el plano que ha memorizado antes de echarlo al fuego.

La luna sigue en una fase lo bastante luminosa para ver que no hay nadie en los alrededores y que los espectros mantienen cortésmente las distancias.

Entonces repara en la superficie de la tumba señalada.

Alguien, con un martillo y un cincel, ha borrado parte de los caracteres en relieve sobre la losa de mármol, de manera que, las letras sobrantes, forman la palabra *éctor*.

No se mueve, no tiembla y desde luego no llora. Permanece inmóvil, llenándose de rabia y preguntándose en qué estará metido su marido para que alguien le envíe un mensaje como éste. No escucha. Hasta que se ve rodeada

por las cinco figuras negras.

Son esportilleros, pero ella no lo sabe. Sólo ve a unos hombres sucios, rudos e impasibles que se le acercan sin hablar. Espera que en algún momento dejen de aproximarse, la amenacen o la golpeen, y se marchen, y todo quede en eso; pero no.

Dos de ellos le sujetan los brazos por detrás. En vez de amordazarla, un tercero abre una enorme navaja y le introduce la hoja en la boca de través, disuadiéndola del menor grito. Otro, el más viejo, se queda unos segundos, años, mirándola de frente con sus ojos opacos; las cicatrices, las arrugas como heridas infectadas, la piel sarnosa a unos centímetros de distancia, el nauseabundo olor a especias mucho más cerca. Cuando le ha dicho sin palabras lo que le tenía que decir!, empieza a actuar para que no lo olvide.

Le abre el abrigo, le desabrocha la falda y se la baja hasta los tobillos, junto a las enaguas, las medias y las bragas. Le busca los labios de la vulva entre el vello con los dedos romos y rugosos de mugre, se los abre, y le introduce algo dentro, algo pequeño y sin forma; después se los cierra con un fuerte pellizco, como para sellárselos, y que lo que sea se quede allí.

Cuando Nuncy abre los ojos ya no están.

Se queda quieta, con las bragas bajadas, deseando vomitar y abrasarse con agua hirviendo y morirse, empezando por esto último.

Para ser sábado por la noche, no hay apenas nadie por las calles. El viento ha despejado, de momento, la niebla de los últimos días. Por la calle Cuervos aparecen Éctor y Lucio. Los dos armados; el primero con su pistola Astra del nueve largo ya montada en el bolsillo del abrigo, y el segundo con el hueso de la santa.

Una silueta sin sombra les sigue de lejos.

A mitad de la calle localizan el portalón por el que se entra al patio trasero del palacio. Nadie responde a los toques de aldaba, enseguida descubren que ni falta que hace; empujan la puerta de madera que les han dejado abierta y, guiándose por la luz del edificio, atraviesan el patio; hace mucho que nadie recoge los montones de hojas que el otoño ha cardado de

los árboles que lo circundan; la cochera tiene las puertas abiertas, y pueden verse los carruajes, un lujoso Lando y una Jardinera, ambos oxidados, y el primero con una rueda rota; no parece que las caballerizas estén ocupadas.

Llaman de nuevo a la puerta acristalada, que parece corresponder a las cocinas, y en un momento les abre uno de los jóvenes rubios de cabeza cuadrada que conocieron en los urinarios. Lleva la camisa abierta sobre el pantalón, se tambalea, no dice nada; la mirada imprecisa y el pestazo confirman que ha estado revisando las bodegas.

—¿Te acuerdas de nosotros? —Lucio, simpático—. Tu madre o tú abuela, quien fuera, nos invitó a cenar.

El criado les hace una señal para que entren.

Desde el interior del caserón les llega un fandango cantado con sentimiento de borracho.

Sentada sobre la mesa, con una botella de vino en la mano, junto a platos y cubiertos con restos de comida, sigue el compás con las palmas una joven agitanada que les busca la mirada al paso. Los fogones están cubiertos de grasa antigua, y en la pila, diminutos seres vivos se alimentan de lo que encuentran en una montaña de vajilla usada.

Ni el gas ni la electricidad han llegado hasta el palacio, y los candiles de aceite no bastan para iluminar el largo pasillo, por el que les precede el joven y que parece conectar el área de servicio con la zona noble, ni el salón en el que desemboca. Cuatro hombres, a dos de los cuales también conocen, una anciana gorda, una mujer de mediana edad que se levanta la falda para acompañar el canturreo y media docena de botellas rodean al viejo calvo que se pelea con el fandango. No les dirigen ni una mirada, siguen con lo suyo; a falta de la mujer que les dirigía en los urinarios, ninguno de ellos tiene interés en continuar con su amenazante papel.

Los muebles están tapados por sábanas manchadas, el suelo no ha sido limpiado en los últimos años.

Siguen camino hasta las escaleras; apenas llega el resplandor, pero se percibe la roña que no deja distinguir el dibujo de los azulejos en las paredes, la espesa capa de polvo que lo empaña todo. Los escalones, pegajosos. Los adornos del pasamanos, sin brillo.

En la primera planta, otro corredor casi a oscuras. Al pasar por una de las puertas, suenan los crujidos de una cama, un hombre gime y una mujer se ríe.

Éctor y Lucio siguen al muchacho que abre una puerta mayor que las demás y les indica que esperen en lo que parece ser una antecámara con más muebles cubiertos. Llama a la puerta del interior, cuchichea algo, y se va por donde han venido.

Inmediatamente sale del dormitorio la mujer con la que trataron. Ya no viste de amazona ni hay escopeta que la respalde, pero no parece necesitarla para imponerse. Lleva un vestido negro con los puños remangados y el pelo recogido en un moño. Les mira con asco cuando les habla.

—¿Lo han traído?

—El dinero —Éctor.

—Dentro.

La enorme habitación está ocupada por un olor macizo a orina, excrementos y vómitos que les clava junto a la entrada, dos mesitas de noche, un montón de trapos sanguinolentos en el suelo y una cama con dosel y un colchón de más de un metro de altura que no deja ver la figura hundida en su interior.

La mujer de negro se enfrenta a ellos con la mano extendida.

—El hueso de santa Rosalía. Ella quiere verlo.

Éctor va a responder algo pero Lucio ya ha sacado del bolsillo la reliquia envuelta en el pañuelo y se la entrega.

La mujer se acerca al foco del mal olor como si no existiera, se agacha sobre la cabeza sumergida en plumas, susurra, introduce el hueso entre las mantas y espera con la cabeza baja. Casi un minuto después parece obtener una respuesta positiva, porque se yergue, extrae con esfuerzo un fajo de billetes atado con una cuerda de debajo del colchón y se lo entrega a Lucio.

—Fuera de aquí.

A los dos se les han acabado las respuestas ingeniosas.

Ni cuentan el dinero.

Vuelven por el pasillo donde continúa escuchándose el crujir de la cama, bajan la escalera, dejan atrás la reunión donde el viejo calvo se ha pasado a las alegrías, desandan el corredor que lleva a la cocina en la que ya no se

encuentran el joven ni la chica morena y salen al patio.

Andan deprisa para dejar atrás la fiesta y olvidarse de lo que han visto.

El viento es más frío pero tarda en limpiarles el mal olor que se han traído.

La niebla color azufre que envuelve la ciudad desde hace unos días ha vuelto; es más densa en las zonas bajas, se adhiere a la ropa y se agarra a la garganta, irrita los ojos, pica en el paladar; o al menos eso le parece a Éctor al recordar el gas mostaza con el que el ejército español bombardeaba a los hombres, mujeres y niños del Rif.

Piancastelli, la silueta sin sombra, los ve salir, espera hasta que están muy cerca de él, y se disuelve en la noche.

Hace mucho que está llamando al taller vivienda cuando escucha pasos tras la puerta.

Se ha despedido de Lucio hasta la mañana siguiente en la estación pasando por alto sus insinuaciones, no ha encontrado una tasca abierta, ni se plantea volver a su casa, son las cuatro de la mañana.

Espera el sonido metálico de la mirilla para mirar fijamente el orificio. Todo se para. Golpea de nuevo la madera. Erre que erre. El tiempo que haga falta.

Adalfina, el pelo suelto, cerrándose el cuello de una bata a cuadros.

—¿Qué es lo que quieres? Son las tantas.

—El otro día me dejé algo aquí.

Empuja suave, firmemente la puerta, y se quita el sombrero para que no le estorbe cuando la besa en el labio inferior.

La mujer se queda quieta. Aún no sabe si se encuentra a este lado del sueño. Intenta reaccionar y empujarlo, pero Éctor ya ha cerrado detrás de él. Se quita el abrigo y la chaqueta en un solo movimiento y los deja caer al suelo junto al sombrero.

Aprisiona las muñecas de la mujer y se va dejando caer, atrayéndola con su peso, apoyándola sobre los hilos y restos de retales del trabajo del día que han quedado en el suelo. Le pincha la cara con la barbilla sin afeitar, le

muerde en el cuello para que no pueda disimular la marca, le mete la rodilla entre los muslos y es recibido por un calor que no esperaba, le introduce en los ojos el pelo que le cuelga, ya libre del fijador que se puso por la mañana, pero ella no los cierra, duda entre buscar alguna artimaña para subirle la bata y el camisón hasta la cintura sin soltarle las manos o marcharse de allí en ese momento, hasta que descubre que ha sido el menos hábil de los dos, y es Adalfina quien le sujeta las muñecas a él.

Sin moverse del catre, lo primero que hace Piancastelli al escuchar el estruendo en la puerta trasera del manicomio es alcanzar el sombrero de copa y lanzarlo sobre *Meyrink*, que jugaba con algo sobre la mesa; la chistera se agita un momento y luego queda quieta.

Ya tranquilo, una vez que ha puesto a salvo al conejo, se acaricia la cicatriz y analiza los sonidos que llegan hasta la celda.

A la derecha del pasillo del semisótano donde se encuentra, alguien, sin ninguna clase de miramientos, está tratando de forzar la puerta que da a la callejuela, seguramente desierta en ese domingo por la mañana. Por el otro lado del corredor, avanzando hacia él, se escuchan pasos de varias personas, botas militares, que sólo se interrumpen cuando verifican en cada habitación que su ocupante no es la persona que buscan.

No tiene escapatoria pero está en calma.

Sevilla no ha sido lo bastante grande para mantenerse indefinidamente lejos de esos bárbaros. Tenía que reconocer que los Regulares estaban bien entrenados; eso, y que alguien, en la cadena que llevaba desde la casa real hasta él mismo, lo había delatado. Ya tendría tiempo de pensar en ello.

Por fin han derribado la puerta trasera.

Una lástima. Sólo unas horas más y se habría marchado a Madrid, desvaneciéndose limpiamente de esta ciudad y de este escondite, como si nunca hubiera pasado por ellos.

A derecha e izquierda, los pasos; cada vez más cerca.

Cuando el teniente Cármenes y sus hombres llegan a la celda sólo encuentran un sombrero de copa vacío encima de la mesa.

Ruidos arriba, en la habitación. Espera a dejar de escucharse el corazón, que se le ha despertado con el sobresalto, y sigue esperando; descifra el ir y venir de Éctor, que ha debido de entrar por la puerta de la vivienda. Se queda detrás del mostrador de la camisería, mirando la puerta cerrada, aunque sabe que es domingo por la mañana y no va a venir nadie. Ha pasado allí de pie, temblando, toda la noche.

Hasta ahora.

Rodea el mostrador y se dirige a la escalera.

Mientras sube, se tranquiliza al constatar que la decisión sobre la que ha dudado las últimas horas ya está tomada. No va a decirle nada a Éctor sobre el asalto en el cementerio. Porque sería como concederles el triunfo a los cabrones que le hicieron aquello. Porque no se le ocurre otra manera de ayudar a su marido. Al abrir la puerta del cuarto, el macuto militar abierto sobre la cama donde está introduciendo sus cosas le basta para reconocer, al fin, que todo está perdido. Lo que le dirá no tiene nada que ver con la esperanza.

—Te vas.

—Sí.

—Podemos vender la casa y el negocio. Con eso y los ahorros tenemos para empezar algo. Donde sea.

Se ha cambiado de traje y ha dejado el viejo sombrero gris y el gabán al borde de la cama. Ya casi ha terminado de hacer el equipaje, falta la pistola, una caja de municiones y la carta inconclusa a su primo Luis; al final, la foto de los hombres que rodaron las películas que busca; se queda mirándola un momento para no responder. La guarda y cierra el macuto. No puede explicarle que va en busca de la maldición que les alcanzó a ellos y que es una variante de la que le acompaña. Coge macuto, gabán y sombrero.

—Deja aquí las llaves de la tienda y de la casa —susurra ella, sin ninguna clase de resentimiento.

Mientras las saca del llavero y las deja en la mesita de noche, para no pensar, Éctor hace un rápido recuento de su equipaje. Cree que no se lleva ningún recuerdo de su mujer.

No hay nada más cruel que un médico diciendo «no hay más calmantes» a un herido desesperado por el dolor.

Aunque su criterio fuera correcto, me daba igual; durante los meses que pasé ingresado en el Hospital Militar, llegué a desarrollar un odio compacto y sostenido por los médicos que nos atendían. Casi la mitad de las camas estaban ocupadas por señoritos perfectamente sanos que, valiéndose de sus influencias, habían logrado un refugio lejos del frente para cumplir su servicio militar; los médicos no sólo toleraban la situación, sino que, en muchos casos, se detenían junto a ellos, para cambiar una risa o un comentario.

Mientras, los verdaderos heridos los llamaban a voces, pidiendo algo que les calmara.

Algunas veces asentían y la enfermera se lo administraba, pero casi siempre rechazaban la posibilidad con voz neutra y seguían recorriendo las camas del hospital, leyendo los historiales en vez de mirar la cara de sus ocupantes.

Los golpes que escucha en la puerta son lo mejor que le ha pasado en su vida. Adalfina se queda mirando la entrada, en medio del taller de confección vacío, deseando salir corriendo para abrirle. Deseándolo tanto, que no se mueve. Ha vuelto. Ni siquiera se atrevía a imaginarlo. Cuando Éctor se marchó, con el amanecer y sin palabras, pensó que nunca volvería a verlo. Se ha pasado la vida organizando esa otra existencia que veían los demás, su trabajo, los ambiguos encargos que realizaba bajo la cobertura del taller, incluso las citas que arreglaba para las muchachas, de manera que nada llegara a afectarle, hasta que él llamó a su puerta esa noche, estaba segura de que por única vez.

Insiste.

Ahora sí corre a abrir, despeinada, sin importarle que se le abra la bata o la sonrisa.

En cuanto termina de descorrer el cerrojo, la puerta sale despedida y el

borde le alcanza en pleno rostro. Termina en el suelo.

Los sportilleros oscurecen toda la habitación.

Cierran la puerta, rodeándola. Uno de ellos le pateo la cabeza para que se siente. El más viejo y sucio, se agacha junto a ella, le acaricia uno de los pendientes, le roza el pelo suelto, le pasa un dedo por los labios.

Y es sólo el principio.

Jacinto Ortega y Jacinto Ortega

No voy a decir que he hecho cosas peores, pero sí que lo he intentado todo antes de llegar a estas atrocidades.

En cuanto vi la faja negra en la manga del ingeniero supe que no lo había conseguido. Nos encontramos en la calle después de unos meses sin vernos, cerca de Cuatro Caminos, y se acercó a abrazarme, sonriente y triste. Habíamos hecho amistad a base de pasar mañanas y mañanas en la sala de espera del especialista, yo con Jacintito en la primera fase de la enfermedad, muertos de miedo los dos cada-vez que enrojecía un pañuelo; él, con su hija, una chica de unos veinte años que perdía peso cada día y nos miraba ya como desde otro sitio. Me dijo que la chica no había sobrevivido al inicio del invierno. Había mejorado algo en otoño y estaban a punto de ir a Sevilla para *darle los perritos*, pero después fueron dos días. Le pregunté qué era aquello de los *perritos*, y se sorprendió de que no me hubiera enterado; se estaba corriendo la voz, eran ya varios los casos de tuberculosis que se habían curado milagrosamente.

Hice averiguaciones, puse conferencias, hablé con un cuñado de mi antiguo armador que vive allí, y una semana más tarde cogimos el tren camino de Sevilla, con una dirección y una cita concertada. Jacintito se pasó el viaje tosiendo y diciéndome que quería volver a casa, ante la mirada compasiva del resto de los ocupantes del vagón.

Llegamos exhaustos, cubiertos de hollín, desorientados. El calor húmedo de la ciudad y el miedo y la tos nos impidieron pegar ojo. Pasamos el día en

el restaurante desierto del hotel, en silencio, sudando, contando los minutos, haciendo tiempo hasta la hora de la cita. Creo que el conductor del coche de alquiler, al escuchar el nombre de la calle y ver el aspecto del niño, asintió para sí mismo, entendiendo lo que buscábamos; tal vez no era el primer enfermo que llevaba a *tomar los perritos*, no sé, no nos comentó nada.

Era un barrio de tres calles o cuatro calles, sin pavimentar, constituidas por casas desiguales y destartadas. Anocheceía. Nos recibió una anciana vestida de negro con un pañuelo cubriéndole la frente y casi los ojos, que, antes de dejarnos entrar, me pidió el dinero acordado frotándose dos dedos. Pasamos a una habitación con una mesa camilla y varias sillas desparejas donde ya esperaban dos matrimonios que habían venido desde Bilbao y de las islas Canarias, con un hijo y una hija igual de consumidos que el mío, para seguir el mismo tratamiento.

En algún sitio de la casa, los perros no dejaban de ladrar.

Un viejo que masticaba un mondadientes nos trajo una vela y nos explicó que mientras otros hacían un guiso con los cachorros recién sacrificados, ellos preferían destilar un caldo con la sustancia, porque habían descubierto que así era más efectivo el remedio, y porque los niños, normalmente desgastados, se lo tomaban mejor.

Pronto se nos acabaron los temas de conversación. Todos estábamos igual de asustados. Estuvimos no sé cuánto tiempo esperando.

Los niños ya se habían dormido cuando apareció la vieja con tres tazones descascarillados conteniendo un líquido espeso y negruzco. Los colocó en la mesa, retrocedió un paso, y se nos quedó mirando severamente, como desafiándonos a dejar una sola gota o a cuestionar sus propiedades.

Los otros padres y yo aguantamos aún un momento aquella mirada antes de despertarlos; me pareció que, más que por asco o por la indecisión de cuál de ellos sería el primero en probar una vez más otra receta del demonio, por la desesperanza indeleblemente incrustada en todos nosotros desde que emprendimos el descenso a aquel lugar.

8

Lucio

XXIX

*«En el cuarto pilar donde se consagra a Saturno
Por temblante tierra y diluvio hendido.
Bajo el edificio saturnino encuentra urna,
De oro capión encantado y luego rendido».*

Nostradamus, Centuria VIII

—Con catorce años, mi tío me llevó al puticomio que frecuentaba. —
Recuerda Lucio, mirando por la ventanilla, totalmente despejado.

Desde el anterior punto y aparte de la conversación, Éctor ha tenido tiempo de echar una cabezada, y la noche, de disiparse bajo el primer resplandor de un sol muerto.

Por supuesto, el dramaturgo exigió viajar en primera clase; tuvieron la suerte de encontrar vacío el segundo de los cuatro departamentos de los que constaba el vagón, remolcado por una de las nuevas máquinas fabricadas en la empresa española La Maquinista Terrestre y Naval, y pasar las largas horas del viaje sentados en cómodos asientos de muelles forrados de grueso paño e iluminados por bombillas —de bayoneta para que no se aflojaran con la vibración— alimentadas por energía eléctrica, en vez de los asientos de madera desnuda y los faroles de aceite que padecían las dos clases inferiores del ferrocarril.

—Un burdel regentado por una bruja —prosigue Lucio—. Pero una bruja de verdad, de las de choza, caldero y pócimas mágicas. Tenía el cuerpo de

una mujer de ochenta años, con su chepa y sus piernas temblorosas, y la cara de una de veinticinco; un encanto, no te creas.

—¿Tu tío quería someterte a un tratamiento de shock?

—No, más bien lo contrario; el vizconde era lo que antes se llamaba un hombre de mundo, y que ahora se le llama a cualquier imbécil que sepa cuatro palabras en inglés y haya visitado Portugal. Es curioso que siempre piense en mi tío Sixto como en el vizconde; me lo pegó la servidumbre, que fue, en realidad, quien nos crió a Séptima y a mí; el mayordomo y la gobernanta, unos hermanos increíbles. En fin, él sabía que no me gustaban las mujeres, yo lo sabía, y la bruja lo supo en cuanto me vio, pero ninguno de los tres estábamos del todo seguros, así que había que pasar por aquello. Mi tío consiguió que me relajara bromeando todo el camino, contándome las más grotescas desviaciones que había conocido directa o indirectamente en sus andanzas, y la bruja preparándome una bebida dulce y espesa, y tratándome con gran simpatía; al rato me hizo pasar a una habitación donde me esperaba su sobrina, una chica no mucho mayor que yo, muy simpática también, con la cabeza afeitada. Ni esos charlatanes de los surrealistas imaginan escenas así. Cinco minutos y listo, problema resuelto para toda la vida. Con los años he lamentado que aquello no fuera la clase de experiencia insoportablemente bochornosa que te provocan uno de esos modernos traumas psicológicos; me hubiera servido algún día para componer un drama de lo más vistoso.

Éctor no comenta nada pero la media sonrisa le dura un buen rato. Apenas son necesarias las palabras con un individuo así.

Tras las ventanillas, Madrid ha comenzado en cientos de chabolas la prolongación tumorosa de la ciudad.

A Lucio le faltaba contextualizar la anécdota.

—Los padres de Séptima murieron en un accidente, cuando era muy pequeña. Los míos se habían separado unos años antes; él era diplomático, vivía en Suiza, se suicidó hace tres años; y mi madre, que me ha salido bastante puta, sigue en París, dilapidando lo que queda de la fortuna familiar —distanciada, divertido con su propia historia—. Así que mi prima Séptima y yo nos fuimos a la mansión del vizconde. Villa Saturno. Yo me pasaba el tiempo escondido por los rincones, ya era bastante raro por aquel entonces.

Pero ella desarrolló una especie de íntima camaradería con nuestro tío; a pesar de la diferencia de edad, ella era una niña de doce y él tendría unos veintitantos, la trataba como a un igual. —Pierde el hilo—. A ver qué quiere contarnos.

La ciudad se les echa encima, tienen la falsa impresión de que el estruendo se impone al ruido de la maquinaria del tren. Lucio reacciona, zanja las evocaciones y se traslada al futuro inmediato, algo ansioso.

—¿Cree que debemos visitar a Enrique, a Enrique Jardiel Poncela, hoy mismo? —Como si fuera eso lo que le preocupa todo el tiempo mientras habla de cualquier cosa.

—Lo que tú veas —Éctor.

—Hoy es un poco precipitado. Mejor esperar a estar instalados del todo —convenciéndose.

—¿Le has avisado de que venías?

—No... no. Es mejor que sea una sorpresa. Seguro que se acuerda de mí y se alegra de verme.

Aunque su mirada más allá de la ventanilla es más grave de lo habitual.

Enseguida, Atocha.

Éctor parece ser el único de los dos en percatarse de que ha venido a recibirles la misma niebla color pajizo que les perseguía en Sevilla, pero más fría y más densa, y arrastrando peores presagios.

—Sixto Esteban de Arenzana y Fernández de Yerena, vizconde de Yerena.

Lucio, ante la foto sujeta al marco del espejo de la habitación que comparten en la fonda del Paseo de las Delicias, unos veinte minutos a pie desde la estación. Éctor la ha colocado allí en cuanto llegaron, antes de deshacer su macuto, un recordatorio de la misión que le ha llevado hasta Madrid, como fijando un punto en su mapa mental cada vez más confuso.

—¿Cuál de ellos? —Señala al conjunto de seis hombres y una mujer disfrazados de concertistas.

—Este. El más chulo.

Alto y apuesto, lidera y representa al grupo. Al frente de todos, sujeta descuidadamente el violín bajo el brazo con el mástil apuntando hacia el suelo, y se deja mirar por la cámara. Arrogante y burlón, melancólico y condenado.

—¿Conoces a alguno de los otros? —Éctor no necesita acercarse a la fotografía, ha memorizado cada detalle; habla desde la cama, recostado, exhausto del viaje.

—De vista. Solían pasar por villa Saturno, pero se encerraban enseguida en la biblioteca del ático; apenas les veía.

—¿No sabes el nombre de ninguno?

—Yo les admiraba, ¿sabes? No se parecían a nadie que yo conociera, eran gente insurrecta, que no respetaban autoridad alguna, con gran sentido artístico, muy inteligentes, con una elegancia fuera de toda norma. Me hubiera encantado que me admitieran de algún modo en su círculo. Pero ellos pasaban a mi lado sin ver más que a un adolescente feo y larguirucho que los miraba con rencor —el rencor, con los años se ha desvanecido.

—¿Te dicen algo las palabras *Ruino sen nomo*?

—¿Qué significa? ¿Qué es?

—Ruinas sin nombre. Esperanto.

—Adoptaron el esperanto como su idioma privado. Otra manera de desmarcarse del resto de la humanidad.

—¿Y el que está de espaldas? —Señala de nuevo la fotografía.

—No sé. No lo reconozco.

Por primera vez desde que lo conoció, presiente que Lucio no le está diciendo la verdad, que de ninguna manera va a proporcionarle la información que tal vez contenga la clave de todo aquel asunto.

Éctor se levanta, abre la ventana y se apoya en el alféizar; a pocos metros, un edificio más alto convierte la trasera de la fonda en zona de sombras permanente.

Tras la esquina se escucha Madrid.

Es un estruendo que sube y llena. Trayendo mil historias. Puede oír los bombardeos que aún no se han producido. Puede oír el sonido de las piernas al abrirse de una mujer que se tiende en el suelo de un callejón, sobre una

puerta rota, mientras dos tipos le tiran dinero a la cara para una botella. El llanto de dos niños que se pasan el día amarrados a la tubería de un cuarto de baño. El ruido del motor de cientos y cientos de vehículos y el ruido de la respiración de un anciano que, sin saberlo, cruza las carreteras deseando ser atropellado por alguno de ellos. Editores que cierran manuscritos en la segunda página. Pintura barata que se cuartea en las paredes ante la mirada atenta de enfermos amarrados con sábanas. Una mujer deja sobre la mesa un puchero parchado y ni la familia se atreve a preguntar el contenido ni ella a mostrárselo. Cuatro niños juegan a los toreros; de toro siempre hace el mismo, siempre, y está llegando a pensar que no hará otra cosa el resto de su vida. Un lotero le cambia el décimo en el último momento a un político que no advierte ni el cambio de número ni la mirada de odio del vendedor. Un edificio se cae a pedazos sobre sus ocupantes, y el rey, con una piqueta de oro, da el primer golpe para demoler un edificio en perfectas condiciones. Un esquilador blasfema. Un guardia blasfema. Una planchadora blasfema. Un afilador blasfema. Un cura blasfema. Un hombre asesina a su hija embarazada. Un maestro, que nunca lo había hecho, blasfema, y se siente mucho mejor. El estruendo, armado por miles de sonidos e imprecaciones, se sigue llenando de historias, se expande, hasta llenar la habitación como un aire pestilente y tangible.

Éctor se da la vuelta y ve a Lucio dormido, sin desvestirse; tendrá que esperar a mañana para la primera pesquisa.

Cierra la ventana. El estruendo se queda dentro.

Lucio se orienta bien hasta la plaza de la Paja, y entre los fantasmas de antiguos palacios sustituidos por viviendas populares, más allá de la capilla del Obispo, termina encontrando el piso donde vivían los padres de su prima.

No se tropiezan con nadie por las escaleras. Lucio llama a la puerta y se aparta, dejando que sea Éctor el que quede enmarcado.

Séptima abre.

Tiene los ojos del mismo dorado sucio que la niebla bajo la que ha pasado las últimas noches.

Así que se queda callado, como un imbécil, hasta que aparece Lucio con una breve pirueta.

—Lucio.

—Séptima.

Se abrazan; no se parecen en nada pero hay algo que les iguala.

—¿Qué haces en Madrid? —La mujer habla sin soltarle, con una sonrisa a la que no está acostumbrada.

—No podía dejar pasar ni un día más sin verte.

—¡Qué alegría! —poco apoco la sonrisa se desvanece.

—Deja que te presente a mi amigo Éctor.

Le estrecha la mano; tardará en volver a mirarle. Les invita a entrar.

Es un piso grande, de techos altos. En el salón no hay más muebles que un escritorio con una silla junto a la ventana. El suelo está cubierto de pilas de libros, las que se apoyan en la pared alcanzan casi dos metros de altura. El único adorno es un viejo cuadro en el que vemos a un tipo seboso vestido con un abrigo de piel y un turbante, con una mano alzada histriónica y una copa de vino en la otra.

La mujer desaparece en busca de *algo en lo que sentarse* por una puerta a través de la cual se ven más libros apilados.

—¿Y este mamarracho? —pregunta Éctor acercándose al cuadro.

—Sir Francis Dashwood. No fue un mamarracho. —Séptima, que ha regresado con dos cajones de madera—. O quizás sí lo fuera. Quizás fuera ésa una forma más de oponerse a los bienpensantes de su época. Siento no poder ofreceros nada mejor.

Va por la silla del escritorio y forman un triángulo bajo el cuadro.

—Era uno de los cuadros predilectos de mi tío —explica Lucio—. Sentía gran admiración por él. Dashwood fue el creador de la Orden de los Franciscanos Medianitas, conocida por todos como el Club del Fuego Infernal. Un tipo notable. A mediados del siglo XVIII se compró una abadía abandonada a orillas del Támesis y, junto a algunos amigos y amigas de su mismo círculo, más algunas chicas y chicos extraídos del arroyo, creó la citada orden, que pretendía imponer los principios del placer por encima de cualquier convención social o religiosa. Drogas. Orgías. Misas negras. Ojalá

yo hubiera nacido en esos días; me hubiera encantado acercarme, embozado, por las noches, en una barcaza, para ver qué sorpresa o qué sacrificio nos reservaba el bueno de Francis.

La penumbra, el silencio y el aire gélido convierten la estancia en una especie de panteón, las pilas de libros a modo de lápidas.

Aun así, Séptima sólo viste una camisa de lino blanco sobre una camiseta; pantalones de montar verde esmeralda y botas hasta la rodilla. Pálida, alta, delgada, el pelo corto de un color tan desvaído como sus ojos. No es hermosa. Sí lo es.

—Es lo único que me traje de la casa —señala el cuadro—. Y los libros, claro.

—¿Tienes la llave de villa Saturno?

—¿A qué has venido, Lucio? —Sigue con la sonrisa perdida, tal vez para siempre—. Perdona. Perdonadme. Me cogéis en mal momento. Me recogen enseguida.

Tiene la voz grave, un poco mellada en los filos, pero innegablemente femenina.

—A verte. A buscar algo que perteneció al vizconde. Siento retenerte, ¿trabajas?

—A veces acepto que me paguen, aunque no nos educaron para eso. Hago traducciones para la embajada francesa. Encargos de otras clases. Y hace más de un año que estoy con la traducción de la correspondencia del marqués de Sade —hace un gesto hacia el escritorio lleno de hojas, cuadernos y libros de consulta—, aunque nadie me dará una peseta por eso. No creo ni que se atrevan a publicarlas.

—¿Entonces? ¿Por qué las traduces? —Éctor.

—Porque es una vergüenza que no se pueda leer en español la obra completa de una de las voces más lúcidas que ha dado la historia del pensamiento. Estoy convencida de que es en sus cartas, más que en sus novelas o su teatro, donde encontramos los precios que pagó por su demente racionalismo, por su valentía a la hora de descender al basurero que somos.

—El vizconde lo veneraba. También intentó reivindicarlo a su manera —Lucio.

—Sixto decía que eran hermanos de armas; bromeaba con que una de las cartas del marqués titulada «M. le Six» estaba dirigida a él. Tú le robaste una de las películas del *Sagrado Tríptico* —no lo acusa, cita el dato.

—Y ahora he venido a buscar las otras dos.

Se vuelve a Éctor.

—¿Estás detrás de esa búsqueda? —le pregunta.

—Estoy en medio.

Calla un momento.

—Siento no poder ayudaros. Me han interrogado y amenazado durante años. Han registrado varias veces este piso. No sé dónde están.

—¿Pueden estar en villa Saturno?

—Imposible.

Llaman a la puerta.

—¿Me darías la llave para echar un vistazo? —Lucio, serio.

—No quiero saber nada de todo esto. Tengo que irme —se pone en pie.

—Ni yo quiero mezclarte; pero tenemos que hablar. Eres la única que me puede decir dónde encontrarles.

Les deja y abre la puerta. El salón parece llenarse de algunas sombras nuevas. Una mujer con traje de hombre, corbata, abrigo largo y mascota ladeada la mira y los mira indiferente sin ademán de entrar.

Séptima la deja allí, se pierde de vista en un cuarto y vuelve con una especie de levita negra hasta las rodillas.

—Podéis quedaros cuanto queráis. Y volver siempre que os parezca; si no me encontráis aquí, suelo parar en el café Dadá, en la calle del Arenal, junto al Nuevo Café de Levante.

—Muy bien.

Se da la vuelta.

Se da la vuelta de nuevo y vuelve a sentarse. La mujer de la puerta no demuestra impaciencia.

—Lucio —baja la voz, se acerca, le pone la mano en la rodilla—, me importa una mierda que se entere este tipo —sin mirar a Éctor—, ¿sabes en lo que te estás metiendo? Ellos dejaron puertas abiertas a sitios de los que es mejor no saber nada.

—El sitio del que yo vengo tampoco es gran cosa.

Se levanta y esta vez sí se marcha.

Éctor piensa en que hay más de una razón para no querer que se vaya.

—Lo que me contaste del burdel que visitaba tu tío, ¿era cierto?

—El evangelio. El satánico, eso sí.

Están almorzando tarde en Casa Botín. Se concentran en el excelente solomillo asado, la lechuga aliñada y el vino, e intentan no mirar con asco la grasa de los lechones y cabritillos en la que se regodean los comensales de la mesa de al lado. Lucio ha elegido uno de los mejores y más antiguos restaurantes de Madrid pero no parece que celebren nada.

—¿Iremos hoy al café de Jardiel Poncela?

—No. Mejor mañana —es el único tema que pone nervioso a Lucio—. Estoy pensando si no hubiese sido mejor escribirle que venía.

—No le des tantas vueltas.

—Ya.

El comedor está casi vacío a esa hora y la luz artificial refuerza la sensación de invierno tras las ventanas. Piden más vino y esperan a que el camarero se lo sirva para seguir hablando.

—¿Sabrías encontrar el burdel?

—Claro. En Mesón de Paredes. Si es que el Santo Oficio no las ha pasado por la hoguera. ¿Por qué?

—La impresión que me dio lo que me contaste es que aquella... bruja, era íntima de tu tío, una especie de cómplice en sus extrañas preferencias.

—Efectivamente. Una vieja bruja guarra de unos pocos reales propietaria de una mancebía de mala muerte. El vizconde no se relacionaba con cualquiera.

—Hoy no podemos volver a insistir con Séptima. No creo que convenga presionarla; ni que se deje. Y no tenemos más pistas. Tengo la esperanza de que esas dos películas hayan llegado al mercado de alguna forma; en su momento pudieron ser un manifiesto, pero hoy tienen otro valor. Es posible que la bruja te recuerde y quiera contarnos algo de tu tío. O, al menos, que

pueda informarnos de los lugares donde se puede encontrar esa clase de material en Madrid.

—... —Se encoge de hombros.

—¿No habrás recordado nada acerca de los tipos de la foto, verdad?

—Nada.

—Entonces... —sin creerle.

Lucio paladea el vino pensativo y suelta una carcajada.

—¡Entonces vámonos de putas!

A la penumbra justa para que las tusonas de una peseta te enseñen las faldas que se han rajado para ti, para no sentir la mirada de los chulos que no dudarían en cobrarte en sangre, para no distinguir a los otros hombres que han acudido como tú en busca de la dosis de cieno que contrarreste la insoportable bendición de sus vidas inmaculadas.

En esa parte de la calle Mesón de Paredes conviven míseras pensiones repletas de gente acabada con míseros prostíbulos señalizados por faroles rojos en la puerta para guiar a los clientes; si no fuera por los faroles, sería imposible distinguir entre las diversas clases de miseria.

—Es aquí —Lucio le indica una cruz en bajorrelieve grabada sobre la madera del portón—. Es una bruja creyente.

Cruzan la entrada y encuentran un patio oscuro sin pavimentar con construcciones de adobe y piedra a cada lado. La primera de la izquierda es más grande que las demás, está en mejor estado y de su ventana surge una iluminación tenue. Les abre enseguida una preciosa chica, demacrada, casi exangüe, joven pero con el pelo cano peinado sobre los ojos que son dos manchas negras invisibles.

Lleva un vestido negro poco entallado, abotonado hasta el cuello.

—¿Podemos hablar con la señora de la casa? Soy un antiguo discípulo suyo —se presenta Lucio con una reverencia.

—Pasad.

El corto vestíbulo les deja en la sala principal de la casa. Una mesa de madera con una botella de aguardiente, tres sillas y una mecedora. Varias estanterías llenas de recipientes de barro sin rotular. Un cuadro con la imagen vuelta hacia la pared. Un crucifijo sin cristo. Un baúl de madera deslustrada.

Una gran chimenea con el caldero despidiendo un aroma desconocido. Un paraguero lleno de bastones con empuñaduras de metales que pueden ser plata.

La estela vertiginosa salta desde el paraguero hasta el baúl.

Éctor siente una profunda repugnancia por las...

—... no es una rata, sino su adversario natural. Un armiño.

Desde la habitación del fondo, avanzando trabajosamente y gracias al bastón con sus delgadas piernas temblorosas, muy cargada de hombros, el cabello suelto y el rostro descabelladamente joven, llega la bruja.

Ya más cerca, no hay dudas de que han debido de transcurrir cientos de años para forjar una mirada así.

—Veo que han conocido a mi sobrina, Cristiana. Es su nombre, no su creencia, aunque lo somos, a nuestra manera. Siéntense, por favor. Veamos en qué... —reconoce a Lucio—... Tú eres *su* sobrino. ¡Qué alegría! Dame un beso.

—La he recordado a menudo durante estos años —la besa en ambas mejillas y se sienta.

—Lo sé. Cristiana, vamos a invitar a estos amigos nuestros a una copita de licor de niebla. Lo hago yo misma.

Éctor piensa en que la niebla no deja de perseguirle, mientras intenta descifrar el sabor del líquido turbio que le ha servido la chica a la que no ha podido verle los ojos antes de retirarse.

—Le gusta mi sobrina —afirma la bruja—. Le convendría pasar un rato con ella. Todavía puede ayudarle.

—Nadie puede ayudarme. Pero quizás venga a verla uno de estos días.

—Se equivoca. Aquí estará.

Tiene un leve acento extranjero imposible de precisar.

—¿Y su otra sobrina? Aquella chica rapada. Me gustaría saludarla. — Lucio.

—Está en Italia, pasando una temporada con un cardenal nieto de un viejo amigo mío; ampliando conocimientos. Le daré recuerdos. Dime a qué has venido.

—Seguro que ya lo ha adivinado.

—Claro, y no puedo hacer nada por ti. Pero dímelo de todas formas, te mereces pasar un mal rato diciéndolo en voz alta.

—¿Cree que hago mal?

—Lo peor. Arriesgarte por la causa de otros.

—Es lo que hacemos los que carecemos de una propia.

Una pausa y los dos terminan sonriendo, ella como una muestra de comprensión hacia todas las cosas. Lo anima a continuar.

—Me gustaría que me hablara del vizconde. De los servicios que le prestaba. De sus amigos. Cualquier cosa que me ayude a encontrar unas películas que rodaron. Lleva razón, no me resulta fácil venir a sonsacarla después de tanto tiempo.

—No sé nada de películas —la bruja apura su bebida de un trago y sigue hablando mientras mira la copa vacía como si fuera una bola de cristal—. Tu tío, y sus amigos detrás de él, se había perdido en el laberinto más peligroso y atrayente que hay, un laberinto en el que se entra a través de las cloacas que llevamos dentro, y del que, si has penetrado lo suficiente, ya no quieres salir, sino bajar y bajar y bajar. Creía que se iba a encontrar allá abajo con Dios y que podría ajustarle las cuentas. Empezó como un juego. Dar y recibir dolor. Participar en aquelarres en los que mis mujeres se untaban ungüentos alucinatorios a base de estramonio en la entrepierna, según es costumbre entre nosotras. Siguieron bajando. Yo les proporcionaba mujeres tullidas, muchachos con enfermedades en la piel, una chica con los estigmas de cristo que se dejaba hacer mientras sangraba, pócimas que cortan los lazos con este mundo durante días enteros... No les bastaba con todo eso, querían más, querían lo peor. Recién nacidos. Muertos. Muerte. —Se para un instante—. Tengo muchos años, muchísimos más de los que te puedas imaginar. He conocido a otros así y sé cómo han terminado. Les dije que no.

El armiño asoma su cabeza triangular de ser de otro planeta desde una esquina del baúl y les mira asqueado.

Incubos y súcubos también les miran, pero sarcásticamente, desde las sombras del techo.

—Hábleme de sus amigos. —Lucio.

—Eso mismo me preguntó el profesor. No sé sus nombres, sólo trataba

con el vizconde. Ni siquiera les veía la mayoría de las veces; les mandaba aviso de que tenían preparada la habitación del fondo, que es la más grande, a tal hora, y ellos pasaban directos allí. Venían los siete, incluyendo la chica, o sólo algunos. Otras veces sólo tu tío.

—¿Qué profesor? —interviene Éctor.

—Un hombre mayor. Se presentó un día a hacerme preguntas. No le dije nada, pero supe que lo habían enviado para acabar con todo aquello. Le llamo el profesor porque una de mis sobrinas se lo encontró una mañana y lo vio entrar en un colegio que hay por la calle de Postas.

—¿Sabe algo más de ese hombre? ¿Qué colegio era?

—Lo único que le puedo decir es que le faltaba un brazo.

La bruja no tiene prisa, nada le suena a nuevo, tiene callejones sin salida de sobra para todas sus preguntas.

—¿Nunca escuchó nada relacionado con unas películas que estaban haciendo? Ya se puede imaginar de qué clase. Es raro que no le pidieran... actrices, por ejemplo, para participar en ellas.

—Aquí no hicieron nada de eso. Ten en cuenta que no era yo la única que les abastecía de lo que necesitaban. En esta ciudad hay más de una entrada a la casa del demonio.

—Es posible que, una vez desaparecido el vizconde, alguien haya vendido las películas —Éctor, grave—. Quizás usted pueda darnos alguna dirección donde vendan esa clase de material.

La mujer se queda mirándole, la boca ligeramente abierta y su hermoso rostro, inmarcitable hasta el absurdo, aún más pálido; los hombros vencidos bajo el peso de todos los conocimientos que no desea.

—Es la segunda vez que te veo esta noche... Daría igual. No te volverías, aunque aún estás a tiempo. No entiendes. Pero recuerda, el lago es la entrada, y el lago te espera.

—No, no la entiendo.

—Daría igual —hace una pausa y refugia su mirada de nuevo en la copa, de donde no la apartará hasta que se marchen—. Hay muchos que venden esas películas; en esta misma calle encontraréis alguno.

—Son especiales —Lucio—. En una de ellas muere alguien como parte

del espectáculo.

Asiente, no hay nada que la sorprenda.

—Sé de un lugar, pero te advierto que son gente muy peligrosa. Sanguinarios. Locos. Unos tramoyistas del teatro Reina Victoria, en Carrera de San Jerónimo; tendríais que entrar por detrás, después de la última función, cuando se hayan marchado todos. No las tendrán y os harán cualquier cosa, para quedarse con vuestro dinero o porque sí, no necesitan motivos —ha pronunciado la última frase sabiendo que es inútil intentar convencerles.

Los dos hombres se ponen en pie.

—No la molestamos más —Lucio se adelanta y le toma una mano—. Me ha alegrado mucho volver a verla. Me gustaría venir otro día, sólo para charlar. Sin preguntas.

La bruja asiente como toda despedida; como si no le creyera o como si fuera imposible.

Se cierra la puerta.

El silencio de la sala no parece confortarla.

A los pocos segundos, unos pasos resuenan desde el interior de la vivienda.

El hombre se queda tranquilamente junto a la chimenea con las manos en los bolsillos de su elegante abrigo marengo, aspirando la fragancia del caldero, el resplandor de las llamas deformando la cicatriz sobre su ojo derecho.

—¿Puedo rogarle que comparta conmigo un poco de ese licor de niebla? Tengo que reconocer que el nombre ha despertado mi curiosidad —recuerda que aún lleva puesta la mascota y se descubre con gracia.

—No. Es sólo para los amigos —a él sí lo mira de frente, como para demostrarle quién posee la verdadera magia—. Pero puede sentarse conmigo.

—Gracias. —Piancastelli deja el sombrero sobre la mesa y cruza las piernas, sonriente.

—¿Lo ha oído todo?

—Todo.

—No quiero volver a saber nada más de todo esto. Soy muy vieja. Estoy más cerca de los desaparecidos y de los muertos que de sus simplezas y manejos. No quiero traicionarles. Tal vez pronto decida reunirme con ellos.

—¿De los desaparecidos y de los muertos? ¿Cuál es la diferencia?

—A mí no intente engañarme.

Piancastelli asume la superioridad de la mujer en cuestiones sobrenaturales ensanchando la sonrisa.

—¿Y sobre estos dos? ¿Tampoco quiere decirme nada?

—Los he enviado a un lugar terrible que habrían encontrado de todas formas. El sobrino del vizconde... me gustaría poder haber hecho algo por ese chico —entristecida.

—Yo cuidaré de él.

—No podrá hacerlo.

Éctor salta de la plataforma en medio de la mañana lluviosa, en un lugar que no conoce; se guarece en un portal, sin prisas, absorto en el trole del tranvía que le ha llevado hasta allí y, cuando lo pierde de vista, en un quiosquero enano, en una mujer con un impermeable de marinero, en cualquier cosa que le ayude a vincularse con una raza, una época y una tierra con los que no tiene nada que ver.

Ha hecho dos llamadas. Con la segunda, al número que le proporcionó el notario, sólo pretendía informar de que ya está en Madrid, pero le esperaba un mensaje: debe visitar un domicilio de la barriada Peñuelas, dentro de dos días.

Lucio se ha quedado en la fonda, escribiendo unas cartas; se ha levantado nervioso, y lo que es aún más sorprendente en él, taciturno, irascible; el encuentro previsto para esta tarde con su amigo Enrique Jardiel Poncela lo ha sacado por primera vez de su personaje desde que se conocen. Se está encariñando con él. Sabe que le oculta algo. No puede establecer lazos, ni afectivos ni de ninguna clase, con nadie. No puede pasar por alto ninguna información.

Se levanta el cuello del gabán y se acerca al quiosco, paga diez céntimos por *El Día Gráfico* y vuelve al portal. Abre el periódico por el final, no quiere saber lo que el dictador y esa cuadrilla de patanes a los que llama Directorio Civil han hecho por el país en los últimos días. Las películas que pueden verse en las salas de cinematógrafo son un reflejo de una población con una inagotable capacidad para inhibirse de las dificultades reales a cambio de los divertimentos más lerdos; en el Cervantes puede verse *Problema resuelto*, en el Palacio de la Música, *Pilar Guerra*, en el Madrid, *Noche de alboradas*, y, con un éxito que ellos mismos definen como aplastante, en el Argüelles, *Nobleza baturra*, y, en el reconvertido Teatro del Centro, *Currito de la Cruz*, con La Romerito, Jesús Tordesillas y Rafael Calvo. Otros se evaden con el género de películas que él debe recuperar, o tal vez sean los mismos, a diferentes horas del día.

Sigue pasando páginas hasta encontrar lo que busca; en el teatro Reina Victoria representan *Old Spain*, de Azorín, un narrador y ensayista metido a dramaturgo. No conoce la obra y cuando fueran esa noche al teatro sería para buscar otra clase de función.

La bruja le dijo, o estuvo a punto de decirle algo, que no entendió muy bien; pero tiene la sensación de que está a punto de encontrar la entrada a un lugar del que no podrá salir.

El lago.

Cierra el periódico, sigue lloviendo. Va siendo hora de orientarse y regresar a la fonda para recoger a Lucio.

—Yo no me levanto a las siete de la mañana ni para asistir a la resurrección de la carne.

Declama Lucio con la voz impostada, mientras se acercan a la glorieta de Bilbao bajo el paraguas; después informa de que se trata de un parlamento de su admirado Enrique Jardiel Poncela, se ríe con ganas, y pasa súbitamente a una total gravedad en cuanto llegan al café Europeo.

Conduce a Éctor hasta una mesa apartada, casi detrás del perchero. El espacio destinado a la orquesta está vacío a esa hora, pero hay un gran

número de tertulias efervescentes que apenas permiten escucharse. Lucio pide rápidamente dos cafés con leche al camarero, sin dar más opciones a su compañero. Ha pasado casi dos horas eligiendo y descartando traje y corbata y cepillándose la melena, pero parece encogerse sobre sí mismo, temeroso de llamar la atención.

—¿A qué hora suele llegar tu amigo Jardiel? —Éctor.

—Ya está aquí.

Señala con disimulo una mesa del fondo ocupada por un tipo moreno que, aun sentado, revela su escasa estatura; de la misma edad aproximada que Lucio, un tipo muy elegante, feo, con los rasgos afilados, feo, pero con esa clase de magnetismo que despierta, en los hombres, el deseo de ser amigos suyos, o al menos compañeros de trabajo, aunque sea vecinos de edificio, y a las mujeres cualquiera sabe lo que les despierta, porque una chica con abrigo de pieles a la que el café entero mira con libidinosa admiración lo reconoce al pasar, abandona al tipo con perilla y capa que la acompaña, se sienta a su lado, le murmura algo rozándole la oreja con los labios, y se marcha sin dejar de volver la cabeza hacia él cada pocos metros.

—¿Nos acercamos? —De nuevo Éctor.

Jardiel Poncela ha convertido la mesa de mármol en su escritorio, llenándola de cuartillas, lápices, borradores, su estilográfica, un frasco con pegamento y tiras de papel para escribir y pegar las correcciones. Tras la interrupción, intenta volver a concentrarse en su trabajo y comprueba entre dientes la sonoridad de un diálogo, pero ya sea porque se está haciendo tarde, porque lo que ha escrito no le satisface o por la invitación de la mujer, cabecea y comienza a guardar en su portafolios todos los útiles de escritura. Se levanta, se pone abrigo y sombrero, saluda al camero con un gesto y deja la mesa.

A unos pocos centímetros de su taza, da la impresión de que Lucio busca algo en el interior.

Muchos le saludan al pasar, a distancia, con exagerada cordialidad, respetuosos; la mayoría no sabe quién es —un joven articulista a punto de estrenar su primera comedia—, sólo que los camareros le llaman *don Enrique*, pero intuyen que algún día podrán contar que concurrían al mismo

café que él.

Lucio queda en silencio.

Jardiel Poncela sale.

Por fin distinguen el cartel pintado a mano de *Old Spain* sobre la marquesina del teatro Reina Victoria.

—Azorín nos ha salido surrealista —comenta Lucio, que ha ido recobrando su humor de siempre a lo largo de la tarde—. Parece que no está logrando mucho éxito; ni siquiera a mí se me ocurriría titular en inglés una de mis obras. Los compañeros de la profesión sí la ponen bien. Habrá que verla.

No han venido a eso, a esta hora de la madrugada el local está cerrado y, además, llega un momento en que pasar de largo de las entradas principales se convierte en una de las marcas más apreciadas de tu personalidad. Doblan la esquina y se detienen a mitad del estrecho callejón.

Noche, lluvia, nadie.

Éctor verifica por segunda vez la pistola en el cinturón y arranca de nuevo por el angosto acerado hasta encontrar una puerta lateral, seguida de otras dos. Golpean la primera, las otras. No se escucha nada en el interior. Miran hacia arriba y sólo ven los grandes ventanales ciegos, austeros, contrastando con el historicismo de la fachada delantera; desde aquí, la masa grisácea del edificio parece cualquier cosa —un presidio, una morgue— menos un lugar destinado al arte.

Se abre la primera puerta.

—¿Qué? —Un tipo grande, con una deteriorada gorra de plato y un bastón de nudos.

—Buenas. Queríamos comprar una película. —Éctor se siente ridículo, pero no se le ocurre otra manera de plantearlo—. Nos han dicho que aquí las podríamos encontrar.

—Esto es un teatro y está cerrado —empuja la puerta.

—Espere...

—¡Ya está bien de dar por culo! ¿Eh? —Les enseña la garrota un momento y cierra.

Dudan sobre si deben volver a llamar, la lluvia arrecia.

Lucio va a sugerir que quizás haya otra puerta en la trasera. Se escucha una voz a su espalda.

—¿Quién os ha hablado de esto?

Douglas Fairbanks.

Un sombrero vencido por el agua y un impermeable sobre los hombros. Alto, atlético, muy atractivo, la media sonrisa moldeada en los músculos y la piel. Los rizos, el bigote y la mosca de Douglas Fairbanks interpretando a D'Artagnan.

—Una pelandusca de la calle Mesón de Paredes —Éctor.

—¿Qué clase de película buscáis?

—En París vi alguna muy fuerte —Lucio—. Nos han dicho que sólo aquí podríamos encontrar de éstas.

—¿Cómo de fuertes?

—De las que los actores no pueden hacer la segunda parte.

—¿Estás dispuesto a pagar lo que yo te pida? —estrechando los ojos.

—Pídeme lo que quieras —insinuante.

—¿Tu novio también?

—Mi novio también.

Éctor tiene una visión de dónde está, de lo que parece, de hasta dónde va a llegar. Afortunadamente, la visión es fugaz.

El individuo se acerca a la puerta y ésta se abre desde dentro. El de la gorra de plato se aparta para dejarles entrar y, antes de perderse, le entrega a Fairbanks un quinqué encendido, a cuya luz les conduce por un estrecho pasillo que descende en una pendiente de pocos grados. Se escuchan voces y risas procedentes de un piso por debajo de ellos. Tras varias revueltas, Lucio comprende que la pared derecha está constituida por los bastidores y se detiene ante la primera apertura.

—¿Puedo? —pregunta al guía, que se encoge de hombros.

Seguido de los otros dos, entra desde atrás en el cuerpo del escenario a través de uno de los practicables. Lo cruza solemnemente, aparta el telón, y se queda de pie en el proscenio, observando el patio de butacas y los palcos desiertos a la luz fantasmal que penetra por la inmensa claraboya.

Justo antes de que cesen los aplausos que sólo él puede oír, la voz del guía interrumpe su trance.

—¿Actor o autor?

—Autor.

—¿Siempre has sido tramoyista? —Lucio, volviéndose—. Más bien das el tipo de un primer galán.

—No, no siempre —se ríe, con una expresión que refleja aún más maldad que amargura, y se da la vuelta.

Regresan por donde han venido, reanudan el recorrido por los corredores y repentinamente la rampa se hace más pronunciada, como llevándoles a un nivel inferior y más perverso de aquel sueño.

Un nuevo recodo y ya están en el sótano, debajo del escenario.

Las vísceras del teatro.

Un espacio enorme lleno de paneles, fermas, bambalinas, armillas, afores, trozos de cicloramas, varales rotos y un montón de bultos con cubiertas de lona, comunicado al final, mediante un pasillo, con el foso de la orquesta.

La espesa humareda de grifa devuelve a Éctor a noches interminables de espejismos en los bohíos de Marruecos.

En una esquina, un cartel anuncia:

TRAMOYAS SÓFOCLES.

Cuatro tipos juegan a las cartas al frente. A la derecha otro, de unos sesenta, atractivo como un primer actor envejecido, les mira, inescrutable. Otro, a la izquierda, recarga el narguile. Junto a la entrada, un joven salta del fardo donde estaba tendido, guapo también, con el pantalón muy estrecho y las mangas de la camisa cortada a la altura de los hombros; se acerca a Fairbanks moviendo las caderas para despojarle del impermeable y colgarse de su brazo.

Ninguno se ha quitado el incómodo cinturón de herramientas, aunque desde luego no estaban trabajando.

Visten como trabajadores manuales, pero son demasiado refinados,

demasiado bien parecidos.

El guía les ha conducido hasta el centro del almacén, el lugar desde donde pueden ser atacados por varios ángulos simultáneamente.

Éctor se abre paso entre el gabán y la chaqueta hasta apoyar la mano sobre la culata oculta.

—Bien, bien, bien. Así que eres dramaturgo. Un compañero. —Le dice, a Lucio, Douglas Fairbanks.

Pero no es Douglas Fairbanks. Tiene su apostura, pero carece de la mirada abierta del actor. Éctor ha visto otros ojos así. Sujetos que sólo soportan el tedio que les produce la vida con brotes imprevisibles de locura destructiva.

—Quizás podamos ayudarte —prosigue—. Sabemos de esto todo lo que hay que saber. Hemos pasado por todo. Ahora somos las cucarachas del teatro. Vamos de sala en sala, viviendo en los subterráneos. Ocultos. Las cucarachas —el chico que tiene al lado se ríe—. Pero no siempre hemos sido esto. ¡Vamos, aprovecha! Puedes aprender mucho de nosotros.

—Mira, como te hemos dicho, sólo buscamos unas películas —Éctor, en todo momento sosegado—. Concretamente, dos que tienen al inicio el dibujo del planeta Saturno y unas palabras en esperanto. Podríamos pagaros bien por ellas o por cualquier información que nos ayude a encontrarlas.

—Tú eres el chulo de éste, ¿verdad?

—... —no responde, pero aprieta la pistola.

—¡Películas con palabras en esperanto! He visto películas con reptiles adiestrados para violar a mujeres. He visto películas en las que se les serraba las manos a niños mientras los violaban. He visto y he rodado otras en las que se hacían cosas mucho peores. Pero de esperanto, nada.

—A lo mejor, lo que quieren, es un papel en una de esas películas —sugiere el acompañante de Fairbanks con su voz en falsete.

—¡Ajá! ¿Es eso lo que queréis? ¿Intervenir en una de ellas? —con gesto exagerado, se acaricia la mosca perfectamente perfilada bajo el labio inferior.

—Mira, listo —Éctor, sin más paciencia—, te recuerdo que el escenario está arriba. Ya me estoy cansando de que me des la tabarra para impresionar a estos tontos del culo. O tienes las películas y me las vendes, o no las tienes,

y nos vamos, y se acabó.

Desde las diversas esquinas, los hombres abandonan sus ocupaciones y se van aproximando al centro.

—Pero eso no puede ser, hombre —una carcajada y, de repente, serio—. ¿No ves que ninguna puta de la calle Mesón de Paredes sabe lo que hacemos aquí?

—La que nos lo dijo, sí.

—Policías, no sois. La policía no admite a maricones como éste —por Lucio—. De manera que, ¿quiénes sois?

—Vamonos —Lucio.

—Que os he dicho que no, amigo —sonriendo de nuevo.

—Que te he dicho que sí, hombre —Éctor, extrayendo la pistola y apuntándole a la cabeza.

Todos sonríen menos Lucio y Éctor.

El acompañante de Fairbanks se interpone y simula felar el cañón a distancia.

Los demás se acercan, manipulando las herramientas que llevan en el cinturón, sin demostrar miedo al arma, que comienza a describir lentos arcos a derecha e izquierda para abarcar al mayor número de personas: mientras camina hacia atrás para encararles en todo momento, Éctor le pide a Lucio:

—¡Guíame!

No hace falta.

Nadie puede guiarle entre el dolor espeso que lo baña, cortándole la respiración.

Negro.

Negro.

Despierta ciego con el grito de Lucio, no se siente la mitad de la cabeza, ni el cuello, ni las manos atadas a la espalda con un cordel.

La primera figura que se desempaña es la del guarda de la gorra de plato, que habrá sido quien le golpeó por la espalda con el bastón que aún conserva en la mano.

Después distingue al grupo que tiene a un par de metros. No ha comenzado el rodaje pero ya están con los ensayos. Lucio en el suelo, inmovilizado por tres, la sangre en la boca debe de haber sido la causa del grito. Le han subido la manga y le mantienen la mano abierta en el suelo. Fairbanks, con un solo gesto, extrae un largo punzón del cinturón de herramientas de su acompañante y le roza los genitales con el mango. Después apoya la punta en la palma abierta de Lucio. No le pregunta nada, aquello es más que un método para obligarle a hablar. Los demás ni siquiera sonríen para no perderse un detalle, miran absortos, anhelantes, sólo se relajan complacidamente cuando el hierro atraviesa la piel y sigue entrando en la carne hasta tocar el suelo. Lucio se retuerce, ya ni grita de dolor.

Douglas Fairbanks mantiene allí el punzón, triunfante; sabe ya que Éctor ha despertado.

—¿Te la pone tiesa? Si buscas películas de este tipo es porque esto te la pone tiesa, ¿no?

—Escúchame —Éctor intenta olvidarse de las partes de su cuerpo que no siente y retener la calma—, tengo dinero en el calcetín. Y te puedo conseguir más. Dejémoslo así. En un negocio. Aquí no ha pasado nada.

—Estos cabrones no van a soltarnos —Lucio, algo recuperado.

—Te vas a callar —acercándole mucho el rostro, el tramoyista, completamente tranquilo—. Ya me contará ése qué es lo que de verdad buscáis aquí. Tú te vas a callar —y a los otros—. Sacadle la lengua.

De un tirón, extrae el punzón de la mano ensangrentada para volver a utilizarlo.

Ni las horas que pasó prisionero en las proximidades de Annual ni los interrogatorios de sus propios compañeros de armas en el Penal Militar del monte Hacho en Ceuta se parecen a lo que se imagina que les espera en aquel pozo negro, en aquel lugar que no existe para el mundo. Éctor no deja de pensar en que aquellos dementes tienen toda la noche por delante para hacerles pedazos y que, por su concentración en cada espantosa maniobra, van a aprovechar hasta el último minuto. Esa gente ya vive en un vertedero de seres humanos y no conoce más forma de relacionarse que la tortura y el terror.

Uno de los hombres presiona la mandíbula de Lucio y otro le mete los dedos en la boca y le pellizca la lengua.

Éctor se escucha a sí mismo amenazándoles, gritándoles lo hijoputas que son.

Bultos se mueven en la oscuridad.

Se convierten en hombres.

Se acercan, de pana oscura, sucios, severos, tranquilos, con navajas en las manos. Los esportilleros.

Uno de ellos aleja de una patada el nueve largo de Éctor que había quedado en el suelo.

De pronto, los tramoyistas se olvidan de Lucio y Éctor, sacan de sus cinturones las herramientas más contundentes, se reúnen en círculo para defenderse de los recién llegados que les doblan en número. Dejan de ser individuos salvajes e imparables al medirse con la auténtica dureza de los caminos que aportan los esportilleros.

Fairbanks les pregunta algo, tartamudea por la sorpresa.

El joven de las mangas cortadas es más inconsciente, y salta hacia uno de los atacantes con unas tenazas abiertas, y el otro lo esquiva, lo desarma de un manotazo, le mete la navaja en la barriga y la sube hasta cortarlo por la mitad.

Éctor no se percata de que otro se ha acercado a él por detrás hasta que siente su olor, el frío de la navaja; no sabe quiénes son, no sabe si van a atacarle a él también; la hoja le corta las ligaduras y el tipo se une a los otros para lanzarse contra los tramoyistas, que han reducido al máximo su círculo defensivo.

Recoge su pistola.

No se molesta en desatar a Lucio, lo levanta cogiéndolo bajo los brazos y se desentiende de todos, llevándolo casi en vilo hacia la rampa de salida.

Desde la oscuridad, Piancastelli observa la situación con desagrado; tantos años triunfando en los teatros de todo el mundo y regresar de su retiro para organizar un espectáculo como éste.

Ni los cafés ni el coñac, ni las horas de sueño han conseguido templarles el cuerpo y el ánimo tras la experiencia de la noche anterior.

Es casi mediodía, se mantiene la lluvia, caminan despacio bajo el

paraguas por la calle de Postas, examinando cada edificio en busca del colegio del que les habló la bruja.

Algunos atisbos de su buen humor en Lucio parecen sofocarse enseguida.

Antes de salir de la fonda, ante la foto de los saturninos disfrazados de concertistas, Éctor ha vuelto a preguntarle si está seguro de que no conoce a ninguno de ellos; tomado por sorpresa, debatiéndose, el dramaturgo ha terminado repitiendo que no; Éctor lo ha mirado largamente, forzándolo, para nada; después, ha quitado la foto de allí y se la ha guardado en el bolsillo, como poniendo fin a algo.

Lucio camina protegiendo de la llovizna la mano vendada tras la cura de anoche en la casa de socorro, incluso se ha ocultado la melena con el cuello del abrigo, esboza ironías incompletas sobre los madrileños entre silencio y silencio, no parece el mismo.

Al fin salen a su encuentro las palabras. *Esperanto*. Academia. Con grandes caracteres en el frontal de un antiguo inmueble de dos plantas, más una divisa que la denominación del centro.

La puerta está cerrada, pero inmediatamente dejan de buscar, seguros de que fue allí donde entró el hombre que, según la bruja, puso fin a las correrías de la Editorial Saturnia.

Tal y como habían convenido, Piancastelli es recibido en la puerta principal por el gerente del Club Galguero Metropolitano, desplazado hasta allí para ejercer de guía.

—Señor, soy Antonio Gómez Sor, director del club, a su servicio.

—... —Piancastelli, asiente y sonríe, pero no se presenta.

—El señor marqués aguarda en su despacho. ¿Prefiere verlo ahora o recorrer antes las instalaciones?

—Conozcamos antes de nada al buen marqués.

—Como guste.

El marqués de Antillas, hijo del conde de Robianos, destacado dirigente del partido Conservador y uno de los hombres de confianza del rey, al contrario que su padre, nunca quiso ni oír hablar de hacer carrera en política;

era lo que se conocía como un *gentleman*, practicaba multitud de deportes, consideraba que la vida social comenzaba a las diez de la noche, viajaba. A su regreso de una estancia en Inglaterra, decidió, por una vez, hacer algo práctico con su vida y unir en un mismo proyecto dos de sus pasiones: fundó un canódromo que por la noche se transformaba en un lujoso *dancing*.

Siguiendo al director que se vuelve servilmente cada tres metros para comprobar que no se ha perdido, Piancastelli ha dejado a la derecha las zonas deportivas del recinto, desiertas entre semana, y cruza las mesas del interminable salón, aprovechando para hacer un primer reconocimiento; los techos altísimos acristalados, el escenario, los murales con calidoscópicos dibujos de colores chillones y los tapices ocultando las entradas a la red de reservados donde los clientes prolongan la fiesta en todas sus variantes.

Sabe que, por su proximidad al Acuartelamiento Alfonso XIII, se ha convertido en el local de moda en Madrid para los militares, sobre todo para los que han servido en África. Rara es la noche en que no se ve perderse en los reservados a un grupo de cinco Regulares, dos españoles y tres árabes. Ha llegado el momento de prepararles un aviso.

—Por aquí —obsequioso, el director sostiene la puerta mientras entran al área exclusiva del personal.

Sobrepasan oficinas cerradas, una recepción vacía y se detienen ante la puerta más suntuosa. Una voz les autoriza a pasar.

El dueño del despacho, rechoncho y con entradas a pesar de su juventud, se levanta de un salto de su sillón para disipar dudas de su condición de deportista, rodea el escritorio vacío de papel, estrecha la mano de Piancastelli. El director ha desaparecido.

—Me avisaron de su visita —el marqués—. Antes de que me diga nada, quiero dejarle por sentado que tiene usted carta blanca para hacer lo que considere necesario en mi club, con mi gente, y con cualquier otra cosa que yo pueda conseguirle. Carta blanca.

No necesitan hablarse para pasar de largo sin interrumpir la melodía o, más exactamente, la escena de la que la melodía forma parte.

El café Dadá está casi vacío. Éctor y Lucio pueden elegir una mesa cercana al piano donde Séptima, los brazos cruzados sobre el borde y la cara apoyada en ellos, contempla a la pianista con una atención excluyente de todos y de todo, una mujer rubia bella tristísima, con un único arete de oro y un estrecho vestido rojo que le deja la espalda al descubierto y le marca hasta el dolor un cuerpo en el que se dejarían los ojos todos los hombres del mundo.

—La mira tan arrobadamente que no creo ni que sean amazonas —Lucio.

—¿Amazonas?

—En los círculos distinguidos, se llama así a las mujeres que gustan abiertamente de otras mujeres.

El camarero le sirve encantado su té anisado a Lucio y, desdeñosamente, un café con leche a Éctor, que no tiene pinta de intelectual.

Al rato cesa la música; al menos, la mujer ha dejado de tocar el piano, pero las notas siguen resonando dentro de todos.

El local está decorado con un cuadro de una gioconda que se ha dejado perilla y bigote, frases valiosas enmarcadas en molduras baratas, y cinco dadaístas sentados a una mesa, que intentan combinar los antidogmas de Tzara sobre la conveniencia de escupir en la humanidad con la atracción insalvable que las tetas de la pianista ejercen sobre ellos.

Séptima despierta y vuelve la mirada directamente hacia Lucio; no sabremos si lo vio desde que entró al café.

Viene. Lo besa; Éctor, como si no estuviera. Se sienta a su mesa.

—¿Qué tocaba tu amiga? —Lucio.

—Una *berceuse*. Una canción de cuna.

—No hay nadie que pueda coger el sueño en los brazos de una mujer así —Éctor—. Perdonadme la vulgaridad, ya sé que sois de noble linaje, pero tenía que decirlo.

—Te la presentaré —sonriéndole, Séptima amistosa por primera vez.

A un gesto, se acerca la pianista. Es una joven sin edad, tan hermosa como parecía de lejos. Les extiende la mano sin mirarles a los ojos. Presentaciones. Basilia.

—Basilia es la gran estrella del café Dadá; tenerla aquí es un regalo para

todos. —Séptima, cogiendo la mano de su amiga—. Y digo regalo, también, por la miseria que le pagan.

—Tampoco a ellos les va muy bien el negocio. —Tímida. Probablemente algo se le quedó a la mitad en algún momento de su vida.

—¿Te da para vivir? —Éctor.

—Por las mañanas amenizo los desayunos del Ritz.

—Y por las tardes se desintoxica aquí de tanto memo y de tanto mamón —Séptima.

—Esto no parece muy animado —Lucio.

—Por la noche se llena de artistas. Ahora casi todos están durmiendo. Si os quedáis, os puedo presentar a algunos amigos. Es un sitio agradable.

—Esta noche vamos a ir a villa Saturno.

—Ya te he dicho que allí no hay nada.

—Tenemos que comprobarlo.

—Perdonadme —Basilisa se pone en pie y los camareros y clientes vuelven la cabeza—. Tengo que seguir tocando. ¿Os apetece algo en especial?

—Lo que a todos —Éctor, mirándole las caderas.

La pianista vuelve a la banqueta e inicia un movimiento complicado y dulce.

En uno de los cuadros de la pared puede leerse: «El presidente del globo terrestre está en el retrete de Dadá».

—¿Qué te ha pasado en la mano? —Séptima a Lucio.

—Me hicieron una prueba para una película. No di la talla.

—¿Te puedo pedir que nos hables del grupo al que pertenecía tu tío? —Éctor, sacando la foto y poniéndola en el centro de la mesa—. La visión que todos nos dan de ellos es bastante tremendista. Nadie es tan malo o está tan loco.

—Los esclarecidos. —Séptima, al retrato, quizás con nostalgia—. Qué ridículos y qué valientes. Ya sabían que no les entendería nadie. Que la gente se quedaría sólo con el escándalo y ni se enterarían de lo que había detrás.

—Se hacían llamar Editorial Saturnia. ¿Qué libros publicaron?

—Uno solo. Ruino sen nomo.

—¿Novela, poemas?

—Un libro secreto. El código definitivo del conocimiento. El antídoto *contra* Dios que la humanidad llevaba treinta siglos buscando —sonríe, indulgente—. No tengo ni idea. Conociéndoles, muy bien podía estar enteramente en blanco. Hicieron una tirada muy pequeña, sólo para los elegidos. Sixto no me dejó leerlo. Me dijo que a los veintidós años tendría edad para entenderlo. Pero cuando los cumplí, ya no estaba él para dármelo.

—¿Dónde están los demás? —Lucio, avergonzado de su insistencia—. Se nos han acabado las pistas.

Séptima busca en su bolso hasta dar con un cigarrillo ya liado que enciende con el mechero de yesca que le entrega Éctor.

—A pesar de que era una cría, yo me consideraba parte de ellos. Así me lo hacían sentir. Algunos, como Sixto o como..., se mantuvieron leales al ideario hasta el final; otros eligieron sobrevivir. No voy a decirte nada más, querido. Por mí y por ti.

—¿Y tú? ¿Qué elegiste tú?

—...

En otro de los cuadros se lee:

... «no estoy ni en pro ni en contra, y además, no lo explico, porque detesto el sentido común...».

Asco Dadaísta.

Siguen los tres allí, y el piano, haciendo tiempo, que es lo que se hace siempre.

La noche ha entrado de sobra cuando llegan a villa Saturno. Han pedido al cochero de la berlina de alquiler que les deje en el palacio de Liria, en las proximidades de la Puerta de San Bernardo, más allá de los límites de la ciudad, y desde allí, han recorrido a pie el camino delimitado por lujosas residencias particulares hasta encontrar la muralla con basamento de piedra y rejas rematadas por signos cabalísticos forjados en hierro que rodea la casa del vizconde.

En una de las dos columnas que guardan la puerta principal se conserva

una placa de bronce, donde, bajo el nombre de villa Saturno, han grabado unas palabras: «En el cuarto pilar donde se consagra a Saturno / Por temblante tierra y diluvio hendido. / Bajo el edificio saturnino encuentra urna, / De oro capión encantado y luego rendido».

—¿Qué significa? —Éctor.

—Cualquiera sabe. Nunca quiso explicármelo. Destinó mucho esfuerzo y mucho dinero a esta casa. Y ya verás el jardín. Es uno de esos interminables jardines laberínticos que estaban de moda a finales de siglo. La casa está en el centro geométrico, completamente invisible desde cualquier punto del exterior.

La niebla, amarilla y espesa como la cera, que se ha levantado tras la lluvia, apenas permite ver lo que hay tras las murallas. No les cuesta saltarlas; primero Lucio aupado por Éctor, después éste, ayudado desde arriba; un salto de algo menos de tres metros y están en el interior.

—Como te dije —Lucio, limpiándose el abrigo tras la caída—, no ha sido difícil. La verdadera dificultad para llegar a la casa es encontrar el camino en el laberinto. Le gustaba medir a sus visitas por el estado en el que llegaban tras pasar un buen rato buscado el centro. Más de uno renunció y se fue.

—Con que te acuerdes tú de cómo llegar, me conformo.

—Pasaba horas y horas jugando aquí. Imaginaba que me perdía para siempre y que no tenía que volver a hablar con nadie, pero nunca lo logré.

A la luz de las lámparas de minero que han llevado, los setos que configuran el perímetro les dan las primeras señales de la decadencia del lugar. Mala hierba. Se introducen despacio, como en un bosque sagrado desatendido por sus deidades.

Tras cada macizo encuentran claros de diversa extensión, robles, abedules, avellanos, laureles, fuentes con signos astrológicos, matojos, basura dejada por asentamientos provisionales de mendigos.

Se detienen para observar la estatua de una mujer sentada en el suelo tallada en una gran roca natural.

—¿Conoces la leyenda del hada Rosamunda? —Lucio, señalándola.

—Hasta hoy me había librado de escucharla.

—En el siglo XII, el rey Enrique II de Inglaterra ordenó edificar en un

parque de Woodstock un complejo laberinto para follar discretamente con su amante, la bella Rosamunda. Su mujer, Leonor de Aquitania, que tenía unos cojones así de grandes, utilizó el socorrido truco del hilo de Ariadna para encontrar a la joven; unas versiones concluyen con que la envenenó y otras con que la apuñaló, pero todas coinciden en que acabó con ella. Hay epílogo. Rosamunda era, en realidad, un hada; se reencarnó siglos después en esposa del enigmático conde de Saint Germain, y por último, en monja.

—Hay por lo menos una persona a la que has reconocido en la fotografía de la Editorial Saturnia. Alguien de quien no quieres hablarme.

La oscuridad y la niebla ocultan el rostro de Lucio, pero la luz que sostiene tiembla en su mano. Murmura que la casa está ya muy cerca y se pierde de vista en la siguiente salida. Éctor, detrás.

Más muros vegetales, otros claros, algunos árboles, mucha zarza. Aperturas equívocas que aturden cualquier capacidad de orientación.

Lucio, extendiendo el brazo que sostiene la lámpara, se queda inmóvil bloqueando la última salida.

—¡La hija de la Virgen!

Éctor lo aparta para ver lo que ha detenido al otro.

Están en el centro del laberinto. Un imponente agujero de docenas de metros de diámetro, en el que sólo quedan los cimientos de la mansión, lo ocupa casi por completo.

En el cuarto de baño de la fonda, Éctor se mira desde muy cerca en el espejo empañado de su propio vaho, demorando la vuelta al dormitorio.

No se escucha a nadie.

Piensa en aquella extraña historia que lo ha llevado a relacionarse con el fantasma demente de un vizconde capaz de dejar instrucciones en su testamento para que su casa sea demolida a su muerte, como alternativa a futuras profanaciones de compradores o herederos.

Algo le lleva a Nuncy.

Escapa de ella volviéndose al futuro de los próximos días, trazando y rompiendo, seleccionando, cerrando, aferrándose.

El lago... ¿Qué querría decir la bruja?

Sale del baño en dirección al dormitorio.

Nada.

Es la hora de la madrugada en la que todo desaparece y puedes hacer o pensar cualquier cosa en la seguridad de que por la mañana, de vuelta al mundo de siempre, todo se habrá borrado.

Entra en la habitación. Lucio lo espera en la cama, desnudo.

Él, atrevido y mirando, yo nunca.

Peñuelas es el Madrid más pobre que ha conocido hasta ahora. Éctor examina las destartadas construcciones destinadas al subproletariado industrial en busca de la dirección que le dieron en el mensaje telefónico. Todos los edificios le parecen iguales. Otra mañana fría para caminar aturdido después de otra noche que no quiere recordar.

Encuentra calle y número. Tiene una idea de quién le ha convocado, pero, mientras sube la escalera, comprueba la posición de la pistola en la cintura. El descansillo se cae a pedazos, de una de las puertas surge una impotente tos agónica, la otra ha sido forzada recientemente y al golpear la tercera, también sucia y cochambrosa, aparece Piancastelli, con el aire de un señor feudal que se digna recibir él mismo a su visita en la entrada del castillo como muestra de insólita deferencia.

—Pase y perdone, amigo mío —con una mano en el bolsillo de su batín rojo oscuro lo guía hasta una sala minúscula por un estrecho pasillo—. Perdone por el barrio, por esta especie de vivienda, por la falta de todo.

—A mí me gusta.

El frío y la oscuridad dan la impresión de que el sol no ha entrado jamás en el piso; la ventaja es que no se distinguen con claridad ni las manchas de humedad, ni la suciedad, ni el estampado del papel que cubre las paredes.

No hay más muebles en la habitación que una mesa camilla sobre un brasero de cisco y tres sillas desiguales, la tercera ocupada por el conejo.

—Permítame presentarle a *Meyrink* —lo señala Piancastelli—, mi ayudante.

—Está bien alimentado, me alegro de haber venido a la hora del almuerzo.

—Siéntese, por favor.

Se sientan frente a frente.

La singularidad de los ojos del anfitrión no depende de su color, de su fondo, o de su intensidad, pero Éctor, en contra de su costumbre, tiene que dejar de mirarlos directamente porque presiente que está a punto de caer en revelaciones que debe evitar.

Le da la vuelta al libro situado en el centro de la mesa para leer el título. *Mémoires pour servir a l'histoire et a l'établissement du magnétisme animal.*

—Cuando tuve que elegir un solo libro para que me acompañara en estos días de austeridad —explica Piancastelli, con su voz persuasiva—, decidí volver la vista a mis clásicos. Hace más de un siglo, Puységur fue más allá que todos esos medicuchos que practican el hipnotismo como chamanes; descubrió lo que denominaba la *crisis perfecta*, una especie de sonambulismo en el que el sujeto responde ciegamente a las instrucciones del magnetizador sin que al despertar conserve recuerdo alguno de lo acontecido. Y ejecutaba su técnica de una manera tan súbita y profunda como los alienistas modernos no pueden ni entrever.

Ha cometido el error de mirarle a los ojos más tiempo de la cuenta, han ido cambiando de tema según la secuencia adecuada, y cuando ha reparado en ello, le había hablado ya de sus correrías con Lucio en Sevilla, de Séptima, del prostíbulo de las brujas, del episodio con los tramoyistas dementes y de los hombres que los salvaron, del extraño caso de la mansión desaparecida, de que los días que llevaba en Madrid estaban siendo una transición a algo de lo que no quería ser consciente.

Se arranca de aquel estado de locuacidad poniéndose de pie y acercándose a la ventana con la excusa de armar un cigarro. El dueño de la casa no hace ni dice nada para retenerle. Tampoco aparenta estar decepcionado por la falta de logros en la búsqueda de las películas. Unos niños desaharrapados que deberían estar aún en el colegio juegan a perseguirse en el descampado de enfrente. Ante aquel hombre, más que ante cualquier otro, tiene que prevenir cualquier transparencia. Intenta reorganizar su

discurso para extraer algo de información.

—Hablé con su amigo el notario al día siguiente de que incendiaran su casa.

—Lo sé —siempre un poco más allá—. Me dijo que le habló de esa facción del ejército africanista.

—Apenas los nombró. Quizás debería usted darme el resto de los detalles. Si me los voy a encontrar por ahí, quiero saber qué pinta tienen antes de que me quemén el bigote a mí también.

—Para eso, entre otras, le he llamado. —Se toma una pausa, como si calibrara exactamente la información que puede aportar, pero Éctor sabe que la pausa y la información están ensayadas de sobra—. Amigo Mena, no piense que le tomamos por alguien de poco alcance; estoy seguro de que se pregunta por qué ha cobrado tanta importancia para nosotros el hallazgo de unas películas rodadas hace catorce años. Y no crea que no las hemos buscado en este tiempo. Pero la actual urgencia por encontrarlas viene marcada por el interés que otras fuerzas han demostrado por ellas.

—Los militares.

—Los militares que han servido y sirven en las colonias africanas.

—Un interés supongo que político.

—Un interés por cuya consecución no vacilan en utilizar la extorsión y el crimen en sus más viles variantes —grave—. Hay una cuadrilla de Regulares en circulación. Puede encontrárselos en cualquier momento. Un oficial y un suboficial españoles y tres soldados rifeños. Visten de civil y se desplazan en un Hispano Suiza último modelo. Siempre van juntos. Son muy peligrosos, y muy hábiles. Usted ha estado en esa guerra infernal y sabe cómo ha trastornado a muchos de sus combatientes. Yo haré lo posible por neutralizarles, pero... Tenga cuidado.

—Esto no tiene pies ni cabeza. Por ejemplo, me imagino que habrán tenido en cuenta la posibilidad de que hayan realizado copias de las películas.

—Naturalmente, y afrontaremos ese problema si se presenta. No obstante, ya sabe que esto va mucho más allá de las cintas en sí.

—Si las películas son un medio, ¿qué fines persiguen exactamente?

—No se preocupe por eso. No es relevante para su trabajo. Permítame

que le hable abiertamente; su función es buscarlas desde abajo, por si en estos años han terminado en algún basurero; ya hay gente que las está buscando desde arriba; la mía... bueno, yo soy un elemento traído de fuera, como puede ver —abarca la habitación con la mano— no existo, así que puedo estar donde haga falta. Espero haber clarificado algo la situación.

—Ya sabe que no lo ha hecho. Pero puede cambiar de conversación hablándome de dinero.

—Tampoco hace falta —le entrega otro sobre precintado que llevaba en el bolsillo interior del batín.

El conejo no ha movido un músculo durante toda la conversación.

—Es estupendo trabajar con usted —guardándoselo—. De hecho, cuando terminemos esto, tengo pensado escribir su biografía. Empecemos. A ver, ¿dónde nació? ¿A qué se dedicaban sus padres?

Piancastelli se ríe con ganas, se relaja en su asiento. Aunque responde.

—Nací en Barcelona, como mi madre. Mi padre era militar e italiano, en ese orden. De ahí mi sobrenombre. Después nos fuimos. Recorrimos una parte del mundo, y más tarde recorrí el resto yo solo, varias veces, ejerciendo una actividad por la que no tiene usted edad para conocerme. Me retiré aún joven, en la cima de mi carrera, más interesado por la investigación que por el espectáculo. Cuando estaba convencido de que había iniciado una nueva vida, me dejé sorprender por la Gran Guerra, y tuve que contraer una deuda para no perderla. Ni yo ni quien dependía de mí. Una deuda de honor. Lo que hago aquí es lo que me han pedido para saldarla.

Éctor queda pensativo. Curiosamente, se figura que todo lo que le ha dicho es cierto y, más curiosamente aún, a pesar de las vaguedades, sabe que, a partir de ellas, tiene ya una noción bastante clara de aquel personaje.

—¿Y su sobrenombre?

Está a punto de reconocer que *El prodigioso profesor Piancastelli*, pero sólo sonríe.

Los tres marroquíes salen de la fonda donde se alojan Éctor y Lucio y suben al Hispano Suiza, donde ya los esperan el teniente y el sargento, que

arranca inmediatamente.

Éctor espera a que desaparezcan para salir de la esquina donde se ha escondido al verles, cruzar la calle, subir la escalera, abrir la puerta de su habitación, cerrarla con cuidado de no mirar hacia la cama, sacar el macuto de la cómoda, detenerse para tomar un aire que le sube caliente por la garganta. Se echa atrás el sombrero para refrescarse en el aguamanil y el agua parece quemarle la cara. Sirve un poco de una jarra y no llega a bebería. Necesita un millón largo de copas de coñac. Empieza a sacar la ropa del armario, y la va introduciendo sin prisa en el macuto que ha dejado en el suelo; no puede apoyarlo en la cama porque no puede mirar hacia la cama.

... pero recuerda, el lago es la entrada, y el lago te espera...

Las palabras de la bruja silban en su cabeza cada vez más a menudo, hacen reverberar sentencias y presagios que no quiere oír.

Se obliga a no mirar hacia la cama.

Vuelve a llover.

Aquello no tenía por qué haber ocurrido. No debería haber ocurrido. Por un momento más, puede intentar fingir que no ha ocurrido.

Terminar de meter unos pañuelos en el macuto, recoger el gabán y salir de allí para siempre, buscarse una botella y una puta —¿qué estará haciendo Nuncy?—, buscarse un agujero desde el que sea imposible ver a Lucio tendido en la cama, con el cuello en aquel ángulo imposible, por primera vez callado.

9

Cristiana

*«Alguna vez fui también llamado
por mi nombre
y luego lo olvidaron;
nadie se llame a engaño
no soy ángel caído
en esos tiempos,
Dios fue testigo:
todo era infierno».*

Benito Taibo, *Quepocalipsis*

Marchábamos a paso lento, desgano; con aquel calor, por mucho que los sargentos arrearan a los hombres, era imposible avanzar con rapidez. En ningún momento pensé que la tumba de un santón cubierta por paños bordados, en medio del camino, fuese una casualidad. Después, el olor, desde el primer momento insoportable, a fuego y muerto. Y tras un recodo, apunto de prender el cielo negro, el poblado en llamas.

Estábamos en algún lugar de la Cábila de Beni-Arós, ni nos decían ni nos importaban los nombres de los pueblos, sólo su localización.

Seis legionarios habían desaparecido en las inmediaciones de una de las aldeas que controlaban, las represalias a la población civil se les había ido de las manos, como siempre, y, según nos había informado el mando, la resistencia rifeña les estaba contraatacando con superioridad que empezaba a ser abrumadora. El Regimiento de Infantería de Tarragona al que yo estaba

destinado envió a doscientos hombres en su apoyo, al mando de un viejo coronel, escéptico y cansado, del que tampoco recuerdo el nombre, que me estuvo diciendo todo el camino «alférez, los moros son unos asesinos hijos de puta, pero los legionarios son peores».

Entramos en el pueblo a la luz de las llamas, con las armas preparadas, nadie salió a nuestro encuentro, ni los nativos ni el tercio. El aire era irrespirable. El calor nos pegaba los uniformes al cuerpo, convertía los mosquetones en animales pesados y resbaladizos. La noche de África se te mete dentro y no hay iluminación que te proteja contra ella.

Los rastros de la rapiña a través de las ventanas y las puertas abiertas.

Pronto vimos que nos esperaban los muertos, hombres, ancianos, niños, mujeres con las piernas aún abiertas, destripados. En montones de hasta dos metros, en los patios, las callejuelas, junto a las paredes.

En la plaza del pueblo, formados, nos recibió orgullosamente lo que quedaba de la bandera de la legión. Con la mirada de alcohol de hachís de morfina de sangre. Sin pronunciar una palabra. Todos y cada uno de ellos habían clavado la cabeza de un moro en su bayoneta y la exhibían como la única demostración irrefutable de su restablecimiento del control sobre la zona.

Les envidié la borrachera, e incluso la locura homicida, lo que sea que me hiciera menos consciente de lo que estaba viviendo.

A Éctor ya le queda bastante menos para llegar al millón de copas de coñac. Arrastrando su macuto bajo la lluvia, siguiendo un itinerario de mostradores y camareros invisibles, ha ido acercándose a la calle Mesón de Paredes.

En un café, cambiando el licor por un café con leche, había sacado el lapicero de oro y la carta inconclusa, pensó que podría cambiar o atenuar u olvidar lo de Lucio si se lo contaba a su primo Luis, pero ni siquiera empezó a escribir; dos copas de dos tragos y otra vez a la calle.

Camina ciego, el gabán abierto, el agua corriéndole por la cara y el cuello.

Está a punto de llevarse por delante a un anciano afilador que empuja su bicicleta-taller por la acera; cuando el hombre protesta, Éctor se va para él y lo coge por el cuello, derriba la bicicleta, y se plantea seriamente la posibilidad de matarlo a patadas para tener otra cosa en la que pensar, pero cambia de opinión y sigue su camino; no ha escuchado ni una sola de las súplicas del viejo.

Ya en Mesón de Paredes le llegan las voces de las putas que lo reclaman desde los portales, los faroles rojos son la señalización de entrada a lugares donde encontrar algo mucho peor que la perdición. No está seguro de que las llamadas de las putas procedan de los portales ni de ningún otro sitio más allá de su cabeza.

El día que su mujer celebraba su pedida de mano con su novio —qué extraña suena la frase, qué absurda—, Éctor se fue al tugurio más infecto que conocía, dudó un rato entre la oferta de botellas exhibidas tras la barra y se decidió por el vino, no tenía prisa; eligió la mesa más apartada y empezó. Los clientes y las horas iban cambiando. Entre la bruma que había ido obteniendo escuchó al camarero decir que estaba bebiendo *a mala leche*, como si ya no estuviera allí. Al amanecer lo encontró su primo Luis, que había interrumpido la fiesta y abandonado a la novia y al resto de la familia para buscarlo, sentado en el suelo sobre sus propios excrementos, elaborando aún esa bruma que no llegaba a bastarle.

La puerta del burdel de la bruja está entreabierta.

Luis ya no está para traerlo de vuelta del infierno.

La bruja le aguarda, preocupada, el rostro un poco menos joven, escoltada por la joven del pelo blanco y por una botella de coñac sin abrir sobre la mesa camilla.

El armiño le da la espalda.

—Vengo... vengo —a Éctor se le traba la lengua y además no sabe qué decir.

—Vienes a pagar por algo que has hecho o que crees que has hecho. Ve con Cristiana.

Duda un momento, se tambalea un poco, sigue sin saber qué decir.

La dueña de la casa no espera nada de él, lo observa con una comprensión

de siglos que es más insoportable que cualquier reproche.

Deja el macuto en el suelo, el gabán y el sombrero mojados sobre una silla, toma *su* botella de coñac y se va tras la chica que lo espera ya al principio del corredor.

La mujer espera a que entre para cerrar la puerta y él tiene la sensación de que no podrá abrirla hasta que ella lo autorice. Es una habitación oscura, apenas iluminada por la llama de una vela que surge del suelo, en una esquina detrás de la cómoda.

Le ordena que se quite la ropa, aunque al momento, juraría que no ha abierto la boca, que nunca ha escuchado su voz. La obedece, trastabillando con los pantalones, y se tiende sobre la colcha. Ni siquiera en la mesa de operaciones se ha sentido tan desnudo como en ese momento.

También ella se quita el vestido y algo cambia en su cuerpo, como cuando abrimos una botella de vino para que respire. Sus ojos siguen siendo dos manchas negras ocultas por el pelo blanco. No tiene edad. Se acerca a la cómoda y saca de un cajón un falo de madera y una navaja de afeitar.

Hace unas semanas, cuando le hicieron el primer encargo, releyó el *Fausto*, la versión de Goethe; lo devoró de un tirón acompañándolo de una media sonrisa continua. Ahora intenta recordar alguno de los pasajes que memorizó para volver a reírse de sí mismo, pero no puede. Alcanza la botella que ha dejado en el suelo, al alcance de la mano, y le pega un buen tiento, pero no puede recordar ni una palabra.

Cuando sale a la calle, a la noche lluviosa, sin el macuto ni el sombrero ni el gabán, la botella ya está casi vacía.

La lluvia no le borra la imagen de Cristiana desnuda de pie al lado de la cama, introduciéndose el consolador hasta hacerlo desaparecer en una ceremonia que no tenía nada que ver con el deseo, usando la navaja de afeitar para abrirse un segundo sexo un poco por debajo del ombligo, profundo, de unos cuatro o cinco centímetros de longitud, separándose los labios de la herida para él, los dedos rojos, acercándosele.

La calle está oscura, la lluvia es tan fuerte que le pesa en los hombros y la cabeza, el suelo sin pavimentar es un lodazal que le hace tropezar una y otra vez. No hay ni putas ni nadie; las risas de algún individuo que seguramente no será real y que no se sabe de dónde procede. La calle desciende hasta formar una hondonada que los aguaceros han ido inundando de un líquido espeso y negro.

Un lago.

Recuerda las palabras de la bruja.

Toma la botella y no queda ni un trago. La tira hacia atrás, por encima del hombro.

—¡Oye tú, canelo, a ver si tienes más cuidado!

Éctor se detiene. Feliz de no encontrarse completamente solo allá abajo. Se da la vuelta y ve a dos tipos bajo un saledizo, muy lejos del lugar al que arrojó la botella. No les dice nada, porque sabe que está demasiado borracho para construir la frase con la firmeza correcta, pero se va por ellos.

Golpea al más cercano en la garganta con la mano abierta y cae al momento. Bueno. Pero el gordo que sale de la oscuridad sabe de lo que dispone y lo que hace, ni siquiera se molesta en cubrirse, pega sistemático, lento, muy fuerte. Éctor retrocede a hostias, intentando no atragantarse con su propio vómito, no siente ningún dolor pero sabe que lo llevan en dirección a la hondonada.

«... pero recuerda, el lago es la entrada, y el lago te espera...».

El último golpe es en la barbilla y tan perfecto que lo hace girar y caer de frente en el inmenso charco, y hundirse hasta que parece que nunca ha estado allí.

Jacinto Ortega y Jacinto Ortega

Jacinto Ortega no se sabe mover por este Madrid emergente, no es sólo la fiebre.

Ha debido de pillar algo, por la mañana tenía 39° de temperatura y subiendo; la mujer que cuida a Jacintito últimamente —procura que ninguna permanezca mucho tiempo a su servicio para que no sospeche nada de sus actividades— le ha dicho que no debería salir a la calle con esa cara de muerto, pero tiene que seguir buscando.

Vagabundea cada día, los ojos y la navaja atentos al próximo niño con el que restablecer la pureza de la sangre contaminada de su hijo, encuentra un lugar conveniente, se pierde. Ha recorrido Europa y América en su barco, ciudades viejas y nuevas, pero Madrid le confunde. Calles de trazados caóticos, producto de espontáneas amplificaciones de los núcleos originales. Agrupaciones de viviendas sin condiciones sanitarias, asentamientos en zona hostil, que no llegan a constituir barriadas, pero que permanecen allí donde surgen durante años, para siempre. La amenaza del insuficiente alojamiento para acoger el constante crecimiento de la población condicionando la vida de todos. Gente que malvive en asquerosos agujeros sin luz ni ventilación frente a modernos edificios en ensanches futuristas, como los que se están construyendo en la Gran Vía, que en este 1926 acomete las obras de sus últimos tramos.

Su último descubrimiento es una casa de billares en el barrio de Santa María de la Cabeza, un local infecto situado a cuatro escalones bajo el nivel

de la acera, llenos de chiquillos que miran las mesas, que entran y que salen sin horarios, escolarización ni vigilancia alguna —el tiempo a esa edad es más denso y los días inacabables— a la espera de que hombres como Jacinto, pero con intenciones distintas a las suyas, les paguen una partida o una gaseosa a cambio de un rato en el descampado de enfrente.

Es el tercer día que merodea por allí; el elegido es un niño moreno, tan solitario como debe, resabiado y sabio, que habla con todos, imparte consejos sobre el juego, visita con naturalidad el cuchitril empapelado de mujeres desnudas del encargado y trae vasos de vino a los jugadores de la tasca colindante a cambio de una *perra chica* o de nada.

Jacinto aprovecha que el niño está absorto en una partida para contratar la mesa de al lado e iniciar una sucesión de fallos que no sirven más que para hacer peligrar el tapete; le suena el pecho y las siluetas de los objetos brillantes se duplican o triplican. Calenturas, se dice, sólo calenturas del resfriado, pero todo le da vueltas cuando cierra los ojos, ojalá lo del niño vaya bien y rápido, y pueda volver a casa. En cuanto lo mira, le tiende el taco.

—¿Quieres jugar?

—Vale.

Aunque le sobra palo por delante y por detrás, el niño moreno pone tiza como un experto, examina las posibilidades desde diversos ángulos, enlaza carambolas.

—¿Qué quieres ser de mayor? —Le pregunta en un descanso, con su habitual falta de gracia para los niños.

—Banderillero.

—¿Y por qué no torero?

—Porque al maestro lo mira todo el mundo todo el tiempo, pero al banderillero, sólo una mijita. Te acercas al bicho, le clavas —se pone de puntillas y alza los brazos— y te vas corriendo. Yo corro mucho.

—¿De dónde eres?

—De Cádiz.

Apoyado en el taco con una mano, el niño se ha acercado mucho a Jacinto, tanto que parece haber perdido el interés por la partida, tanto que, a

pesar de que se siente cada vez más aturdido por la fiebre, está llegando a pensar si no será él el elegido.

Se pregunta qué es lo que hará con quién aquel niño para sobrevivir, pero la navaja y los planes que tiene para su sangre lo inhabilitan para cualquier condena moral. Mierda de mundo.

—¿Has comido?

—No.

—¿Quieres que vayamos a comer alguna cosa?

—Vale.

—... —Los objetos giran a mayor velocidad, siente calor y frío y calor.

—Ahora mismito vengo.

El niño sale tranquilamente por la puerta.

La oscuridad del local le parecen tinieblas, y las voces rugidos. Quiere toser para despejarse el pecho, pero no tiene energía suficiente. No tiene prisa de que regrese el niño, no quiere moverse de allí, necesita un poco de tiempo.

Cuando busca el pañuelo en el bolsillo comprueba que le ha desaparecido la cartera. El niño no va a volver. Le da igual, necesita un poco de tiempo.

11

Séptima

«En cada rostro viste la sombra de aquellos que sólo siembran y cosechan hombres».

Algernon C. Swinburne

Séptima se ha cerrado.

No ha comenzado todavía la primera tertulia de la tarde en el café Dadá, uno de los camareros barre el local y el otro conversa en la barra con un joven que secretea muy alterado sobre la «Sanjuanada», el intento de un grupo de militares y políticos liberales de derribar el gobierno en junio.

Éctor deja que se enfríe el café, mientras aguarda sin prisa la reacción de Séptima. Se ha recuperado con más rapidez de la que esperaba del dolor en la cabeza y las costillas que le produjo lo que vino después del millón de copas de coñac; recuerda vagamente que la bruja, ayudada por su sobrina, impidió que se ahogara en el lago donde lo dejaron aquellos tipos, y lo estuvo cuidando a base de pócimas secretas durante estos dos días; cuando estuvo recuperado lo despidió, sin haber pronunciado una sola palabra en todo el tiempo; ahora estaba limpio y podía pensar casi con total claridad. Pero tiene la sensación de haber emergido por el otro lado, por el fondo del lago.

La chica extrae de su bolso uno de sus cigarrillos ya liados y rechaza el mechero que le tiende Éctor, parece que no quiere encenderlo, sólo tener las manos ocupadas. Primero le anunció la muerte de Lucio, sin apenas rodeos; después de esperar un poco, ante la ausencia de estallidos emocionales, fue

retrocediendo con todo detalle hasta donde podía, hasta el primer encuentro con el notario y Piancastelli.

—Ahora tú también estás en peligro —ella no responde ni con una mirada—. Lo siento.

—¿Llegaste a verlos? —En un tono mucho más indiferente del que esperaba.

—Fugazmente, cuando salían de la fonda. Creo que fueron ellos. Dos españoles y tres africanos. Tenían más aspecto de guripas que de pistoleros.

—Soldados o policías. Sicarios. Es lo mismo —sigue dándole vueltas al cigarrillo—. ¿Cómo dieron con vosotros en Madrid?

—No lo sé. O quizás sí —ha pensado mucho en Adalfina estos días—. Te he hablado de la mujer que me puso en contacto con quienes me contrataron. Estuvo haciendo indagaciones por mi cuenta. Es posible que llamara la atención donde no debía. Si la presionaron lo suficiente... ella sabía que yo venía a Madrid. Fue Lucio quien se identificó al alojarnos en la pensión. Si los que nos buscan son militares o policías deben de tener acceso a esa clase de información.

Hay otra posibilidad que es imposible. No quiere ni pensar que le hayan hecho daño a Nuncy. Esta mañana le ha enviado un telegrama, pidiendo respuesta a vuelta de correo.

La chica sigue impasible; de vez en cuando mira hacia el piano vacío; Basilia no ha llegado aún.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Le pregunta con su voz sin acentos.

—¿Qué vas a hacer tú?

Séptima utiliza sus ojos de niebla para responderle.

—Tengo la sensación de haber estado haciendo tiempo durante estos años. Y nada más. Esperando este momento.

No sigue y Éctor aprovecha:

—Deberíamos seguir juntos a partir de ahora. Te lo propongo, sobre todo porque me conviene; ya no tengo pistas que seguir, no puedo dejar este asunto porque terminaría encontrándome de nuevo cuando menos lo esperara, y estoy seguro de que conoces a gentes y sitios de aquella época; eres mi única posibilidad de encontrar las putas películas.

Queda silenciosa.

Al menos no le ha dicho que no.

—Con doce años me emborraché por primera vez. Quería ser como ellos, como Sixto, mi tío, y sus amigos. Me bebí casi media botella de anís hecho palomitas. Enseguida me sentí fatal y salí a los jardines de Villa Saturnia para que me diera el aire. No sé cómo, supongo que me asomé o intentaba refrescarme, el caso es que me caí al estanque. Me hubiera ahogado si no fuera por Lucio, que vagaba siempre como un fantasma por todos los rincones. Nunca se lo dijo a nadie ni me lo recordó.

Empieza a llegar gente al café.

La orquesta inicia un fox-trot y salen parejas hasta de debajo de las mesas, la música parece arrancar una sonrisa satisfecha en todos y una mueca de fastidio en Piancastelli, que se ha ido desacostumbrando al bullicio en estos años de retiro; finge concentrarse en los naipes y en el rostro de sus tres contendientes, pero apenas necesita un poco de su atención y de su habilidad con las cartas —ha practicado con ellas durante varias horas diarias a lo largo de los años en busca del más difícil todavía— para manipular las jugadas según su conveniencia; algunos días lo pierde todo y otros hace saltar la banca o deja sin un real al resto de los miembros de las partidas privadas, siempre de forma ostentosa, su objetivo es llamar la atención, el dinero es un medio.

Hoy toca ensayo general... ¡Muy pronto, en este escenario, la esperadísima *rentrée* de *El prodigioso profesor Piancastelli*!

El *dancing* del canódromo está a punto de reventar.

La respetabilidad del local aún no está definida, se siguen mezclando matrimonios de la nueva clase media que buscan un poco de música y baile con las putas atraídas por los militares que suelen frecuentarlo.

Aunque le habían dicho que antes era rara la noche que faltaban, Piancastelli no ha visto ni una sola vez a los cinco Regulares desde que empezó a aparecer por el canódromo; señal más que suficiente de que saben que está allí y de que esperan el momento adecuado para ir a por él.

El estruendo empieza a cansarle; algunas parejas, con el entusiasmo del fox, abandonan la pista y se cuelan entre las mesas, llegando incluso a las de juego; los otros tres jugadores son unos idiotas. Como sus mangas le abastecen de cuantas cartas necesita, completa las dos figuras que le han tocado con una tercera y se lleva el resto que hay en la mesa.

—Me voy —poniéndose de pie y recogiendo el dinero.

—Usted no puede irse ganando así —un general gordo de bigote caído—. Eso va contra todas las reglas.

—No contra las reglas del solitario. Y yo, jugando frente a usted, es como si estuviera haciendo un solitario. Buenas noches.

—Caballero... —el gordo se pone en pie.

—Ahora bien, si desea usted algún tipo de explicación, me sentiré muy honrado de brindársela a solas, en los reservados.

Pillado.

El general mira como le miran sus compañeros. Con la frente brillando por el sudor y el alma por los suelos, no le queda más opción que irse detrás del tipo de la cicatriz en el ojo, que se adelanta sin confirmar que lo sigue.

Piancastelli cruza el salón en diagonal, esquivando a las parejas de baile, y aparta el tapiz que oculta la entrada a una de las zonas de reservados. Atraviesa un patio pequeño con jaulas de galgos vacías y se introduce por un corredor estrecho con puertas de madera a ambos lados. Unos metros más atrás, escucha el andar pesado e indeciso del militar; no le hace caso cuando el otro, aprovechando la discreción del lugar, lo llama en voz baja, probablemente con la intención de apañar la ofensa antes de que llegue a mayores.

Con la bendición del marqués de las Antillas y la ayuda de varios esportilleros, Piancastelli se ha pasado tres días trabajando en el cuartillo que ya se ve al final del pasillo. Que se sepa, el inventor del famoso truco de la mujer cortada por la mitad, fue el conde de Grisy, en el segundo tercio del siglo XIX, el cual serraba en dos mitades a un chico tendido en un cajón horizontal del que salía indemne al final del espectáculo. Después surgieron multitud de variantes. Piancastelli había exhibido por medio mundo una de ellas en la que, a la vista del público pasmado, una chica inmovilizada por

cadenas dentro de un cajón vertical, era atravesada por las cuchillas insertadas en dos paredes que se juntaban.

¡El ensayo está a punto de comenzar!

Abre la puerta de madera y vuelve a calcular mentalmente el tiempo y la distancia que le separa de su perseguidor. Todo perfecto. Es un cuarto de unos tres metros cuadrados. Piancastelli verifica de un vistazo que no se aprecie nada anormal en él, sale por la puerta del fondo, y se queda al otro lado; incluso juega con acercar la mano al resorte que pone en marcha el dispositivo. Poco después escucha cómo el general entra en la habitación.

Cuando el tipo sudoroso salga por la puerta del fondo, Piancastelli habrá desaparecido, y podrá descansar, aliviado de que su ofensor no esté, sin saber de lo que de verdad acaba de librarse.

Éctor se siente como un apestado que oculta su mal en busca de refugio cuando llegan al hotel Bizancio, en la plaza Humilladero, no muy lejos de la plaza de la Paja, donde han pasado unos minutos en el piso de Séptima recogiendo cuatro cosas, las cartas de Sade y el manuscrito de sus traducciones en un bolso de viaje, alertas, como tendrían que estar siempre a partir de ahora, ante la llegada de los individuos que asesinaron a Lucio.

Hoy la niebla venía incluida en la noche, y ambas les acompañan cuando entran en la recepción del hotel. Nadie. Una antigua casa palacio de tres plantas decorada según los motivos que le dan nombre —un enorme mural con un temible pantocrátor, estantes llenos de iconos y trípticos rematados en marfil, un mosaico desdentado representando una figura irreconocible— con el aire decadente de los establecimientos que intentan sumarse sin éxito al inusitado auge que según proclama el Directorio está experimentando la economía del país.

Cierran la puerta y quedan en el vestíbulo. A la derecha, el mostrador de recepción, vacío; a la izquierda la puerta entornada del restaurante, por la que surge la musiquilla de un gramófono; y al frente, las escaleras y la puerta enrejada del ascensor.

Sale del restaurante un tipo grande y gordo, de más de cincuenta, el rostro

blando y apocado, con carric y cartapacio bajo el brazo, que está a punto de pasar de largo en dirección a la salida cuando la reconoce:

—¡Séptima, hija, qué sorpresa! —se quita el sombrero de alas castigadas y le toma una mano—. No te esperábamos hoy.

—Buenas noches, Antonio. Vengo a pedirlos un favor —Séptima pertenece a una raza que pide favores como si le ordenara el menú al camarero—. Deja que te presente a Éctor, un amigo.

—Antonio Altea —el hombre se cuadra servilmente ante Éctor—, poeta y hostelero adjunto. Para servirle.

—Pues tenemos mucho en común. Yo también he sido adjunto más de una vez.

—...

—Antonio, necesito quedarme unos días. Los dos —Séptima.

—Si por mí fuera, te diría que sí ahora mismo. Pero ya sabes que desde hace unos años, el hotel es enteramente suyo. Están cenando —baja la voz, cómplice y adulator—. ¿Quieres que hable con ella y te prepare el camino? Hoy no está de humor.

—Te lo agradecería.

—Esperad un momento.

Vuelve a entrar en el restaurante.

—Antonio y su hermana Antonia son gemelos —explica Séptima—. El hotel era de ambos hasta que éste se metió en líos y tuvo que venderle su parte. Cuando se le acabó el dinero, volvió para vivir a costa de ella; ocupan el tercer piso; él hace algunos recados y otras componendas, incluyendo confidencias a la policía.

—¿Crees que nos podemos fiar de ellos? ¿Los conoces hace mucho?

—De toda la vida. Son unos cabrones. No, no podemos pero no tenemos dónde elegir.

Éctor no se ha separado de ella desde que le comunicó la muerte de Lucio y aún no la ha visto reaccionar de ninguna manera. Con sus pantalones de montar y su levita negra, no se parece a nadie, quizás no tenga nada que ver con nadie.

Aparece Antonio por la puerta entreabierta, llamándoles con un gesto

conspirador.

A excepción de un tipo solitario que se come dos huevos fritos en una esquina, no hay clientes en el enorme comedor. El camarero, la cocinera y el recepcionista comparten una pequeña mesa y una sopera con la propietaria, la misma cara y dimensiones que su hermano, pero está claro que lo que él tiene de pusilánime, a ella le sobra de carácter. Les saluda con cabeza sin dejar de tomar su sopa y mirando fijamente la bragueta de Éctor.

La música no procede de un gramófono sino de un moderno aparato de radiotelefonía colocado sobre un aparador, que ocupa el lugar predominante del salón.

—Ya le he explicado a Antonia lo que necesitas —media su hermano.

—Dos habitaciones. No sé por cuánto tiempo. Y no quiero firmar en ningún sitio ni que nadie sepa que estoy aquí —precisa Séptima.

Antonia sigue hundiendo la cuchara en el plato, pensativa; al fin, la bragueta de Éctor resulta una razón satisfactoria.

—¿Queréis cenar?

En otra mañana grisácea y fría, concluye que el silencio es una de las pocas comodidades que va a proporcionarle el hotel. Aún no ha terminado de afeitarse cuando Séptima llama a la puerta de la habitación. Entra y se sienta en la cama mientras termina. No se ha cambiado de ropa pero siempre está limpia y fresca, otra característica de su estirpe.

—Me trae sin cuidado a quién vayas a entregarles las películas ni quién o quiénes las buscan —es sólo el preámbulo de algo—, pero supongo que si logramos desenterrarlas, nos dejarán en paz.

Éctor no responde.

El preámbulo se queda en eso.

Termina de afeitarse, se seca, y se asoma a la ventana. Ocupa una habitación del segundo piso, que es el único en funcionamiento; el tercero lo ocupan los dueños y el primero está cerrado por la escasez de huéspedes, aunque es allí donde han alojado a Séptima.

Un grupo de gamberrillos procedentes de la calle de Toledo se detiene

ante el escaparate del restaurante del hotel, señalan algo y se ríen; a pesar del frío, ninguno lleva abrigo, algunos la chaqueta directamente sobre el cuerpo; el más pequeño, la cabeza cubierta por un vendaje hecho de trapos sucios, se abriga con hojas de periódico atravesadas por un cordel.

Éctor ha dormido bien esta noche, sin apenas sobresaltos; le tranquiliza encontrarse en un lugar en el que apenas nadie sabe que está, allí existe un poco menos.

—Dime —dice.

—Deberíamos hablar con Humberto Oyarzo. Es catedrático, agregado al Centro de Estudios Históricos.

—¿El que dirige Ramón Menéndez Pidal?

—Sí. Creo que nos será posible comunicarnos con él de una forma más intelectualizada.

No aclara con quién lo compara ni qué tiene eso de bueno. A diferencia de Lucio, ella sí vivió aquellos acontecimientos en primera persona y conoce una gran cantidad de entradas al laberinto que crearon aquellos tipos, pero es preferible no preguntarle demasiado, que sea ella la que desenrede los hilos que deben guiarles.

—¿Es uno de los miembros de la Editorial Saturnia? —Sí.

—¿Qué hace en el Centro de Estudios Históricos?

—Dirige una sección sobre filología anglosajona. Aunque el Centro se ha trasladado a la calle Almagro, él sigue en la antigua sede de la Biblioteca Nacional, donde monitoriza trabajos de investigación para grupos reducidos de universitarios. Será mejor que esperemos a esta tarde para ir allí. Es un mierda.

—¿Habéis mantenido el contacto?

—Hace dos años asistí a un seminario que impartía sobre Swinburne. Por curiosidad. Quería ver cómo le había tratado el tiempo. Cuando terminó, me presenté y me invitó a cenar. Al principio estuvo presumiendo de haber mantenido y reelaborado la filosofía creada por el grupo de los saturninos, pero después se emborrachó y se puso a llorar como la diva fracasada que es.

—¿Crees que nos recibirá bien?

Séptima se levanta y se acerca a él. Le habla a la nuca, no alza la voz,

pero vocaliza tan marcadamente que es peor que si gritara.

—No tengo ni idea de cómo nos recibirá ni de con qué excusa nos vamos a presentar allí ni qué vamos a reactivar al resucitar esa época. No me acostumbro a la idea de ser tu cicerone. No quisiera estar aquí, haciendo esto. No tienes ni idea. Pretendes investigarles como si fueran personas reales pero entonces no eran más que los personajes que se habían inventado. No sé qué es lo que quedará de ellos.

El hombre se da la vuelta, abre el cajón de la cómoda, extrae la pistola, la revisa y se la inserta en el cinturón.

—¿Y eso? —Señala el arma.

—De adorno. Botín de guerra.

Séptima coge el paquete de balas que ha quedado a la vista en el cajón abierto, una caja de veinticinco cartuchos para pistola automática del calibre nueve largo fabricado por Artillería Pirotecnia Militar, la famosa Pirotecnia de Sevilla, fechada en 1926.

Se había propuesto no atosigarla con preguntas, dejar que fuera ella la que le proporcionara información, en su momento, pero empieza:

—¿Has visto las tres películas?

—Fragmentos.

—¿Qué fue del niño actor que aparece en la primera? En *Donatien*. El niño que...

—Sé al que te refieres. Ni idea. Se habrá perdido, como los demás.

—¿Sabes algo del hombre que fue asesinado en la última?

—No sé su nombre. El asunto se enterró enseguida, la familia de algunos miembros de la Editorial, incluyendo la mía, tenía gran influencia. Sólo sé que el hombre que murió no pertenecía al grupo ni a su clase social, aunque habría hecho cualquier cosa por integrarse en él.

—Seguro que estuvo encantado de dejarse asesinar. ¿Sabes cómo ocurrió exactamente?

—Murió crucificado. Algo salió mal mientras rodaban. Sólo escuché que fue un accidente.

—Esa puede ser una buena posibilidad de abordar al tal Humberto Oyarzo. Si le decimos que actuó en nombre de la familia del muerto, no

podrá negarse a responder a nuestras preguntas.

—Tú verás. ¿Algo más?

—Mucho más.

Piancastelli mira a los animales que miran a los animales.

Absortos, por primera vez sonrientes, azuzándolos con ramas, embelesados ante cada embestida de los perros callejeros a los que han arrancado las lenguas para evitar el alboroto, los esportilleros se palmean las espaldas cada vez que uno de los animales enloquecidos por horas de encierro y torturas hace presa en el otro, tan divertidos con las salpicaduras de sangre que empiezan a convertirse en regueros por el corralillo donde se desarrolla la lucha, que ni siquiera han advertido la llegada del hombre que los ha traído a Madrid.

No le conviene dejarse ver por la ciudad, así que, al margen de para la operación contra los Regulares que está preparando en el *dancing* del canódromo, apenas sale de su escondrijo en Peñuelas, casi siempre de noche y con todas las precauciones. Pero esta mañana ha leído, en el *ABC* que le trae un vecinillo junto al pan y la leche, un anuncio redactado según el código convenido con Vidal reclamándole con urgencia.

Con su traje más usado y un abrigo a cuadros y un sombrero de alas comprados a un ropavejero, Piancastelli ha cruzado el Viaducto y se ha internado en las Vistillas; venía pensando que, si siguiera avanzando en esa dirección, no muy lejos, se encontraría con el Palacio Real, la razón última de la historia en la que se ha involucrado, pero descarta el simbolismo y se desvía por un camino que le lleva, ya en descampado, a la cuadra donde se esconden los esportilleros.

Los perros sin raza, cosidos a dentelladas, están dispuestos a morir luchando, tal vez para acabar ya con el martirio de la última semana; el más pequeño, blanquecino y cojo, atrapa en un mordisco el hocico del mayor; un griterío de júbilo surge del grupo de esportilleros.

Vidal se acerca, abrochándose los pantalones; el contrabandista ha perdido peso en estos pocos días, trae los faldones de la camisa por fuera, la

chaqueta manchada, los ojos tristes.

—Me has llamado —Piancastelli.

—Teníamos que hablar. Venga.

La cuadra, en el centro de una hondonada, a unos metros de los restos calcinados de una casa, es una nave enorme, con las paredes y el techo en buen estado, pero vieja y sucia, con excrementos de caballo incrustados y montones de paja que ni sus antiguos ocupantes aceptarían como único mobiliario.

Cuando llega a un punto en el que los demás no pueden oírles, el gordo se detiene y se calla, intimidado como siempre por Piancastelli.

—Tú dirás.

—Verá, ¿no sería posible buscarnos otro sitio? Una casa de huéspedes o algo así. Mis hombres se están volviendo locos aquí dentro.

—Seguro que han vivido en sitios peores.

—Aquí estamos como bestias. Cagando y meando en una esquina y comiendo en la otra. Todo el día mano sobre mano, sin nada que hacer.

—Vidal, ya te expliqué que necesito disponer de una fuerza de choque anónima como ésta para cualquier eventualidad; para casos como el del teatro, por ejemplo. Por eso tienen que estar listos para actuar en cualquier momento.

—Ya...

—También te expliqué que la gente a la que nos enfrentamos es muy poderosa, sus contactos se ramifican a todos los estamentos. Si os alojarais en otro sitio, os delatarían en unas pocas horas.

—Es que están aquí sin hacer nada y yo...

—Tu trabajo es controlarles. Para eso te pago. Me dijiste que podías hacerlo.

—Claro que puedo...

—Claro que puedes —en tono algo más amistoso; se da la vuelta y da el asunto por resuelto, pero recuerda algo y lo endurece de nuevo—. Y encárgate de que no se repitan salvajadas como ésa —señalando a los perros.

—No se preocupe.

El Centro de Estudios Históricos, nacido en 1910 bajo el impulso de la Junta de Ampliación de Estudios en su intento de aplicar las teorías regeneracionistas a la cultura y a la investigación, que se emplazó originalmente en los sótanos del Palacio de Bibliotecas y Museos del Paseo de Recoletos; utilizando los antiguos locales del Museo de Ciencias Naturales, aprovechaba las ventajas que supondría su conexión, además de con la Biblioteca, con el Archivo Histórico. La posterior multiplicación de secciones y actividades habían forzado la mudanza en 1919 a una nueva sede en la calle Almagro, pero el profesor Humberto Oyarzo, valiéndose de que era el único que no impartía disciplinas propiamente hispánicas, había conseguido permanecer en las antiguas instalaciones, convirtiéndolas en un feudo privado, fuera del alcance de cualquier inspección restrictiva.

Séptima y Éctor han esperado a la tarde para visitarle con mayor intimidad. Nadie les ha detenido en la entrada. No encuentran a quién preguntar mientras se adentran en las tripas del edificio que, como un descomunal depósito funerario, recoge una copia de cada libro del país. El marbete de alguna puerta les confirma que se están internando en la dirección correcta. Al fin encuentran a un estudiante, un tipejo prematuramente calvo que camina sonriéndole al suelo.

—Perdona, ¿el despacho del profesor Oyarzo, por favor? —Séptima.

—Claro. Eh... Os llevo —se da la vuelta, feliz de no tener que salir de allí.

Doblan algunas esquinas absurdas y bajan un tramo de escalones. Las bujías son cada vez más insuficientes para iluminar el lugar.

—¿Vienes a preparar algún curso? —el estudiante se vuelve a Éctor, esperanzado; a la mujer, como si no la viera.

—Un curso sobre roedores. Me han dicho que tenéis una colección estupenda.

El chico se pone colorado y mientras busca y no busca una respuesta llegan al departamento de Oyarzo. La puerta está entreabierta y se escucha a alguien disertar con energía. El estudiante pide a Éctor y a Séptima que guarden silencio y les hace entrar a un enorme despacho, lleno de estanterías

y vitrinas —pipas, plumas, portarretratos, pergaminos...— alrededor de un gigantesco escritorio que su propietario, sentado de medio lado en el borde, hablando de cara al techo, como si esperara que los tres alumnos que toman notas a toda velocidad levitaran hasta allí en cualquier momento, está usando como un escenario.

—... no, no, no. No. No se le puede leer como si leyerais a Meléndez Valdés —con asco—. Para comprender a Algernon Charles Swinburne tenéis que tener presente que estáis entrando en casa de un hombre que ha puesto de patitas en la calle al mismísimo Dios...

Deberán tenerlo presente igual que Éctor no se olvida de las andanzas de los miembros de la Editorial Saturnia mientras interpreta las palabras de Humberto Oyarzo y su imagen de dandi de facultad con traje y corbata negros y chaleco de flores amarillas, bigote perfectamente recortado, el pelo brillante algo más largo de lo correcto, unos cuarenta años bien llevados, la edad que rondarán todos los integrantes de la Editorial. Algunas de sus frases son sólo retórica universitaria, otras no.

—... y después, ya solo, todo lo solo que un ser humano puede estar, se dedicó a hablarnos de la miseria del hombre, incluyendo el amor, la sensualidad y la muerte en este capítulo, como si fuera imposible hacer nada por redimirlo. Swinburne es el maldito por excelencia de las letras inglesas del siglo XIX. Entendía la poesía como un arte puro, que iba mucho más allá del mensaje y del compromiso social o político. Y afrontó con valentía, ayudado por el alcohol y por la fuerza extraída de su naturaleza enfermiza, el rechazo de los puritanistas, que lo acusaron de degenerado, de incestuoso y de satanista. No tuvo más aliados que los elegiacos de la Grecia y de la Roma clásica, que el espíritu rebelde del marqués de Sade, que la poesía envenenada de Baudelaire. —Oyarzo baja al fin los ojos y los clava en Séptima; no muestra ninguna sorpresa; desde ahora hablará para ella—. Recordad que estamos ante una voz que había eliminado cualquier esperanza de redención:

»Porque entonces no habrá estrellas ni soles
»ni cambios de luz que puedan despertarnos;
»no habrá aguas que se agiten tumultuosamente

»ni sonidos ni visiones;
»tampoco habrá días, estaciones, o seres luminosos;
»sólo un eterno sueño
»en una eterna noche.

Mide con exactitud el tiempo de su pausa sin dejar de mirar a la mujer y luego despide a los alumnos.

—Esta tarde no os vais a marchar a casa como si nada hubiera ocurrido, porque hoy os ha ocurrido Swinburne. Tenéis cuarenta minutos para analizar su *Ave Atque Vale* con algo que me suene a una mirada nueva. Cuarenta minutos a partir de ¡ya!

Da una palmada y los estudiantes salen espantados; el que ha guiado a Éctor y a Séptima aprovecha para perderse con los demás.

Cuando se han marchado, se acerca a ellos con gesto beatífico.

—Bueno, bueno, Séptima. Qué alegría —la besa ligeramente—. Perdonad el alarde, pero ya no sé cómo inculcar un poco de entusiasmo en estos chicos.

—Hasta a mí has estado a punto de inculcármelo. Deja que te presente a Éctor.

El catedrático le estrecha la mano y se queda mirándole los labios más tiempo de la cuenta; últimamente todos le dirigen miradas insinuantes o tal vez eso sea sólo una parte del pervertido espejismo que se ha materializado en su interior como resultado de lo que le está pasando. Después los invita con un gesto a sentarse en las sillas que los universitarios han dejado libres y él vuelve a ocupar el filo de la mesa.

—¿Puedo ofreceros un té? Mi secretario no viene por las tardes, pero tengo aquí todo lo necesario —señala una tetera de plata y un infiernillo en una esquina.

—Acabamos de tomar café. Gracias.

—Me alegro mucho de verte, querida. Qué sorpresa. ¿Has decidido inscribirte en uno de mis cursos? ¿Los dos?

—No, pero esperamos que puedas ayudarnos. Intentamos reunir las películas que forman el *Sagrado Tríptico*. Ya tenemos *Donatien*; nos faltan *Alphonse* y *Frangois*.

De golpe.

Oyarzo frunce los párpados y estrecha las pupilas.

—¿Te has vuelto loca?

—Éctor está aquí en nombre de la familia del hombre que murió durante el rodaje.

—¿Y tú estás con ellos?

—Ya ves.

Cambia la incredulidad por el desprecio.

—¿Eres consciente de que me hablas de algo que, si es que llegó a ocurrir, tuvo lugar hace miles de años en un planeta habitado por seres que en nada se parecen a nosotros?

—La familia del muerto lo recuerda como algo mucho más cercano —Éctor.

—Tengo que pedirlos que os marchéis —a Séptima.

—¿Prefiere que me pase por aquí algunas mañanas y le repita la pregunta con toda clase de detalles delante de sus alumnos? —Éctor.

Humberto Oyarzo mira hacia la puerta y comprueba que está entreabierta; se levanta ágilmente para cerrarla; fuera se escucha el murmullo de los estudiantes que discuten el trabajo que les han encomendado; Éctor también se levanta e interpone el pie en el quicio para evitar que la cierre.

—Vamos a dejarla así —en un susurro— y vamos a hablar tranquilos del tema. Seguro que nos entendemos.

El catedrático lo mira con odio pero no está dispuesto a la disputa física ni al escándalo, así que se vuelve despacio al escritorio.

Se da unos segundos.

Entonces Éctor lo ve, en la película que presencié en casa del notario y en la foto que lleva en el bolsillo, con catorce años menos y una energía reemplazada por surcos en la frente; a la sombra del vizconde, del líder, pero personificando con una intensidad salvaje la novelización de fantasías que ahora son sumarios académicos. Sólo en apariencia ha resultado indemne de las reacciones químicas que ha necesitado para sintetizar aquella sustancia que lo hacía sentirse tan distinto a todos en esta mediocridad por la que se arrastra.

Habla.

—Cuando mencionáis a la familia de Lucas Iranzo, os referís al borracho de su hermano Germán, ¿verdad? Lucas no tenía a nadie más. ¿Qué pasa, que al final lo han despedido de la orquesta y quiere sacarnos los cuartos para vivir a nuestra costa?

—...

—Voy a hacer lo siguiente —después de darse algo más de plazo.

Se pone en pie, se tira del chaleco hasta que consigue una tersura a su gusto, guarda una estilográfica de oro y unos papeles en un portafolios de cuero. Después se acerca a la percha, descuelga un abrigo negro, se lo pone sobre los hombros, recoge el maletín y se dirige a la puerta mientras les habla sin mirarles.

—Voy a marcharme y no quiero volver a veros por aquí. Podéis hacer lo que queráis.

Al margen de sus poses, ambos saben que ha entrado y salido de lugares que lo han preparado para que sea muy difícil forzarle a hacer nada en contra de su voluntad.

El recepcionista del hotel Bizancio, un individuo con bisoñé y orejas de soplillo, que hace turnos ininterrumpidos de mañana, tarde y noche les saluda con una reverencia. Es temprano para ir a dormir, así que Éctor y Séptima aprovechan que el restaurante está vacío para sentarse en una de las mesas.

La radiotelefonía, que aún no se ha desprendido totalmente de sus orígenes sobrenaturales, tiene encandiladas a las clases medias de Madrid, y en el hotel disfrutan de uno de los modelos más sofisticados, con un audífono de cuatro lámparas, una batería de acumuladores, una de pilas de 60 voltios, un altavoz Brown y un cuadro de carga de los acumuladores. Tienen sintonizada Unión Radio, y se escucha a Hipólito Lázaro, el cantante de moda en todo el mundo, que ha llegado a triunfar en el Metropolitan de Nueva York.

Los dos fuman en silencio, han cenado en una tasca, picoteando conversaciones que se morían a la mitad. Mañana visitarán al profesor manco

que interrogó a la bruja sobre los saturninos. Van a pedir a la pianista del café Dadá y a Antonio que hagan algunas averiguaciones. Séptima ha estado a punto de abordar cuestiones nuevas y Éctor de pedir aclaraciones sobre otras de las que apenas sabe nada, pero los dos han desistido en algún momento.

Llega Antonio Altea, mirando hacia atrás como si lo persiguieran, se sienta en su mesa y les habla en voz baja aunque no hay nadie más en el salón.

—Te esperábamos. Queremos que nos ayudes en algo —ella.

—Y yo te esperaba a ti —bajando aún más el volumen—: han entrado en tu piso.

—Habla —impávida.

—Lo han incendiado. Los vecinos intentaron apagar el fuego y llamaron a los bomberos. Lograron que no se extendiera al resto del edificio. Vieron salir a unos tipos, así que no hay duda de que ha sido provocado. Los...

—Los libros, han ardido todos, ¿verdad?

—No se ha salvado nada.

Séptima. Sus ojos sin color le sirven para expresar sentimientos inesperados que los demás nunca interpretan correctamente.

—Te decía que íbamos a pedirte que hicieras algunas indagaciones para nosotros —la voz firme también sostiene la sensación de que la noticia no la ha afectado.

—Dime —Antonio saca un carné del bolsillo y se dispone a anotar con aire de estar acostumbrado a ese tipo de pesquisas.

—Necesitamos toda la información que puedas obtener de un tal Lucas Iranzo; murió hace catorce años, durante el rodaje de una película por unos aficionados; seguramente era estudiante universitario o recién licenciado. También de su hermano, Germán Iranzo, del que sólo sabemos que forma parte de una orquesta.

—¿Algo más? —Con toda naturalidad.

—De momento...

Detrás de la barra se ve la entrada a una escalera que comunica el comedor con la cocina del piso inferior; en algún momento ha debido de subir por allí el camarero, que limpia las botellas sin prestarles atención.

Antonio repara en él, se levanta y les dice en voz demasiado alta:

—... pues como sois tan amigos de mi hermana, deberíais decirle que ya tiene edad para haber aprendido a diferenciar entre un vago y un hombre que administra esmeradamente sus energías.

Asiente indignado, les guiña un ojo y se marcha.

Les deja más silencio del que extinguió con su llegada.

Un zumbido discontinuo sustituye la emisión de Unión Radio.

Al rato, Séptima rescata la noticia del incendio con el réquiem que Éctor aguardaba.

—Sixto siempre quiso que sus libros se perdieran con él. Eran parte suya. Su deseo tenía una lógica que sólo entendí mucho después.

—...

—Sólo tras mucho insistirle, y sólo porque era yo, consintió en... legármelos.

No se lamenta, hace recuento, aunque aquello ha debido de afectarle más de lo que parece porque ni siquiera eso lo suele hacer ante los demás.

De pronto, siguiendo aparentemente el curso de la conversación, mira a Éctor con un punto de intensidad.

—¿Quieres pasar la noche en mi habitación?

—No.

Responder eso y así de rápido le produce el mismo efecto de inestabilidad que una pérdida momentánea de equilibrio al borde de un acantilado.

Siguen fumando.

Desde su posición, el camarero no aprecia ningún cambio.

Ya no necesita jugar para atraer su atención, sabe que pronto los Regulares aparecerán por allí. Con el traje de etiqueta, la pechera almidonada y la pajarita perfecta, Piancastelli retrasa el regreso a la sordidez del piso en la barriada de Peñuelas saboreando un cigarro y un café mientras los camareros empiezan a barrer el local; son las seis de la mañana y el *dancing* del canódromo está casi vacío, las secuelas de la fiesta se ocultan en los reservados. Está tranquilo, el propietario ha apostado empleados veinticuatro horas al día que lo avisarán de la llegada de sus enemigos. Hojea el *Gibraltar Chronicle* que ha cogido del despacho del marqués de Antillas, no está de

más contar con la visión que tiene la prensa británica de la situación política española y de su conflicto con Marruecos; al fin y al cabo, le ha tocado desempeñar un papel determinante en todo aquello, aunque si todo va bien, nadie lo sabrá nunca. El general Primo de Rivera sigue dirigiendo el país con su tembloroso puño de hierro, mucho más popular entre la población desde el desembarco en Alhucemas del año pasado, la operación que había aplastado el movimiento insurgente de los nativos y que ya todos consideraban el principio del fin de una contienda larga, absurda y sangrienta, pero observado cada vez con mayor desconfianza por los militares africanistas, que iban a ser los grandes perjudicados de la pacificación del Protectorado. España había demostrado que carecía del sentido práctico y del poder económico para explotar económicamente las colonias; no se hizo una guerra para hacer negocios, el verdadero negocio era la guerra. Los militares allí destinados — Mola, Sanjurjo, Millán Astray, Queipo de Llano, Yagüe, Muñoz Grandes, Jaime de Andrade que firma sus escritos como Francisco Franco, y muchos otros—, conscientes de que pronto carecerían de las partidas presupuestarias con las que se sufragaba la lucha, y del sistema de ascensos que les había encumbrado, se volvían contra el rey del que fueron considerados guardia pretoriana, acusándolo de pusilánime ante la política de Primo de Rivera, dispuestos a la más abyecta de las extorsiones con tal de convertirlo en cómplice de sus planes en la península.

Los cinco Regulares a los que debe neutralizar no son más que su primer intento y Piancastelli se pregunta si, aunque esta vez no lo consigan, habrá alguna fuerza capaz de pararles.

—Señor... —Un camarero le muestra la escoba con gesto de disculpa.

—Siga, siga. Hágase la cuenta de que no estoy aquí.

La academia de esperanto, una casa de dos plantas en la calle de Postas, parece cerrada cuando llegan Séptima y Éctor, pero no necesitan llamar a la puerta, un bedel con aire militar y un replanchado uniforme gris que parece haber adivinado su llegada, les abre y les saluda, demostrando ostentosamente un patoso dominio del idioma que venden:

—Bonan Matenon.

—Hola —Séptima—. Nos...

—Ya no admitimos alumnos —interrumpiéndola.

—Yo tampoco admito ya que nadie me dé clases —Éctor—. Querríamos hablar un momento con uno de sus profesores. No sabemos su nombre, pero nos han dicho que le falta un brazo.

—Ustedes se refieren a nuestro director, don Orestes Pérez Oviedo —rectificando su actitud—. Síganme.

Tras el vestíbulo, descarta la auténtica entrada a la academia, una ristra de puertas cerradas, y les guía por un pasillo que les lleva directamente a una especie de biblioteca; deja abierto al salir, para evitar que toquen, rompan o roben algo.

—Esperen aquí un momento. Lo aviso enseguida.

Es un salón alargado, grande, tanto que la mayoría de las tiendas de antigüedades no acumulan ni la mitad de los objetos valiosos contenidos en la entrada. Ni el escritorio, ni el secreter del rincón, ni el tresillo tapizado, ni los muebles atestados de libros restan protagonismo a una gran fotografía con marco dorado en la que Alfonso XIII impone alguna clase de condecoración a un anciano con barba y gafas. Éctor se acerca para leer la dedicatoria: «Para Orestes». *Pli bone malfrue ol neniam*. «Alfonso R.». Se queda mirando los ojos obtusos del rey, permanentemente sorprendidos, como si tuviera serias dificultades para comprender lo que ocurre a su alrededor; tiene cuarenta años, y ocupa el trono desde los dieciséis; el tiempo sólo ha servido para fijar en su rostro una expresión errática seguida por la perplejidad ante un mundo real no coincidente con las expectativas de gozo y gloria que los tunantes que lo criaron le prometieron en su niñez.

—El acto de nombramiento del doctor Zamenhof, creador de nuestro idioma, como Comendador de la Orden de Isabel la Católica —les informa una voz desde la puerta—. Su majestad es un consumado esperantista. Uno de mis alumnos más aventajados —tiende la mano a Éctor y roza con los labios la de Séptima—. Orestes Pérez Oviedo, para servirles.

El hombre tiene la edad aproximada de Zamenhof y la misma barba blanca, pero sin las gafas. La chaqueta con una manga vacía parece deslucida

y vieja; Éctor, en el selecto colegio privado donde impartía clases, conoció a otros hombres, padres o abuelos de sus alumnos, poseedores de una gran cantidad de poder o de riquezas y por lo tanto de poder, que también vestían así.

—Séptima Arenzana. Éctor Mena.

—Siéntense, por favor.

El profesor les conduce al tresillo y espera a que tomen asiento para hacerlo él. Éctor no se explica cómo pudo poner fin aquel individuo a las andanzas de la Editorial Saturnia ni por qué lo hizo, pero en aquel asunto es mejor no presumir nada.

—Ustedes dirán.

—Le agradezco que nos reciba sin haber concertado cita —Séptima tomando la iniciativa e improvisando—. Venimos a pedirle un favor. Verá, estoy reconstruyendo la biografía de mi tío, el vizconde de Yarena, Sixto Esteban de Arenzana. Tengo entendido que fue alumno de usted.

—Sixto, Séptima... seis y siete. ¿Los nombres fueron una casualidad? Perdóneme mi pregunta, las palabras son mi oficio y mi obsesión.

—No, no fue una casualidad. Mi tío convenció a mis padres para que me llamaran así. Estaba convencido de que nunca tendría hijos y, según él, quiso favorecer una correlación cósmica con su heredera. Todo eso era muy propio de él, como usted sabrá.

—Lo siento, pero creo que se confunde. Con ese nombre lo recordaría si lo hubiera conocido.

Éctor echa de menos esas novelas policiacas en las que todo el mundo ofrece respuestas a las preguntas del detective; en la vida real, la gente simplemente no te dice nada y rara vez puedes forzarles a hacerlo y ahí se acaba todo.

—Es posible que él o sus amigos se inscribieran con un nombre falso —Séptima—. Eran un poco... extravagantes. ¿Le importaría mirar una fotografía por si reconoce a alguno?

Es Éctor el que le tiende el retrato de los saturninos disfrazados de músicos.

—Lo siento. No los he visto en mi vida.

Le devuelve la foto tras observarla casi un minuto, casi se diría que está diciendo la verdad, hasta el punto de que desechan cualquier posibilidad de intentar hacerle confesar mediante una acusación directa. El profesor se queda esperando plácidamente una nueva pregunta, sin prisa ninguna.

—Mi tío y sus amigos formaban una especie de asociación cultural, y habían adoptado el esperanto como idioma oficial.

—Eso dice mucho en su favor —sonriendo—, probablemente entendieron que el esperanto es mucho más que una lengua ideada para salvar el escollo que supone la multiplicidad de idiomas, es una filosofía sobre el entendimiento universal.

Séptima no le dice que los saturninos pretendían justamente lo contrario, porque además está segura de que el anciano ya lo sabe.

—Si no fue aquí, ¿dónde cree que pudieron aprenderlo?

—Hace ya varios cursos que este centro está inactivo; el resto de mis actividades me impide mantenerlo en marcha; se ha convertido en una especie de retiro para mí, un lugar donde conservar recuerdos y trabajar con tranquilidad. En todo caso, existen varias academias en Madrid, cada vez más. Y un buen número de profesores particulares, muchos de ellos antiguos discípulos míos.

—¿Puedo preguntarle —Séptima señala el cuadro— si mantiene contacto con Su Majestad? El y mi tío eran amigos. Quizás lo mencionara alguna vez.

Detrás de sus palabras, fluidas y diplomáticas como nunca, se trasluce una animadversión ante el anciano que éste parece advertir y valorar mientras elige cuál de las posibles respuestas le conviene ofrecer.

—Mi familia lleva al servicio de la monarquía desde los últimos años de Fernando VII —hundiéndose un poco más en su sillón.

No ha dicho *mi familia tiene el honor de*; a sus palabras se le podría dar incluso el sentido de que es la monarquía la honrada al contar con sus servicios.

Ha dicho mucho más. Ha dicho que no va a revelar nada que proceda de esa fuente. Ha dicho que, aunque podría continuar con su imagen de profesor jubilado, prefiere dejar claro el alcance de su poder. Puede haber dicho hasta que ese poder, el mantenido por su familia a lo largo de un siglo de historia,

va más allá del de la institución, tan inestable en ese tiempo, a la que está ligada y a la que tal vez protege incluso de sí misma.

—En tantas décadas —prosigue—, hemos aprendido, más que a oír, a desoír. No sólo lo que se dice fuera, sino también lo que se dice dentro. Tenemos una misión de continuidad que cumplir que va más allá de las personas. Sólo con acallar algunas de esas voces internas y externas se podrían haber evitado daños irreparables. A lo que habría que añadir que las circunstancias son tan engañosas como queramos que sean, y aún más.

Se pone de pie.

Acercándose al secreter y manejándose habilidosamente con su único brazo, usa una pequeña llave de oro que cuelga de la cadena de su reloj para abrir la tapa abatible y extraer un díptico de madera.

—Son ustedes personas instruidas. Conocen de sobra el desgraciado matrimonio entre Isabel II y su primo Francisco de Asís; los amores extraviados de él, incluyendo una larga relación con una persona del sexo masculino, y los numerosos escauceos de ella. Desgraciadamente, estas circunstancias son de todo dominio público, aparecen en cualquier manual histórico —con desprecio—. Sin embargo, si hubiese sido posible mantener la necesaria discreción, quizás se podría haber cambiado la propia historia.

Abre el díptico y se lo entrega a Séptima para que lo lean los dos. En uno de los tableros se lee una etiqueta explicativa: «Epístola ológrafa dirigida por Francisco de Asís de Borbón a su esposa, la reina Isabel II, fechada en 1858. Por autentificar». Y en la tapa inferior, cubierta por un lienzo de cristal, un documento con un texto escrito con letra enrevesada y corregido por varias tachaduras.

Mi admirada Isabelita:

Te llamo admirada porque lo hago, aunque no lo creas, en especial el ánimo con el que llevas la casta que nos toca... a mí hay días en que se me caen los palos del sombrero, aunque el sombrero sea el palacio de Aranjuez y los palos sean unos apellidos como los míos que son los tuyos y son los de todos.

Esta mañana, un palafrenero con el que hace tiempo tomé

confianzas, me ha cantado una coplilla que me nombra y que al parecer sirve de holgorio al medio Madrid:

*Paco Natillas
es de pasta flora
y se mea en cucullas
como las señoras.*

Tú me dirías que con peores lenguas nos han mentado, acordándote sin extrañarlos de la luenga lista de los caballeros a los que has armado, burlándote de mi sentimiento hacia Antonio, recordándome sin decirlo que al menos a ti te mueve la venganza de la sangre que te ha obligado a casarte conmigo, mientras que yo seguiré aquí, parado con este desorden.

Que a veces, en la oscuridad de la ópera o mientras despacho la correspondencia en el gabinete, hace que se me vaya la cabeza y es como si me viera contigo, mirándote dentro de los ojos, defendiéndote hasta de ti, tocándote como un hombre... aunque después me despabile, y aplauda en el palco como si hubiera escuchado el aria, o firme esta carta, como si fuera a enviártela.

Cariñosamente, PAQUITO

—Sorprendente, ¿verdad? —Comenta Pérez Oviedo aceptado el documento que le devuelve Séptima y dejándolo sobre el secreter—. Quién sabe lo que un poco de reserva podría haber conseguido.

Todos saben que no era necesario enseñarles aquella carta ni el discurso sobre la discreción, a no ser por lo que tenía de mensaje, de advertencia implícita, sobre el asunto del que realmente estaban tratando sin hablar.

Orestes se sienta, parsimonioso, en el mismo sitio que ocupaba.

—¿Puedo ayudarles en algo más? Hundido en los cojines, viejo y manco, afable, con su chaqueta gastada, les parece el personaje más siniestro de los que han conocido hasta el momento.

Habla Éctor, que ha estado observando a distancia los volúmenes de las estanterías, como por decir algo.

—Si necesito comprar algún libro en esperanto, ¿qué librería me aconseja?

—Sin duda, la mejor abastecida es la de Juan Salvador, en Ribera de Curtidores —responde rápidamente.

Demasiado rápidamente.

Por primera vez, Éctor detecta en la seriedad súbita del profesor que ha caído tarde en la cuenta de que no debería haberles conducido hasta aquel lugar.

Los dos están pensado en *Ruinas sin nombre*.

Han almorzado en una taberna de la plaza de Cascorro, a un paso de Ribera de Curtidores. Haber sido rechazada la noche anterior ha vuelto a Séptima mucho más amistosa, casi cálida en algún momento, y además se muestra sorprendentemente implicada en la investigación, aunque en eso habrá influido el incendio de su piso. Durante la comida ha estado hablando de Madrid y del marqués de Sade, y ha sonreído tres veces.

Después se han acercado a la librería de Juan Salvador y han estado golpeando la puerta cerrada hasta que un vecino les ha informado de que cierran los jueves por la tarde. Séptima respinga ante la palabra «jueves».

Éctor bromea sobre qué burdel frecuentará aquel tipo los jueves. Le dice que volverán mañana por la tarde y no le dice que a primera hora ha llamado a Piancastelli y éste lo ha citado al día siguiente a las doce. Le propone ir al café Dadá, para intentar que la pianista les ayude en algunas de sus indagaciones.

Ella sólo responde que tiene que estar de vuelta temprano en el hotel. Definitivamente, la palabra «jueves» ha terminado con su buen ánimo.

«¡Mírenme bien! Soy idiota, soy un farsante, soy un bromista. ¡Soy como todos ustedes!». Anuncia uno de los carteles enmarcados del café Dadá.

Termina la tarde y el local rebosa. Los dos camareros tardan mucho en servir; quedarse un buen rato al lado de las mesas cada vez que llevan el pedido, asintiendo en silencio al tema de turno, es su manera de proclamar que ni ellos ni su café se parecen a ningún otro.

Hoy Séptima bebe ginebra con verdadera sed, e interviene lo justo en la conversación, con la cabeza en otro sitio o en otro tiempo, los rasgos algo más definidos y el gesto y la voz más secos hasta con su amiga Basilia, que parece entusiasmada de que le hayan asignado un papel de detective en todo aquello; Éctor está con el coñac, un poco distraído, bastante tiene con evitar mirarle las tetas a la pianista.

—Es como una novela de Gastón Leroux —recapitula Basilia—: siete jóvenes, algunos de la más alta alcurnia, creyéndose artistas malditos, se entregan a toda clase de barrabasadas, entre ellas, la filmación de unas películas pornográficas. Para una de ellas cuentan con otro chico, alguien de una clase inferior, y éste muere durante el rodaje. ¡Crucificado! Nadie sabe cómo ocurrió. Nadie sabe quién fue el responsable de su muerte. Nadie sabe quién es el muerto. ¿No os parece todo muy poético y misterioso?

Séptima, ausente, está a punto de ser indulgente por la simpleza con la que ha sintetizado la historia de los saturninos. Está a punto.

—No se creían malditos, lo estaban, pero esperaré a que te hagas mayor para intentar hacer que lo comprendas.

Hasta Éctor la mira sorprendido por las aristas de sus palabras.

La pianista va dejando escapar el aire y una disculpa.

—Perdóname —los ojos se le han llenado de lágrimas y las lágrimas se quedan allí.

Otra pausa que sobra.

—Perdóname tú, hoy estoy hecha una mala puta —le toma la mano y le habla a Éctor—. Basilia se hizo mayor hace mucho tiempo, si no, no hubiera sobrevivido a la guerra europea, que estuvo a punto de llevársela por delante.

—Nunca lo he dudado —sería un mal momento para mirarle el escote—. Ya me parecía haberte notado algún acento extranjero.

—Nací aquí, pero he vivido fuera muchos años —las lágrimas se van evaporando para dar paso a una amargura mayor—; los campos de

concentración son la mejor escuela de idiomas. —Vuelve al asunto anterior, para cambiar de tema y rectificar la trivialidad—. ¿Por qué se hacían llamar Editorial Saturnia?

—Saturno siempre ha estado asociado a la melancolía, al cansancio de ser uno mismo, a los iluminados por el infortunio. Hay una larga tradición alquímica, cabalística, pictórica, poética, Verlaine, Baudelaire... de la que decidieron, valientemente suicidas, formar parte.

La pianista digiere en silencio las palabras que Séptima ha recitado de corrido, como si tuviera la definición preparada hace mucho tiempo para que la use su otro yo mientras ella no deja de irse.

«Es ahí, os lo aseguro, donde está el balcón de Dadá. Desde donde uno puede oír marchas militares y descender cortando el aire. Como un serafín en un baño público, para mear y comprender la parábola». Dice otro de los carteles.

En una mesa, alguien toca una armónica.

Éctor se está empezando a acostumbrar a la irreductible horizontalidad carnosa de los pechos de Basilia, el bullicio del café y el coñac ayudan a aislarle, recupera y aparta el recuerdo de Lucio, echar de menos a Nuncy es otra vez lo de siempre, las mentiras le endurecen los músculos del cuello, raro es el día en que no se pregunta si lo que está haciendo merece la pena. Más vale que aquello no se prolongue demasiado tiempo.

—Hay algo más, alguien, de quien necesitamos información —Séptima, que va y viene—. Dicen que todos los espías de la ciudad terminan pasando por el hotel Ritz.

—Eso dicen —Basilia—. La verdad es que, desde mi piano, puedo ver una fauna muy variada. Sigue.

—Un individuo de algo más de cincuenta años, con una cicatriz sobre el ojo. Éctor te lo describirá mejor que yo.

El suave toque en la puerta es como si un cataclismo hubiera devastado medio continente. Éctor ya está de pie con la pistola en la mano. Para una vez que tiene un sueño sin sueños que olvidar. Mira el reloj, las tres menos cuarto

de la madrugada. Una segunda llamada en la puerta. Monta el arma y abre despacio, ocultándola tras la pierna y ocultándose tras el quicio. Es Antonio Altea, vestido, despejado, apremiante.

—Lo siento en el alma, ¿estaba dormido?

—¿Qué quiere?

—Que me acompañe un momento. Tengo que enseñarle algo que seguro que le interesa.

Éctor cierra la puerta, se pone los pantalones, la pistola y el gabán, y vuelve a abrirla. Altea le espera con más aire de conspirador que nunca, le hace un gesto para que guarde silencio y otro para que lo siga.

La penumbra mortuoria de los pasillos, las ráfagas frías y cambiantes, el crujir del suelo de madera, la sucesión de puertas cerradas, la silueta absurda del gordo que se balancea más que anda delante de él, acentúan la sensación de irrealidad que le acompaña desde que llegó a Madrid; antes aún, desde que empezó todo aquello.

Se trata de una vieja construcción que habrá conocido otros destinos a lo largo del tiempo antes de convertirse en hotel; las habitaciones son grandes, desiguales, irregularmente distribuidas y los corredores se revuelven en ángulos imposibles, terminan en terrazas clausuradas o en bifurcaciones que no dan a ninguna parte.

Altea baja un tramo de escaleras y se interna en la primera planta; que Éctor sepa, aquel sector está inhabilitado a excepción de la habitación que ocupa Séptima, y la suciedad del suelo y las manchas de humedad en el techo y las paredes así lo corroboran. Al tercer pasillo, Antonio se vuelve para repetir el gesto de silencio, extrae una llave y abre la puerta de uno de los cuartos con muchísimo cuidado.

En la habitación no hay más muebles que un sillón desvencijado de cara a un cuadro en la pared, una imagen de Jesús del Gran Poder. Ya se escucha algo en la habitación colindante. Insiste en llevarse el índice a los labios e invita a Éctor a sentarse en el sillón; después descuelga el cuadro y le señala un agujero del tamaño de un real.

Éctor tarda un poco en enfocar o en asumir lo que está viendo.

Ha pasado por la guerra y el penal, lo peor de la vida, pensaba que lo

había visto todo. Las variantes que ha conocido en las últimas semanas le devuelven la fe en la omnipotencia del diablo.

Un hombre muy fuerte de unos cincuenta años, las patillas unidas al bigote, sin más ropa que una cinta o goma negra estrangulándole los testículos, permanece de rodillas, murmurando una letanía inaudible.

Séptima entra en el campo de visión, desnuda, mucho más hermosa de lo previsto. Tiene los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas o dementes; también se abre el sexo con las dos manos y comienza a orinar sobre la cara del hombre, que la recibe ávidamente...

Esto es lo que ocupaba el espacio del *jueves* en su agenda.

Éctor se pone en pie.

Sale de la habitación sin mirar a su guía.

Cuando ha recorrido dos pasillos escucha pasos a su espalda y una voz que le pregunta:

—¿No le sobraré a usted un duro?

Las tres quince de la madrugada, el *dancing* del canódromo lleno a reventar, Piancastelli lee *The Times* en su mesa solitaria. Pasa la página en el momento justo para verlos, al otro extremo del local.

Después de tantos días tantas horas esperándoles.

Deja despacio el periódico sobre la mesa y toma el puro del cenicero como quien toma un arma sin el seguro puesto. Tranquilo. Se pone en pie y gira sobre sí mismo, casi en un paso de baile. Cuatro Regulares se acercan, vienen por él, cada uno desde un ángulo del local. Algo ha debido de ir mal para que los ojeadores apostados por el marqués no los hayan visto llegar, a no ser que hayan acabado con ellos o que el marqués sea un traidor. Algo va mal y Piancastelli ya se está moviendo.

Su mesa está a unos tres o cuatro metros de los reservados. La idea ha sido siempre hacerse seguir por los soldados hasta allí y conducirlos hasta *la habitación de las paredes que se unen*, pero no pensó tener que actuar con tanta precipitación. Cuatro Regulares, el teniente, el sargento y dos moros. Por suerte el salón es grande y los ha visto a tiempo, en unos segundos estará

en el acceso a los reservados. Cuatro. De repente se detiene. ¿Por qué cuatro? Los hombres se acercan con la mano oculta bajo los faldones de los chaquetones de cuero, donde sabe que guardan sus largos cuchillos. ¿Por qué cuatro? Desde donde está, no tiene más salida que la entrada a los reservados donde les ha tendido la trampa o la escalera por la que se sube a la terraza donde toca la orquesta. Si sólo fuera uno, esperaría a tenerlo lo suficientemente cerca para hacerse con su voluntad de una mirada, pero con varios enemigos es inviable. Enseguida los tendrá encima. Se decide por la escalera, a pesar de la encerrona que supone la terraza. Mientras sube los peldaños, vuelve la vista hacia atrás y ve surgir de los reservados al quinto militar; si hubiera optado por entrar allí, el rifle lo hubiera recibido con una cuchillada en el estómago. El sudor hace que le escueza el cuello duro cuando llega a la terraza. El director de la orquesta, un tipo alto con la raya en medio, se gira, sorprendido ante su llegada, sin dejar de llevar el ritmo con los pies y la batuta. Ya resuenan los pasos de los Regulares que suben. Piancastelli se dice que no va a tener más remedio; tapándose el ojo izquierdo con la mano, encara al director con el de la cicatriz y, señalándole las escaleras, le ordena: *arrójate*. El hombre le obedece inmediatamente, sin ningún reparo, con ganas, arrastrando a los soldados en su caída.

Todo queda en silencio en el salón. La atención de todos se concentra en la terraza y las escaleras, como si un foco las señalara. Rápidamente se acercan, atienden a los heridos, algunos se abren paso hacia arriba y los miembros de la orquesta comienzan a bajar. En la confusión, muy pronto perderemos de vista a Piancastelli.

12

Basilia

*«Lector apacible y bucólico,
sobrio e ingenuo hombre de bien,
tira este libro saturnal,
orgiástico y melancólico
si no has estudiado retórica
con Satán, el astuto decano,
¡tíralo!, no entenderás nada,
o me creerás loco.*

*Mas si, sin dejarse hechizar,
tus ojos saben hundirse en los abismos,
léeme para aprender a amarme».*

**Charles Baudelaire, Epígrafe para un libro
condenado**

Le ha informado paso a paso de los avances y retrocesos en los últimos días, las gestiones que tiene a la mitad, la gente a la que ha conocido, y le ha hablado de las preguntas que escondían otra pregunta irritada, caliente, palpitante y profundamente infectada en su interior, para terminar contándole la muerte de Lucio, que era lo más difícil de todo.

—Lo lamento. Lo lamento de verdad. Supongo que hicieron cierta amistad en el tiempo que estuvieron juntos —Piancastelli se pone en pie para servir el café o para no mirarle.

—... —a Éctor no le resulta difícil quedarse en silencio; la negación o la afirmación serían igualmente falsas.

—Siempre supe que este asunto era peligroso, ayer mismo estuvo a punto de costarme... Pero nunca debió perjudicar a un inocente. Nuestro objetivo es todo lo contrario.

A pesar de su extraordinaria destreza manual, trastea torpemente con la cafetera, el recipiente de la leche y las tazas, se queda en pie más tiempo del necesario.

Esa mañana no se ha afeitado, el batín rojo tiene una mancha en la solapa, el piso está más sucio y parece más miserable que nunca, hasta el conejo parece avergonzado de la conducta de su dueño. Es posible que su cruzada o que la vida solitaria en aquel cuchitril estén mellando su voluntad, o que anoche descubriera que aquella historia no era una prolongación del espectáculo para el que había vivido tantos años, pero se le ve distraído, menos firme, más ansioso de conversación, no tan infalible.

—Este país... los primorriveristas pretenden hacernos creer que con tal que los franceses nos resuelvan la papeleta de Marruecos, con preparar una Exposición Universal en Sevilla y con invertir algunos cuartos en obras públicas están regenerando la nación, pero esas mejoras eran inevitables, es el nuevo siglo el que empuja, y por debajo sigue acechando la misma España garbancera, supersticiosa y mezquina de siempre, con el mismo ruido de sables de fondo bendecidos desde el mismo altar.

—Se olvida del trono, legitimando todos esos desmanes desde las alturas —Éctor.

—No me olvido de la monarquía, pero es usted el que se equivoca —con un punto de pasión que se esfuerza en controlar—. Verá, antes de verme forzado a regresar, viví casi diez años en París, donde tengo mi residencia. Desde allí las cosas se ven de otro modo. La bonanza económica es real, pero la alegría y el desenfreno, no son más que un intento de olvidar los horrores de la Guerra Mundial. Nosotros permanecemos neutrales. Pero allí no se olvida la extraordinaria labor humanitaria llevada a cabo por Alfonso XIII —no puede evitar seguir hablando—. Al principio de la guerra, una lavandera francesa le escribió para que la ayudara a encontrar a su marido, desaparecido en combate; don Alfonso lo encontró, y la prensa de Francia se hizo eco de su servicio. La consecuencia fue que el rey recibió una montaña de cartas de

familiares de desaparecidos, solicitando su ayuda. Terminó creando una oficina dirigida por el profesor Orestes Pérez Oviedo, que financiaba personalmente, compuesta por cuarenta personas destinadas a esta labor; además de hacerles llegar toda clase de ayudas, colaboró en la repatriación de unos setenta mil civiles y de veintiún mil soldados.

—Seguro que eso reafirmó su imagen internacional; durante la ocupación salvaje que mantenemos nosotros hace lustros en Marruecos, de la que el rey es directamente responsable, su papel ha sido muy distinto, incluyendo la catástrofe de Annual. A lo largo de la historia, la realeza siempre ha utilizado la caridad para acallar sus conciencias.

—No estamos hablando de caridad, sino de una inmensa dimensión humana demostrada con hechos —encendido.

—Lleva razón, desde París las cosas deben de verse de otro modo. Pregúntele a cualquier paisano, y le ilustrará sobre los escándalos y la corrupción y la barbarie que se han sucedido durante el reinado, y de los medios que se han llevado a cabo para acallarlos —arrepintiéndose de decirlo, no ha venido para hablar de política.

—Se llama lealtad porque no se cuestiona a quién se le debe.

—Por eso yo no se la debo a nadie.

Piancastelli retira la silla y lo mira fijamente. Es lo bastante inteligente para saber que está hablando de más y que sólo está remunerando a aquel hombre por su trabajo, por nada más. El conejo lo mira a él, extrañado de su falta de control.

—En fin, volviendo a lo que nos interesa...

—Ya que ha vuelto a salir Pérez Oviedo —lo interrumpe—, cuando estuvimos en la academia de esperanto...

—No siga por ahí. El profesor no puede aportarle nada. Déjelo en paz.

La mayoría de los comerciantes están cerrando ya sus tiendas en Ribera de Curtidores a aquella hora de la tarde en que la lluvia empieza a adquirir el color del plomo, pero pueden ver desde lejos que el establecimiento de Juan Salvador sigue estando abierto. A esa distancia, no parece una de las librerías

de segunda mano tan habituales de la zona pero tampoco tiene aspecto de dedicarse únicamente a novedades, más bien parece una librería de verdad, uno de esos lugares donde no sólo conocen los libros por fuera. La fachada y las puertas están pintadas de rojo escarlata, y en un ángulo del escaparate se lee «esperanto».

Tras su visita a Peñuelas, se ha pasado por el hotel para recoger a Séptima que, durante el camino, apenas ha pronunciado tres palabras ni le ha preguntado dónde ha pasado la mañana; Éctor se imagina que sus ojeras son las huellas menos importantes del episodio en el dormitorio de la noche anterior.

Trillones de libros incrustados en estanterías insuficientes hasta el techo y la sonrisa de un hombre de unos treinta y tantos y otro de barba blanca les reciben en la librería desierta.

—Buenas tardes, ¿Juan Salvador? —Éctor.

—Muy buenas, ¿qué desea? —contesta el más joven, mientras el otro, que por el parecido puede ser su padre, se aparta un poco para cederle todo el protagonismo.

—Un libro —Éctor—, *Ruinas sin nombre*, ¿lo conoce?

—*Ruino sen nomo*. Lo siento —quizás sea más joven de lo que aparenta, pero empieza a escasearle el pelo que no llega a compensar con la barba rubia—. Lo siento doblemente, porque es un libro que imprimimos nosotros mismos.

—Vaya, tenía entendido que salió bajo el sello de la Editorial Saturnia. Precisamente estamos haciendo un estudio sobre ellos.

—Ellos eran los autores y editores, pero la impresión nos la encargaron a nosotros; ahora ya no nos dedicamos a eso, pero en aquella época acabábamos de inaugurar y teníamos otras miras —su padre asiente—. Fue una tirada muy corta. Por cierto, el último ejemplar se lo llevó otro estudioso de la Editorial, un poeta, hace unos cuatro o cinco años.

—¿Tendría sus señas? Es posible que podamos intercambiar información.

—Naturalmente —rodea el mostrador y, sin dejar de hablar, se vuelve hacia la mesa de oficina para consultar uno de los tres voluminosos archivadores sujetos entre un pesacartas y una máquina de cálculo—. Se

llamaba Salgado. Cuando supo que yo fui el impresor, se hizo habitual de la librería; me mantenía al tanto de sus pesquisas. Después dejó de venir, de pronto.

Un matrimonio de mediana edad entra sin saludar; la mujer empieza a revolver los libros mientras el marido se queda junto a la puerta, mirándola con desprecio e imaginando distintas utilidades para el paraguas que se pasa de una a otra mano.

—Si tuviera un momento, a nosotros también nos gustaría que nos hablara de su relación con la Editorial —Séptima, ahora curiosa.

—Aquí siempre tenemos tiempo para hablar de libros —les entrega la dirección que ha copiado en un trozo de papel—. Aunque me temo que no voy a serles de mucha ayuda. Será mejor que me acompañen a la rebotica.

En la trastienda, además de los repletos anaqueles, los libros han invadido el suelo y dos de las cuatro sillas desiguales que rodean una mesa rectangular, ocupada por folletos y revistas. Juan Salvador libera una silla más y se sientan los tres.

—Como les decía —continúa el librero, ofreciéndoles tabaco y librillo que al parecer tiene allí sólo para los contertulios, ya que él no fuma— casi todo lo que sé me lo contó el amigo Salgado; de hecho yo nunca traté directamente con ellos, ni les conocí, ni llegué a leer el libro, son tantos — abre las manos intentando abarcarlos, abrumado—... Fue él el que me reveló lo... pintoresco del grupo.

—Si hizo negocios con ellos, sabrá sus nombres.

—Sólo el de uno de ellos, Humberto Oyarzo; sé que era profesor de filología en la universidad, pero yo trataba con su secretaria. Mencia Álvarez. Ella me hizo el pedido, recogió las pruebas, me abonó el importe... incluso me dio su dirección particular para que la avisara. Lo poco que sacamos de las ventas lo ingresé en una cuenta bancaria que me indicó.

—¿Ella no le hablaba de ellos?

—Era muy discreta. Yo creo que hacía los recados con bastante desgana. No me extraña, sabiendo de ellos lo que supe después.

—Y el tal Salgado, ¿cómo llegó a interesarse por los saturninos?

—Al parecer alguien le habló del libro, lo leyó y decidió escribir una

monografía sobre la Editorial Saturnia. Llegó a obsesionarse con ellos. Les dedicaba casi todo su tiempo y me contaba cada pequeño descubrimiento como si fuera un gran hallazgo. Al final, descubrió el paradero de uno de ellos y consiguió gran cantidad de datos de primera mano; nunca me dijo su nombre. Establecieron una... extraña relación. El propio Salgado es un joven extraño, un tipo solitario que vive a costa de su madre, una vendedora de lotería.

—Siga.

—Salgado llegó a mitificarles, y la verdad es que no le faltaban razones. Ustedes ya lo sabrán. Había algo fascinante en ellos. Esa gente intentaba fundir poesía y vida, y para ello no vacilaban en ir de lo más sublime al homenaje más aberrante —se pone en pie y empieza a buscar en un estante de autores franceses—; estaban fuertemente influidos por los más malditos entre los malditos: Sade, Baudelaire, Rimbaud, Swinburne, Masoch, Apollinaire, Maupassant, Verlaine —al fin encuentra el libro que busca y empieza a pasar páginas—... es concretamente a Verlaine a quien deben su nombre:

*Ahora bien, aquellos nacidos bajo el signo de Saturno,
fiero planeta, caro a los nigrománticos,
entre todos tienen, según los viejos grimorios,
buena parte de desdicha y de cólera.
La imaginación, inquieta y débil,
en ellos anula el esfuerzo de la razón.
En sus venas la sangre, sutil como un veneno
raro y ardiente como la lava, corre y arrolla
encogiendo su triste ideal que se derrumba.*

Seguro que Séptima conocía los versos, pero se ha vuelto más intangible o más transparente, sólo sus ojeras siguen siendo reales.

—¿Ha oído hablar de unas películas que rodaron? —Éctor, práctico.

—El *Sagrado Tríptico*. Representan el lado más siniestro del grupo.

Tenían que estar completamente trastornados para acabar con la vida de un hombre sólo por experimentar la filmación del asesinato.

—Tenía entendido que fue un accidente —Éctor.

—Les digo lo que me contó Salgado.

—A nosotros nos consta que fue un accidente —Séptima, cortante.

—A Salgado no le dijeron eso —se encoge de hombros pero se mantiene firme.

—¿El llegó a ver las películas? —Éctor, intenta no demostrar la inquietud que le produce el nuevo giro.

—No. Pero su... amigo, el miembro de la Editorial Saturnia, le hablaba mucho de ellas.

—¿Se las contó a usted?

—Me habló mucho de ellas, sí.

—Me gustaría que nos contara lo que recuerde.

Alguna de las paredes debe de dar a la calle porque durante los silencios les llegan las intermitencias de la lluvia.

—*Donatien, Alphonse, François*. Los tres nombres del marqués de Sade, eso ya lo saben —presume mientras hace memoria, es un tipo tirando a inescrutable—. Para situarse, deben tener en cuenta que los propios miembros de Saturnia interpretaban a casi todos los personajes y que los decorados eran muy rudimentarios; además no creo que me contara la trama completa, sólo la secuencia principal —otra pausa para ordenar sus pensamientos—. Les contaré lo que sé y dejaré que sean ustedes quienes analicen las alegorías.

Entonces lo ve.

Baltasar.

Humberto Oyarzo, caracterizado como el rey negro, catorce años más joven pero el mismo gesto altivo bajo el betún o lo que quiera que llevara en la cara. Archiva el recuerdo para analizarlo más adelante, no quiere perderse ni una palabra del librero.

—Adelante —Éctor; Séptima parece haber perdido el interés.

—Las tres películas comienzan de la misma forma: un individuo vestido a la manera de finales del XVIII tirado en un callejón con una botella,

agonizando, suponemos que se trata del marqués; se le acerca un clérigo, con la sotana manchada y aspecto vicioso, que extrae una hostia consagrada y, tras escupir sobre ella y frotársela por el trasero, se la ofrece al moribundo que la rechaza mientras se ríe y se ríe. A continuación se ven, en cada una de las películas, tres parodias bíblicas, que imaginamos son ensoñaciones de muerte de Sade. *Donatien* es una representación del nacimiento del niño Jesús. Al portal de Belén, llegan los tres reyes magos cargados de extraños instrumentos, disfrazados como cabalistas; para celebrar la epifanía, el paje que acompaña a los magos, un chiquillo, le practica una fellatio a uno de los magos. *Alphonse*...

—Ese niño... ¿sabe algo más de él?

—No, nada. Ahora será un muchacho.

—¿Sale en alguna película más?

—En las tres.

—Siga, por favor.

—En *Alphonse*, después del prólogo con Sade a las puertas de la muerte, le toca el turno a la resurrección de Lázaro. Estamos en unas catacumbas. El cadáver reposa en una piedra, olvidado. Jesucristo recibe las... atenciones sexuales de Marta y María, las hermanas de Lázaro, dos hombres vestidos toscamente de mujer en realidad, mientras él toca a un niño, el mismo que hacía de paje, para excitarse; en otros rincones de la cripta, se ven otros discípulos entregados a una especie de bacanal.

—¿Las tres películas fueron rodadas en el mismo sitio? ¿Sabe dónde?

—Lo lamento —niega y retoma el hilo—. Con *François* llegamos a la crucifixión. Esta película no sólo es la última, sino que se rodó algún tiempo después de las otras dos; es la más terrible, pero también la más descuidada artísticamente; los protagonistas estaban, parecían enloquecidos, muy intoxicados. El prólogo, el de siempre. Después veremos una cruz tendida en el suelo y sobre ella a Jesús, desnudo, sujeto con cuerdas. Unos individuos con atuendo de romanos y judíos, así como el niño de las otras veces, lo flagelan salvajemente hasta que en un momento de paroxismo, el niño, animado por los otros, le clava la célebre lanza en el costado. Mientras muere o una vez muerto, una mujer, presumiblemente María Magdalena, inicia una

fellatio en un vano intento de resucitación.

Los tres quedan callados, Séptima los mira, como extrañada de que hayan perdido el tiempo hablando de aquello.

Éctor saca la foto de los saturninos vestidos de músicos y se la tiende a Salvador.

—¿La había visto antes?

—No, nunca. Me produce una sensación rara verlos por primera vez después de haber hablado tanto de ellos. No sabe cuánto he lamentado no sacar un momento para leer el *Ruino sen nomo*.

—¿Qué era? El libro. Poemas, prosa...

—Un devocionario, escrito en varios géneros.

—¿Ve al tipo vuelto de espaldas? ¿Le contó Salgado algo de él? Alguien que saliera en las películas ocultando el rostro, por ejemplo.

—No, nada. Pero su figura, no sé, pero me resulta muy familiar.

—A mí también.

Séptima se pone en pie y murmura algo sobre la necesidad de irse. Ellos también se levantan. Hace tiempo que no se oye nada en el resto de la librería, el pasillo está ya oscuro, hace frío, pero aquello es mejor que la noche que les espera.

—¿Me dará la dirección de la secretaria de Oyarzo? Me gustaría visitarla
—Éctor.

—Los clásicos tenían muy claro el peligro de acercarse demasiado al mito. Tengan cuidado.

El restaurante del hotel Bizancio resuena con un bullicio distinto esta noche. Éctor y Séptima intercambian muecas de extrañeza, pero aun así entran a cenar.

En realidad son sólo cuatro huéspedes los que andan de juerga, cuatro fulanos con aspecto de comerciales, tres sentados en una mesa con enormes puros y el cuarto, un gracioso, bailando solo, al ritmo del pasodoble que surge del aparato de radio.

—¡Señorita, un solisombra para aquí mis compañeros, a mi cuenta, que

pagan las tinturas Winter! —le dice a Antonio Altea, que oficia de camarero y sonríe reverente a la petición.

Uno de los que están sentados reconoce a Séptima, la señala descaradamente con el puro y le comenta algo que no se escucha con la música a los otros. Ella también lo reconoce y está a punto de dar la vuelta, pero se resiste y se sienta en una mesa al principio de la sala.

Antonio les hace un gesto y se reúne con ellos en cuanto termina de servir a los vendedores.

—Aquí está uno para todo —en voz baja, con naturalidad, como si la noche anterior no hubiera pasado nada—, pero no hay más remedio, éstos son de los que se dejan un buen dinero.

—¿Se alojan aquí? —Éctor, que percibe cómo observan a Séptima y se figura que están hablando de ella y se advierte que no es cosa suya.

—Sólo por esta noche. Son representantes —confirma, mientras saca el carné del bolsillo del carric que no se quita nunca y cambia de tema—. Tengo algo para ustedes. De Lucas Iranzo y de su hermano. Me ha costado, no crean.

Séptima mira la mesa fijamente, los huéspedes la miran a ella, el camarero, sin intención de tomar el pedido de la pareja recién llegada, mira solícito a los huéspedes, Antonio mira a Éctor esperando una felicitación por las noticias, y éste, como le ocurre cada vez más a menudo, no sabe qué pinta allí ni sabe adónde mirar pero cabecea para animarlo a seguir.

—Efectivamente, Lucas Iranzo, estudiante de Bellas Artes, murió en un accidente hace catorce años, mientras montaba el decorado de una obra de teatro universitaria. Nada de películas. Eso al menos es lo que me han dicho.

—¿Quién? ¿Quién se lo ha dicho?

—Eso...

—Es igual —Séptima, impaciente, probablemente más por marcharse de allí que por conocer la información—, sigue.

—Del muerto, poco más. El asunto se cerró enseguida como un accidente y no hubo más investigación. Puedo conseguir el expediente académico si quieren.

—¿Y el hermano?

—Germán Iranzo, dos años mayor que él, su única familia. Era violinista de la Orquesta Sinfónica Pastoral de Madrid, dependiente del Arzobispado. A raíz de la muerte de Lucas, se metió en la botella, faltaba a los ensayos, cometía errores en los conciertos. Al final dejó la orquesta y estuvo un tiempo no sabemos dónde, dando tumbos por ahí. Hace cuatro o cinco años los responsables de la orquesta lo contrataron de nuevo pero esta vez como guarda nocturno de la casa palacio donde tienen la sede; lo recogieron, vamos.

—¿Dónde está esa casa palacio?

—Por Chamartín, cerca...

Un siseo.

Ninguno de los tres vuelve la cabeza, pero saben que procede de la mesa de los cuatro hombres y que va dirigido a Séptima, que juega con el servilletero, la piel tirante, los ojos roturados por las marcas negras.

—Por Chamartín —repite Antonio, como si no hubiera oído nada—, cerca de la Torre de los Siete Jorobados.

—¿Sabe si está allí todas...?

Esta vez son dos los que la sisean coreados por las risas de los demás.

Séptima se pone lentamente en pie con más asco que resolución o ira.

—No les echas cuenta —pide Antonio.

Pero ya es tarde.

Los vendedores, rostros abotargados por el alcohol y corbatas de flores, han alineado las sillas y la reciben como si fuera un tribunal; el del extremo derecho, uno con perilla y algo más gordo y espabilado que los demás, es el que habla.

Séptima responde también inaudiblemente, cortante, y los otros tres celebran su salida con una carcajada que no le gusta al de la perilla, porque coge de la mesa un vaso de agua y lo arroja a la cara de la mujer.

Se la ve de espaldas, la cabeza alta, firme, sin mover un dedo para limpiarse.

Tiene veintiséis años.

Antonio se levanta silencioso, recogido en sí mismo, y sale sigilosamente del comedor.

El camarero se da la vuelta y desaparece por la escalera de bajada a la cocina.

A Éctor se le viene a la memoria la invitación de la muchacha, dos días antes, a compartir su cama. No quiere meterse en más líos, sólo terminar lo que ha empezado y marcharse de Madrid.

Se pone en pie y se acerca a ella despacio.

Lo que le moja el cabello, le nubla los ojos y le trasparenta la camisa es sólo agua; deja que le corra por el rostro como si pensara que se merece algo mucho más infame que aquello.

—Vámonos —Éctor, tendiéndole un pañuelo.

—¿Tú qué eres, el chulo de ésta? —el de la perilla.

—En los ratos que me deja libre tu puta madre —informa Éctor con voz bien modulada, el tono educado.

Los otros tres se remueven, ya incómodos desde que la roció con el agua, pero el de la perilla tiene que contestar.

—¿A qué te tienta la cara? —empezando a levantarse.

—¿A qué te saco los ojos? —Éctor.

Y lo hace.

Con un movimiento rápido y seco, mete y saca el corazón y el índice en uve de las cuencas oculares del individuo, que vuelve a caer en la silla gritando de dolor.

No le parece suficiente, y le patea los huevos, el estómago, la barbilla.

Aún no le parece suficiente, así que le busca la garganta para matarlo.

En el tumulto que sigue, los otros comerciantes se interponen, intentan contenerle, le piden calma y disculpas, pero hasta que Séptima le habla al oído no deja de presionar.

Las calles están mojadas, la mañana ventosa, tan desapacible como corresponde. Éctor y Séptima se resguardan un momento en el portal al salir del edificio que les indicó el librero.

Mujeres de negro con la cabeza envuelta en pañolones, hombres con alpargatas, carros de traperos con espuelas llenas de desperdicios, pasan

indiferentes bajo la inmensa torre metálica de la Red de San Luis, construida para la instalación en la ciudad del teléfono automático; el Madrid del pasado pasa de largo junto al del futuro sin encontrarlo.

Mencia Álvarez, la antigua secretaria de Humberto Oyarzo ya no vive allí ni ningún vecino ha sabido o querido darles razón de su nuevo domicilio. Hay que seguir buscando.

—¿Antonio Salgado? —el vecino, un anciano con bufanda, les mira sorprendido, indeciso sobre la conveniencia de proporcionarles informes—. ¿Han hablado con su madre?

—No hay nadie en casa —Séptima.

—Claro que no —pero tampoco dice más.

Por suerte, el tranvía comunica la Red de San Luis con Prosperidad, y no les ha costado encontrar la dirección del poeta especialista en la Editorial Saturnia. En contra de lo que esperaban al decirles el librero que la madre de Salgado era vendedora de lotería, el barrio hace justicia a su nombre, una zona de comerciantes y pequeños propietarios.

—¿Sabe usted cuándo suelen volver a casa? —Séptima de nuevo, esta vez con una sonrisa.

—Hablen con Esperanza, la madre. Es lotera. Para en Casa Gregorio, el restaurante. Desde que abren hasta que cierran la pueden encontrar allí. Y eso que no le hace falta, a su edad...

Comen el menú del día en un figón de trabajadores y llegan a Casa Gregorio a la hora del café. No tienen que preguntar por la lotera; la anciana con vestido de flores sentada en una silla de madera junto a la salida de camareros del mostrador debe de ser una especie de institución en el establecimiento.

—¿Doña Esperanza?

—Sí —la mujer parece acostumbrada a que la conozcan por su nombre y comienza a cortar uno de los números de la tira que tiene enganchada al

pecho.

—No —la detiene Éctor—. Venimos a hablar con usted. Sobre su hijo Antonio.

—Ah —empieza a levantarse trabajosamente ayudándose con el bastón.

—No se moleste.

—Es igual —al fin lo consigue—. ¿Es usted compañero suyo?

—No exactamente. No nos conocemos, pero estamos haciendo un trabajo sobre el mismo tema y me gustaría hablar con él.

—Mi Antoñito se me fue hace cuatro años —explica despacio, sorprendida de que ellos y el resto del mundo no esté al tanto del suceso—. Quemó todos los libros en el patio. Tenía un disparate de libros. Se me fue.

Y con mucho esfuerzo pero igual de tranquila se separa de ellos, que no se deciden a preguntarle qué ha querido decir con ese *semefue*, para iniciar uno de sus recorridos entre las mesas ofreciendo sus décimos.

Salen del restaurante a las sombras, los días siguen acortándose, les parece que casi siempre es de noche; es inútil aportar acotaciones a los efectos tóxicos que el *Ruinas sin nombre* o sus autores pudieron ocasionar en aquel chico.

Echan a andar deseando otra vez que la vida se pareciera un poco más a las novelas policiacas, que la gente no se mudara a direcciones recónditas, que respondieran a las preguntas o que no respondieran con mentiras, o que en aquellos casos en los que se encontraba su paradero no fuera para descubrir que se habían volatilizado para siempre.

Tal y como les encaminó Antonio, la casa palacio que alberga la Orquesta Sinfónica Pastoral de Madrid está a unos quinientos metros de la Torre de los Siete Jorobados. Un caserón típico del barroco madrileño con fachada almohadillada, aislado, y lúgubre a aquella hora de la noche.

Éctor golpea el portón, espera, golpea de nuevo, espera. Séptima se revuelve en su chaqueta tres cuartos a cada ráfaga de viento, no ha mostrado hasta ahora más ropa de abrigo que ésa; al final lanza una patada contra la puerta, para ayudar a Éctor o para entrar en calor.

Ahora sí escuchan pasos, y al momento les abre un hombre con expresión tan desganada como sus andares. Se cubre con una manta sobre los hombros,

un maltratado gorro de lana y barba de varios centímetros. Da la impresión de estar cansado, harto, y un poco ido, pero no borracho, que es lo que temían.

—¿Germán Iranzo?

—Sí —algo inseguro de su respuesta.

—Perdone que vengamos a molestarle así. Quisiéramos hablar con usted, de su hermano —sobre la marcha, Éctor decide que no va a irle con subterfugios a aquel tipo, no sabe por qué, pero no va a hacerlo.

—...

—Sobre el asesinato de Lucas.

El hombre cierra los ojos un momento, los vuelve a abrir y la pareja sigue allí.

—Pasen.

La entrada, en arco, les deja en un patio rectangular rodeado por una galería cubierta por bóvedas de arista. Al borde de un soportal, en la zona más resguardada, arde una fogata que hace hervir un líquido aromático en una lata.

Están cruzando el patio en diagonal detrás del guarda cuando Éctor se detiene ante la entrada principal; a pesar de la oscuridad, reconoce los escalones gastados, el murete de piedra, los macetones; no tiene que sacar del bolsillo la fotografía de los miembros de la Editorial Saturnia disfrazados de músicos para estar seguro de que se encuentra ante el lugar donde fue tomada. Séptima tiene que volver y tocarle un brazo para que siga.

Germán está de rodillas, apartando la lata para que la infusión no se consuma, pero en ese momento decide abandonar el protocolo y se sienta en el suelo, en el lugar que ocupaba antes de que llegaran los intrusos; éstos hacen lo mismo; el fuego les hace entrar en calor, no se está mal allí.

—Estaba preparando café. Achicoria, en realidad. Les invitaría, pero no tengo vasos.

—Nosotros venimos de tomarlo —miente Séptima—. No tenga reparo.

El guarda se mece ligeramente, aferrando los picos de la manta en torno al cuello, mirando el fuego. La mirada es inteligente y la dicción culta, pero a veces la voz se le vuelve pastosa.

—El asesinato de Lucas. Es la primera vez que escucho a alguien

pronunciar esas palabras, aparte de a mí mismo. Todos me dijeron que fue un accidente.

—¿Y la película? —Éctor—. No la ha visto, ¿verdad?

—No sé de qué me habla.

—Su hermano murió mientras rodaba una película.

—Lucas murió construyendo los decorados de una función teatral de aficionados; se cayó de un andamio, con tan mala fortuna que terminó ensartado en una de las lanzas del atrezo —engola la voz mientras enuncia la versión oficial—. Nunca me lo creí. No es que no pudiera haber sido así, es que no me fiaba de las amistades con las que andaba. Estábamos peleados... Lucas y yo. Esa gente era... Bueno —abre las manos—. Las autoridades se negaron a investigar nada. Dijeron que el asunto estaba muy claro. Lo único claro es que querían evitarles el escándalo a aquellos indeseables.

—La Editorial Saturnia.

—Así se hacían llamar.

—¿Cómo los conoció su hermano?

—No lo sé —su voz se vuelve más clara y su pensamiento más ordenado a medida que habla, parece que aquello le está haciendo bien—. Acababa de licenciarse en Bellas Artes, era un pintor con una gran capacidad, iba a prepararse unas oposiciones para dar clases... No sé. Yo viajaba mucho con la orquesta en ese tiempo; soy, era, violinista... Lo saben, ¿verdad?

—Sí.

—Cuando volví de una gira, me dijo que había dejado las oposiciones. Había conocido a un grupo que le estaba enseñando cómo se hacía arte con la propia vida, me dijo. Llegaba a las tantas, borracho o drogado, o no llegaba. Era mi hermano pequeño, yo siempre había cuidado de él, pero por muchas broncas que le echara... Llegué a seguirle y hablar con algunos de ellos en un café, pero se rieron de mí, me respondieron en un idioma que después supe que era esperanto, y me dejaron con la palabra en la boca —lo cuenta tranquilo, probablemente se ha repetido tantas veces aquellos episodios que puede afrontarlos sin que le afecten demasiado—. Al final, me dijo que se había enamorado. De un hombre. Siempre fue un joven muy apuesto pero eso... De un vizconde.

—¿Por eso se peleó usted con él?

—No. Eso fue un disgusto más. La pelea... Yo, en aquella época además de músico, estaba muy metido en la orquesta y la diócesis me había dado una copia de las llaves de este edificio para que abriera en los ensayos. Lucas me las robó; se vino aquí con sus amigotes y organizaron una fiesta... El no pertenecía a la misma clase de esos señoritos, me costó mil trabajos pagarle la carrera, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera por congraciarse con ellos, por ponerse a su nivel... En la fiesta, estropearon instrumentos, rompieron muebles, llenaron el palacio de... porquerías. Cuando me enteré, lo eché de casa y le retiré la palabra para siempre. A los tres días murió.

—El vizconde, Sixto, era mi tío —reconoce Séptima.

Germán la mira fijamente, y después baja los ojos y asiente; en estos años ha aprendido a no condenar a nadie.

Éctor saca la fotografía, y se la entrega. La contempla largamente, con más pesar que odio.

—Ahora ya saben ustedes quién fue el fotógrafo.

Aunque están al aire libre, los muros les protegen del viento, el fuego les da calor, ni el suelo les resulta incómodo; por primera vez en mucho días, no se sienten fuera de lugar.

—Esta gente rodó tres películas —Éctor—, una serie conocida como el *Sagrado Tríptico*. Sólo he visto la primera, pero alguien de quien no tengo razones para desconfiar me ha contado que en la última de ellas, puede verse cómo... muere su hermano. Estoy buscando esas películas.

—... —Sigue concentrado en la fotografía, no responde.

—Si nos ayuda a encontrarlas... bueno, puede ser una forma de demostrar al fin que no fue un accidente.

—En poco puedo ayudarles —se señala de pies a cabeza, enseña los restos en los que se ha convertido—. Tras la muerte, removí Roma con Santiago, acudí a la diócesis, al juez, a la policía, me planté en casa del vizconde... nada. Un día se presentó Práxedes en mi casa...

—¿Práxedes?

—Este —vuelve el retrato y les señala al más alto y fuerte de los saturninos, un individuo con aspecto de deportista que sostiene

horizontalmente el mástil del violín, como si fuera un arma—. Vino con dos matones. Me dijo que como siguiera enredando me destrozarían las manos y no podría volver a tocar. Para lo que me sirvieron después... Me metieron el miedo en el cuerpo —lo reconoce sereno, con llaneza, no es lo más humillante por lo que ha tenido que pasar.

—¿Conoce al resto?

Éctor no se puede creer que al fin haya dado con alguien dispuesto a confesarles las identidades de los saturninos.

—Práxedes —empieza a enumerar, indicando con una uña sucia y larga—. El vizconde. De la mujer no sé nada. Humberto...

—Es al único al que conocíamos, además del vizconde.

—Van cuatro. Este era conocido como Rimbaud —algo más joven que los demás, sobreactuadamente afectado, el único que sostiene una botella en vez de un instrumento musical—, no le conocí ni sé dónde puede estar; mi hermano decía que estaba loco. El gordo es Pascal, creo que se dedica al comercio, vive en Serrano. Y el séptimo... el que está de espaldas; tampoco sé quién es; por lo visto alguien de muchísima influencia, que sólo se reunía con ellos en muy contadas ocasiones, una especie de miembro honorario del grupo.

—¿Sabe las direcciones de Práxedes y de Pascal?

—Les anduve detrás mucho tiempo —asiente.

Éctor extrae el lapicero de oro y una holandesa doblada y va a tomar nota, pero cambia de opinión y se los tiende al guarda; lo menos que se merece aquel hombre es demostrarle que confían en que aún sepa escribir.

—Les ayudaría en más si —Germán, sosteniendo el lapicero con mano vacilante—... pero después de aquello, yo —se pone a escribir.

Séptima reaviva el fuego con un par de ramas.

Están muy bien allí.

Se deja caer en el sillón y aparta la vista lentamente de *Meyrink*.

Acaba de levantarse y ya se siente cansado, el brasero de cisco no consigue sacarle el frío que se le metió en el cuerpo desde el primer día que

ocupó aquel asqueroso piso.

Lo primero que hace Piancastelli cada mañana es darle el desayuno al conejo, cambia impresiones con él, aguanta sus sarcasmos; si está de humor, rememoran alguno de los triunfos que han compartido.

No necesita tocarlo para saber que está muerto.

Anoche estuvo rondando la cuadra donde se esconden Vidal y los esportilleros, necesitaba tomar el aire y comprobar el estado de aquella gente, pero no tuvo estómago para entrar; plantado junto a una ventana, en el descampado, de cara al viento cortante y seco de Madrid, los escuchó insultarse y reírse en un lenguaje gutural que le resultaba totalmente ajeno, hasta que no pudo más y se marchó.

Le dolía la cadera derecha, llevaba dos días sin afeitarse, no había encontrado razones para ponerse de nuevo en peligro regresando al *dancing* del canódromo para averiguar qué salió mal en la trampa que tendió a los Regulares.

Ahora, Meyrink.

Cuando lo llamaron, lo dejó todo, su retiro, sus comodidades, su forma de vida cuidadosamente dispuesta; se trajo sus trucos, el resto de la fuerza que había ahorrado para pasar sus últimos años y la única persona que le importaba, y lo puso todo al servicio de aquella campaña.

No se arrepentía, si no fuera por los actos que se tradujeron en aquel compromiso, hace tiempo que no tendría nada, pero por primera vez en su vida se siente viejo.

—Don Pascal no está —responde la criada desde debajo de su cofia.

—¿Sabe a qué hora volverá? —Éctor.

—No sé. Me parece que no va a volver hoy.

—¿Sabría dónde podemos encontrarle? Es importante.

—Yo... no.

—Deja, Merchi, ya hablo yo con los señores.

Innegable el parecido con el saturnino de la foto que ahora conocían como Pascal.

Un chico resuelto, muy formalito, de unos trece o catorce años, moreno, gordo y alto para su edad, con la chaqueta verde, la corbata a rayas y el pantalón gris del uniforme de un colegio religioso, que espera a que desaparezca la muchacha para entregarles una tarjeta negra.

—Mi padre les estaba esperando. A las doce de esta noche aquí.

«Charenton. Carabanchel de Abajo. Tras Palacio Vista Alegre». En el tiempo que tardan en leer el reverso de la tarjeta les cierran la puerta.

Se alejan rápidamente de los edificios burgueses con jardín interior de la calle Serrano; no necesitan decirse que aprovecharán la confusión del niño para presentarse esa noche en la dirección de la tarjeta para ver a qué se dedica Pascal.

Es la hora del almuerzo y Éctor elige una discreta casa de comidas medio vacía; se sientan al fondo y el dueño, sin preguntarles, empieza a servirles vino y cocido.

Séptima aparta su plato en cuanto les deja, se sienta de lado como para concederle a él mayor intimidad, toma un pequeño sorbo del tinto barato, come una miga de pan, inicia una complicada figura plegando la servilleta. Lleva la media melena rubia despeinada y al bajar la cabeza para ver mejor los pliegues de la servilleta, casi le oculta los ojos, las ojeras que están desapareciendo y la niebla que permanece.

—Cuando le preguntaron a Oscar Wilde por qué seguía frecuentando a cierto grupo poco recomendable, los definió como «maravilloso en medio de su malévola guerra contra la vida. Disfrutar de su compañía era una aventura llena de sorpresas».

Casi se atraganta Éctor con los garbanzos, aunque hace tiempo que esperaba que reiniciara su defensa de los saturninos después de las acusaciones que ha escuchado en silencio durante los últimos días.

—Hay muchas cosas que no entiendo —le responde eligiendo con cuidado los pensamientos que pone en palabras—. Me pierdo una y otra vez. Por ejemplo, este tal Pascal, al margen de lo que nos encontremos esta noche, parece un tipo acaudalado que lleva una vida normal y corriente. Me resulta muy difícil encajar eso con alguien que hizo lo que él.

—Menos Sixto, que afrontaba su rebeldía de una forma abierta y

desafiante, y Rimbaud, decididamente autodestructivo, los demás, por muy diversos motivos, vivieron aquel periodo como una doble vida oculta, casi como una sociedad secreta.

—¡Rimbaud! —Ahuecando la voz—. Las referencias a Sade, a Verlaine... No te enfades, pero todo eso me suena a coartada cultural para sus juergas salvajes. Que yo haya sabido, ninguno poseía ningún talento artístico.

—No os enteráis de nada. No te enteras de nada. Esa era su gran maldición particular. Le habían dado la espalda a su patria, a Dios y, sobre todo, a los hombres; pero, a diferencia de los artistas a los que admiraban, carecían de un don en el que refugiarse.

Éctor nunca ha sido pobre ni rico, su padre fue maestro, se defendía bien, pertenecían a la nueva clase media que emergía en el país, pero está lo bastante lejos de aquellos señoritos hijos de puta para haberse forjado una idea muy distinta de su tormento existencial.

—¿Cómo terminó todo aquello?

—Al final, su propia clase, tan abyecta y espuria como siempre, encontró el modo de silenciarlos. Sixto se convirtió, gustoso, en la cabeza expiatoria de todo aquello —vuelve a ocuparse de la servilleta unos segundos—. ¿Eres consciente de que estamos investigando una historia que nadie quiere reconocer? De la que sólo quedan unos trozos de celuloide y los recuerdos de los que no participaron en ella, la mayor parte inventados.

No quiere enfrentarse directamente con ella; sabe que, a cada paso que dan, se debate entre su instinto de sobrevivir y la fidelidad a los lazos que la unen con aquel tiempo, pero vuelve a tener la seguridad de que la misteriosa muchacha sabe mucho más de lo que le ha contado.

—Una dama y un caballero les están esperando —les dice con su habitual solemnidad el recepcionista que triplica turnos—. Les indiqué que no sabía cuándo iban a volver ustedes pero insistieron en esperar. Los dos. Llegaron por separado. Les hice pasar a la cafetería restaurante.

Han vuelto a media tarde al hotel para descansar un rato y porque no

tenían adonde ir hasta la hora de la cita en Charenton. Éctor está a punto de subir a su habitación para coger la pistola pero Séptima entra inmediatamente en el restaurante.

Sentados en la misma mesa de la sala desierta pueden ver a Basilia, que no se ha quitado el abrigo ni el fular, y a un individuo pálido y delgado.

Sólo cuando están encima identifican a aquel sujeto de cabello corto, trajeado y afeitado, como a Germán Iranzo. Lleva un traje veraniego beige de lino que, con toda probabilidad, es el único que conserva en buen estado; la camisa tiene raídos los puños y el cuello, y no se ven abrigo ni sombrero por ningún sitio, pero aun así su aspecto es milagrosamente mejor que el del mendigo que conocieron guardando la sede de la orquesta episcopal.

Mientras Séptima besa a Basilia, Éctor está a punto de saludar al hombre con algún comentario del tipo *está usted hecho un pincel*, pero decide mostrarle su respeto limitándose a estrecharle la mano.

—¿Os conocíais? —Séptima.

—De ahora. El recepcionista nos dijo que esperábamos a las mismas personas y hemos estado pegando la hebra, como se dice —responde ella sonriente mientras Germán se ruboriza.

El camarero se les acerca, acechando a Basilia; recibe el pedido de café con leche para todos, acechando a Basilia; se marchará, preparará el café, regresará, lo servirá, volverá a su puesto detrás del mostrador, acechando a Basilia.

Intercambian vaguedades, menos Germán que sólo asiente, tímido, hasta que se les va acabando la provisión del día.

—¿No tienes calor con el pañuelo? —Séptima señalándole el cuello a su amiga.

—No, no —al tocárselo, Éctor cree ver la sombra de una contusión; la mujer cambia precipitadamente de tema—. Perdonad que haya venido aquí a buscaros, pero tengo un recado para vosotros que tenía que daros hoy sin falta —mira de reojo a Germán.

—Puedes hablar ante Germán con entera libertad, nos ha ayudado mucho en nuestra búsqueda —no sabe por qué, a Éctor le ha caído bien el guarda nocturno desde el principio.

—Muy bien. Veréis, he estado haciendo preguntas sobre el hombre de la cicatriz entre los habituales del hotel Ritz. Nadie me ha dicho nada. Pero la cosa ha debido de trascender y un tipo que conozco, Curro, me ha abordado hoy para decirme que quiere hablar con vosotros. Mañana a las doce. Allí. En el Ritz.

—¿A qué se dedica el tal Curro?

—Es una especie de correveidile. Está muy ligado a ciertos grupos de militares. Alguien muy desagradable —se toca el fular—. Tened cuidado con él.

—¿Estarás?

—Sí. Podemos vernos en la puerta principal.

Germán ha permanecido en silencio todo el tiempo, pero ahora que los demás se callan, parece que llega su turno.

—Yo sólo quería decirles que...

—Si me disculpáis, yo tengo que marcharme ya —Basilía.

—No, si es por mí no se vaya —se pone en pie también—, termino enseguida, y además no tiene importancia.

—Me marchaba ya de todas formas, de verdad —le responde con tanta simpatía que termina por quedarse allí de pie.

—Sólo he venido para decirles —se señala el traje, inconsciente—, que pueden contar conmigo en su investigación. Para lo que necesiten. Nada más.

Respira aliviado y se va, sin esperar respuesta, con Basilía, que le sonríe como si lo conociera desde hace años y estuviera orgullosa del paso que acaba de dar.

Salen del restaurante y al momento entra Antonio, andando de espaldas, acechando a Basilía.

—A ti te quería yo ver. —Éctor, que va cogiendo confianzas con él, interrumpe su embeleso—. Toma nota —espera a que el otro saque diligentemente su carné—. Mencía Álvarez, antigua secretaria del profesor Humberto Oyarzo. Necesito su dirección. Apunta la antigua...

Basilía y Germán.

Aún queda algo de luz fuera del hotel, el viento se lleva y se trae las nubes negras, y Germán, cohibido, traga saliva como en las novelas cuando se percata de que la preciosa muchacha retrasa el paso para acompañarlo al suyo, pero se equivoca al tragarla, y la saliva le invade la tráquea dejándole sin respiración. Incluso en el primer momento, cuando romper a toser es lo más importante del mundo, piensa, *ahora, no, delante de ella, no*. El aire no entra. Poco a poco, un carraspeo espasmódico surge de su pecho empobrecido por años de alcohol, hambre e intemperie. Con las manos en las rodillas, intenta despejarse las vías aéreas con desesperación al mismo tiempo que gira sobre sí mismo para que la mujer no vea su rostro enrojecido boqueando y escupiendo como un imbécil.

Al final sobrevive a la falta de oxígeno y al ridículo.

Logra erguirse y, lo que todavía le resulta más difícil, mirarla de reojo. Van dejando de zumbarle los oídos.

Ella también lo mira de reojo; casi sonríe compasivamente; no hace comentarios.

Andan hasta la esquina.

—Bueno —le molesta un poco la garganta al hablar—, pues encantado. Ya... Hasta otro día.

—Hasta otro día.

La mujer da exactamente tres pasos.

—¿Tiene usted prisa? Si tiene algo que...

—No, no. No. Ninguna prisa, de verdad —amontonando palabras—. Ayer mismo dejé mi trabajo nocturno; voy a intentar buscar otra cosa. No tengo nada que hacer.

—Tengo que hacer una visita un poco estrambótica. Me preguntaba si querría acompañarme —con toda naturalidad—. Me haría usted un favor.

—¿Favor? Por favor. Ningún favor —trabucándose—. Cuando guste.

—Vamos con tiempo de sobra —consultando el reloj que lleva prendido en el interior de la solapa del abrigo.

Han estado hablando de música mientras esperaban a Séptima y Éctor en el hotel, de piezas y de autores, de conciertos inolvidables, hasta que la charla entroncó con la decadencia del violinista y ella cambió de tema.

Ahora andan en silencio, aunque cómodos, despacio. Basilia lo conduce hacia barrios más modestos y menos poblados que no conoce. El aire frío atraviesa el lino de su traje como si fuera desnudo pero hace años que no se siente tan bien.

—Vamos a ver a una onicomante —le informa.

—Ajá —Germán la acompañaría a sitios mil veces peores, supiera o no supiera lo que era eso.

—Me habían hablado hacía tiempo de ella. Ya sé que es una tontería. Pero no puedo evitar que me tienten las fuerzas sobrenaturales. Me crié entre personas que simulaban dominarlas —tiene una voz dulce y ligera, y debe acercarse más para poder oírla, y de paso, inhibirse del asombro con el que todos examinan a un tipo tan escuálido y desmejorado como él paseando junto a una mujer así.

—Ya.

—Pero nunca había oído hablar de esa clase de arte adivinatoria. Y su origen es arcaico, no se crea. La onicomancia es la lectura del porvenir en las uñas de las manos. Arminda, la mujer con la que estoy citada, muy simpática y muy normal, ya verá, me manchó las uñas con hollín y luego me las frotó con aceite de nuez, y me hizo sacarlas por la ventana para ver qué figuras reflejaba el sol en ellas. Eso fue ayer por la mañana. Dibujó algo en un papel y me dijo que volviera hoy, cuando hubiera tenido tiempo de estudiarlas. Eso sí, puso una cara un poco rara, como preocupada...

Mientras avanza en su relato, rebaja el ritmo de su paso hasta casi detenerse. Pasan junto a un puesto de castañas asadas. Germán decide tirar la casa por la ventana.

—¿Le apetece? —sonrojándose, señala la olla.

—Bueno —agrandando la sonrisa.

El se acerca a la castañera.

—Una perra de castañas, por favor.

Cuando le entrega el cartuchito a Basilia se siente como si la hubiera invitado a cenar en el mejor restaurante de París.

Doblan una esquina, se internan en un callejón estrecho y maloliente que da a una plazuela formada por cuatro edificios de la que se sale por otra

callejuela que da a otra plaza que desemboca en otra callecilla.

En la travesía de alguna de las callejas les alcanza la noche.

—Tome —ofreciéndole una castaña caliente que ha pelado para él.

—No, no...

—Vamos.

—Gracias —prueba un trocito—. Están buenas.

—Muy ricas.

Otra calle estrecha, otra plaza.

—Es aquí mismo. Arminda vive sola. Tendrá unos treinta y tantos o cuarenta años. Me pareció una buena mujer. Si le he pedido que venga conmigo no es por nada, sino por esa cara que puso cuando me vio las uñas...

Le toca el brazo para que entre con ella en un portal limpio, sin adornos pero bien cuidado, de clase obrera que consigue mantenerse a flote sin demasiadas incidencias, y suben las escaleras hasta el segundo.

Una línea de luz bajo la entrada del piso de la derecha les dice que hay alguien en el interior.

Basilia llama a la puerta.

Espera un poco y llama de nuevo.

—Es raro. Son la nueve menos veinticinco y me dijo a las ocho y media.

—Se ve luz.

—Sí —llama de nuevo.

No obtiene respuesta, cruza el descansillo y llama a la puerta de al lado, aunque en ésa no se ve ninguna iluminación.

—Me extraña que haya salido dejando la luz encendida. Esperemos que no le haya pasado algo —lo intenta por última vez—. Podemos bajar a ver si abajo hay algún vecino que nos dé razón.

En el principal derecha les abren a la primera llamada.

—Buenas.

—Muy buenas, usted dispense. Veníamos a ver a Arminda —señala hacia arriba—; no contesta y el caso es que tiene la luz encendida. Tememos que le haya pasado cualquier cosa.

La mujer que les ha abierto tendrá unos cuarenta, y a pesar de estar en su casa y vestir pobremente, da una fresca impresión de pulcritud; una niña de

unos seis o siete años se reúne con ella y se abraza a su falda.

—De Arminda se puede esperar cualquier cosa —con una risa abierta—. Es una bendita, pero más chocante que nadie.

—¿La conoce bien?

—¿Yo? Desde que era como ésta —señala a su hija—. De toda la vida. Fuimos juntas a las carmelitas. Siempre ha sido igual de estrafalaria. En el colegio nos decíamos unas a otras, *¿has visto a Arminda?* Y nos respondíamos: *Arminda se ha ido. A lo mejor se ha marchado contigo.* Para asustarnos entre nosotras. Había niñas que decían que se le había aparecido, y ya ni se acercaban a ella, asustadísimas. Decía que tenía poderes... La verdad es que nunca sabías cuándo estaba o cuándo no estaba, y a veces adivinaba cosas que nos ponían la carne de gallina. Ahora vive de eso.

La niña está tirando de su madre hacia dentro.

—Sí. Tenía cita con ella —le toca el brazo como agradecimiento, con su habitual calidez—. No la entretenemos más. Probaremos de nuevo, a ver si es que no podía abrir antes.

Suben y lo intentan de nuevo, y nada, pero la línea de luz de debajo de la puerta se interrumpe por dos segmentos de sombra.

Alguien está detrás de la puerta.

Se imaginan y no se imaginan a la onicomante.

—Lo mejor es que nos vayamos —Basilía.

—Sí, es lo mejor.

Bajan las escaleras, salen, desandan las calles y plazas que ahora han adquirido un aspecto atemorizador.

—Puso una cara... Si usted la hubiera visto... Cuando salieron los reflejos en mis uñas —se guarda las manos en el abrigo para evitar la tentación de mirárselas.

Germán busca algo de lo que hablar, cualquier cosa que distraiga a la muchacha de los malos presagios que van calando en ella.

—La cara de las personas, los ojos, lo dicen todo.

—Sí... —distráida.

—Yo conocí a un juez que juzgaba a la gente sólo por lo que veía en sus ojos. Le daban igual las pruebas o los testigos. Se puede decir que eso me

salvó la vida.

—¿De verdad? —atrapada.

—Todos piensan —empezando por el principio—... Todos piensan que mis malos pasos, la bebida, la ruptura con la orquesta, el final de aquella vida, tuvo que ver con la muerte de un hermano mío —respira hondo, le cuesta hablar de aquello, pero no con ella—; y tuvo que ver, claro que tuvo que ver, era mi hermano pequeño, yo siempre había cuidado de él... Pero lo que precipitó mi... los años que estuve descarriado, fue algo que empezó y terminó en una sola noche.

—Una noche... —no pierde puntada, de momento parece haber olvidado a la onicomante.

—La noche del Bugatti verde.

Por fin han salido de aquel barrio y, tras cruzar una avenida, se encuentran en calles mucho más iluminadas, aunque casi vacías.

—Fue una noche de invierno como ésta, a esta misma hora, poco más o menos. Cuando me llamaron, yo estaba en un despacho de la casa palacio donde ensaya la Orquesta Sinfónica Pastoral; salgo y me encuentro a cuatro policías y a un hombre de paisano hablando con mis compañeros. El sargento se me acerca y me dice: *¿Conoce usted a la propietaria y conductora de un automóvil que hay estacionado ahí en la puerta?* Le respondí que no sabía de qué automóvil me hablaba, y me ordenó que saliera con ellos. Era precioso, deportivo, de lujo, un Bugatti de color verde. En esa época no eran tantos los vehículos a motor que se veían por Madrid. Volvió a preguntarme lo mismo, con las mismas palabras, y cuando le dije que no lo había visto en mi vida, me soltó: *Pues no uno, sino dos compañeros suyos sostienen haber visto cómo ese automóvil conducido por una señorita pelirroja le ha recogido a usted en varias ocasiones.* Empecé a negar de nuevo, pero no me dejó seguir: *Se da la penosa circunstancia de que ayer encontraron a la susodicha señorita asesinada en descampado.*

—Madre de Dios.

—Yo no podía creer lo que estaba ocurriendo. El de paisano que acompañaba a la policía, un hombre de unos sesenta años con un gran bigote rubio, que parecía inglés, resultó ser el juez de instrucción; se acercó a mí y

me pidió: *Míreme a los ojos*; parecía querer leer en ellos; al final cabeceó, como inseguro de lo que veía y me dijo: *Tendrá usted que acompañarnos*. Me metieron en uno de los dos vehículos oficiales que traían. No me contestaban cuando les preguntaba adónde íbamos. Aquello parecía una pesadilla. Al final, me llevaron a mi casa pero no me dejaron salir del automóvil. Por la ventanilla pude ver cómo el sargento y el juez se metían en el cuchitril de la portera y se llevaban allí un buen rato, supuse que interrogándola. Después salieron y se sentaron a mi lado. El sargento me dijo: Esto toma mal cariz, su portera de usted ha declarado que la señorita del pelo rojo ha sido vista por ella subiendo y bajando con usted del piso en el que habita, más de un día, y más de dos, y alguna noche. *Yo sentí que se me venía el mundo encima, no sabía cómo reaccionar*.

—Claro.

—El juez se echó la mascota hacia atrás y me dijo: *Míreme a los ojos*. No sé qué vio porque no soltaba prenda, le hizo una seña al conductor, que parecía estar al tanto de cada parada del itinerario, y volvimos a arrancar.

Ahora sí saben por dónde caminan, la narración les ha llevado a una zona mucho más animada. Avanzando por la calle de Alcalá, dirección Puerta del Sol, los cafés se van multiplicando, grupos de hombres bien trajeados a los que es fácil relacionar con la literatura o la tauromaquia según el local del que salgan, se cruzan con algunas parejas en las que Germán, sin dejar de contar serenamente su historia, quiere imaginar un parecido no del todo imposible a la que él mismo forma con Basilia.

—Y otra vez sin mediar palabra, el sargento escribiendo todo el tiempo, me llevaron esta vez a un barrio residencial, formado por filas de casas de dos pisos con jardín. Pararon delante de una de ellas. Me hicieron salir y me pusieron junto a la cancela custodiado por dos guardias y me dejaron allí de pie, mientras el sargento y el juez entraban. Yo no hacía más que pensar que estaba viviendo la peor noche de mi vida. Al rato, sale un anciano a la ventana, se pone las lentes, me mira, dice que sí con la cabeza y desaparece. Cuando salieron, el sargento me informó de sopetón: *Que está seguro, que es usted el pretendiente de su hija, que la venía a buscar cada dos por tres y la esperaba aquí mismo. Es el padre de la señorita del pelo rojo*. El juez, le dijo

al chófer: *al juzgado de guardia*. Y se pasó el camino sin dirigirme la palabra ni la mirada. El sargento, escribiendo sus cosas. Yo, tan hundido que no tenía ni fuerzas para protestar; poco a poco estaba dejando de pensar que aquello era un sueño y me resignaba a que el mundo se hundiera bajo mis pies.

—Normal —identificándose con sus penalidades.

—Llegamos a los juzgados —toma aire—. Bajamos del automóvil. El juez se vuelve y me ordena —pausa dramática—: *Míreme usted a los ojos*. Lo miro, me mira, se vuelve, piensa un momento, y dice: *Sargento, puede usted romper el atestado, este hombre es inocente*. Yo no podía creérmelo, todavía no puedo, pero creo que el sargento y los guardias estaban más sorprendidos aún. El juez me puso la mano en el hombro y... nunca olvidaré sus últimas palabras: *Perdone la noche que le hemos hecho pasar, estoy seguro de que no tiene usted nada que ver con todo esto; ya nos ocuparemos nosotros de resolver este desgraciado caso. Puede marcharse cuando quiera*.

No cuenta que cuando llegó a su casa se bebió la primera de una sucesión innumerable de botellas.

Basilio no dice nada, pero le sonrío aliviada.

La historia es demasiado increíble para rellenarla, perfilarla o sacar conclusiones de ella.

Han llegado a la Puerta del Sol y, en vez de seguir adelante, han tomado por Carrera de San Jerónimo, siguiendo la ruta de los cafés; es posible que el que entraba en uno de ellos fuera don Jacinto Benavente, pero el suspense de la historia les ha impedido comentarlo.

Caminan muy despacio, la noche es perfecta.

—¿Quiere que nos tomemos un café con leche en uno de estos locales?
—Basilio.

—No... mejor paseamos. —Tiene frío y lo que más desea es seguir con ella, pero no está seguro de llevar dinero suficiente para pagar la cuenta.

—Me gustaría invitarle —adivinándolo—. Después de haberme acompañado, es lo mínimo que puedo hacer.

—Yo no...

—¿Y a escote? —abriendo la sonrisa y bajando la voz.

—A escote, sí —dejándose contagiar por su ánimo.

Se deciden por el café La Condesa, ni muy lleno ni muy vacío, los camareros llevan chaquetillas rojo oscuro, las paredes están adornadas por retratos a carboncillo, y dispone de una de sus mesas de mármol negro vacía en un lugar discreto.

En cuanto se sientan, Germán vuelve a levantarse.

—¿Me disculpa un momento? —azorado.

—Aquí le espero.

Necesita ir urgentemente al servicio desde hace un buen rato.

Se introduce por un pasillo, andando con rapidez, aturdido con los sucesos de la tarde. Siguiendo el dibujo informativo de una chistera, se introduce en los lavabos. No tarda ni dos minutos. No quiere pararse a pensar en lo que le está pasando. Sólo quiere volver con ella.

Sale, tuerce por el pasillo y al momento está de nuevo en el local.

Pero no en el mismo local.

Tras la barra puede leerse un cartel dorado que indica CAFÉ EL FARAÓN.

Los camareros no visten de rojo, sino de azul. En las paredes no hay cuadros, sino figuras egipcias. Las mesas son de mármol blanco. Basilia no está.

Siente un leve mareo del que se recupera al momento; enseguida se hace a la idea de que lo que le ha ocurrido aquella tarde era demasiado bueno para que fuera real. Ya tendrá tiempo para explicarse, o no, a qué se debe todo aquello. Pero vuelve el vértigo, le sudan las manos, no acepta perderla así. Andando de espaldas, como si quisiera hacer retroceder el tiempo, regresa al pasillo que da a los servicios, y sigue caminando...

Café La Condesa.

Chaquetillas rojas, retratos enmarcados, mármol negro.

El pasillo comunica los cafés que comparten un lavabo común.

Cuando lo descubre, Basilia le sonríe desde su mesa, con esa tranquilidad...

Cuando bajan del autotaxi en Carabanchel de Abajo, a la altura de la

entrada principal a las posesiones conocidas como Vista Alegre, la finca que aloja el palacio donde murió el marqués de Salamanca, que llegó a ser conocido como el hombre más rico del país, lo primero que piensa Éctor es en cómo se las van a arreglar para regresar a Madrid; por suerte la noche es fría pero clara, y Séptima echa a andar con decisión como si no fuera la primera vez que visita la zona, así que se puede dejar ese problema para más tarde.

Dejan el palacio a la izquierda y, tras un enorme cedro que parece plantado allí con el fin de precisar el límite de una propiedad con la siguiente, empiezan a ver una serie de automóviles aparcados en la cuneta; podrían haber estacionado en el interior, hay sitio de sobra, pero los conductores han preferido hacerlo fuera para preservar el anonimato o para salir de allí a toda prisa si es necesario. A unos metros un cartel sobre un poste les indica que están en Charenton.

—¿De qué me suena ese nombre? —Éctor lleva dándole vueltas desde que el hijo de Pascal les entregó la tarjeta negra.

—Charenton fue el manicomio donde estuvo varias veces ingresado y donde murió el marqués de Sade. Su verdadero hogar. La leyenda dice que allí realizó su última conquista, una niña de trece años llamada Madeleine Leclerc; pero no fue así; en una de las cartas que han llegado a mis manos se demuestra que fue esa pequeña puta la que lo sedujo a él.

Muy pronto pueden ver la casona, dos pisos, escalinata, columnas, casi una reproducción menos fastuosa de Vista Alegre, del que, además, se diferencia en una especie de anexo alargado de una planta con entrada independiente guardada por dos sujetos vestidos con impermeables oscuros.

Desde donde están pueden ver cómo una pareja y un grupo de tres hombres, todos con el rostro cubierto por el sombrero o el cuello del abrigo, cruzan el patio procurando evitarse, entregan algo a los guardianes del anexo y se introducen en el interior.

Escuchan un automóvil que trae la misma dirección que ellos y, de manera refleja, se ocultan tras uno de los vehículos aparcados; el que llega estaciona también en la cuneta, y de él surgen una mujer con la capucha de la capa echada sobre los ojos y un hombre embozado con su bufanda que se

encaminan a la verja que rodea la parcela.

—¿Tienes idea de a qué pueden estar dedicándose ahí dentro? —Éctor.

—A nada bueno.

El hombre extrae, monta, comprueba el seguro y vuelve a guardarse la pistola en el cinturón.

—¿Vamos?

Se van detrás de la pareja.

Desde que el crío les entregó la tarjeta con el anverso negro, conociendo las prácticas a las que los saturninos se entregaron en su juventud, ha estado fantaseando sobre aquelarres, sacrificios consagrados al demonio, cruentos intercambios sexuales, perversos rituales de sangre cuya naturaleza nadie se atreve a describir.

Las últimas pipas de Kif nos las fumamos mi primo Luis y yo cuando llevábamos unos seis o siete meses en el Rif. Nos las preparó un áscari, esa tarde estábamos los tres de permiso, que mezclaba el español con el tamazight de los bereberes sin que nos entendiéramos muy bien en ninguno de los dos idiomas; las botellas de vino que habíamos conseguido en intendencia no ayudaban. Estuvimos rondando el zoco y después nos hizo entrar en una tahona, en lo que sólo al principio nos pareció una visita casual. El horno de leña estaba apagado y diez o doce hombres formaban un círculo silencioso. Tuve la impresión de que estaban esperándonos, de que necesitaban testigos extranjeros de lo que iban a hacer, pero estaba demasiado trastornado para estar seguro, ni entonces ni ahora. Nos invitaron a un licor que rechazamos y, sin más, entraron en el recinto dos jóvenes que custodiaban a un mendigo que se resistía débilmente a los empujones de los otros; lo sujetaron de rodillas, le quitaron los andrajos, y un anciano le practicó una incisión en la espalda; después sacó del bolsillo el grillo del rojo más brillante que haya visto nunca y se lo introdujo en la herida. Entendí que había estado escuchando el canto del grillo todo el tiempo pero no me había percatado de ello hasta ese momento. El viejo empezaba a suturar el corte, con el grillo dentro, cuando Luis y yo nos marchamos. Nunca supimos el significado de aquel ritual. Yo iba muy borracho, no dejaba de escuchar al grillo...

Aceleran el paso a medida que atraviesan el patio y cuando la pareja que les precede llega a los matones de la puerta del anexo, están ya lo bastante cerca para confirmar que, tal como suponían, la tarjeta negra es el salvoconducto que les permite entrar.

La puerta, unas cortinas, un pasillo ancho en penumbra, otras cortinas.

El resplandor de la luz eléctrica les deja deslumbrados un momento. Están en una nave alargada, no muy grande, a la manera del patio de butacas de un teatro o de un cinematógrafo, con dos docenas de sillas en las que se han ido sentando los invitados frente a una tarima donde un hombre vestido de frac espera pacientemente a que se acomoden; detrás de él se ha dispuesto una mesa con diversos objetos y un catafalco con el esqueleto más grande que Éctor y Séptima hayan visto en su vida.

De pie, observando desde atrás a los invitados, descubren a Pascal también de etiqueta, más gordo y reblandecido que en la foto, como si fuera él quien hubiera modificado sus rasgos para asemejarlos a los de su hijo.

Éctor le indica a la chica que se quede de pie; no son los únicos que no se han sentado, y un camarero con una bandeja llena de copas de champán persigue en silencio a los asistentes, que buscan el mejor ángulo para contemplar el esqueleto; el acto está a punto de comenzar.

El hombre del frac se aclara la voz.

—Señoras, señores, como saben, nos hemos reunido esta noche para subastar los restos de Miguel Joaquín de Eleicegui, conocido como el *Gigante Vasco* —habla dominando la escena y cambiando los tonos, más como un ex actor que como un vendedor—; permítanme, ante todo, que les recuerde quién fue el protagonista de nuestra velada. Eleicegui nació en 1818, en el caserío de Ipintza de Altzo, una localidad cercana a Tolosa; estamos hablando de un joven perfectamente normal hasta que, a los veinte años, atentos, a los veinte, sufre un extrañísimo cambio, una extraordinaria enfermedad hace que, en muy poco tiempo, su cuerpo se transforme, crezca, llegando a medir dos metros y cuarenta y dos centímetros de estatura y a alcanzar los doscientos tres kilos de peso, come lo que tres personas, bebe veintitrés litros de sidra diarios —se aparta para que todos puedan ver el esqueleto, cada vez más gesticulante—. ¡Su vida experimenta el cambio más

drástico que imaginar podamos! Es el blanco de las miradas de todos, de todas las supersticiones, se deprime, la naturaleza le ha gastado una broma pesada a la hora de asignarle las tallas y no es bienvenido en ninguna zapatería —recoge una abarca de casi medio metro y la levanta para que todos puedan verla, pero casi nadie se ríe con la broma—. En fin, a todo se acostumbra uno; no olviden que vivió en el siglo XIX, y el destino inevitable de cualquier persona con una peculiaridad así, era el mundo del espectáculo. José Antonio Arzadun, un vecino de Navarra, enterado del caso, crea una sociedad para exhibirle por pueblos y ciudades —ahora toma de la mesa una carpeta transparente que protege un viejo documento—; contamos con una copia del contrato en la que el empresario se comprometía, por ejemplo, a proporcionarle todo el tabaco que requiriese y a permitirle asistir a misa cada día, estuvieran donde estuvieran. Y ahí comenzaron los tiempos de, digamos, gloria, del que es ya nuestro amigo Eleicegui. Su fama se propaga por toda Europa, es recibido en la corte por la propia Isabel II, en Francia por el rey Luis Felipe, en Inglaterra, donde le buscaron una novia de considerable envergadura que podía complementar la atracción pero que él rechazó, es admirado por la poderosísima reina Victoria. ¡Viaja en olor de multitud! Pero ¡ay! Nuestro querido Eleicegui sólo quiere volver a su patria —va poniendo caras y voces, más y más metido en su papel—. Tras mil avatares, el Gigante Vasco vuelve al pueblo que lo vio nacer, pero vuelve para morir, de tuberculosis, a los cuarenta y tres años de edad —un silencio—. Creerán ustedes que aquí termina la historia, pero a veces, donde termina la historia, comienza la leyenda...

Pascal se da la vuelta y sale por las cortinas mientras enciende un grueso cigarro.

A pesar del interés de la narración, Éctor se está cansando de la chachara de aquel imbécil. Ha escuchado hablar antes de estas subastas clandestinas, donde coleccionistas a quienes resultan insuficientes los circuitos oficiales pujan hasta el absurdo por los objetos más descabellados con el fin de disfrutar de ellos en la intimidad, pero nunca había dado mucho crédito a su existencia.

—... se dice incluso que un aristócrata centroeuropeo —el tipo del frac se

ha decantado por un tono más misterioso— fue el que envió a los primeros agentes que se apoderaron del esqueleto. Nunca lo sabremos. Lo que sí está contrastado es que cuando se intentó exhumar sus restos en el cementerio de Altzo, éstos habían desaparecido —señala el túmulo con las dos manos—. ¡No me pregunten cómo ni dónde, no me pregunten quién! Porque podría peligrar mi vida si cometiera una indiscreción, pero el caso es que ahora tienen ustedes la oportunidad única...

Las cortinas se abren a su espalda y reaparece Pascal que se aproxima a ellos fumando apaciblemente su puro.

—No quise interrumpirles hasta que escucharan el relato en su totalidad. No les imaginaba licitando en una de mis subastas.

—Nos pareció una buena idea, pero hemos cambiado de opinión —Éctor—; la mierda esa no nos cabe en el sitio que le habíamos reservado en el mueble bar. ¿No tendrá por ahí el cráneo de Mozart, verdad?

—Me dijeron que vendrían a verme.

Se aleja un momento para recoger una silla y se sienta a su lado, con el respaldo ante sí; no le importa que estén de pie, contrarresta la diferencia de nivel con el brillo cabrón de su mirada.

Mientras hablan, el sujeto del frac se pasea entre los postores, mostrando a todos los que desean verlos de cerca una de las abarcas y un guante descomunal para hacer crecer su interés.

—¡Séptima, Séptima! —Pascal intenta comprender la presencia de la mujer canturreando su nombre, pero no lo consigue...

—... —... ni ella lo ayuda.

—Terminemos, antes de que comience la puja. Si queréis os ayudo con las preguntas. No, no voy a daros la película. Punto final.

—Al menos ahora sabemos que tiene una de ellas —Éctor.

—He pensado en subastarla muchas veces, ¿sabéis? Ahora soy un mercader —se ríe de sí mismo—. Pero... esa película ha sido un seguro de vida para mí estos años. Me ha librado de muchos problemas con mucha gente.

—¿Alphonse o François? Sabemos que en la segunda se filmó un asesinato —Éctor.

—Un accidente.

—¿Qué pasó con el niño?

—No lo sé.

—¿Lo hicieron desaparecer?

—¡Ah, una cosa! —Recordando algo—. Me quedaba algo por deciros; como volváis a presentaros en mi casa o a acercaros a mi hijo, os mato. Ahora sí que hemos llegado al punto final.

—Podemos resucitar el asunto ante las autoridades. —Hasta a Éctor le resulta patético su último intento.

Pascal se ríe y el hombre del frac inicia la subasta. Los dos guardianes de la puerta entran para acompañarles fuera. Se quedarán sin saber a cuánto están en el mercado negro los huesos del pobre Eleicegui.

Piancastelli ha necesitado valerse de toda su habilidad y de algunas potencias anticelestiales para colarse en el Complejo Químico Militar Alfonso XIII, la fábrica de fosgeno, difosgeno, cloropicrina e iperita, el célebre Gas Mostaza, enclavada en la zona de la Marañoso. Aunque España había suscrito el Tratado de Versalles que prohibía el uso de armas químicas desde 1919, seguía produciéndolas de forma masiva como una de sus bazas fundamentales en la represión marroquí, y aquel complejo situado en las afueras de Madrid, a pesar de estar fuertemente fortificado, mantenía su actividad casi en secreto.

Al anochecer, como un fantasma, se introdujo en el maletero de uno de los automóviles oficiales aparcados en batería frente a la comandancia, seguro de que tarde o temprano llegarían los hombres a los que vigila. Varias horas después, el dolor de la cadera apenas le deja pensar, y cuando cambia de postura y recobra algo de alivio, sólo se le ocurren deprimentes alternativas que debe descartar inmediatamente.

Por fin, un vehículo remueve la madrugada.

El esperado Hispano Suiza para en la misma puerta de la comandancia. Primero descienden los tres Regulares rifeños, después el sargento Delgado y por último el teniente Cármes.

Se abre la puerta del edificio y un militar de baja estatura envuelto en su capote sale a recibirles.

Le reconoce.

Es el joven general Jaime de Andrade, el que firma sus artículos en la *Revista de las Tropas Coloniales* con el pseudónimo de Francisco Franco.

Los cinco Regulares de paisano se cuadran ante él.

13

Germán

*«Hoy amanecí degollado
un tajo limpio
una irónica sonrisa de oreja a oreja adornaba mi
garganta
era de ver mi lengua colgando como corbata
y las de mis vecinos babeando sobre la alfombra
queriendo meterse en mi cuarto
la empleada del servicio recoge sábanas y cientos de
colillas de cigarros mientras me aconseja
comportarme como un buen muerto y no dar
esos espectáculos
mi ocasional amante chilla que todo no es más que
un pretexto para no pagarle
y mi madre
ya la escucho
reprochando la desfachatez de andar por ahí sin tan
siquiera una bufanda
claro que si tuviera una bufanda roja me colgaría de
la viga más alta y escribiría un poema titulado
el ahorcado del café Bonaparte
pero ni esto es París
ni el palo está para cucharas
lo único cierto es que hoy
en el cuarto número doce de las residencias Luis XV
(sin aviso a la calle) amanecí degollado
y no logro despertarme».*

Mauricio Contreras, *Hoy amanecí degollado*

Es otra la Basilia que les espera en la acera del hotel Ritz.

La puerta giratoria les facilita la pirueta temporal de entrada a un mundo también distinto; Éctor se ha puesto una camisa limpia y un traje planchado para no llamar la atención, y lo logra; entre aquellos aristócratas y banqueros, no es nadie; Séptima, en cambio, lleva su pantalón verde y su chaqueta tres cuartos arrugados de siempre, y resulta más elegante y distinguida que cualquiera.

No se tenía constancia de que hubiera promovido barrios de viviendas dignas para el pueblo, pero era de todos conocido que el rey, indignado por que Madrid no contara con un establecimiento a la altura de la realeza europea, había impulsado incluso con capital propio la creación de este esplendoroso hotel, dotado de salones, jardines, restaurantes, suites y detalles de lujo excepcional —cuatro o cinco cuartos de baño y un teléfono en cada planta, junto al ascensor, entre otros servicios— que lo situaban a la altura de sus homónimos de París o Londres.

Basilia lleva un vestido de noche estrecho con la espalda descubierta y el mismo fular del día anterior, aunque aún no son las doce del mediodía; más seria y taciturna que nunca, les guía por salas, pasillos y escaleras hasta llegar a una zona menos habitada pero igual de suntuosa; abre una gruesa puerta y les cede el paso a un pequeño comedor privado con chimenea recubierto de maderas nobles de las que Éctor, como siempre, no conoce el nombre.

Ante un desayuno continental que no abandona para recibirles, les espera un hombre de edad mediana, con un traje gris perla demasiado ajustado a sus kilos sobrantes y la barba cana perfectamente recortada.

Da igual el Ritz, el traje caro, casi el motivo de la visita, lo notan en cuanto se cierra la puerta, aquel tipo apesta. Apesta.

Despide uno de esos olores indescriptibles pero muy familiares, porque es el opuesto de todos los aromas agradables que conocemos, que resultan tan difíciles de soportar tanto por su repulsiva calidad como por el espacio que ocupan, tienen un cuerpo propio que nos empuja, nos confunde y, en más de un sentido, nos anula.

—¡Tú! ¡Siéntate aquí! —golpea la silla tapizada para que Basilia se siente a su lado.

—Os presento a Curro —susurra ella con asco, obedeciéndole.

El individuo, detrás de la mesa alargada, comienza a recubrir su tostada con mermelada de una gruesa capa de azúcar; no les mira, no les ofrece; Séptima y Éctor se sientan frente a él.

Se come media tostada de un mordisco y deja la otra mitad en el plato; esconde la mano bajo la mesa, por donde se ha sentado Basilia, que permanece aferrada a su mueca, con los ojos bajos. El tipo observa a los recién llegados con curiosidad; cada vez que cambia de posición, el olor se remueve; no hay ni una puñetera ventana en el comedor.

—Supongo que os paga ese mamarracho de Piancastelli —burlón—. Calla, que a lo mejor todavía no os ha dicho su nombre. Sí, hombre, el tarado de la cicatriz en el ojo.

Piancastelli, así es como se llama...

—¿Para qué nos ha hecho venir? —Séptima.

—¿Yo? —Riéndose. ¡Yo no hago nada! ¡Yo soy como el hombre invisible!

—Aunque lo fuera, su presencia se notaría enseguida —Éctor.

—Yo no soy nadie —ignorando el comentario, toma el resto de la tostada con la izquierda y se la come de un bocado, la mano derecha se mueve abajo, cerca de Basilia—. ¡Piancastelli... menudo prenda! Se dice, se dice, que la herida se la ganó en un duelo; se dice que un conocido banquero insultó al rey, o simplemente le reclamó sus deudas, y el monarca envió a Piancastelli a que lo representara en el desafío. Eso dicen. Pero es mentira, no se lo crean. Yo lo sé de buena tinta.

—¿Y si seguimos hablando en el jardín? —Éctor.

—Aquí estamos mejor, esto es más íntimo, ¿verdad? —le pregunta a Basilia, que no le responde—. Además, acabo de tirarme un montón de horas de ferrocarril y tengo derecho a descansar un poco y a disfrutar del lujo de la capital. Vengo de Barcelona, ¿saben? De investigar sobre tres películas pornográficas realizadas a instancias de Alfonso XIII.

Para, se está divirtiendo.

—Acabe —Éctor.

—Tranquilo, al final no eran las películas que usted busca. Estas son más

recientes, tres cortos filmados en los últimos seis años: *El ministro*, *Consultorio de señoras* y *El confesor*. Cierta dignatario, actuando en nombre del monarca, los encargó a los hermanos Ricardo y Ramón Baños, dueños de la productora barcelonesa Royal Films. Menudo prenda también... el rey, digo. Antes lo llamaban el Africano, por su implicación en la guerra de Marruecos, pero ahora se ha buscado otros entretenimientos...

Basilia aprieta los dientes, la mano no deja de moverse allá abajo; el aire ha sido casi completamente sustituido por aquel espesor nauseabundo.

—Mire... —Éctor.

—Miro —cambiando súbitamente de tono, fiero sin alzar la voz, se dirige casi todo el tiempo a Séptima—, y no me gusta lo que veo. Las fuerzas que me envían llevan años detrás de esas películas. Ustedes son unos desgraciados que no tienen ni idea de la baza que suponen.

—Si nos ha... —Séptima, que desde hace unos minutos se ha tapado la boca y la nariz disimuladamente con la mano para no respirar al sujeto.

—No, no me responda a mí. Yo no soy nada —se va calmando—. Allá ustedes si caen en sus manos y no se las entregan. Úsenme para devolverlas, si entran en razón, y para nada más. Estaré en contacto con ésta —la mano en Basilia—. Pueden irse.

Todo lo que no sea partirle la cabeza al tipo está de más para Éctor, así que se pone en pie y abre la puerta sin una palabra.

—¿Vamos? —Séptima, también de pie, a Basilia.

—Se queda —Curro, de nuevo sonriente—. Cierren la puerta.

Se queda.

Séptima sale dejando la puerta abierta; desandan pasillos y escaleras, cruzan el hall y al fin salen al exterior, pero el hedor les ha contaminado, se viene con ellos como la expresión abatida de Basilia mirando el mantel.

Encaran el Prado a paso rápido, aspiran el aire con la boca abierta, Éctor lía un cigarrillo y la muchacha se lo roba una vez armado, han debido de acabársele los suyos.

Andan un buen rato, a aquella hora del mediodía, la zona está llena de gente, se figuran que todos están ocupados y contentos; todavía no se han librado de la pestilencia, ni del recuerdo de la chica a la que han abandonado

ni de la amenaza de aquel sujeto cuando Éctor empieza a hablar.

—Los militares, y sobre todo algunas castas de militares, siempre han tenido un gran poder en este país. Cada vez más. Se las arreglarán para tomar el control de todo esto, de un modo u otro.

—Eso me asusta, claro que me asusta —Séptima—. Pero me asusta todavía más lo que el poder, cualquier forma de poder, pueda hacer con gente que no contamos para nadie como tú y como yo. Han matado a Lucio y no ha pasado nada. Han quemado mi piso con todo lo que tenía y no ha pasado nada. Cualquier día nos molerán a palos, nos meterán en una cárcel fantasma, o nos pegarán un tiro, y no pasará nada.

—¿Una cárcel fantasma?

—Nadie puede visitarte allí, no están sujetas a ninguna norma, no se sale de ellas. Cualquier estamento oficial negará su existencia.

—¿Conoces a alguien que esté encerrado en una? No responde y Éctor tiene la certeza de que la chica no querría haberle confesado ni siquiera eso.

Hermano, el puto 1926 no se acaba nunca. Hoteles, cafés, mansiones, el mayor repertorio de locos, cabrones y degenerados que te puedas imaginar. Estoy harto de todo esto, Luis, harto hasta el asco más profundo; al principio sólo estaba hasta los cojones, pero enseguida el nivel de inmundicia fue subiendo, o yo fui descendiendo, me ahogué en ella, y seguí bajando; he tragado tanta mierda que hasta mi vida en Sevilla, aquello que los otros y yo habíamos convertido en un callejón sin salida, me parece un tiempo habitable, recuperable incluso, si lo comparo con las alcantarillas en las que me he metido. Disculpa el retraso, el melodrama y la mariconería, pero no dejo de recordar...

Éctor levanta el lapicero de oro de la holandesa justo cuando está a punto de evocar a Nuncy. Nunca habla con Luis de su mujer, que estuvo a punto de serlo de él. Termina el coñac y decide no pedir una segunda copa; no son ni las cuatro de la tarde y el café, a unas calles del hotel Bizancio, todavía está casi vacío. Y, sin embargo, es de Nuncy de quien necesita hablar; le ha

puesto dos avisos de conferencia y varios telegramas en los últimos días, sin ningún resultado. A esta distancia, por turbio que sea el lugar en el que se ha metido, y despreciable lo que está haciendo, o quizás a causa de todo eso, la recuerda con una claridad distinta, no se explica cómo no se lo explicó todo, cómo no se la llevó lejos o no dejó que ella se lo llevara a él, la echa de menos tanto como insoportable se le ha hecho esta situación, ahora que la única manera de recuperarla y recuperarse es continuar este descenso hasta el fondo.

Esta noche visitará con Séptima a Práxedes, otro miembro de la Editorial Saturnia, propietario de un lugar llamado Mesón Nisroth, y dentro de dos horas está citado con Piancastelli, al que propondrá otra vuelta de tuerca en aquel asunto demencial en el que ellos son los héroes y los héroes son mil veces peores que sus enemigos.

Tacha las últimas cinco palabras y continúa con la interminable carta que lleva siempre en el bolsillo, casi al alcance de todos, como un reto a su endemoniada suerte; en cualquier momento Séptima, que cada vez está más cerca, o el azar de alguna de las peleas, o un descuido, pueden poner aquellas hojas, donde ha terminado plasmando cada detalle de su mentira, de su doble juego, en manos de sus oponentes, pero aun así sigue escribiendo.

—Se llama Pascal, como su padre...

—Lo sé —responde Piancastelli, volviéndose hacia la ventana junto a la que ambos están de pie—. Tendrá unos trece o catorce años.

El descampado que hay frente a su piso de Peñuelas, los pequeños desharrapados jugando a perseguirse, no lo liberan de la idea que Éctor acaba de proponerle, sino que se la devuelven con más fuerza.

Se vuelve, le da la cara.

Por primera vez no le habla como a un asalariado; se han vuelto compañeros compartiendo aquella podredumbre que todo lo corrompe, o sea, que todo lo iguala.

—Tenía el castellano un poco en desuso —Piancastelli—. Pero es que además me he encontrado con palabras que aquí apenas se utilizan ya. Por

ejemplo, iniquidad: maldad, en el sentido de gran injusticia. Ya no se emplea porque en este país, en esta época, cada vez más, todo vale.

Lo que necesita Éctor es que el tipo que le ha encargado la misión le venga con problemas de conciencia.

—No se me ocurre otra manera de que el subastador entregue la película que secuestrar a su hijo, el que nos dio la tarjeta. Le he dado todas las vueltas. Ese tipo no se dejaría amedrentar de otra manera. Usted decide.

—Lo haremos —Piancastelli, mira al suelo con el gesto algo contraído—. Claro que lo haremos. Ya sabe, todo vale.

—Ni que decir tiene que el niño no debe sufrir ningún daño. Nos queda decidir cómo.

—Tengo a la gente adecuada para encargarse de algo así.

En el momento que dedican, detenidos en una esquina mal iluminada de la Cava de San Miguel para contemplar la fachada del Mesón Nisroth, Cervezas, Vinos, Bacalao, a que Séptima le ilustre sobre el significado del nombre del establecimiento de Práxedes...

—Nisroth es uno de los demonios secundarios de la Corte Infernal, jefe de cocina de Belcebú. De él se dice que posee el dominio sobre las tentaciones más delicadas.

... una pareja de edad mediana llega hasta la puerta del mesón. Ella maniobra su aparatosa silla de tres ruedas dotada de manivela hasta situarla en un rincón junto a la entrada, donde al parecer piensa dejarla, y se yergue, desconfiada y seca, para que su marido la tome orgullosamente en brazos.

Éctor se adelanta en unas cuantas zancadas para abrirles la puerta y el hombre, mientras se lo agradece con la cabeza, se demora un instante, como alardeando de la mujer fea y contrahecha a la que transporta. Ya dentro, cruza el salón salpicado con unas cuantas mesas sin mantel y se pierde por otra puerta que da a una escalera descendente junto a un cartel que indica que se trata del acceso al comedor.

Están en un salón no muy grande, destinado a tomar tapas o a esperar hasta que quede una mesa libre en el comedor del sótano, decorado, a la

manera de las tascas madrileñas, con cacharras de cobre, retratos de toreros y un cuadro de azulejos en el que se puede ver a un diablillo vestido de cocinero.

Hay cuatro o cinco hombres en las mesas, todos solos, y uno de pie con aspecto de *valiente*, que les observa con descaro.

—Todavía estamos a tiempo de irnos. Conozco a Práxedes, no nos va a dar nada ni a decir nada, ya te lo he dicho —Séptima.

Se abre de nuevo la puerta de la calle y entra un individuo acompañando a una mujer ciega con un bastón blanco; al pasar junto a Séptima la examina de arriba abajo, buscando algo; con una altiva y extrañada mirada a Éctor indica que no lo ha encontrado. Éctor se va detrás de los recién llegados, dejando unos metros de distancia, y la muchacha se rinde y lo acompaña; cruzan la puerta y bajan dos empinados tramos de escaleras que concluyen en un corredor oscuro y tortuoso que se ramifica a izquierda y derecha; enfrente, la entrada al comedor.

Además de las dos parejas a las que ya han conocido, las mesas están ocupadas por otras en las que las mujeres exhiben parches en un ojo, acusadas desviaciones de la columna vertebral, brazos achicharrados por antiguas quemaduras o deformados por el reuma, abultados tumores, o muletas apoyadas al borde de la mesa. Algunos de sus acompañantes miran acusadoramente a Séptima cuando llega, pero ella tiene el buen tino de iniciar el arrastre de una pierna, simulando una leve cojera hasta una de las mesas vacías, que parece tranquilizarles.

Al lado de la puerta, casi al nivel del suelo, un limpiabotas de largas patillas, con el pecho cóncavo y las piernas arqueadas, lee una novela barata en su banquillo esperando a que alguien lo reclame.

Se les acerca un camarero sonriente que le habla y le entrega el menú sólo a Éctor.

—¿Es la primera vez que nos visita?

—Sí.

—Espero que todo sea de su gusto. —Se retira como si el lugar que ocupa Séptima estuviera vacío.

Los hombres que ocupan el resto de las mesas son mayores, aparentan

más respetabilidad que Éctor, y miran a sus parejas, las alteraciones anatómicas de sus parejas, con una concupiscencia concentrada congestiva congelada contagiosa.

Aparece Práxedes; lo acompañan una bella rubia de exposición, con un vestido de lentejuelas plateadas abrochado al cuello para dejar perfectamente visible el muñón a la altura del hombro que es cuanto queda de su brazo izquierdo, y el *valiente* que vieron arriba.

Práxedes, con pinta de matón barriobajero, alto y fuerte, bien plantado en su traje negro, se desentiende de los que le acompañan y se mueve chulescamente entre las mesas, saludando a conocidos y desconocidos, es la estrella del local, a alguno le roba del plato una gamba con gabardina, a otro le da un suave papirotazo en la calva.

El escolta espera en el centro del comedor, las manos cruzadas sobre los huevos, dejando claro que tiene allí algo valioso que proteger; no es habitual que esta clase de mesones estén dotados de *valiente* para evitar conflictos, su sola presencia parece propiciarlos.

La rubia manca se ha quedado junto a la puerta hablando, cálida con el joven limpiabotas, que se ha puesto en pie y balbucea algo, embebido en sus ojos.

Ya de retirada, Práxedes pasa junto a Éctor, decide que no lo conoce, lo saluda con la cabeza y pasa de largo y de Séptima. Se detiene en la puerta; histriónico, finge que acaba de descubrir al limpiabotas, se agacha para abrazarle y golpearle la espalda, le revuelve un poco el pelo como a un niño, le habla sonriente al oído, coge la única mano de la rubia y, seguido del guardián, abandona el salón.

Éctor tiene un momento de clarividencia al ver cómo el limpiabotas se deja caer en su banquillo, su mirada de entrega a la mujer y de odio al dueño del mesón.

Se acerca y se acucilla junto a él.

—Disculpe, soy Éctor Mena —le tiende la mano—, ¿me dice su nombre?

—¿Yo? Cristobita... Cristóbal —apenas se la estrecha.

—Me gustaría hablar con usted, pero no aquí. ¿Dónde podríamos vernos? Mañana, por ejemplo.

—¿Conmigo...? ¿De qué?

—De heroínas y villanos —señala el ejemplar que tiene en su cajón de trabajo, una novelita de futurismo científico firmada por El Coronel Ignotus que lleva como título *Policía telegráfica*.

—No sé... Por las mañanas limpio en el café Verdinegro, al final de esta calle.

—Se lo agradezco.

Se levanta y hace una señal a Séptima, no puede perder más tiempo si quiere localizar a Práxedes; harta de la pantomima, deja de fingir su cojera, lo alcanza de tres pasos y ambos salen del comedor.

A la izquierda, al fondo, un resplandor que se consume.

Van hacia allí; tras la primera revuelta, se encuentran otro tramo de diez o doce escalones, otro recodo, paredes cada vez más húmedas como deterioradas por la triste iluminación a gas, enigmáticas puertas que pueden dar a viejos almacenes o a terribles habitaciones donde se prolonguen las actividades del insólito club reunido en el comedor, un muro de carga, el *valiente*.

—¿Qué hace aquí? Esta zona está prohibida a los clientes —se lo dice a Éctor; a la mujer ni la ve.

—Le dices a tu amo que ha venido Séptima.

No está acostumbrado a que las mujeres tengan algo que decir en aquel lugar y menos que lo digan de esa manera. Se da la vuelta, entra en una puerta que se encuentra en mejor estado que las demás y al momento abre para llamarles con un gesto.

Es un despacho mugriento; Práxedes, de pie ante su escritorio, en el que ha cambiado la escribanía por una botella labrada, parece reconvenir a la mujer sentada al borde, que presume de muslo y de muñón, pero escucha con la cabeza baja la bronca del hombre.

—... te arranco la cabeza. Te la arranco —subraya sus palabras con una larga mirada sangrienta.

El matón se ha quedado, las manos cruzadas sobre sus credenciales.

Práxedes se vuelve a los recién llegados, prolongado su enfado hacia ellos.

—¡Coño, la pequeña Séptima! No te reconocí antes. Me dijeron que vendrías —rodea el escritorio; la mira de cerca y, bruscamente, se pone rojo, casi amoratado de furia; un tipo con un sorprendente punto de ebullición—. ¡Ea, pues ya te puedes ir! ¡No te voy a dar nada ni a decir nada! ¡No quiero *enteradas* en mi casa!

—¿Quieres esperar a que...? —Procurando, sólo procurando, no mostrarse intimidada ante el súbito arranque.

—¡He dicho que *airel*! —Elevando la voz hasta la ronquera.

No parece que vaya a tocarla, la mayoría de la gente necesita y tarda más en llegar al contacto físico, pero él no; la coge por el brazo y la arroja contra la puerta, con tanta fuerza que cae al suelo.

Demasiado rápido, demasiado inútil, demasiado real.

Lo primero en lo que vuelve a pensar Éctor es que ojalá aquello fuera una novela policiaca, donde la gente simplemente engaña o esquiva las preguntas, no este mundo en que aún no has comenzado el interrogatorio y ya te han partido la cara; mientras lo piensa, se vuelve; sabe que, de momento, el mayor peligro puede proceder del *valiente* que tiene a la espalda; eso es, está metiendo la mano bajo la chaqueta; y es justo ahí donde Éctor lanza la patada mientras saca su propio nueve largo, mucho más rápido, y le golpea la cabeza con el cañón; apuntando a Práxedes, rebusca entre las ropas del caído, encuentra un revólver anticuado y se lo lanza a Séptima, que ya está de pie.

—No me vas a sacar nada, cabrón. Si tienes cojones, me matas —el dueño del mesón, ya púrpura, saca pecho; es probable que hable en serio.

La rubia ha logrado no mover un músculo, ni uno.

—Siempre ha estado loco. No me extraña que se deje matar —Séptima.

—Pues entonces vamos a matarlo.

No descarta que al tipo, más y más rojo, se le rompa un vaso en el cerebro que le ahorre el trabajo.

Espera.

Nada.

De momento no tendrá esa suerte, así que se encoge de hombros.

—Vámonos, no voy a dejaros a mi espalda.

Coge a Práxedes por el pelo y le hunde la pistola en la nuca; menos mal

que, en esa posición, no podemos verle el gesto. Con la barbilla, indica al matón que abra paso. Séptima, detrás.

Recorren a la inversa el laberinto del sótano.

Silencio.

Los dejará en la puerta del mesón, donde puedan perderse de vista rápido sin posibilidad de represalias.

Al pasar por la entrada al comedor, Cristobita les espía, feliz.

Ha desayunado con Altea, que tenía ya la nueva dirección de Mencia Alvarez, la secretaria de Oyarzo que gestionó la publicación del *Ruinas sin nombre*, se ha librado del confidente, ha repetido café y se ha fumado el segundo del día esperando a que Séptima baje de su habitación. La mañana está teñida de un sol plumizo. Nadie sabe nada de ella.

Al fin se decide a subir a buscarla.

Sube por la escalera al primer piso. Las ventanas del corredor están clausuradas, la claridad que se filtra bajo las persianas apenas le basta para encontrar la habitación de Séptima. Llama a la puerta y no responde. Entra y no hay nadie. Sólo su ropa arrugada sobre la cama.

Escucha algo en el pasillo.

Debería llevar siempre la pistola encima.

Está allí, al doblar la esquina. Apoyada en la pared, desnuda. Con una mano sostiene un cigarro apagado y con los dedos de la otra se acaricia el pezón. Lleva puesto un collar de perro del que pende una correa muy gastada. Los ojos intoxicados, pero como resultado de alguna sustancia segregada por su propio cerebro.

—Tenemos que irnos. Tenemos... —A Éctor, sus palabras nunca le han sonado tan estúpidas—. Te espero abajo, en la calle, en la puerta, echando un cigarro.

Desanda el sucio corredor.

La cabina del ascensor le parece la celda de un manicomio; reconstruye los giros de ánimo en Séptima; una mujer profundamente trastornada en medio de corrientes que pueden cambiar el rumbo del país; al deseo de

protegerla se superpone su cuerpo desnudo y las ganas de follarla y venderla por tres duros o dos películas, que es, probablemente, lo que terminará haciendo.

Lo ve en cuanto cruza la puerta del hotel, con su traje de lino, buscando el calor de unos débiles rayos de sol que se han abierto paso hasta un trozo de acera.

—Germán. Buenos días.

—Buenos días —respetuoso pero mucho menos apocado.

—¿Me buscaba?

—Sí... Pero no he querido entrar, para no molestarles. Verá, me preguntaba si... Ya le dije que podía contar conmigo para cualquier cosa. Quizás haya algún recado que tengan que hacer...

El violinista le cae bien. Le resulta admirable su recuperación. Y no le apetece estar a solas con su compañera.

—Estoy esperando a Séptima. Tenemos un par de visitas que hacer. Véngase con nosotros.

En el café Verdinegro sí que permiten que Cristobita ocupe una de las sillas y una mesa, aunque ésta resulta demasiado alta para él; el local está casi vacío a media mañana, y el limpiabotas ha olvidado su cajón de trabajo en el suelo y está concentrado en las aventuras escritas por El Coronel Ignotus.

—*Policía telegráfica*... ¿qué tal está? —Éctor—. ¿Podemos sentarnos, Cristóbal?

—¿Ha leído usted al coronel?

—Desde luego. *Del océano a Venus*, *El mundo-sombra*, *El amor en el siglo cien*... soy un gran seguidor suyo —no le dice que las novelas las leyó en el penal de Hacho, donde no había otra cosa, que eran propiedad de su compañero de celda ni cómo se las arregló éste para conseguir el privilegio de disponer de material de lectura.

Los títulos abren las puertas del corazón del limpiabotas. Les señala las

sillas vacías.

Germán se sienta murmurando un discreto saludo, y Séptima, ausente y muda; Éctor habla intentando no mirar la cifosis pectoral que el hombre encubre insuficientemente con la novela.

—No creí que vinieran.

—Por la forma en la que miraba usted al dueño del mesón, me pareció que teníamos intereses comunes. Vamos por él —abiertamente.

—Si supiera algo del hijoputa se lo diría. Es un mal bicho. A Marita... A mí me trata bien.

La sonrisa le sale y se le tuerce de inmediato. Es más joven de lo que aparenta por sus patillas, su uniforme de limpiabotas y las deformaciones que, si hubiera nacido en alguna de las épocas donde se sitúan las aventuras que lee, le habrían corregido hace mucho tiempo.

—¿Sabe de algún negocio sucio en el que esté metido? Pornografía o algo así.

—Conmigo no habla. Y sus empleados le tienen demasiado miedo para decir nada. Hasta Marita. Marita, la que más.

—¿Le visita algún amigo?

—Ése no tiene amigos... Bueno —recuerda algo y lo dice sin pensar que pueda ser de interés—. Hace tiempo iba por allí un anciano que debía de tener algo con él, porque comía de gorra en el mesón de vez en cuando. El hombre era agradable conmigo; agradable de verdad, no como se es con un perro.

—¿Cómo se llama?

—Amadeo. El señor Amadeo. Había sido director de películas. Hace tiempo que no va... Era muy mayor. Espero que no le haya pasado algo.

—¿Sabe dónde vive?

—Estaba en el asilo del Convento de la Última Infancia, en la calle de los Reyes.

Según le ha contado esta mañana Antonio Altea, Mencia Álvarez, la ex secretaria de Humberto Oyarzo, hace años que renunció a su empleo en la

universidad, dejó su casa, y se trasladó al piso de una amiga, una curandera que dice sanar a sus pacientes mediante la *imposición de manos*.

La capacidad curativa de la mujer no debe pasar por un buen momento y Éctor, que esperaba encontrarse con una sucursal de Lourdes, se tranquiliza mientras suben, sin hallar enfermos haciendo cola, la maltrecha escalera exterior que les lleva a una puerta con un cartel escrito a mano con la enmarañada letra que se practicaba en las viejas caligrafías.

—¿Buscan a Dora Rodríguez? —les pregunta, mencionando esperanzada el nombre de la cédula, una mujer de unos cincuenta años en cuanto llaman a la puerta.

—¿Es usted Mencia Álvarez?

—... sí.

—¿Podemos hablar un momento con usted?

—¿De qué? —Sorprendida.

—De su trabajo en la universidad. Será sólo un minuto.

Les hace pasar, intrigada, y cuando se acomodan en uno de los dos minúsculos cuartos sin ventilación que componen la vivienda, junto a otra mujer gorda y afable pero que no se levanta del sofá desde donde les mira, el lugar está lleno a rebosar.

—Les presento a Dora. Siento no poder ofrecerles —no hay más asientos que el sofá de dos plazas encajado en una pared, una mesa y una camilla hospitalaria con una sábana inmaculada en la de enfrente—... Ustedes dirán.

—Verá, estamos investigando las actividades de Humberto Oyarzo y de un grupo denominado Editorial Saturnia, al que pertenecía —Éctor—. Sabemos que, como secretaria de Oyarzo, realizó una serie de diligencias para ese grupo.

—Es por lo del suicidio, ¿verdad?

—¿Qué suicidio?

—Venía en el periódico de esta mañana.

—¿El qué?

—Sus alumnos encontraron ayer al señor Oyarzo ahorcado en la lámpara de su despacho del Centro de Estudios Históricos —intenta que su tono no sea muy frío, no es mala persona, pero no es veneración lo que siente por su

antiguo jefe—. Había saltado desde una pila de libros. Consiguieron descolgarle a tiempo, pero está muy grave. No creen que sobreviva.

—Espectacular —Séptima—, muy en su estilo.

Si no encontraba las películas por otra parte, Éctor pensaba volver al Centro de Estudios Históricos para presionar un poco más al catedrático, quizás a ridiculizarle delante de sus discípulos; probablemente, el profesor también temía que volviera y ha decidido eliminar el riesgo de la escena, y de paso cambiarla por otra que lo asimilara a los artistas malditos que ensalzaba ante sus alumnos.

Otra puerta cerrada.

—Ya ve que no sabíamos nada —Éctor—, pero lo que buscamos se remonta a la época en la que usted trabajaba para él.

—Yo... hace mucho tiempo de eso. Hice lo que me ordenaron.

Alarmada.

Su amiga lo nota, le tiende la mano y ambas se atrincheran en el sofá que, como todo lo demás en la casa, parece destinado exclusivamente a ellas dos.

—¿Qué sabe de las tres películas que rodaron?

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Pero sabe que existen, ¿verdad? Y que un hombre murió en una de ellas.

—Mire, esa gente es muy poderosa y yo no quiero líos.

Se sabe mirada por su compañera. Tiene el pelo gris corto, un jersey de lana, una falda con bolsillos rectos en los que introduce las manos con gesto masculino, y unos gruesos leotardos. Le cuesta ser coherente con el papel que tiene asignado en la pareja.

Éctor se acucilla para quedar a su altura y les habla a las dos.

—Perdonen mi impertinencia, pero salta a la vista que su situación económica no es... Nosotros podríamos ayudarlas.

—Dora tiene una facultad única, pero se niega a usarla para conseguir dinero —a la defensiva—. Nunca cobra nada a los enfermos; sólo les acepta la voluntad, y no siempre.

—Ya sabes que sólo canalizo una energía que tenemos todos —Dora, modesta y cariñosa.

—Podríamos recompensarla por cualquier pista que nos llevara a las películas.

—De las películas no sé nada.

—O por cualquier información de la Editorial Saturnia.

De eso sí sabe, porque se muerde el labio inferior mientras intenta resolver una regla de tres de la que sólo sabe que el miedo, la pobreza y el riesgo son los elementos que intervienen, pero no dónde colocarlos.

Dora, que tiene lo que se conoce como ojos soñadores, demuestra que, detrás de ellos, es, de las dos, la que esconde un mayor potencial resolutivo.

—Mencia... déjalo. Ya saldremos de ésta. Podemos perderlo todo. —Y a Éctor—. No insista.

Éctor se plantea seriamente insistir por otros métodos, pero la habitación es muy pequeña, las mujeres están demasiado cerca, quizás le resulten simpáticas.

Lo zanja, dura, Séptima.

—Estamos en el hotel Bizancio. Si les aprieta el hambre, ya saben.

Abre la puerta y se va.

El día está soleado pero frío, de modo que han debido de ser las prisas por vestirse o esa especie de aturdimiento en el que cae a veces lo que ha evitado que Séptima se ponga camiseta ni sostén bajo su fina camisa blanca, y ya son dos veces las que Éctor ha podido entreverle los pezones cuando se le abre la levita.

Mal asunto.

El tranvía les deja a un paso de la calle de los Reyes, y enseguida encuentran el Convento de la Última Infancia, donde el limpiabotas les ha dicho que pueden encontrar a Amadeo, el director de películas. Tal vez el director de las películas.

Siguen una larga tapia al borde del derrumbamiento y, por un portón chirriante, entran al enorme descampado que constituye la delantera del convento.

Por hoy se ha terminado la provisión de sol y seguramente, allí dentro, de

casi todo lo demás. El campo lleva años abandonado, el inmenso edificio está en ruinas, no se ve una puñetera alma.

Al acercarse a la entrada, surge de un lateral un viejo fraile empujando una carretilla que se detiene al verlos; a medida que se aproximan pueden ver que se dirigía a un pequeño rectángulo de tierra que han transformado en huerto a un lado del convento.

—A la paz de Dios, hermano —saluda Éctor, según tiene entendido que se saluda a esa gente, pero a punto de soltar una risa por su propia hipocresía.

—Buenos días.

—Queríamos hablar con una de las personas que tienen alojadas en su asilo.

—Aquí ya no quedan abuelillos. Lo siento.

Tanto el que habla, como dos frailes más que trastean con unos tubérculos irreconocibles a esa distancia, tienen edad para haberse jubilado hace cientos de años.

—¡Vaya! Quizás recuerde usted al hombre que busco, se llama Amadeo.

—Será mejor que hable con el prior —amable pero precavido—. Está trabajando en la capilla. Les acompañaré.

El anciano deja la carretilla y comienza a recorrer lentamente el perímetro del recinto en vez de llevarles por el interior, quizás para ahorrarles la visión de la decadencia que casi ha acabado con él, pero la zona de sombras que tienen que atravesar hasta llegar a la puerta exterior de la capilla no es mucho menos tétrica.

—Aquí ya sólo vivimos nosotros cuatro. ¡Con lo que esto fue!

Cada paso le resulta más fatigoso y tiene que pararse a tomar aire o que pase de largo una ráfaga de dolor por sus articulaciones.

—Si le parece, podemos seguir nosotros —Séptima.

—¿No les importa? Es todo seguido, no tiene pérdida.

A un par de minutos de camino.

Si no fuera porque falta un trozo de la bóveda, porque las paredes están parcheadas por retazos de pinturas de distintos colores con los que han intentado camuflar inscripciones que han vuelto a resurgir ya ilegibles, porque han desaparecido gran parte de los mármoles del pulpito, porque

apenas quedan rastros de las vidrieras, porque los bancos están hechos astillas, porque los espacios de los retablos están vacíos y porque las pilastras con motivos vegetales amenazan con no soportar su peso hasta final de año, la capilla merecería figurar en todos los catálogos del Madrid turístico conventual.

El prior, un sujeto de unos cincuenta años y aspecto de contable, se limpia en el hábito las manos llenas de cemento, deja la paleta en el suelo y se les acerca, sonriente, aliviado de abandonar una infructuosa tarea de rehabilitación para la que es evidente que no se había preparado.

—Muy buenas.

—Buenos días —Éctor—. Perdone que le importunemos. Nos ha dicho uno de los frailes que el asilo ya no está en funcionamiento. Queríamos visitar a alguien que estuvo en él.

—Desgraciadamente, ya no podemos alojar a nadie. Apenas podemos mantenernos nosotros. Esto se nos cae encima.

—Este lugar debía de ser impresionante.

—Lo fue, no lo dude. Pero se acabaron las ayudas y... Cualquiera día nos traslada nuestra congregación y esto se cierra para siempre —no está claro que lo lamente.

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí?

—Catorce años.

—Entonces, es posible que conociera a Amadeo, el hombre al que buscamos.

—¡Hombre, el gran Amadeo! Nuestra celebridad privada; claro que le conozco. Amadeo dirigía películas cinematográficas. Según él, vivió un tiempo en París, donde se hizo íntimo de los Lumière, y un importantísimo director americano, del que no recuerdo el nombre, le escribía pidiéndole consejo. Un personaje. Todavía nos visita de cuando en cuando.

—¿Sabe dónde vive?

—En el Pasadizo del Panecillo, en una funeraria. Entren por la trasera.

Han tenido que porfiar un buen rato con Germán para convencerle de que

se deje invitar, de que el almuerzo entra dentro de los gastos de representación.

Con el torrefacto les habla de la noche que estuvo paseando con Basilia. Ha vuelto a quedar con ella para esta tarde. No se atreve a hacerse ilusiones, pero...

Séptima le dice que su amiga es una chica estupenda, Éctor le golpea la espalda. Ambos recuerdan la última vez que la vieron con aquel individuo apestoso en un reservado del Ritz. Germán no parece percibir el tono escasamente esperanzado de los dos.

Del tascón a la mortuoria.

Como les recomendó el prior, buscan la trasera de la funeraria donde vive Amadeo a lo largo del Pasadizo del Panecillo; no hay rótulos, pero a través de una ventana que parece ahumada por lo sucia, distinguen suficientes elementos del negocio para desechar toda duda.

—No hay nadie —responde una voz de ultratumba a la llamada de Éctor —, sólo estamos nosotros.

Éctor repite la llamada y sale un octogenario feo con gruesas gafas y cara de cachondo; sobre todo, feo.

—Sí quieren que les entierren tendrán que venir más tarde; el dueño no está, y yo no sé.

—Creo que es a usted a quien queremos ver. ¿Don Amadeo?

—Para servirle.

—Nos han dado razón en el Convento. ¿Podemos hablar un momentito?

—Pasen, pasen, aquí todo el mundo es bien recibido.

Entran a una especie de pequeño taller almacén con útiles de carpintería, paños de madera, ataúdes con y sin tapa, fardos de tela y rellenos para forrarlos, y un camastro en una de las esquinas.

El cineasta se sienta en el pequeño féretro blanco que, por la vela y una revista de artistas, ya ocupaba antes de su llegada, y les señala uno de adultos para que se acomoden los tres. Tampoco se está mal allí.

—Me vine a vivir cuando cerraron el asilo. Más que nada para ir acostumbrándome a la compañía.

—Un sitio tranquilo —Germán.

—Demasiado para mi gusto, mire usted. Yo quería comprar uno de esos gramófonos, pero mi sobrino, que es el dueño, dice que no pega.

—Queríamos hablar con usted de películas —Éctor.

—Ajá, estupendo —cuando sonrío es todavía más feo—. Sigo en activo, no se preocupen.

—Acerca de unas películas que rodó —le aclara—. El *Sagrado Tríptico*.

El anciano, por hacer algo, retira la cera de la vela con la uña para conseguir algo más de luz.

—Veo menos que un carajo dentro de una caja fuerte —y a Séptima—, con perdón.

—¿Las recuerda?

—No sé si han notado que las personas que nos consideramos escasamente agraciados, solemos desarrollar defectos ópticos: es una manera de no ver la impresión que produce nuestra propia fealdad en los ojos de los demás.

—Las películas.

—Claro que las recuerdo. Pero no puedo hablarles sobre ellas. Verá usted, mis dos grandes amores han sido, toda la vida, la fotografía y el teatro. Cuando me enteré de lo del cinematógrafo, me dije, esto sí que es lo mío, porque ahí se funden las dos cosas. ¿Qué pasó? Que se inventó demasiado tarde o yo nací demasiado pronto, y ya no pude hacer carrera. Yo he estado en Francia codeándome con los Lumière, con Louis y Auguste, y, no es por nada, si no fuera por más de una aportación que hice, las películas no serían hoy lo que son; hasta el mismísimo Griffith me escribía hasta no hace mucho para pedirme consejo cuando se metía en un berenjenal técnico. Pero ¿qué productor iba a confiar en un hombre de mi edad para encomendarle un gran proyecto? Hice algunos encargos pequeños, alguno no carecía de...

—Como el de la Editorial Saturnia.

—Lo primero que me dijeron...

—... es que no debía decir usted nunca una palabra de todo aquello —completa Éctor.

—Y yo...

—... y usted no quiere meterse en líos.

—Aún me quedan muchos años por delante. No, no quiero meterme en líos.

Nadie quiere meterse en líos. Todos coinciden. Mucho miedo debían de inspirar aquellos hombres; por el poder de sus familias, o por la locura que habían demostrado.

—Piénselo —Éctor extrae un sobre del bolsillo interior de la chaqueta, le muestra los billetes que contiene y lo arroja sobre el ataúd de niño—. Yo podría hacer que esos años que le quedan fueran más agradables. Necesito esas películas o cualquier pista que me lleve a ellas. Nadie sabría nunca quién me dio la información.

Amadeo mira el sobre de reajo; ha caído encima de la revista, justamente sobre una chica con la camisa abierta y un pantalón corto muy ceñido; no está claro si la mirada libidinosa del cineasta va dirigida a la mujer o a los billetes.

—Si les contara cómo les conocí... A los saturninos —es un maestro de la evasiva—. Miren que he dado vueltas, pero en la vida me he tropezado con unos tíos así.

—Cuéntenos —Éctor sabe que no les va a decir nada relevante, pero le cuesta no dejarse enredar un poco más por la charlatanería del anciano.

—Verán, por mis malos pasos y por la incompreensión del estado hacia las nuevas artes, me veía yo forzado a procurarme el sustento en el Albergue David G. Panadero, no sé si lo conocen —todos niegan—, un pesebre inmundo con el suelo enfangado, lleno de goteras, donde unas locas que se hacen llamar viudas de militares te reparten una bazofia que no se tragaría ni una rata ciega. Lo peor. Pues bien, allí estaba yo, con la hez de la sociedad, que uno ha estado en todos sitios, guardando cola para que me dieran el rancho, cuando llegan dos automóviles negros, larguísimos y lujosísimos, y se bajan los chóferes, uniformados y con gorra de plato. Pensé que venían a repartir ropa usada de algún ricacho, pero no. Eran ellos.

Se queda en silencio, estudiándoles, horrendo y simpático, calibrando hasta qué punto ha captado su atención.

—Siga —lo anima Séptima, mucho más interesada que de costumbre.

—Vestidos de escrupulosa etiqueta, abrigos de pieles, sombreros de copa, bufandas blancas, bastones con empuñadura de plata. Imagínenselos.

Imagínense la cara de los casi cien mendigos sentados frente a sus mesas de madera, comiendo esa mierda, con perdón —a Séptima—, cuando vieron bajar de los vehículos a semejantes personajes, tomar una escudilla cada uno y ponerse en la cola a guardar su turno. Con toda naturalidad. Tan serios que nadie, ni siquiera las viudas de los militares, se atrevió a objetar ni a comentar nada. Esperaron a que les sirvieran y se sentaron entre nosotros a comer, eso sí, después de saludar discreta y respetuosamente. Un cuadro.

Es fácil visualizarlos, ridículos y solemnes; la banda sonora que sólo ellos podían oír; usándose como elementos de una representación que arremetía contra la clase social de la que habían brotado, contra toda ideología insuficiente para cambiar el estado de las cosas y contra el Dios que les había puesto allí.

—Siga —insiste Séptima, fascinada.

—Un cuadro precisamente, o mejor dicho un retrato, es lo que pretendían los saturninos, para inmortalizar el momento. Los conductores habían sacado una máquina fotográfica y estaban intentando montarla en su trípode hacía un buen rato. Yo me di cuenta de que no estaban muy duchos, así que me acerqué a ellos para echarles una mano, y al final fui yo quien tiró la fotografía. Cuando se iban, don Sixto se me acercó para darme las gracias, le conté un poco de mi currículum, y tras pensarlo un instante, me entregó una tarjeta y me pidió que lo visitara al día siguiente. Ahí empezó todo.

Los evalúa uno por uno, y considerando que su maniobra de distracción ha sido todo un éxito, coge el sobre del dinero y se lo guarda en el bolsillo de la astrosa chaqueta.

—Bien, ya sabemos el principio —Éctor—. Nos queda el resto. ¿Qué fue de las películas?

—De eso, yo no les voy a decir nada, no soy tan tonto.

—Amadeo... —le señala el bolsillo donde ha introducido el dinero.

—Pero hay alguien —cuando entrecierra los ojos tras sus gafas consigue estar aún más feo—... Francisquito. Mi operador de cámara. Es posible que él arramblara con alguna. Lo que sí tiene seguro son fotos fijas del rodaje; vive de eso, de vender esa clase de fotos. Pornográficas —a Séptima—, con perdón.

—¿Dónde podemos encontrarle?

—Lo reconocerán porque va siempre con una de esas grandísimas carpetas de cartón que usan los dibujantes para llevar las láminas. Tiene su base de operaciones en la catedral.

Todavía llegan a tiempo de oír misa de siete en la colegiata de San Isidro.

Advirtiendo la incomodidad de Germán, Éctor le propone que los espere en la puerta; el violinista se lo agradece con la cabeza, murmura algo sobre tantos años en una orquesta pastoral, se mira los zapatos.

Penumbra.

Dejar fuera a Germán, en el que presupone cierta inocencia, y respirar el aire rancio y enlutado del templo, buscando lo que busca, deja en Éctor la sensación de estar atravesando el borde que le lleva hacia un seno perverso e irreversible.

Recorren despacio el brazo central de la cruz que da forma a la nave, deteniéndose a la altura de cada una de las capillas laterales, al acecho de alguien con una carpeta de dibujante. Desde la creación de la diócesis de Madrid Alcalá en 1885, y mientras se concluía la catedral de la Almudena, la colegiata se había convertido en la catedral provisional de la ciudad; al ritmo que marchaban las obras de la Almudena, podían darle los años treinta, o los noventa, antes de que fuera bendecida como tal.

No hay muchos feligreses, algunos contornos oscurecidos sin rostro.

De algún sitio, desde abajo, surgen las notas de un órgano de viento, pero también puede ser parte de un espejismo que no termina de materializarse.

En una capilla a la derecha, un sacerdote dice la misa para diez o doce figuras apenas esbozadas, y en la de enfrente, solitario, ven a un individuo con una carpeta de dibujante apoyada en el reclinatorio.

Se acercan a él, Séptima a través de la bancada, y Éctor dando un rodeo para sentarse a su otro lado.

Francisquito, hasta la camisa de negro, parece el hermano mayor del cineasta. Les acoge con una sonrisa; aquél es su centro de negocios, está acostumbrado a recibir visitas allí.

—Venimos de parte de Amadeo —Éctor—; nos ha dicho que a lo mejor podría ayudarnos.

—Seguro que puedo. Trabajo todos los géneros —toca la carpeta—. ¿Qué les gusta? —Dirige una mirada casual a Séptima y luego otra mucho más atenta—. Perdone, ¿es posible que la haya visto antes?

—Dicen que tengo toda la cara de la virgen —señala una talla en la pared—. Ha elegido usted un buen sitio para montar la oficina —cambiando de tema.

—¡Y que lo diga! Tranquilo, a resguardo en invierno, fresco en verano —toma la carpeta y la abre para ilustrar sus palabras—, con espacio de sobra para recibir a la clientela, lejos de los guindillas...

En la primera página se pueden ver cuatro fotografías que son una secuencia cuyo desenlace es que una mujer se folla con los dedos por detrás a un hombre y con la boca a otro.

Un religioso se acerca con un cirio y Éctor golpea con el codo a Francisquito para avisarle.

—No se preocupe —sonríe éste.

El del hábito utiliza su cirio para encender dos velas en el altar y vuelve a salir de la capilla como si no hubiera nadie dentro.

—Lo que buscamos no son fotos —Éctor—, sino películas. Concretamente las que rodó usted junto a Amadeo para un grupo llamado Editorial Saturnia.

—¡Ojalá me hubiera hecho una copia! Habría conseguido por ella lo que hubiera pedido.

El órgano resuena con más fuerza, la voz del sacerdote la complementa, monocorde y grave, las velas no han disuelto las tinieblas, sólo las han enturbiado. Y, además, incienso.

Éctor mira fijamente las fotos en la carpeta abierta sobre las piernas del operador, no mira a Séptima, pero es a ella a quien ve.

Los sonidos forman un único sonido, las luces una sola luz.

—¿Sabe dónde podríamos encontrar alguna de las cintas? Le pagaríamos bien —obligándose a hablar.

—Ojalá, ya le digo. Ni idea.

—¿Mantiene usted alguna relación con el grupo?

—Ninguna. Yo estaba allí pero como si no estuviera. Ellos iban a lo suyo y yo hacía lo que me mandaba don Amadeo. Terminamos el trabajo y se acabó. Lo malo es que fue también mi último trabajo, había gente más joven y mejor preparada. En fin, que tuve que cambiar de negocio para no morirme de hambre. Doña Casilda quiso echarme una mano, pero eso no era lo mío.

—¿Casilda?

—Casilda, la única mujer del grupo. Me la encontré hace uno o dos años. Ha cambiado mucho, como de la noche al día. Se ha convertido al anarquismo, está muy metida en política. Fui a un par de reuniones, me dieron de comer y todo, pero aquello es más peligroso que esto, si te pillan, y más aburrido; éstos tienen más normas que los curas.

—¿Dónde se reúnen?

—Usted no es policía —se dice, y se confirma—, no, no es policía. En el almacén del café Setecientos —vuelve a lo suyo—. Lo que sí puedo ofrecerle son algunas fotografías que me quedan de los rodajes.

—Enséñemelas.

Cierra el álbum y vuelve a abrirlo por el final. Cuenta tres páginas y empieza por la antepenúltima.

Las emanaciones del incienso son casi visibles.

Las llamas de las velas nublan mucho más que la atmósfera viciada.

El sonido del órgano es como el silbido bronquítico del viejo edificio.

Son fotos en un gris desvaído, rugoso, sucio, que difumina cualquier detalle hasta el punto de hacer pensar que, si siguen algún tiempo más en aquella carpeta, terminarán desapareciendo.

Un hombre le succiona un pezón invisible al niño del taparrabos, el pelo rapado y la cara casi sin rostro, mientras su mano se pierde bajo sus piernas. Dos hombres se disputan los testículos de un tercero que se ríe a carcajadas o grita o exhala o finge. Una mujer mira concentradamente el crucifijo que se ha introducido entre las piernas...

También Séptima mira como hipnotizada las imágenes, compartiendo el trance de Éctor. La página pasa lentamente, como obedeciendo el sortilegio del sacerdote que continúa declamando al fondo, muy al fondo.

... Un hombre masturba a otro entre las páginas de lo que parece una biblia. El mismo, enmarcado entre dos pilastras con motivos vegetales, se levanta la túnica para que el niño del taparrabos le chupe, desde su espalda. Una mujer desnuda arrodillada sobre un hombre crucificado, y sabemos que muerto, le...

Dos pilastras con motivos vegetales.

Los catorce años que el prior lleva en su puesto.

Éctor se pone bruscamente en pie para romper el ensimismamiento, está a punto de tirar al suelo la carpeta del operador cuando pasa ante él y levanta a Séptima de un brazo. Van camino de la salida cuando escuchan las protestas del anciano por no haberle comprado ninguna fotografía.

Fuera ya es de noche.

El aire está helado y limpio, pero no logra desintoxicarles.

Germán les espera, nervioso.

—Estaba a punto de marcharme. Lo siento pero he quedado con Basilia, y no quisiera...

—Su orquesta depende del arzobispado, ¿verdad? —Éctor.

—Sí.

—¿Sigue teniendo usted contactos allí?

—Sí, bueno, algunos conocidos tengo.

—Necesitamos todos los informes posibles sobre el Convento de la Última Infancia. A quién pertenece, todo —le anima con una palmada en el brazo—. Creo que ya sé dónde se rodaron las películas.

Es pronto para cenar y tarde para proseguir con la investigación; Éctor y Séptima entran silenciosos en el ascensor del hotel Bizancio. Se estiran los segundos que tardan en subir a la primera planta. Siguen tan envenenados por las imágenes y el ambiente como cuando estaban en la catedral.

La mujer da un paso para salir al pasillo y se queda allí, de espaldas.

En el que da él se pierde.

Luces frías, colores fríos. El piso condenado es como un mundo entre dos mundos, un lugar o un estado donde las almas satisfacen las penas no

cumplidas para preparar el tránsito a la eternidad de dolor que les aguarda.

El se desnuda porque ella se desnuda.

—Métemela.

No tienen frío a pesar del frío cuando son un borrón en el suelo, allí mismo, al lado del ascensor. No hay luces pero se impresiona una especie de luz blanquecina que les permite ver el horror que les rodea, reptiles, insectos y roedores que les pasan por encima, niños con el rostro desfigurado, viejas en cueros sin cabeza, hombres que se hunden las uñas en la carne.

Nuncy muerta sobre una mesa, Lucio llorando, su primo Luis colgándose lento de una viga en el penal...

Séptima sobrelleva mejor los repulsivos espectros que caminan, gritando, continuamente a su lado.

Por la mañana, por profundas que sean las pasadas con la navaja de afeitar, no consigue eliminar la oscuridad de su rostro; tiene un arañazo en la frente; ha perdido su única corbata en el primer piso y no va a recuperarla; no le importa mucho su aspecto, pero es consciente de que refleja el descenso, ese hundimiento que ojalá se haya completado ya.

En el restaurante lo esperan Séptima, serena y de buen humor, y Germán, un hombre nuevo, eufórico tras su cita de ayer con Basilia. Otra vez empezamos mal.

Por el camino, el violinista les cuenta que ha averiguado en el arzobispado que el convento era, y técnicamente aún es, propiedad del vizconde de Yerena, el tío de Séptima; su familia lo fundó hacía ya tres siglos, y, aunque compartía una especie de mancomunidad con la iglesia, siempre conservó sus prebendas sobre él.

El portón del Convento de la Última Infancia sigue entreabierto. El día está encapotado y para atravesar el descampado que lo circunda deben sumergirse en la niebla amarillenta que, si bien Éctor teme por un momento que sea sólo una alucinación privada recurrente, les viene muy bien para no ser descubiertos por los frailes.

La capilla está vacía.

Se detienen ante las mismas pilastras decoradas con tallos, flores y frutos que vieron en la fotografía. Éctor recoge del suelo una espátula y rasca unos toscos brochazos que apenas esconden una inscripción compuesta por letras mayúsculas. *EN LA NOMO DE LA PATRO KAJ LA FILO KAJ LA SPIRITO SANKTA. AMEN.*

Se están dejando llevar por la evocación de los saturninos improvisando sus artísticas aberraciones en aquel lugar santificado cuando llega el prior.

—¿Qué es lo que quieren?

—¿Esperanto? —pregunta Éctor señalando la pintada.

—No lo sé.

—Claro que lo sabe. Ustedes permitieron que se rodaran aquí, ¿verdad? Las películas.

—No sé de qué me habla.

—Claro que lo sabe. Me dijo que vino hace catorce años, seguramente lo trasladaron cuando estalló el escándalo, para poner esto en orden, para ocultar los rastros. No me diga que no lo sabe.

—Tengo que pedirles que se marchen.

Germán se interpone. Los últimos días lo han sacado de su letargo, le han aportado una energía que contrasta con su delgadez, su traje demasiado fino y su verdadero carácter. Aferra al religioso por el cuello.

—¡Usted va a decirnos todo lo que sabe! ¿Se entera? ¡Mi hermano murió mientras se hacían esas asquerosas películas en su iglesia!

Lo empuja y un traspies da con el prior contra una de las columnas.

—Yo no estaba aquí entonces, ya lo saben —se le saltan las lágrimas, también en la voz—. Yo he intentado... Pero...

—¿Quién dirigía esto?

—Fray Marcelo. El antiguo prior. Debió de volverse loco para consentir que tuvieran lugar esas prácticas demenciales. En suelo sagrado.

—¿Dónde está?

—...

—Que dónde está —Germán, amenazante.

—Cuando se descubrió todo, sufrió la privación activa y pasiva de los sacramentos —les observa, ansioso, pero comprueba que nos basta con la

pena que se le impuso a su antecesor.

—¿Le gustaría que volviera a sacar a relucir todo este asunto? —Éctor.

Lo piensa un poco y al final saca el cabo de un lápiz y un trozo de papel del bolsillo de su viejo hábito; escribe algo y se lo entrega a Germán, que sigue junto a él con los puños cerrados.

Debe pedirles compasión para aquel hombre desquiciado y explicarles que la orden a la que pertenece no tuvo nada que ver con todo aquello, aunque cuando consigue dar forma a sus palabras los visitantes ya no están allí.

A lo mejor se hace ingeniero o se mete en los negocios de su padre o las dos cosas; de hecho ya lo ayuda a veces, pasando listas a limpio y preparando esas cartulinas negras con las que cita a los clientes. Su madre murió en el parto, pero él dice que la recuerda en las pocas ocasiones que hablan de ella; se ha criado solo con su padre; probablemente de ahí, y de los kilos de más que le estorban para el deporte y algunos juegos, le vengan los modos formales y responsables, su gusto por el estudio y por salir poco de casa.

Merchi, la criada, le ha dicho al llegar del colegio que su padre no vendrá para el almuerzo y que tienen lentejas con morcilla y acedías, dentro de cinco minutos. Tiempo más que suficiente para quitarse la corbata rayada y sacar de debajo de la cama el mecano que dejó a medio montar por la mañana. Le gusta llamarse como su padre, ser otro Pascal, parecersele, saber que algún día será como él, pero nada más tiene trece años y ninguna prisa.

El golpetazo del plato o el cacharro que se rompe en la cocina le lleva a mirar el reloj de pared y a recordar el hambre que trae. No perdona las lentejas, así que deja el mecano donde estaba, y se va corriendo a por ellas.

No importa que las ventanas estén abiertas de par en par; los hombres que llenan la cocina no permiten que entre la luz y han cambiado el aire por aquel olor denso y repugnante que le llega a la garganta.

Los esportilleros lo miran desde arriba.

No sabe cuál es el que le ha puesto la navaja en el cuello.

Son tantos...

No sabe cuál es el que se le acerca y le mete la lengua en la oreja.

Mirando a menudo la nota que le ha dado el fraile, es Germán, con su ímpetu recién recuperado, el que los guía por la maraña de pasajes, recovecos y escaleras en los que se estructura caóticamente aquel edificio semiabandonado. Un tramo de escalones desemboca en un pasillo suspendido que enlaza con otra escalera que baja y muere en la zona más oscura de la construcción.

Germán llama a una puerta pringosa y húmeda; no responden aunque se escucha algo en el interior. Éctor lo aparta, y abre de un ligero empujón.

Se pregunta cuántos distritos más tendrá el infierno que recorre.

Un solo cuarto sin ventanas con mugre de muchos años, un viejo cubierto por sus propios desperdicios, una capa, viva y cambiante, de cucarachas que llenan el suelo y parte de las paredes.

Llegué a pensar, después de que tuviéramos que abandonar uno de los puestos avanzados próximos a Annual por un brote de peste bubónica, que mis auténticos enemigos no eran los políticos y militares españoles que nos habían llevado a aquella matanza y a los que odiaba con todas mis fuerzas, ni las harakas de Abdelkrim que nos hostigaban desesperadamente, ni los «pacos», francotiradores rifeños que tantos camaradas abatieron, ni el alfanje de soldados enloquecidos de hach que saltaban la alambrada de noche para partirnos por la mitad, sino las ratas, que, a millares, estaban en todos los sitios en todo momento.

Hay dos palabras escritas con un trozo de carbón que se repiten una y otra vez por las paredes:

NENIA DIO.

El hombre de la melena y la larga barba inmunda, que recorta una hoja de periódico con unas largas tijeras oxidadas mientras musita una especie de cántico, indiferente a las legiones de cucarachas de distintas razas, tamaños y

colores que se pasean al lado o por encima de él, mira con curiosidad a los visitantes y se levanta del rincón donde estaba sentado; no deja de cantar ni de recortar; aunque los mira, no es probable que tenga una noción clara de lo que ocurre a su alrededor.

—¿Fray Marcelo? —Germán.

—...

—Venimos del Convento de la Última Infancia. Sabemos lo que sucedió allí mientras fue usted su prior. Lo de las películas. Queremos que nos cuente cada detalle.

—...

La mujer ha cerrado la puerta con el pie y el olor se les ha echado encima, como una putrefacta manta mojada. Éctor no deja de mirar el techo, territorio también de las cucarachas, temiendo que alguna le caiga encima.

Aquel viejo está loco y no va a decirles nada.

Pero el violinista, a quien tan buen resultado dio agarrar por el cuello al otro prior, quiere repetir la maniobra.

—¡Vas a decirme lo que yo te pregunte! —acercándose a él, lo aferra y lo empuja con su cuerpo.

Fray Marcelo interrumpe su cántico y comienza a llorar en el mismo tono.

Germán gira muy despacio para mostrar las tijeras clavadas en el cuello.

Con las penúltimas fuerzas se da un tirón, mientras Éctor le grita que no se las quite, y logra arrancarse las tijeras para que un potente chorro de sangre surja a borbotones de su carótida.

Se desploma; Éctor se quita el gabán y, sentándose sobre él, presiona la herida con la tela; cuando se le resbala, con las manos; no puede controlar la hemorragia arterial que se le escapa entre los dedos, formando inmediatamente un charco alrededor. El viejo sigue llorando. Séptima, congelada. Las últimas energías de Germán no son nada, son dos recuerdos para una chica pelirroja a la que dejó para que se desangrara, como él, en un precioso Bugatti verde, y para Basilia, para Basilia. El viejo sigue llorando.

NENIA DIO.

Jacinto Ortega y Jacinto Ortega

La noche en que decidió hacerlo sin que a él mismo se le hubiera revelado aún que en alguna parte de su cerebro había cuajado la resolución que acarrearía tantas muertes y alguna vida, se le detuvo con el capó humeando, contra toda previsión, ya que las temperaturas eran bajas y más allí dentro, el Ford 1926 en el centro de uno de los túneles que introducía la carretera dentro de las montañas.

Salió del coche, vertió el agua del bidón en el radiador, y se dispuso a esperar a que se enfriara el motor, confiando en que fuera ésa la causa de la avería; el niño recuperaba y perdía su sueño habitualmente inquieto en la trasera del vehículo, a él se le cerraban los ojos, no pasaba un alma por allí. De vez en cuando escuchaba el grito estúpido de unas gaviotas, pero eso no era posible.

Venían de la sierra, siguiendo las órdenes del especialista, pero desde que habían llegado a la granja donde había alquilado unas habitaciones, Jacintito no había hecho más que empeorar; la tos no le dejaba vivir, el aire apenas le daba para respirar con tranquilidad un par de horas al día, los esputos de sangre ya ni siquiera le alarmaban. A la semana, desistió y le comunicó al granjero que se volvía a Madrid, donde al menos tendría cerca el hospital si se producía una crisis. El montañés, un hombre silencioso poco más o menos de su edad, lo miró con una pena que se aproximaba mucho, muchísimo, a la comprensión; se sentó a su lado; le dijo que no se lo pensaba decir, porque se jugaba la vida, pero que al final iba a decírselo; le preguntó que si había visto

a su hija, una chica de unos veinte años, y Jacinto le respondió que claro; le preguntó que si le parecía que estaba hecha una rosa, y Jacinto le respondió que claro; bien, allí estaba la prueba; él sabía la forma de curar la tisis del pequeño Jacintito; los niños debían tener unos nueve o diez años, antes del desarrollo; deberían estar vivos cuando les sacara la sangre; en unas cuantas tomas, Jacintito se curaría; eso era seguro.

El ruido y las luces lo sacaron del duermevela en el que estaba cayendo, la oscuridad solidificada del interior del túnel se estaba convirtiendo en su nuevo mundo; podían pasar horas antes de que otro automóvil pasara por allí para socorrerles y Jacinto se puso a agitar los brazos ante el ruido y las luces, que crecieron rápidamente, se convirtieron en un camión cargado de madera, y pasaron de largo sin parar.

En la fachada de la venta se leía claramente: TENEMOS HABITACIONES. El coche había arrancado por fin, pero tras la parada, el viaje se había convertido en una lucha continua contra una poderosa fuerza interior que se empeñaba en engañarle sobre si seguía despierto o dormido. A la tercera curva en la que estuvo a punto de salirse de la carretera, resolvió que pasaría el resto de la noche en cualquier sitio.

No llevaría dormido ni dos horas cuando le despertó un ruido en la entrada; el chiquillo boqueaba en la cama de al lado. Se levantó y, a la luz de una cerilla, pudo ver que habían introducido un fragmento romboidal de cristal color malva bajo la puerta; plano y algo mellado en los bordes, como si lo hubieran extraído del vitral de una catedral. Era imposible que estuviera allí cuando llegaron, lo hubieran visto o pisado. Abrió la puerta y no había nadie por el pasillo. Volvía a tener la idea absurda, a tantos kilómetros del mar, de que eran gaviotas lo que escuchaba sobrevolando la venta. No volvió a pegar ojo en lo que quedaba de noche.

El niño no dejaba de quejarse; no estaba seguro de si se asfixiaba o atravesaba por una pesadilla. Con la luminosidad del amanecer pudo ver el mismo camión cargado de madera que pasó a su lado en el túnel, aparcado junto a su ventana; tenía que haber llegado mucho antes que ellos, pero no

estaba allí la noche anterior. Intentó despertar a su hijo con toda suavidad, pero debió de sacarlo de algún sitio muy profundo, porque casi se ahoga durante el retorno a este lado; mientras lo calmaba, el crío le dijo que *había tenido un sueño en el que tenía la cara de otros niños*. Las gaviotas seguían por allí cuando se calló, y también la voz grave y fiable del montañés.

15

Pascal

*«He engullido un estupendo trago de veneno. —
¡Sea tres veces bendito el consejo que me ha
llegado!— Las entrañas me arden. La violencia del
veneno retuerce mis miembros, me vuelve deforme,
me abate. Muero de sed, me ahogo, no puedo gritar.
¡Es el infierno, el castigo eterno! ¡Ved cómo el fuego
vuelve a levantarse! Ardo como es debido. ¡Vamos
demonio!»*

Rimbaud, *Noche del infierno*

Dicen que algún día todo el mundo tendrá un teléfono en su casa. Durante unos meses, en la guerra, fue asignado a comunicaciones; los continuos cortes en primera línea le hacían depender del heliógrafo como único medio de contacto; recuerda aquellos destellos, las horas muertas intentado traspasar el horizonte, aguardando las señales que, más que de otro lugar, parecían llegar de una dimensión distinta. No sabe ya cuántos telegramas sin respuesta le ha enviado a Nuncy.

A unos metros de Correos, Éctor se detiene a liar un cigarro, la mano poco firme; aquella guerra nunca ha dejado de volverle, esté donde esté, haga lo que haga.

El día anterior, al regresar al hotel, intentó limpiar con agua infructuosamente la sangre que había empapado el gabán, la sangre de Germán, que se quedó tirado para siempre en un agujero de cucarachas como

suntuoso mausoleo. Sin corbata, con la camisa sucia y el gabán cubierto por cercos parduscos, cada vez parece más por fuera a como se está volviendo por dentro.

Séptima y él han pasado casi toda la noche en el restaurante vacío del hotel, dedicándole una especie de velatorio a distancia al violinista. Al principio, sin palabras; y en algún momento, seguro que para atenuar las otras voces que se les hacían cada vez más presentes, no recuerda a causa de qué desencadenante, Éctor empezó a hablar de la guerra, de un tirón, de los últimos días en Igueriben.

El 13 de junio de 1921 todos sabíamos en la posición, que las partidas de guerreros nativos, las harkas, estaban a punto de lanzar un ataque imparable contra nosotros. Mi primo Luis, que tenía el grado de teniente, un capitán y yo, alférez de complemento, no estábamos dispuestos a dejar que el demente general Silvestre, que ni siquiera había comunicado al mando las últimas derrotas, ya que actuaba directamente bajo el mando del rey, nos llevara a la muerte. Hablamos con nuestro comandante y nos amenazó con el paredón. El desastre era cuestión de días. Desertamos. No sé si sabes lo que pasó allí: trescientos cincuenta y cinco hombres bajo el fuego continuo; la falta de agua les obligó a beberse la tinta y su propia orina endulzada con azúcar; de los trescientos cincuenta y cinco, quedaron once, la mayoría de los cuales murió al llegar a Annual, de agotamiento y de un atracón de agua. Nosotros alcanzamos Melilla y desde allí logramos pasar a la península. En Tarifa nos paró la policía militar, nos resistimos, yo fui herido inmediatamente, el capitán que nos acompañaba murió, y mi primo fue apresado tras abatir a uno de los soldados; aún está en el Penal Militar del monte Hacho, en Ceuta. Yo cumplí allí tres años de condena cuando me dieron de alta del hospital, y salí en 1924, inhabilitado para la enseñanza y para cualquier empleo público.

... cuando fui movilizado, mi familia... las clases de historia, bueno, era un colegio privado, pero... nací en 1898...

Pascal le espera con la puerta del piso de Serrano abierta de par en par, y la del salón, y la de su despacho. No hay nadie más en la casa que el subastador sentado ante su escritorio, observando atentamente un revólver y un maletín lleno de billetes.

Dando la vuelta a una silla, tal como hizo el otro durante la subasta del gigante, Éctor se sienta frente a él, apoya los codos en el respaldo y señala el dinero.

—No es eso lo que buscamos.

—Ya —sin levantar la mirada.

—Antes de nada, quiero que sepa que su hijo está perfectamente —aunque no ha llegado a verlo, de su custodia se encarga Piancastelli.

—...

—Sabe lo que queremos, ¿verdad?

—¿Cuándo?

—Mañana, a la una en punto del mediodía, en la estación del metropolitano de la Puerta del Sol, la línea número dos, Sol-Ventas. Esperará a que llegue el tren, y en el momento en que llegue yo me acercaré a usted para entregarle al chico y recoger la película; a continuación usted subirá al tren con su hijo y se marcharán.

El hombre asiente sin elevar los ojos; ha recogido todo el miedo y todo el odio y se los ha guardado en lo más hondo; teme traicionarse si mira de frente a su enemigo.

—Puede estar tranquilo, al niño no va a ocurrirle absolutamente nada.

Con los ojos cargados por las pocas horas de sueño, y el silencio de Pascal al recibir las instrucciones para recuperar a su hijo resonándole en algún escondrijo de su cabeza, Éctor ha recorrido el camino de vuelta al hotel Bizancio para recoger a Séptima, que no sabe nada del secuestro, con la sensación de que se está acercando al final de algo y diciéndose que esas sensaciones sólo las tienen los personajes de las malas novelas.

Las encuentra ante la puerta del hotel, indecisas todavía sobre si entrar. Mencia Alvarez, la secretaria de Oyarzo, y su compañera se han arreglado todo lo que les permite su pobreza, muy formales y serias, parecen una parodia de un matrimonio de clase media baja poco acostumbrado a salir de casa.

—¿Se han decidido? —Éctor, sobresaltándolas.

—A ver —responde Mencia, las manos en los bolsillos horizontales de su falda.

—Acompañenme dentro, por favor.

Las conduce directamente al restaurante del hotel, ordena cafés para todos al camarero cuando pasan junto a la barra y se sientan en la mesa de Séptima, que le esperaba fumando.

No se saludan, nada de formalidades. El camarero les proporciona tazas, cucharillas y terrones de azúcar con los que rellenar el lapso y, en su momento, es Éctor el que debe abrir materia con la única llave posible; le entrega a Mencia el sobre con dinero que lleva encima para estos casos, y la secretaria, sin abrirlo, se lo da a su mujer para que lo guarde en el bolso; ella no lleva.

—Ya le dije que no queremos comprometerla. Buscamos las películas que rodaron los miembros de la Editorial Saturnia. Nada más.

—Apenas sé nada de ellas, le dije la verdad.

—Díganos lo que sepa.

—Les oí mencionar el proyecto, muy ilusionados, decían que nunca se había hecho nada parecido, pero como hablaban del libro o de fundar un museo secreto sólo para iniciados; iban de una cosa a otra, se cansaban, volvían a retomarla con todo entusiasmo. Ya sabe cómo eran.

—No, no sé cómo eran —Éctor—. Llevo semanas hablando con gente que les conoció y no termino de *verlos*.

—Porque no es fácil, porque no se parecían a nadie —se inclina sobre la mesa, no disimula su admiración—. Estaba un poco encandilada por ellos, no conocía a Dora en esa época —la otra le toma la mano, comprensiva—. Yo sí puedo verlos aún. No iban a la moda, pero eran tan elegantes, tan... selectos... llegaban a cualquier sitio y todos se quedaban mirándolos,

llevaban consigo su propio mundo, siempre recuperándose de una juerga y planeando la siguiente, hablando en esperanto, citando a poetas y filósofos de todos los tiempos, riéndose de todos y sobre todo, de ellos mismos. Te entraban ganas de formar parte de aquello y al mismo tiempo sabías que no te encontrabas a su altura ni estabas dispuesta a pagar el precio que ellos terminarían pagando.

Séptima mira hacia otro lado, no quiere que los demás sepan que está compartiendo la evocación.

A Éctor le toca concretar.

—De las tres películas que se filmaron, una fue robada de casa de Sixto y otra está en poder de Pascal. ¿Se le ocurre dónde puede estar la tercera?

—¿Pascal? —Frunce los labios, extrañada—. Nunca me pareció un nostálgico, no sé. Coleccionaban todo tipo de cosas, en casa de Sixto, en el despacho de Humberto, en el piso de Rimbaud. Todo desapareció cuando acabaron con aquello.

—¿Quién acabó con la Editorial Saturnia? —Éctor.

—Es curioso, ellos nunca se llamaban así a sí mismos. Nunca se etiquetaron. Eso lo hemos hecho los demás.

—Conteste a mi pregunta —la mujer le cae bien; no puede permitirse concesiones.

Se terminaron los buenos recuerdos. Mencía con expresión seria, y preocupada y temerosa; Dora aún más. Pero ya han cobrado a cambio del peligro que deberán correr a partir de ahora.

Baja la voz.

—Orestes Pérez Oviedo.

—¿Qué interés podía tener un viejo profesor de esperanto en poner fin a algo así? —Éctor.

—Pérez Oviedo es mucho más que un profesor de esperanto. Desempeñó un papel importantísimo durante la Regencia, y es uno de los hombres de confianza de Doña María Cristina, la Reina Madre. Colocó a su hermano, el general Rafael Pérez Oviedo, como comandante de alabarderos y ayudante de campo del Jefe del Cuarto del Rey... Orestes es uno de los hombres más influyentes de este país; hay quien dice que es él el que verdaderamente

manda en el Palacio Real.

—¿Y qué tenía que ver con los saturninos?

—Fue preceptor de Sixto, como lo fue del propio Alfonso XIII. Y de alguna manera, siempre se ha encargado de resolver las consecuencias de sus calaveradas. Yo estaba en casa de Rimbaud, había ido a llevarles unas pruebas del *Ruinas sin nombre*, cuando llegó Sixto y les comunicó que Pérez Oviedo había estado hablando con él; no se me olvida el aire que el vizconde traía aquella tarde, como el que describe, divertido, los detalles de su propio funeral.

—¿Cree que Orestes Pérez Oviedo puede tener las películas?

—No. Unos hombres estuvieron en mi casa preguntándome por ellas hace años, yo vivía en casa de mis padres; me dijeron que venían de su parte; me amenazaron.

Fin.

Antonia Altea, ancha, atareada y adusta, entra en el restaurante acompañada del recepcionista que intenta alcanzar su paso mientras le enseña un grueso libro de contabilidad. Va a sentarse en la primera mesa, como hace habitualmente, pero algo en el grupo de Séptima llama su atención y lo hace en otra más cercana.

Éctor piensa unos segundos; está a punto de decirles que no se han ganado la paga, pero recuerda que el dinero no es suyo y aquella gente, al borde de tanto precipicio, le cae bien. A falta de cualquier otra pregunta útil, saca del bolsillo la foto de los saturninos vestidos de músicos y la deja sobre la mesa.

—¿Quién es la figura que está de espaldas?

La secretaria se muerde los labios y responde Dora.

—Mencia ha venido poniéndose en peligro, en contra de mi consejo, porque nos aprieta el hambre como dijo ella —apunta a Séptima—, pero no ha venido a suicidarse, no le pida más. Además, si lleva usted investigando este asunto algún tiempo, estoy segura de que ya sabe de sobra su identidad.

Aunque están hablando de ella, la secretaria mira hacia otro lado, fijamente, desentendida de ellos; Éctor sigue la dirección de su mirada hasta llegar a los ojos astutos de Antonia.

Mencia se pone en pie, sin soltar la mano de su amiga, casi no murmura una excusa y la arrastra al pasillo.

Éctor no intenta detenerlas.

Antonia sonríe.

Plantado junto a Séptima ante la puerta, no sabe qué espera allí ni qué le hubiera dicho a Orestes Pérez Oviedo si la academia de esperanto no estuviera cerrada, pero era una visita que debían hacer.

Busca algo en la mujer, pero la nota cada vez más perdida, se ha dicho un millón de veces que no debe presionarla y tampoco así ha conseguido nada.

—No me dirás que no habías oído hablar de Pérez Oviedo o que él no había oído hablar de ti, la entrevista que mantuvimos fue una pantomima. Me pregunto si hay algo de todo esto que no sepas. No sé qué haces conmigo.

—Yo no te busqué —el tono muy bajo no parece defensivo—. Es verdad que hay mucho que no puedo decirte. También es verdad que los recuerdos, por suerte, me fallan. Cuando quieras nos separamos.

Mediodía en la calle de Postas, Madrid pasa junto a ellos, los aparta a un lado, les mira a la cara e inmediatamente les da la espalda. No estarían más solos si siguieran caminos distintos.

De la custodia del niño no se encarga Piancastelli, sino Vidal y los esportilleros.

Han debido de ser las corrientes de aquel maldito piso de Peñuelas, porque siente la cadera como si fuera una pieza no articulada que amenaza con quebrarse al menor movimiento; el reuma era cosa de sus mayores y ahora tiene que aceptarse como el mayor de casi todos; no quiere salir, sólo quedarse sentado en aquella mesa camilla, hasta el día siguiente, cuando deberá recoger al pequeño Pascal para canjearlo por la película. Ya no está *Meyrink* para azuzarle. Hace un esfuerzo, se levanta, se pone el abrigo para salir. Vuelve a sentarse.

Les cuesta encontrar el café Setecientos, por donde, según el operador,

suele caer Casilda, la única mujer de la Editorial Saturnia; y cuando lo hacen, en una callejuela desierta que desemboca en el Manzanares, ya está anocheciendo. Éctor comprueba la pistola, prefería haber llegado más temprano; las células anarquistas son ilegales y lo lógico es esperar que reciban de malas maneras a cualquiera que llegue haciendo preguntas.

El único camarero, un viejo de cemento, les recibe en silencio desde detrás de la barra. A excepción de una mesa ocupada por cuatro hombres, no hay nadie más.

—Venimos buscando a una amiga. Casilda. Nos han dicho que para aquí —sin preámbulos.

Uno de los hombres de la mesa, el que les da la espalda, se pone en pie.

Se da la vuelta y se les acerca. De unos cuarenta como el resto de los saturninos, guapa a pesar de las ojeras y los ángulos, de la gorra de visera y el chaquetón lobo marino.

—Os esperaba. Venid.

Los lleva a una mesa en lo más recóndito. Sólo viste como un hombre; no se mueve, ni habla ni gesticula como tal.

—Habéis tenido suerte de que estuviera aquí. Los compañeros hubieran reaccionado de cualquier forma si alguien pregunta por mí. Tenemos que estar alerta. Se nos persigue como si fuéramos alimañas. —Con un cuarto de sonrisa—. La dictadura no admite más representación de los trabajadores que esas farsas constituidas por patronos y traidores que llaman *Comités Paritarios*.

—Puedes estar tranquila, no vamos a hablarle a nadie de ti —Séptima—. Sólo buscamos las películas. El *Sagrado Tríptico*.

—El *Sagrado Tríptico*. Mira que éramos pretenciosos —abriendo la sonrisa—. La pequeña Séptima... —afectuosa.

Séptima siempre se muestra reservada cuando la reconocen o se reconoce en alguno de ellos.

—¿Sabe dónde pueden estar? —Éctor—. En realidad, si todo va bien, sólo nos falta una, *François*.

Tan indiferente es su expresión que no necesita cometer la redundancia de responder.

—La mayoría de ellos os dirá que todo eso pertenece a otra vida, ya olvidada —saca del bolsillo picadura y librillo, les ofrece—. Yo no puedo olvidar lo que hice ni de dónde vengo. Ni los secretos que guardo. Por mucho que ahora me juegue la vida por defender a la clase trabajadora, no soy más que lo que fui —amarga—, aunque lo único que conservo de esa época está aquí dentro —tocándose la cabeza—. No tengo nada más.

Casilda siempre se apresura a exponer su procedencia de la clase social que ahora pretende abolir antes de que nadie le reproche su doble condición, aunque la maniobra no parece resolver sus contradicciones.

—Me he preguntado más de una vez cómo llegó una mujer a formar parte de un grupo así —Éctor.

—Jamás me rechazaron por ser mujer —orgullosa de ellos—. Jamás. Juan, lo conocéis como Rimbaud, y yo, éramos compañeros de curso en la Facultad de Filosofía y Letras; yo estaba por libre, fui una de las primeras mujeres en matricularse, pero asistía a algunas clases. Juan, Rimbaud, era el hombre más guapo, más brillante y más loco que había conocido en mi vida.

Se ha debido de producir un incremento del voltaje en algún lugar de su interior porque, al mencionar al hombre, la luz que aclara sus ojos les deslumbra por unos momentos; ninguno de los dos está muy acostumbrado a encontrar aquella forma de devoción en las personas a las que entrevistan.

—La palabra brillante está de moda, se le aplica a cualquiera, pero él lo era de verdad. Llegaba borracho a mitad de la clase, justo cuando el catedrático acababa de pedir un voluntario para exponer un tema explicado días antes, y él se levantaba de su asiento, completamente decidido; de camino al estrado, le preguntaba a cualquier compañero de qué tenía que hablar, le daba igual, jamás estudiaba pero podía improvisar sobre lo que fuera; tampoco quería impresionar al profesor, eso le resultaba más indiferente aún, sólo quería ponerse a prueba, o comprobar que seguía vivo o quién sabe qué, lo que sea menos ver pasar pasivamente la vida hundido en su asiento; tomaba la palabra y podía disertar durante horas, desvariando hacia lo más disparatado, hasta que el profesor, divertido o enfadado, lo enviaba a su sitio —hace una pausa durante la que sigue contándose otros episodios que no comparte con ellos—. El sólo quería estar con Sixto y yo no

me separaba de él; llegó un momento en el que todo me daba igual con tal de estar a su lado; y llegó otro momento en el que todos éramos uno.

Ella era parte de lo que fueron. Hay tanto que quisiera preguntarle, el verdadero sentido de todo lo que hicieron, que Éctor no sabe por dónde seguir. De lo que verdaderamente debería importarle, de las películas, sabe que no va a obtener nada.

Otros rastros que se disuelven, como pisadas que se hacen cada vez más superficiales hasta que resulta imposible distinguirlos del resto de las marcas del camino.

Queda la historia de aquella gente, menos muerta, y por lo tanto más difícil de juzgar.

—No voy a decirles nada más —poniendo en palabras lo que los otros piensan.

—¿Qué fue de Rimbaud? —El penúltimo cabo suelto.

La mujer está a punto de cerrarle también esa puerta a Éctor, pero cae en la cuenta de algo.

—Cuando aquello estalló, se fue. Siguiendo la estela del poeta, claro. Como el verdadero Arthur Rimbaud, estuvo en Chipre y en otros muchos países. Intentó enterrar su amor por Sixto como el francés enterró su relación con Verlaine; no sabemos si el poeta lo consiguió, pero sí sé que nuestro Rimbaud, mi Rimbaud, no lo consiguió. Volvió hace unos meses, con unas sífilis terciarias que están terminando rápidamente con él.

—¿Dónde podemos encontrarle?

—Se lo diré, si me prometen intentar ayudarlo. A mí no quiere verme.

—... —Éctor calla; una promesa lo estropearía.

—Vive en... —se le desfiguran el ademán y las palabras—. En una especie de chabola construida en la boca de una cueva. En la Montaña del Príncipe Pío, más allá de la calle Ferraz —con decir dónde vive ya ha dado detalles más que suficientes sobre cómo ha terminado—. Era el más valiente de todos. El único que llevó aquello a sus últimas consecuencias.

No hay otra manera de concluir aquella nueva pausa que ponerse en pie.

Mientras se despide maquinalmente, Éctor recuerda algo.

—¿Usted también hablaba esperanto?

—Hablarlo y escribirlo era indispensable —irónica.

—Hay una frase, *Nenia Dio*. ¿Podría traducírmela?

No ha dejado de pensar en las dos palabras escritas una y otra vez por las paredes del piso miserable que habitaba el antiguo prior, la tumba de Germán.

—Ninguna clase de Dios.

Algo va mal.

En el momento en el que entra en la cuadra y se le acerca Vidal, con la camisa por fuera y la corbata llena de machas, Piancastelli se desconecta de la cháchara del contrabandista y se queda parado en el centro de la nave, las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo negro.

La luz de los candiles es cálida, apacible.

Los esportilleros juegan a las cartas silenciosamente en un rincón.

El niño, en el extremo opuesto, parece dormido bajo una manta.

Algo va mal.

No quiere ni pensarlo.

Al fin se acerca al chico, el paso decidido; Vidal detrás, con alguna tabarra que no escucha. La manta es una de las que cubrían a los caballos, llena de briznas y de piojos. El pequeño Pascal gime bocabajo, con la voz lijada por tantas horas chillando el dolor y el miedo. Sin prestar atención al contrabandista, aparta la manta con el pie y descubre los regueros de sangre que bajan por las nalgas y los muslos del crío hasta empapar los calzoncillos y los pantalones enrollados en los tobillos.

Todo aquello es culpa suya, nunca debió volver a este país.

Piancastelli toma al niño por los hombros, que se deja hacer rehuendo la mirada, y lo pone en pie, le sube los calzoncillos y los pantalones; se quita el abrigo que le arrastrará por el suelo y se lo coloca con cuidado sobre los hombros. Después lo empuja suave hacia la puerta.

Vidal sigue detrás, sin dejar de gesticular; cuando han recorrido unos metros, sin detenerse, Piancastelli lo golpea en la boca con la mano abierta, tan fuerte, que el otro termina tumbado por los suelos.

Los esportilleros dejan la partida y se levantan, alguno tira de navaja, se acercan. Desde el suelo, Vidal los detiene con un gesto.

Ya cerca de la entrada, hacia la que no ha dejado de avanzar con el brazo protector en los hombros del chico, Piancastelli nota que se le libera el sentido del oído, como si experimentara un cambio brusco de presión, a tiempo de escuchar las últimas palabras del contrabandista.

—... respóndame, vamos, respóndame... ¿Qué esperaba? ¿Eh? ¿Qué esperaba, que nos portáramos como caballeros? Somos morralla, no tenemos nada, les damos asco a todos, el mundo de ahí fuera nos está prohibido... vivimos como animales —la inflexión aún más llorosa—, nos tratan como animales y nos comportamos como animales...

Éctor se ha levantado temprano, para ir con tiempo a casa de Piancastelli para recoger al niño, y con la esperanza de no ver a Séptima, dejarle recado en recepción de que la buscará más tarde, salir del hotel lo antes posible; pero al pasar junto al restaurante, la descubre, compartiendo mesa con Basilia, y es descubierto.

Entra, se sienta.

—Basilia ha venido a preguntar por Germán.

No hay más que verlas para constatar que ya se lo ha dicho.

Enciende uno de los cigarros ya liados que Séptima tiene sobre la mesa; no se le dan bien los putos panegíricos, debería decir algo solemne sobre Germán, y algo de Basilia y Germán, y algo sobre Germán y él mismo.

—Ayer vi a Curro —Basilia, levantando los ojos de la taza.

Por suerte, la mujer debe disponer de algún almacén donde depositar los desastres para regresar a ellos en solitario, y se ha apresurado a enviar allí la mala noticia; la opción de que no le haya afectado no es considerable.

—¿Qué te dijo? —Éctor.

—Fue un momento, un comentario, como quien no quiere la cosa —le habla a Séptima—, pero yo sé que no fue nada casual. Me habló de los militares que están volviendo de Marruecos, ahora que todo indica que se acaba la guerra. Dice que, tarde o temprano, serán ellos los que dominen este país. Que cualquier servicio que se les haga ahora será recompensado. Y que no se puede buscar uno peor enemigo.

Esperan unos segundos y no añade más.

Lo que responde Séptima no cierra el tema sino que lo abre en una dirección inesperada.

—Es posible que, si queremos sobrevivir, debamos escuchar los consejos de ese hijo de puta.

—Si nos meten el miedo en el cuerpo, se harán los dueños de verdad de todo esto —Basilia.

A Éctor le espera un largo día. Se levanta y mezcla una excusa con la hora aproximada a la que recogerá a Séptima. Deja a las dos mujeres mirando por la ventana.

Al rato, es él quien acecha por la ventana del piso de Peñuelas sin encontrar a nadie en el descampado lleno de desperdicios, nada que atenúe la mala sangre que le ha invadido, casi ninguna razón para seguir adelante con todo aquello; el viejo de la cicatriz permanece firme a su lado, esperando reproches, el castigo; no ha interpuesto descargos al atribuirse toda la culpa de la violación del chiquillo, que juega con unos accesorios de ilusionista en un silencio muerto al fondo de la vivienda; le ha contado con detalle el proceso de acercamiento a Vidal y los esportilleros, los asuntos que les ha encomendado, el lugar donde se esconden, lo estúpido que ha sido; le ha dicho que ojalá supiera alguna manera de reparar lo que ha sucedido, pero que, aparte de librarse de ellos y *no* perdonarse en lo que le quede de vida, no puede hacer más; Éctor no le consuela con una respuesta pero está pensando que él sí puede hacer algo más.

—Las doce cincuenta y cinco. Cinco minutos —informa Éctor en un tono de operación militar que creía olvidado.

—Enseguida estarás con tu padre.

Le traduce Piancastelli al niño, el brazo siempre sobre sus hombros, que no ha dicho una palabra ni alzado la mirada en todo el camino.

La estación del metropolitano de la Puerta del Sol está abarrotada a

aquella hora; Éctor había leído en el *Blanco y Negro* unos días antes que en 1920 subieron al metro catorce millones y medio de pasajeros, que la cantidad se duplicó en cuatro años y que no había dejado de incrementarse desde entonces.

Por mucha gente que las transite, a pesar de los planos y la publicidad en las paredes, de los corredores perfectamente iluminados, las terminales del tren subterráneo siempre tienen un aire de camino secreto debajo de la verdadera ciudad. Éctor juega con la posibilidad de seguir andando y perderse en uno de aquellos túneles y al momento concluye que, con toda probabilidad, lo llevarían a un lugar no muy distinto de las cloacas que recorre en la actualidad.

Cuatro minutos.

Un guardia civil con el tricornio echado sobre los ojos, porte confiado y cabrón, marcha en paralelo a ellos, a unos metros, y elige también la línea número dos, Sol-Ventas, para detenerse y montar su puesto de vigilancia. Pascal ya está allí, con su maletín de cuero marrón, solo.

Tres minutos.

Escudriña en su hijo como si no hubiera nadie más, como si tuviera la facultad de penetrar dentro de él y revisar todas las variantes de daños recibidos en estos días. Relajado y frío, no se muestra ni aliviado de que su hijo esté allí, su concentración abarca mucho más. El guardia civil, en Babia, tan preocupado de que su presencia sea lo bastante amenazadora, que no se da cuenta, al menos por ahora, de lo que ocurre a su alrededor. Llegar el tren destino Ventas.

Dos minutos.

A unos pasos de distancia, a cara descubierta, a la espera de que entren los primeros pasajeros en el vagón, Piancastelli que libera los hombros del chico, avergonzado, y Éctor que toma su lugar, lo empuja ligeramente hasta que se reúne con su padre y espera a que éste le entregue la maleta. Los dos se miran con un mensaje de ida y vuelta que viene cruzándose entre otros hombres desde hace miles de años. El guardia civil les da estúpidamente la espalda.

Un minuto.

Pascal abraza a su hijo y sube al tren sin esperar a que el otro compruebe el contenido del maletín y Éctor deja que se vayan; después de lo que ha ocurrido, habría dejado que se lo llevara aunque no hubiera traído rescate de ninguna clase. El niño no ha alzado la vista del pavimento.

Éctor, con el portafolios, pasa junto a Piancastelli, que procura unirse a su ritmo renqueando de la pierna derecha; los dos se introducen en la multitud y, a su espalda, el metro se pone en movimiento, deben de ser las trece horas.

Cuando ya tienen a la vista las escaleras que les llevarán a la superficie, el maletín cambia de manos; el hombre de la cicatriz lo abre fugazmente, lo imprescindible para que ambos puedan echar un vistazo al rollo de película con un rótulo escrito a mano.

—*Alphonse*. Como el rey. ¿Teme usted que no sea una casualidad? —Éctor.

—*Adiaux* —responde en esperanto Piancastelli, descartando la escalera y adentrándose a solas en el siguiente corredor.

Por una vez previsor, Séptima lo esperaba con un enorme paraguas de hombre cuando la recogió en el Bizancio. A fuerza de recorrer la Montaña del Príncipe Pío en busca de la covacha de Rimbaud, ya no saben si el barro que arrastran lo han recogido en los senderillos que cruzan aquella acumulación de mierda o si ha bajado del cielo mezclado con el aguacero que les estruja contra el suelo. Han pasado frente a las entradas de diversas cavernas iluminadas, la mujer le ha contado que allí se refugian raterillos de última división y algunas familias hambrientas que no se han enterado del momento de prosperidad que vive el Madrid de los años veinte, Éctor lleva el gabán abierto con el nueve largo a mano, pero la única edificación con alguna semejanza a la descrita por la anarquista es una choza construida con materiales de desecho en la boca de una cueva de la que sale y entra un joven árabe indiferente a la lluvia.

Se acercan a él la tercera vez que pasan a su lado.

—¿Conoces a un tal Rimbaud?

El muchacho, con la chilaba empapada, en cuclillas, le sonríe al vértice

que forman las perneras de los pantalones de Séptima y entra en la chabola.

Lo siguen.

Tres o cuatro metros cúbicos llenos de humo y, sobre el suelo de tierra cubierto por excreciones de bestezuelas que la gente que se considera normal procura ni nombrar, una fogata y un jergón de paja, junto al agujero negro que promete conducir a otra ramificación de la caverna aún más terrible.

El albornoz morisco entreabierto no pretende cubrir los chancros y las úlceras del hombre, bastante tiene con conseguir aire para respirar una o dos veces más; le quedan algunos mechones de pelo, está ciego y prácticamente paralizado; desde luego, los años no resultan una medida válida para calcular su edad.

Éctor intenta evadirse de allí evocando al verdadero.

Arthur Rimbaud, que todos describen como hermoso, lleno de ingenio, de energía, y su famoso lance con Paul Verlaine, que los dejó a todos, incluyéndose a sí mismo, para entregarse a él; su pasión enloquecida, su fuga, sus peleas a muerte, su separación. Pero en vez de escaparse de aquel lugar atroz, termina en otra pesadilla demasiado similar.

—Rimbaud, soy Séptima —la muchacha se arrodilla a su lado y le toma la mano, sin ningún reparo por las llagas.

—¿Te manda él? —Inhala, tose y parece respirar con menor dificultad—. Claro que no te manda él.

—Fue Casilda la que me dijo dónde encontrarte. Estoy buscando las películas que rodasteis. —No tienen sentido los rodeos con alguien en ese estado.

—Las películas —una risa que desemboca en más toses.

—¿Sabes dónde están?

—No me llevé nada. No me importaba nada.

—¿Se te ocurre quién puede tenerlas?

—¿Le has preguntado a Sixto? Fueron idea suya —más risa, más tos.

Éctor sigue de pie, no sabe qué hacer, viendo cómo la mujer le acaricia dulcemente la mano al moribundo sin ninguna prisa.

Pasa el tiempo, muchísimo menos del que cree.

—¿Quién más puede tenerlas? Me juego mucho.

—¿Todavía siguen costando vidas? —Sí.

—Hijos de puta... Nos divertimos tanto, estuvimos juntos sólo unos meses pero fue tan... —tos; durante unos segundos respira flema en vez de oxígeno; después se va tranquilizando—. Creíamos tener licencia para hacer lo que quisiéramos. Teníamos sed de infierno. Después he seguido bajando por mi cuenta —descansa un poco—.

Éramos unos malnacidos. Yo era el peor. Hacía cualquier cosa por llamar su atención. A veces dejaba que me acercara a él, pero...

No quiere decir más.

El muchacho les vigila de rodillas desde la puerta, y ha llegado un momento en que piensan que aquello que les dedica, y que parecía una sonrisa, no lo es.

Será por la poca vida que le queda, pero Éctor ha llegado a pensar que se encuentra ante el único miembro decente de la Editorial Saturnia, el único que no se justifica.

Séptima allá abajo, vuelve a hablar con la voz ronca.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Se ha agachado un poco sobre el enfermo para dejar claro que la pregunta es algo exclusivamente entre ella y él.

—Cuando veas a Sixto —ahora apenas sin dificultad respiratoria—, le dices que no logré morir a los treinta y seis años como Arthur, aunque no fallaré por mucho, pero que estuve en Chipre y en Alejandría y en Harrar como él; si no te dejan verlo, hazle llegar al menos esto.

—Yo no...

—¡Khaled! —Sin atender a la protesta de la mujer.

El árabe se acerca al jergón, rebusca entre la paja y encuentra un objeto envuelto en un trapo sucio, que desenrolla antes de entregárselo a Séptima.

Ella observa la daga africana con mango de hueso, vuelve a envolverla y se la guarda en el bolsillo interior del chaquetón.

Éctor recuerda leyendas de luchas a cuchillo entre el verdadero Rimbaud y Verlaine; prefiere no hacer cábalas sobre el mensaje que supone aquel puñal.

Séptima se agacha una vez más sobre el hombre, hasta quedar muy cerca de él, y no llega a decirle nada; se levanta y se va.

Éctor la alcanza y se guarece bajo su paraguas a los pocos metros. No ha almorzado ni le apetece hacerlo. Aún no ha oscurecido, pero la lluvia, regular y espesa, les esperaba como un adelanto de la larga noche que les espera. No comienza a hablar hasta que no llegan a las primeras calles adoquinadas, como si temiera que el agonizante pudiera escuchar sus palabras.

—Está vivo, ¿verdad? Sixto.

—No digas tonterías. Rimbaud deliraba —ella responde sin mirarle; camina más rápida que Éctor, que tiene que acelerar el paso para no perder la protección del paraguas.

—Has cogido el cuchillo.

—Para no contrariarle.

—Está vivo, ¿verdad, Séptima?

Vuelve a apresurarse, pero en esta ocasión, él se queda clavado. Se sube el cuello del gabán, baja las alas del sombrero para que el agua resbale. Ella sigue su camino. No mira hacia atrás. Una bocacalle no tarda en tragársela.

Éctor se va detrás.

Acompasa el ritmo a los pasos de Séptima, dejando siempre la misma distancia entre ambos. Recorren barrios que no conoce, desertizados por la lluvia. Al final de cada calle, se asoma con cuidado a la esquina para confirmar que va en la dirección correcta; la silueta de la mujer, aún más vulnerable bajo el gran paraguas, continúa su trayectoria, al parecer perfectamente fijada.

Sólo al llegar a los muros del Presidio de Santa Cristina, hace decrecer el paso hasta detenerse en la puerta del edificio de administración. Cruza la carretera y se queda de pie en la acera de enfrente, bajo el chaparrón que se está convirtiendo en el principio de la tormenta.

Aprovechando que ella le da la espalda, también Éctor atraviesa la calle para refugiarse en un portal desde el que puede observarla claramente; supone que aguarda a alguien que saldrá del recinto penitenciario. Más pequeña que nunca frente a la intersección de los altos muros de la cárcel, que son, tras la cortina de lluvia, como la proa de un barco de piedra que se la

va a llevar por delante en cualquier momento.

La única otra vez que persiguió a una mujer fue a los pocos días de conocer a Nuncy, sólo por el gusto, por la necesidad de verla un poco más, hace no sabe cuántos años. Entonces ella era la novia de su primo Luis y él era mucho más que su hermano, su compañero de toda la vida; en cuanto los presentó, Éctor supo lo que había y lo que nunca habría entre los dos, y que ella sentía lo mismo por él, y que eso no importaba. Jamás se insinuaron lo que hubieran considerado una palabra de más. Su primo nunca sospechó nada o al menos hizo como si no. La guerra era el único sitio donde quitarse de en medio. Cuando volvió, tras el consejo de guerra y el penal, con Luis condenado a cadena perpetua, ella lo estaba esperando; se casaron a los pocos meses. Después de todo, la historia tuvo un *final feliz*; todo esto es lo que vino después.

Un hombre sale del edificio de administración de la prisión y Séptima cruza la calle en diagonal hasta interceptarlo. Cuando lo alcanza, mediando un par de frases cortas, extrae el puñal envuelto en el paño. El tipo parece resistirse y las frases con las que ella insiste son más apremiantes, en voz más alta. El acepta por fin el paquete, mirando hacia atrás por si alguien les mira desde la penitenciaría. La mujer se va sin despedirse. Cuando ella se aparta, Éctor lo reconoce como el individuo de los testículos estrangulados al que vio desnudo con Séptima en la habitación del hotel Bizancio.

Cambio de objetivo.

Éctor le está cogiendo el tranquillo a lo de seguir a la gente. En esta ocasión es más fácil, porque el hombre no lo conoce y puede acercarse mucho más. Es un sujeto grande, fuerte, de más de cincuenta años, el bigote unido a las patillas, con un traje azul oscuro tres piezas y un sombrero a juego, sin abrigo; ha hecho desaparecer bajo la chaqueta el paquete que le han entregado, y camina seguro, algo fastidiado quizás por el encuentro.

La tormenta, justo encima de ellos; no se sabe si ha llegado la noche o si es la lluvia, u otra clase de oscuridad lo que rompen los relámpagos.

Por suerte, el hombre no vive muy lejos; a mediados de una calle constituida por casas de dos plantas, se para y abre una de las cancelas. A Éctor le basta una corta carrera y enseñarle la pistola que vuelve a esconder

en el bolsillo para intimar con él.

—Vamos dentro —señala la casa con luz en las ventanas—, tengo que hablar contigo. Si te pones tonto, te mato a ti y luego a toda tu familia, o mejor al revés.

—Haré lo que quiera —calmado, aquel hombre trabaja en la cárcel y está acostumbrado a tratar con la agresividad más extrema.

—Sí, sí lo harás. Dirás que soy un amigo tuyo y que tenemos que hablar en privado. Iremos a alguna habitación donde no puedan escucharnos.

—En casa sólo está mi mujer. No le haga daño.

—Tú verás cómo lo organizas.

El de las patillas cruza el patio tranquilo pero le tiembla la mano cuando introduce la llave en la cerradura. Buena señal para Éctor.

Sale a recibirles una chica diminuta de unos veinte años, embarazada de catorce o quince meses a juzgar por lo abultado de su vientre, más bien fea y amable, que debe ponerse de puntillas para recibir el beso en la frente de su marido; éste se excusa siguiendo las instrucciones de Éctor y lo conduce a un despacho en el piso de arriba.

—¿Qué haces en la cárcel?

—Soy el director.

—Enhorabuena —Éctor, después de cerrar la puerta, se ha sentado en el brazo de un sillón y ha sacado de nuevo la pistola—. En fin, a ver qué tal nos sale. Quitate el sombrero. Siéntate en el suelo, encima de tus manos, las manos abiertas hacia arriba. Así —se levanta, le saca la corbata del chaleco y se la mete en la boca—. Esto es para que no grites. Ahora voy a golpearte. Prepárate.

Con la mano izquierda, el puño cerrado, le golpea en el parietal, sobre el cabello para no dejarle marcas, no muy fuerte, sólo quiere destemplanarlo, pero aun así termina de bruces, abriendo y cerrando los ojos para contrarrestar el aturdimiento.

Espera a que se recupere.

—Quitate la corbata de la boca y vuelve a sentarte encima de las manos —él también se sienta de nuevo en el brazo del sillón, no se quita el gabán mojado ni ha soltado la pistola—. Ahora vas a responderme a unas preguntas;

si lo haces, me marcharé y no volverás a saber de mí. Si no, te mataré, y la mataré a ella, y tampoco volverás a saber de mí pero antes te amarraré y me mearé en la boca de tu mujer mientras miras; sé que eso te gusta; así podrás disfrutarlo desde otra perspectiva. ¿Lo has entendido?

—Sí —el hombre cierra un momento los ojos, padeciendo la escena por anticipado.

—Supongo que eso significa que vas a responderme. Empieza por decirme dónde está Sixto, el tío de Séptima.

El director de la prisión mira hacia otro lado un instante, sólo un instante; la exposición de su atacante pesa mucho más que cualquier advertencia previa.

—¿Sabe lo que es una *cárcel fantasma*?

—Venga —Éctor recuerda las palabras de Séptima.

—Cárceles secretas para recluir a presos que nunca han sido juzgados, acusados de delitos que no interesa que salgan a la luz en proceso público; no hay que seguir ningún tipo de reglas con ellos, sus penas no se revisan ni expiran —duda, pero poco, sobre los detalles a proporcionar—. Ya estaba en el Presidio de Santa Cristina cuando me trasladaron aquí, hace dos años. Una zona de doce celdas en la entreplanta, accesible únicamente desde una parte del cuerpo de guardia; sólo unos cuantos vigilantes saben de su existencia. En este momento hay una mujer y dos hombres confinados. Uno de ellos es el vizconde.

Antes de volver a preguntar, Éctor dedica unos segundos a revisar la nueva pieza que, más que encajar, sirve para fragmentar en nuevos componentes aquel enloquecido puzzle.

—¿Séptima lo visita allí?

—Eso es imposible.

—Lo habrá intentado.

—No.

—Entonces es que Séptima se ha enamorado de ti.

El otro baja la cabeza ante el peso del comentario.

—Ya sé que una mujer como ella no se acercaría a mí si no tuviera algún interés. Me daba igual —no hace falta que hable de los irremplazables

servicios que recibe—. Yo... era su intermediario, cartas y cosas así, pero nunca insistió en verle.

Los efectos de las amenazas empiezan a perder su efectividad, la pistola que vigila de reojo resulta menos letal, y el hombre se va dejando caer en un silencio cada vez más seguro; a Éctor se le ha ido un poco la cabeza detrás de las bifurcaciones derivadas de la nueva información, se siente cómodo allí, piensa en Séptima, en lo inexplicables que somos.

La ciega era la puta de todos. Trabajaba en la barraca de la posición que hacía las veces de cantina, detrás de la barra, y con cualquiera, por unos reales, en un camastro del almacén. Llegó detrás de un cabo primera barcelonés, un cretino medio enano, al que, según decían, ya había seguido a otros frentes. No era ciega, cualquiera sabe por qué la llamaban así; siempre pensé que tenía unos ojos pasablemente bonitos, y un porte de buena familia, aunque esto último bien podía ser un soplo de mi imaginación novelesca, exacerbada por las horas de no hacer nada entre combate y combate, que siempre me hace errar esa clase de juicios. De lo que no cabía duda era de su tristeza, de su dejadez.

Un día trajeron de una descubierta al cabo cruzado sobre un mulo. La ciega tardó en marcharse el tiempo que empleamos en enterrarlo o en olvidarla.

Reapareció a las dos semanas, sin explicaciones; enseguida volvió a alquilarse como antes —las putas no se venden—. Parecía una mujer nueva, menos infeliz, más guapa.

Había otras muchas preguntas que hacerle al hombre que cierra la puerta a su espalda, pero Éctor se ha decantado por una estrategia distinta.

Pasa la cancela, la carretera, llega a la bocacalle de enfrente y se oculta tras la esquina. Otra vez una silueta en la pared, semiborrada por el aguacero.

Cinco minutos, algo más.

El hombre de las patillas unidas al bigote sale de la casa, con impermeable y paraguas, el andar lento, presumiblemente cobarde ante lo que

le espera. Con Éctor detrás, aborda una calle detrás de otra, a esa hora de la noche tormentosa, casi no tropieza con nadie y, por suerte para su perseguidor, con ningún coche de alquiler. Madrid se va haciendo más viejo a medida que avanzan, más trampa para los que no lo conocen. Llega un punto en el que el Palacio Real es una referencia, y al momento, el destino, en ambos sentidos de la palabra.

Tiene leído que el palacio, color blanco tumba, es el mayor de Europa occidental, que está repleto de las más valiosas colecciones de todo orden, que se ha edificado con materiales que aseguren la supervivencia, la eternidad. Desde el Madrid de las cuevas de la Montaña del Príncipe Pío donde vive Rimbaud, hasta aquí, ha recorrido una gran distancia, o no, como el país en los últimos siglos.

Un guardia civil envuelto en su capote cambia unas palabras con el director de la prisión y lo deja junto a la garita mientras cruza el interminable patio hacia el palacio. Unos minutos después regresa con uno de los alabarderos de la guardia real, que se toca el casco en señal de saludo y se lo lleva de vuelta al interior del edificio.

La cuadra está casi a oscuras, algunos esportilleros duermen ya y otros están terminando de recoger sus trastos bajo la supervisión de Vidal, que no ve el momento de regresar a su Mercado de la Encarnación, a su casa, a la ciudad donde conoce a todo el mundo, donde se mueve con libertad, seguro, y puede creerse que es alguien. El tren sale para Sevilla a las siete y media de la mañana.

Las puertas saltan hacia dentro, despedidas, aunque los cinco Regulares, contrastando con la violencia de la entrada, pasan muy despacio, casi desfilando, hasta situarse en el centro de los establos. Llevan las pistolas desenfundadas, una en cada mano, apuntando al suelo.

Forman un círculo y esperan reposadamente a que todos los hombres se despierten, saquen las navajas, los rodeen y avancen hacia ellos, figuras deformadas por la llama mortecina del candil, para alzar las pistolas.

Orden de exterminio.

No dejarán de disparar hasta diluir todas las sombras del lugar.

16

Sixto

«Así hablaba yo. Así hablaba yo cuando Saturno detuvo los trenes y la Bruma y el Sueño y la Muerte me estaban buscando».

Federico García Lorca

Por primera vez desde que llegó al hotel Bizancio, el recepcionista que aparenta cubrir todos los turnos se muestra distraído, y Éctor tiene que llamarlo hasta tres veces para que deje de introducir papeles nerviosamente en carpetas de cartón y se vuelva hacia él.

—¿Sí?

—¿Ha visto a la señorita Séptima esta mañana?

—No ha pasado la noche en el hotel.

—¿Está seguro?

—Seguro.

—¿Hay algún recado para mí? ¿Algún telegrama?

—Lo siento —volviendo al papeleo.

Anoche volvió demasiado tarde, mojado y exhausto para hablar con ella, y hoy la ha buscado ya sin ningún resultado en el restaurante y en su habitación.

Sigue sin haber noticias de Nuncy, apenas ha dormido tres horas, no tiene corbata, ha elegido la camisa menos sucia, que está hecha una porquería. No importa que no haya tenido tiempo ni de secar el gabán, el día ha vuelto a

amanecer metido en lluvia, y debe tirarse otra vez a las calles.

Hasta hace unas semanas, Piancastelli, aunque tiene casi veinte más, podía pasar por un hombre de cincuenta años. El óxido de la cadera le molesta sobre todo por la mañana, hasta que lo desgasta un poco andando por el piso. El recipiente metálico con el rollo de película le mira desde la mesa como si fuera uno de sus artilugios mágicos; no tiene proyector allí, así que está terminando de vestirse para llevarla a un laboratorio donde le permitan comprobar en privado que Pascal no les dio una cinta falsa.

Hace varios días que ha perdido toda comunicación con su contacto en Madrid; aquella gente, con sus consignas de asuntos de estado, es muy capaz de haber perdido el interés por una cuestión que hasta hace muy poco consideraba crucial; o tal vez haya ocurrido algo que lo esté cambiando todo. Se siente muy cansado. Por mucho que odie aquel escondite en Peñuelas, está deseando de...

El sonido de un motor, completamente excepcional en el barrio, aumenta hasta detenerse muy cerca.

Piancastelli respira hondo.

Se asoma a la ventana a tiempo de ver cómo en el solar, justo frente a su puerta, se abren las puertas del Hispano Suiza aun antes de detenerse.

Oculto la película bajo el abrigo, se pone el sombrero hongo, respira hondo de nuevo.

Mantiene el respeto de sus soldados por gestos como éste; el teniente Cármenes sale el primero del vehículo, cruza la acera, el portal, sube de dos en dos los peldaños del tramo de escaleras, siempre con las manos en los bolsillos del chaquetón, la barbilla alta, torcida y pendenciera. Los tres rifeños se apresuran para darle alcance, y el sargento Delgado en cuanto aparca el automóvil.

El teniente no se detiene al final de la escalera, sino que toma impulso por el corto descansillo y descarga una patada en la puerta del piso de Piancastelli.

Una mancha de llamas blancas.

Y al momento no ve nada, ni oye, vuela.

La explosión le ha alcanzado de lleno, arrojándolo por el hueco de la escalera.

Los africanos se lanzan de boca contra los escalones para protegerse del estallido y comienzan a retroceder entre gritos. En el zaguán encuentran al sargento sobre el cuerpo revuelto del oficial; entre los cuatro lo sacan de allí, las llamas les persiguen por las escaleras; salen a la calle, agradecidos por la lluvia, y recorren un buen número de metros antes de depositarlo en el suelo; siempre puede sucederse una segunda explosión. El sargento murmura algo de que aquel hijoputa ha preferido inmolarsse antes de dejarse arrebatar la película.

El teniente está quemado hasta las visceras, pero vivo; no saben que es peor, aunque vienen de la guerra; claro que lo saben.

Miran hacia la fachada, el incendio en el piso, ni rastro de Piancastelli, que siempre desaparece a tiempo.

En contra de lo que temía, el café Dadá está abierto por las mañanas, pero vacío; Éctor se queda en la puerta, a salvo del chubasco. Viene del Ritz, donde un camarero, escandalizado por su aspecto, le ha dicho que Basilia no amenizaría hoy los desayunos del hotel. Se le han acabado los lugares donde buscar a Séptima y los conocidos a los que preguntar por ella.

—Estamos aquí.

Están allí.

Las dos mujeres lo miran desde detrás del mostrador, donde comparten un periódico.

Séptima lleva su ropa de siempre, el cabello totalmente seco, a saber dónde ha dormido.

—José, el camarero, ha tenido que salir y me ha pedido que me quede un momento —explica Basilia.

—Te estaba buscando —Éctor a Séptima.

—¿Alguna novedad? —Basilia está más apagada desde la muerte de Germán, pero su interés por la intriga en la que están enredados permanece

indemne.

—Tenemos que hablar —Éctor a Séptima.

—¿Nos sentamos en una de las mesas? ¿Quieres un café? —le responde con uno de sus rostros indescifrables.

—Mejor nos vamos a otro sitio más tranquilo. Al hotel por ejemplo.

—¿Más tranquilo que esto?

El tono en el que Éctor no le responde no deja lugar a discusiones. Basilia agacha la cabeza sobre el diario. Séptima se da la vuelta, se apoya contra la barra flexionando los brazos para saltarla, pero permanece un momento allí, indecisa sobre la conveniencia de concluir el movimiento.

Con una diestra torsión de la muñeca, Piancastelli arroja el estuche con la película a un carro de desperdicios tirado por un percherón que pasa a su lado. Mira hacia atrás y ve cómo el dueño del laboratorio, al que ha tenido que pagar un dineral para que le permita proyectarse la película en privado, lo mira con curiosidad desde la puerta.

Acaba de escampar pero el cielo negro avisa que será por poco tiempo. En las circunstancias en las que ha tenido que abandonar el piso de Peñuelas, no estaba para acordarse de recoger el paraguas.

No busca que eso le disculpe ni le redima, pero más que por todo el agotamiento, el tiempo, la sensación de fracaso, el incumplimiento de la misión que se ha fijado o las consecuencias que pueda tener para la persona a la que en última instancia sirve, siente el asunto de la película falsa que le ha entregado Pascal por el daño que procurarla le ha provocado a su hijo.

Sigue andando aunque no tiene adonde volver. Le dejaron muy claro que serían siempre ellos lo que enlazaran con él, pero ha llegado el momento de romper alguna regla.

—¿Y qué?

Éctor no recoge el guante, deja pasar la provocación con la que Séptima se defiende de sus revelaciones mientras rehace un cigarro que había liado torcido y poco cargado.

Por suerte, el camarero no estaba en el restaurante vacío del hotel, ni

siquiera el recepcionista se encontraba en su sitio cuando entraron, y han podido elegir una mesa al fondo para hablar a sus anchas.

—Estás conmigo porque quieres, o porque juntos íbamos a afrontar mejor todo esto —lo piensa mejor—. No sé por qué estás conmigo. Ya sé que no te has comprometido a nada. Ni yo te acuso de no haberme dicho antes que tu tío estaba vivo. Pero esto es lo que hay. Sabes perfectamente que no puedo parar. Tengo que hablar con él.

—Eso no puede ser —más tranquila.

—Es más que probable que sepa dónde está la última película. Es el último capítulo de esta historia que hemos reconstruido a través de los recuerdos de tanta gente. Tengo que hablar con él.

—¿Crees que si fuera posible no hubiera ido a verlo yo en estos años?

—He estado con el director de la cárcel. Conozco a esa clase de tipos. Si lo presionamos un poco más, nos llevará.

—Si lo forzamos, se enterarán los que encerraron a Sixto allí —baja la mirada—, y lo enviarán a un sitio peor. O llegarán a la conclusión de que es demasiado peligroso dejarlo vivo.

Éctor adivina que ésa es la auténtica razón de que nunca se haya empeñado en verlo, pero no le importa.

—Intentaremos que la cosa no trascienda.

—Se enterarán, seguro —ansiosa ante la determinación del otro—. ¿Y si le escribes una carta? Yo podría hacérsela llegar.

—En una carta no... —por no fijarla en ella, paseaba la mirada por el salón—. ¡Hostias! ¿Y el aparato de radiotelefonía?

El aparador sobre el que se encontraba está vacío. El camarero tampoco ha llegado. Éctor se pone en pie, rodea el mostrador y desaparece por la puerta que lleva a las cocinas. Vuelve enseguida.

—Aquí no hay nadie.

Anuncia mientras se dirige hacia la salida del restaurante seguido por Séptima. La recepción sigue vacía, incluyendo la oficina donde suele estar Antonia, en la que no se ve ni un solo papel; Éctor recuerda los nervios y la diligencia del recepcionista aquella mañana, pero aún no quiere poner en voz alta sus sospechas. Abre la puerta de la calle para descubrir un cartel con la

palabra *cerrado* en el que no repararon al entrar. Vuelve sobre sus pasos, pulsa el interruptor del ascensor, que no baja, el de la luz; no hay corriente eléctrica. Saca la pistola, y con Séptima detrás, enfila las escaleras.

Se saltan la primera planta, y tardan un momento en recorrer la segunda; a excepción de su dormitorio, el resto de las puertas están cerradas.

El tercer piso es la residencia de Antonio y Antonia.

Tras las escaleras, hay un gran salón cubierto de plantas, casi un invernadero, en el que no aprecian ningún cambio, pero en las habitaciones de Antonio, al margen de los muebles, no encuentran ni un solo objeto personal.

—Se han enterado y se han ido —concluye Séptima abatida, como dándose por vencida—. O más bien les han dicho que se vayan, que se quiten de en medio hasta que pase todo esto.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Cómo han podido enterarse?

La mujer no responde y Éctor sale del cuarto, el nueve largo preparado, y pasa a la zona que ocupa Antonia. Lo mismo, sólo los muebles, nada más, ni un pañuelo olvidado en los cajones. Únicamente... La ve cuando ya salía. Centrada en una de las mesillas de noche. Una pequeña caja.

Un joyero de madera lacada en el que, cuando se acerca, puede ver que han grabado a punta de navaja las palabras *ruinas sin nombre*.

Lo abre despacio. El mensaje está ahí para él. De vuelta desde tan lejos. Diciéndole lo cerca que están, el poder de que disponen y lo que le espera si no cumple sus indicaciones.

La cabeza del fémur de santa Rosalía de Palermo.

—Antonia era la gobernanta de la casa de Sixto, y Antonio el mayordomo. Ellos nos criaron, en cierto modo, a Lucio y a mí; lo indispensable, es gente que sólo cuida de sus intereses. Cuando estalló todo aquello, alguien les proporcionó este hotel. En pago a los servicios prestados —informa Séptima con desprecio.

Han tardado en salir del hotel el tiempo de recoger su cartera y el macuto de Éctor. Después de recorrer varias calles sin dejar de mirar atrás, esperando que aparezcan unos posibles perseguidores que se están convirtiendo casi en una amenaza metafísica, se detienen a descansar en un soportal que los salva

de la lluvia.

—¿Qué servicios? —Éctor.

—Era los ojos de Orestes, sus espías.

—¿Y por qué nos refugiamos precisamente en su hotel?

—Porque yo sabía que mientras estuviéramos allí, las altas instancias — sarcástica— que quieren evitar que los militares consigan esas películas, las instancias para las que trabajas, lo sepas o no, pensarían que estábamos perfectamente controlados, y no harían ningún movimiento contra nosotros.

—¿Y esto? —señala en dirección al hotel vacío.

—Algo has debido de hacer que les ha alarmado. Te has metido demasiado a fondo.

Éctor recuerda las exigencias de discreción de Piancastelli, sus instrucciones de dejar en paz a Pérez Oviedo, la cara de la secretaria de Oyarzo cuando se encontró con Antonia. Sólo Piancastelli estaba en Sevilla cuando negociaron la venta del hueso de santa Rosalía; pero el de la cicatriz, era otro mercenario, como él... Lleva razón Séptima, ha llegado demasiado lejos, pero ella no comprende las razones que lo empujan a seguir adelante.

—Te lo dije, Séptima. No puedo parar. Y el siguiente paso, el único posible, es entrevistarme con tu tío.

—No.

El soportal da a una calle estrecha; en aquel momento no pasa nadie por allí.

A Éctor le cuesta pronunciar las siguientes palabras, que no son lo peor que está haciendo en estos días.

—Lo veré, me ayudes o no, y si intentas evitarlo, haré público que está vivo, y será él quien pague las consecuencias.

Séptima apoya la espalda en la pared, adelanta la cabeza, y después la echa bruscamente hacia atrás, estrellándola tan fuerte que el sonido del golpe se impone al de la lluvia; permanece así, como si quisiera enterrar la cabeza en el muro.

Éctor no dice ni hace nada.

Es la hora del almuerzo, llovizna, y por la calle de casas con jardín donde vive el director del Presidio Santa Cristina apenas pasa nadie.

Séptima, de espaldas a la puerta, mira a lo lejos, mientras Éctor la golpea por tercera vez; al fin les abre el propio director, en mangas de camisa, abatido, consciente de que, desde su primer encuentro, su forma de vida inició la bajada por una pendiente imposible de remontar.

—¿Recuerdas que te dije que nunca más sabrías de mí? —Éctor, grave—. Pues era mentira, hombre; era mentira.

Ni un vestigio de vida tras las ventanas de la Academia de Esperanto. Ya estuvo allí antes, sin ningún resultado; después fue al Palacio Real, donde no le permitieron entrar, y ahora ha vuelto a la academia, que sigue cerrada, al parecer desde hace algún tiempo.

Piancastelli está aprendiendo a convivir con su reuma, está negociando ciertas condiciones con él, y la primera es que debería evitar la humedad y el frío.

Pero no tiene adonde ir.

Esta no es su ciudad, ni éste es ya su país. Los que le pidieron que viniera ahora guardan silencio. Es posible que haya que dejar que algunas deudas se extingan por sí mismas.

Esperará a la madrugada para ir al piso de su hija, comprometerla es lo último que haría, y se dispone a embaucar a su cadera para que tenga paciencia durante las horas que quedan hasta entonces.

Es un piso grande y antiguo, con las habitaciones conectadas por demasiados pasillos; los pocos muebles, con aspecto de que han sido heredados del inquilino anterior, refuerzan la sensación de provisionalidad que desprende toda la vivienda. Pero está a un paso del presidio, y en algún sitio debían meterse hasta que llegara la hora en que los había citado el

director de la cárcel.

Basilia los ha recibido con la desenvoltura de quien también ha sido refugiada de guerra; les ha dicho que dejen el macuto y la cartera en cualquier sitio, que están en su casa, hay café del de verdad, que se pueden quedar lo que quieran.

—Ya estoy con vosotros —ha desaparecido lo justo para cambiar el vestido rojo con el que se disponía a salir cuando llegaron por un jersey de cuello alto y un pantalón hasta la pantorrilla.

—¿Seguro que no pasa nada si no vas al café esta tarde? —Éctor, de pie, como siempre cerca de la ventana.

—Los dueños son amigos, no te preocupes.

Se sienta en el sofá junto a Séptima, que apenas ha proferido una palabra desde que llegaron, aferrada a la correa de su cartera, anticipando la entrevista que tendrá lugar en muy poco tiempo y para la que, haga lo que haga, nunca podrá estar preparada.

—¿Me acompañas a la cocina para hacer el café? —le dice a su amiga la dueña de la casa.

—Claro.

Éctor se quita por fin el gabán mojado, al mirarlo piensa que por mucha lluvia que le caiga no desaparecerán las marcas de la sangre de Germán; lo cuelga junto al sombrero en una percha.

Escucha a las mujeres hablar en voz baja en la cocina, confidenciales, distingue el suficiente número de palabras para saber lo que Séptima le está contando a la otra; todo.

Le llama la atención la ausencia de objetos personales en el salón, solamente unos libros ocupando una de las tres estanterías vencidas de un mueble oscuro y sin brillo lleno de arañazos en la zona inferior.

Saca los útiles de fumar mientras mira los títulos, pero lo piensa mejor y decide retrasar el cigarro para acompañar al café.

En su mayoría son biografías de compositores, una guía de Madrid, partituras encuadernadas.

Un manual de esperanto firmado por Orestes Pérez Oviedo.

Vuelve a mirar por la ventana y no ve nada sospechoso. Aquello no tiene

por qué cambiar nada. Las dos mujeres siguen hablando a media voz, se escucha el sonido de la cafetera. Mira el reloj, cuenta las horas.

La lluvia en la mazmorra.

Salpicaduras entrando por un alto ventanuco, fondo tras el hombre que se pone lentamente en pie cuando llegan. Lleva un cómodo batín jaspeado hasta los tobillos sobre el pantalón, el chaleco y la corbata enlutados. Muy alto, el pelo muy negro. No necesita ni mirarles para que reciban eso que irradia.

El director del Presidio Santa Cristina, convertido en guía, probablemente para olvidar las consecuencias de lo que está haciendo, ha introducido con toda naturalidad a Éctor y a Séptima en el recinto. Fuera ya estaba oscuro; dentro, la oscuridad tenía una cualidad distinta. Sólo había cuatro guardianes que han dejado de golpe la partida de cartas, sorprendidos de la llegada de su jefe a aquella hora y acompañado; le ha bastado mirar con fijeza a uno de ellos y señalar un pasillo para que el guardián saque un manojo de llaves de un pequeño cajón y les preceda por el corredor. Abre y cierra una puerta, suben un trecho de escalones, abre y cierra otra; se encuentran en una larga galería apenas iluminada.

—Los internos comen el mismo rancho de los celadores; sólo uno por turno tiene contacto con ellos —se detiene un segundo ante una puerta abierta a la izquierda que da a una gran nave vacía, una especie de estadio cubierto—. Este es el patio de ejercicios; pasan una hora al día aquí; siempre por separado.

La galería se alarga, inacabable; aunque no han torcido ni una sola vez, les cuesta conservar el sentido de la orientación, no saben dónde están ni la distancia que han recorrido; al fin y al cabo, aquello no existe.

El rumor de sus pisadas se desdobra en un nuevo sonido que terminan identificando como la cantinela de una mujer.

Llegan a un punto en el que ven que el pasaje acaba en una pared, y también distinguen enseguida que, en el tramo final, hay varias puertas a cada lado.

—Son doce celdas, pero sólo tres están ocupadas.

Se detiene en la primera, una puerta sólida sin ninguna abertura, y coge las llaves de manos de su subordinado para hacerles entrar él mismo.

—El celador vendrá a recogerles en treinta minutos. Ni uno más.

Cuando se cierra la puerta a su espalda, Éctor vuelve a otro calabozo en una prisión distante y, por un momento, tampoco sabe si saldrá alguna vez de aquí.

Séptima, inmóvil.

Sixto levanta la cabeza por fin y asiente al verla; un saludo o una aprobación a la mujer en la que se ha convertido.

No es un hombre guapo; su rostro extremadamente delgado resulta de sobra magnético para necesitar además ser atractivo.

—Me imagino que sabe quién soy y para qué estamos aquí —Éctor.

—Desde luego —señala con el dedo un mazo de cartas, sobre una cómoda, atravesadas por la daga de Rimbaud—. Siento no poder invitaros a tomar asiento; mis carceleros, en su simpleza, preconizan las virtudes de una cierta austeridad.

Están en una celda bastante amplia, la cama y la letrina en el rincón más alejado, dos cómodas gemelas, muebles antiguos de buena madera, junto a una de las paredes, y, en el centro, una mesa y un sillón tapizado en cuero; la pieza no es exactamente confortable, no puede serlo, pero la han dotado de todo lo posible, incluyendo un voluminoso gramófono y un frasco de cristal de roca con un líquido oscuro, para que se viva lo mejor posible en ella.

En la pared opuesta a los muebles hay una vieja fotografía enmarcada de dos chiquillos de unos diez años vestidos con uniforme; Éctor se aproxima a ella, para hacer tiempo, y reconoce aun Alfonso XIII niño, igual de desnortado que en la actualidad.

—Nos enseñaba instrucción un coronel prusiano —explica Sixto, seguramente el otro niño del retrato—, junto a otros infantes; cuando hacía bueno, en los jardines de palacio, y, si llovía, en el Salón de las Columnas, bajo la mirada molesta por la intromisión de la estatua de Carlos V.

—¿Son ustedes buenos amigos? —Éctor.

—Con altibajos. Como es habitual en las relaciones de toda la vida.

—Eso mismo me ocurre a mí con el hijo del carbonero de mi barrio.

Sixto sonríe y toma asiento, quizás preparándose para afrontar a Séptima, hipnotizada, con la que aún no ha cruzado palabra.

—Si estás aquí es que todo se ha precipitado. Supongo que esos botarates van a por todas.

—Tienes que darme las películas.

Ha dicho las películas, no la película. De modo que la que les entregó Pascal era una falsificación.

Pero Séptima ha dicho mucho más; emplea un tono reverencial, pero no aparenta sumisión, es que se encuentra completamente concentrada en él, demorando cada segundo. Es como si Éctor la viera viva por primera vez desde que la conoció.

—Ya sabes que eso no puede ser —la trata con dulzura no condescendiente.

—Es la única manera de acabar con esto.

Para cambiar de tema, se dirige a Éctor con una sonrisa mundana.

—En menuda historia te has metido, ¿verdad? Seas quien seas, te mande quien te mande, seguro que cuando te hicieron el encargo no te esperabas algo así.

—Cierto —intenta responder Éctor en el mismo tono; la familia del vizconde ha ejercido durante siglos el control del amo con hombres como él y es difícil sobreponerse a su influencia—. Usted y sus amigos, la Editorial Saturnia, se han convertido en una especie de mito. En estos días me han pintado sus andanzas con muchos tintes, pero sobre todo como si fueran la encarnación del diablo sobre la tierra.

—No te creas una palabra, hazme caso a mí; temores de viejas y de impotentes, así como una ingente dosis de estupidez. Estoy aquí por el miedo y la estulticia, no por el odio, de mis enemigos.

—Cada uno entiende estos chismes a su manera —acompañando el tono.

—Todo aquello no fue más que una broma —con la misma sonrisa desinteresada—, un divertimento leal a premisas un poco extrañas, eso sí, la sublimación de la gamberrada suicida de unos niños borrachos e ilustrados; después, los idiotas lo han idealizado según sus escasos alcances, incapaces de entender que alguien pueda llegar tan lejos para paliar un aburrimiento de siglos, un aburrimiento de raza.

—La broma se llevó a un hombre por delante; ustedes lo mataron, pero

no de risa.

Es Séptima la que responde en el tiempo que emplea Sixto para buscar una frase ingeniosa.

—Ellos no lo mataron, lo hice yo.

Por primera vez se le rompe la sonrisa al aristócrata.

Saca una pipa curvada del bolsillo y comienza a cargarla con el tabaco que guarda en la punta de una zapatilla persa que tiene sobre la mesa junto a un libro encuadernado en cuero marrón con el título en inglés, *The valley offear*, el violín, y un montón de periódicos sobre los que descansa una gran lupa.

Éctor advierte que en el interior de la puerta de la celda han enmarcado una inscripción, como si fuera el número de una calle, 221B.

Toda la parafernalia no consigue apartarlo del descubrimiento.

Séptima.

Aquello la explica en toda su extrañeza. La ve como el niño pelado al rape con su taparrabos, actor actriz indispensable en cada película, y cree que apenas ha cambiado en estos años.

—Dame la fotografía —le dice a Éctor la mujer, que se la entrega sin saber qué pretende—. ¿No lo entiendes? Nosotros no somos nada —deja el retrato de los saturninos vestidos de músicos sobre la mesa y le señala a Sixto la figura de espaldas—, pero ellos creen que esas películas les darán el poder que necesitan para dominar este país.

—Ceder no es... —el vizconde se pone lentamente en pie.

—Las películas también son mías. Dámelas.

Suenan tres golpes en la puerta y asoma con timidez el celador.

Sixto se acerca a él con eso que en su clase social sustituye a la furia y le habla suavemente:

—Se quedará usted detrás de esta puerta, sin molestarme, hasta que yo haya terminado y la abra.

La cierra de un portazo; cuando habla, unos segundos después, está mirando aún la hoja de la puerta.

—Pueden reconocerte.

—Aparentemente, soy una persona completamente distinta a ese niño.

El recluso se encoge de hombros, renuncia a discutir, no va a luchar contra esa determinación. Con unos pocos movimientos, en los que imprime una gracia premeditada, se acerca a la cómoda, apoya dos dedos en el borde del gran gramófono y lo empuja hasta dejarlo caer al suelo. La sorpresa del movimiento encubre el estrépito.

Después patea el fondo ya astillado hasta descubrir los estuches enlatados de las dos películas. Las señala a Éctor, con desprecio, para que las coja de allí.

Pero Éctor no se mueve, no va a coger del suelo lo que haya arrojado allí ningún vizconde.

Séptima se arrodilla, se produce un ligero corte en la muñeca con la madera, forcejea hasta extraer las películas y las guarda en su cartera.

Cuando se pone en pie, el aristócrata ya está sentado de nuevo de medio lado, cargando su pipa, por no verla trastear allí postrada.

Fin del misterio.

Éctor se siente, más que nunca, un intruso en toda aquella historia y en aquella celda.

Antes de salir, se vuelve y la ve otra vez arrodillada, los brazos apoyados en el regazo de Sixto.

Nunca he visto a una mujer intentar aprenderse de aquella manera el rostro de un hombre.

Piancastelli

«Aceptar ahora vivir sería un sacrilegio contra nosotros mismos. ¿Vivir? Los sirvientes lo harán por nosotros».

Auguste Villiers de L'isle-Adam

Fuera de la prisión, dentro el tiempo tenía otra densidad, la madrugada apenas ha avanzado y les espera una lluvia fina que es y no es. El viento helado.

Inmediatamente la ven, recortada contra la tapia, junto a la esquina, el abrigo negro hasta el cuello.

—¿Qué haces aquí? —Éctor.

—Temía que os pasara algo —Basilía, voz suave—. ¿Todo ha ido bien?

Éctor la mira como si quisiera traspasarla y ella desvía los ojos justo cuando está a punto de conseguirlo.

También ataca el viento.

—¿Pasaréis la noche en mi casa? —Basilía a su amiga.

Séptima no está, con las manos hundidas en lo más hondo de la chaqueta, y la cartera, que cuelga de su hombro, a la espalda, como si quisiera protegerla con su cuerpo.

—Dame las películas —le dice Éctor—. Lo mejor es que nos separemos ahora. Vete a cualquier sitio en que a nadie se le ocurra buscarte y no nos digas dónde. A ninguno de los dos.

—Espera —Basilia.

Sostiene con seguridad el pequeño revólver.

Éctor estaba preparado para algo así, pero no tan rápido, en el tiempo de pronunciar cuatro frases.

Sin dejar de apuntarles, la pianista arranca cariñosamente la cartera del hombro de la otra mujer, se la coloca en la misma posición que ella, y retrocede tres pasos hacia la esquina.

—No entiendo nada —Séptima, sin llegar a reaccionar.

—Es el pago de una deuda, una deuda de hambre y sangre como dice... —Basilia se calla, se encoge de hombros—. Sólo alguien que haya sido condenado a muerte en un campo de concentración podría decirte lo que estaría dispuesto a hacer por salir de allí, o en agradecimiento por que lo librarán de aquello —vuelve a encogerse de hombros, la mira afectuosa sin dejar de apuntarle—. Olvídate. Olvídate de todo esto.

Se dispone a seguir andando hacia atrás en dirección a la esquina cuando ve en los ojos del hombre lo que Éctor ve a su espalda.

Tiene apenas margen para volverse y abrir el arco con su revólver que ahora, además de a la pareja, debe cubrir a los cuatro Regulares que la apuntan a su vez, tres con pistola y uno con un largo cuchillo.

—Lo sabía —a Éctor—. Sabía que nos habías vendido a los militares.

Los militares se separan con lentitud para dificultar el blanco, están relajados aunque las mirillas de las pistolas se clavan en la frente de la mujer por si hay que zanzar aquello de un solo disparo.

—Tú no seas loca —Yebel, con sus patillas encanecidas, el más viejo.

—No podrás con todos —el sargento Delgado.

Éctor, inexpresivo, se vuelve hacia ella como si quisiera añadir algo pero lo que hace es arrebatarse el revólver de un manotazo y arrojárselo al sargento.

Basilia le busca algo en los ojos, y Séptima espera una explicación que no va a recibir, incluso los soldados escrutan su rostro con curiosidad. Hace mucho tiempo que esperaba todas esas miradas.

Decrece la fuerza del viento, aumenta la de la lluvia.

—Dame la cartera.

La mujer niega con la cabeza y, locamente, aferrando la correa con las dos manos, gira en sentido opuesto al grupo.

Tres pasos.

Para no pensar en las armas que ha dejado tras de sí, Basilia intenta pensar en aquella familia de trapezistas junto a la que se crió, en los trucos que le enseñaron, siempre fue ágil y rápida, pero falla el recuerdo, y se le viene la expresión de la onicomante al leerle las uñas unos días atrás, parecía una buena mujer, curtida, seguro que no se espantaba ante cualquier cosa, y, sin embargo, la vio tan preocupada con lo que adivinó a través de sus uñas...

En tres pasos la alcanza Rabah, la agarra por el cuello con una mano, y con la otra, la fuerza de la costumbre, le arranca el arete de oro, desgarrándole el lóbulo, para dejarle claro que no debe volver a intentarlo. Por debajo del grito, la mano del cuello sigue atrayendo a la mujer hacia él y no hay nada que justifique ese gesto.

Tiene a Basilia a unos centímetros cuando siente el empujón en el hombro que lo aparta de ella.

—Déjala —Éctor se queda en medio.

El rifeño lo mira con odio y empieza a alzar el arma pero también busca la aprobación del sargento.

Rápido, Éctor introduce la mano bajo el gabán buscando la suya.

—Ya vale —los corta el suboficial.

Éctor sigue interponiéndose ante la pianista y toma su cartera sin que la mujer ofrezca resistencia. La sangre de la oreja gotea entre sus dedos. Algo más de sangre.

Espera a que Rabah, la sonrisa de mala leche, retroceda un paso.

Al fin habla.

—Esto se acabó. Márchate. Marchaos las dos —evitando a Séptima.

—Alférez —interviene Delgado—, de ésa no me han dicho nada —por Basilia—, así que me da igual. Pero a la sobrina del vizconde tenemos que llevárnosla.

No.

No se acabó.

El prodigioso profesor Piancastelli.

De pie en medio de la oscuridad del salón.

Mejor que nadie pueda verlo así.

Le ha llevado un par de minutos comprobar que el piso está vacío, arrastrando su pierna rígida de habitación en habitación. Sonríe al verse así. Enfermo, viejo y solo, tal vez acorralado, no está seguro, en un país al que ya no reconoce. No hace tantos años que, con su número de la *disipación*, provocaba el asombro del resto de los colegas de profesión, magos e hipnotizadores, y el entusiasmo de miles de personas que hacían cola desde la noche anterior para intentar desentrañar infructuosamente aquellos trucos que no podían serlo. Cuando lo llamaron, pensó en España como un inmenso escenario para representar su última función. Y ha terminado enterrado en esta realidad donde su magia no sirve para nada. Muy despacio se sienta en el sofá, la pierna extendida, a esperar.

—Las balas —Séptima.

—¿Cómo?

—Aquella mañana en tu habitación. No lo entendí, pero no quise pensar en ello. Podía creer que tuvieras una pistola, botín de guerra como me dijiste, pero no una caja de balas recién fabricadas para el ejército.

—...

Éctor no responde, absorto en los dibujos que traza la lluvia en el cristal del vehículo donde apoya la frente.

El sargento conduce el Hispano Suiza despacio pero sin titubear ni una sola vez sobre la ruta a seguir; le ha ordenado a Rabah que viaje junto a él en el asiento del copiloto para que no se reproduzcan los incidentes con Éctor, que comparte la trasera con Séptima y los otros dos Regulares.

—Siempre trabajaste para ellos, ¿verdad? Desde el principio —no lo interroga, cualquiera sabe si le importa, más bien aprovecha la oportunidad.

Pasa casi un kilómetro antes de que Éctor ponga en pie la respuesta.

—Necesitaba acabar mi guerra. Me vine a la mitad, me la traje dentro. Lo

mismo me revuelven el estómago los militares coloniales —ninguno de los cuatro soldados acusa el comentario— que los secuaces del rey, pero eran los militares los que tenían el poder de devolverme lo que la guerra me quitó, y además fueron los primeros en contactar conmigo. Me trae sin cuidado quién se lleve la partida de los dos; yo sólo era un peón de mierda y dentro de dos días, ni se acordarán de mí, ni yo de ellos.

No sigue, sus palabras se parecen demasiado a una excusa.

—¿Y las bajas? Las que has provocado tú —apenas le sale la voz.

Está suspendida en otro sitio, tal vez para siempre, y es como si hiciera las preguntas a través de la inestable vía de comunicación que ha dejado abierta, imposible saber por cuánto tiempo, con este mundo.

El no contesta.

Abre la cartera de Séptima que lleva entre las piernas, saca los estuches con las películas, los coloca entre él y la puerta, y desplaza la cartera hasta dejarla a los pies de ella.

No tarda mucho, las tiene próximas, en pasar revista a las personas a las que ha perjudicado en el transcurso de aquellos días.

Está a punto de explicarle que lo de Lucio fue un golpe infortunado, así se lo describió el teniente Cármenes cuando le pidió explicaciones: ya sabes que sólo queríamos meterle el miedo en el cuerpo para que nos soltara lo que sabía, pero el tío, quién lo iba a decir, tenía dos buenas pelotas y se revolvió contra nosotros; fue una mala hostia.

En lugar de eso, responde:

—Las bajas me importan un carajo.

Basilia se demora unos segundos en poner y comprobar los cerrojos de la puerta de su piso, enciende las luces, no está segura de si la han seguido o no, no está segura de nada, pero no se sobresalta cuando nota la presencia en el salón.

Sin dejar de presionarse el lóbulo de la oreja con el pequeño pañuelo empapado de sangre se deja caer en el sofá junto a él.

—Papá...

—Espera.

Piancastelli le quita el pañuelo, lo arroja al suelo, examina la herida, y lo sustituye por uno suyo inmaculado que extrae del bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Te duele?

—Sólo me escuece.

Lo abraza, y sin apartarse un milímetro de él, le cuenta con detalle cada incidencia del día, lo de Éctor, lo de las películas. Le repite que no ha logrado recuperarlas, temerosa ante la reacción, consciente de su trascendencia; pero él no demuestra concederles importancia. Todavía sigue así un buen rato después, cuando ya no tiene nada más que contarle.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —se separa un poco, atenta al semblante del hombre.

—Nada.

Atrayéndola de nuevo, Piancastelli concluye:

—Ya hemos hecho cuanto podíamos hacer. Más incluso. Nos vamos de aquí.

18

Andrade

«Esta cloaca está amasada con azul de cielo; hay en estas letrinas algo de Dios».

Algernon C. Swinburne

El Complejo Químico Militar Alfonso XIII.

A pesar de la noche, del frío cortante en las afueras de Madrid y de las rachas de lluvia, persiste cierta actividad en el interior de las murallas de la fábrica cuartel. Además del retén de guardia, se ven algunos individuos con batas blancas sobre los uniformes que pasan de una nave a otra, ordenanzas que corren cubriendo paquetes con paraguas, soldados abasteciendo un camión militar en un muelle de carga. Se dice que la guerra se acaba, pero no hay que descuidar la provisión de gas mostaza; aunque ha sido una confrontación entre soldados europeos bien equipados frente a pastores indígenas en una proporción de cien de los primeros contra uno de los otros, con los moros nunca se sabe.

Un capitán con el fajín azul de la Mejala, así llamaban en Marruecos a las tropas de Regulares, espera a unos metros, observándoles gravemente, mientras el sargento estaciona el automóvil, sale y se aproxima a él para darle el reporte en voz baja después de cuadrarse. Murmura algunas instrucciones y se marcha.

Los pasajeros también han salido del vehículo. Éctor no deja de mirar, esquinado, a Séptima, que parece haber perdido todo contacto con aquella

realidad; a pesar de que está a sueldo de un ejército que lo desprecia tanto como lo odia él, en medio de esta fábrica de la peor clase de muerte, y aunque parte de ese sueldo lo ha recibido por venderla, sólo en ella se reconoce. Quiere hacer algo, decirle algo.

El sargento regresa y les dice a Yebel y a Abdelkader:

—A la comandancia.

Los soldados se colocan uno a cada lado de Éctor e inician el camino hacia un edificio aislado de una sola planta.

Unos pocos metros después, Éctor percibe que algo ha cambiado a su espalda, el sonido de pasos, se detiene; hace unos segundos que el sargento y Rabah, custodiando a Séptima, se han desviado en dirección a unas naves algo más lejanas.

Se aleja.

Mira su espalda erguida, el andar indiferente.

Esperando que se dé la vuelta y temiendo que lo haga. Nunca la ha visto llorar. No quiere pensar a qué sacrificadoro la llevan.

Uno de los Regulares le toca en el brazo para que continúe su camino, pero él sigue allí parado.

Piensa en que se ha convertido en el instrumento para que Séptima cumpla por su crimen, un crimen absurdo cometido cuando era una niña, durante la locura de un juego endemoniado, y por el que nunca debió pagar de esa manera.

Aquella gente pretendió anular a Dios, y Dios se vengó de ellos, permitiéndoselo.

Los soldados lo escoltan hasta el interior de la comandancia, donde les espera otro Regular de uniforme que los conduce a través de pasillos y dependencias vacías y a oscuras hasta el otro extremo de la construcción.

Se abre una puerta sin que lleguen a llamar y surge el mismo capitán que habló con Delgado; les hace pasar a un despacho enorme y austero, los cuatro Regulares se quedan en la entrada y Éctor se adelanta hacia el escritorio.

El general Jaime de Andrade, que firma sus artículos en la *Revista de las Tropas Coloniales*, hay varios ejemplares sobre la mesa, con el pseudónimo de Francisco Franco, escribe despacio con su estilográfica sin levantar la mirada ante el recién llegado, no sabemos si la jicara de chocolate caliente que tiene al alcance de la mano es su cena o su desayuno. Es un hombre de baja estatura, con fino bigote y el rostro engañosamente blando, que se le tuerce en un gesto astringente mientras busca una palabra que se le resiste. Detrás de él no está la foto del rey ni la del presidente Primo de Rivera, sino un enorme crucifijo, para dejar bien claro cuál es la única instancia ante la que se siente obligado a rendir cuentas.

Éctor busca en el interior de su macuto, saca las dos latas con las películas y las deja en un rincón del escritorio.

Todavía pasan unos segundos antes de que el general hable con su ridícula voz, aún sin mirarle.

—¿Y bien?

—Ahí las tiene.

El militar sigue escribiendo, al fin puede completar una frase de corrido.

—Ellos se quedaron con la primera película —le recuerda Éctor, no porque le importe sino por no dejar cabos sueltos.

Al fin, Andrade deja la estilográfica sobre los folios; para situarse, mira con asco los rollos, y a Éctor con más asco aún.

—La primera era sólo un señuelo. No importa. En realidad sólo importan unos cuantos fotogramas de una de esas dos. La persona que aparece, mirando, en ellas —con desdén.

—Entonces, todo resuelto.

—... —impasible.

El general no le dedica más que algo de desprecio, el sicario no merece más para él; desde luego ninguna clase de explicación; enseguida parece sumido en sus quebraderos mentales, que pueden estar relacionados con la publicación del artículo dentro de unos días, o con dominar el país entero un poco más adelante.

Se sorprende que Éctor se atreva a interrumpirle.

—¿Para qué han traído a Séptima?

—Todo ha cambiado desde que descubrimos que el rey mantiene vivo al vizconde de Yereña —se lo explica más a sí mismo que a Éctor—. Tiene mucho que contarnos. La necesitaremos para darle motivos a colaborar con nosotros; no es un hombre fácil, habrá que obligarle.

Todo resuelto. No hay argumentos que esgrimir contra aquella razón, nada que hacer, excepto intentar apartarla de sus pensamientos.

No lo logra, así que intenta cerrar el asunto para, por lo menos, salir de allí.

—¿Podré volver a mis clases? ¿Me borrarán de las listas negras?

—Roma no pagaba —sin mirarle—; España, desgraciadamente, de momento, sí. —Extrae del cajón un sobre repleto, presumiblemente de dinero, y lo arroja en su dirección—. Váyase.

—¿Qué pasará con Séptima cuando hayan interrogado al vizconde? Ella no...

—Váyase.

Por un momento el asco les une.

Los Regulares se remueven junto a la puerta.

Con lentitud, el general, mientras desconecta de aquel ser semitransparente, desenrosca la estilográfica y vuelve a su artículo, ya lo está olvidando, ya no está.

Éctor recoge el dinero, el macuto, se da la vuelta. Sale del despacho. Le duele la cabeza como si de pronto una materia infecta y compacta hubiera crecido en su interior, arrinconando y dañando todo lo que hasta ahora tenía allí.

Abdelkader y Yebel lo siguen a unos pasos de distancia, probablemente sólo para asegurarse de que sale de las instalaciones, aunque no está seguro del todo. Sigue teniendo la pistola, en ningún momento lo han registrado. Demasiado tarde piensa que podría haberla usado contra aquel individuo; y termina llegando a la conclusión de que si no se la han quitado es porque saben que no tendría el valor de hacerlo.

Fuera ni siquiera ha amanecido, la actividad de la fábrica cuartel se ha incrementado; cruza a través de soldados y operarios que ni siquiera lo ven.

Cuando llega al portón de entrada, los centinelas abren y lo dejan salir sin

preguntarle nada, por supuesto nadie se ofrece a llevarle a la ciudad, y los Regulares que lo seguían se quedan allí, Éctor cree que burlándose de él, pero no se vuelve a comprobarlo.

Un sendero embarrado que se adentra en la oscuridad de la sierra madrileña sale del acuartelamiento; siguiéndolo, tarde o temprano, llegará a la carretera secundaria que lo llevó hasta allí.

A los pocos minutos ya no se ve nada. No deja de llover.

Jacinto Ortega y Jacinto Ortega

No deja de llover.

No deja de llover.

No deja de llover.

Éctor camina por el borde de la carretera sin prisa, las manos en el fondo de los bolsillos del gabán, el sombrero sobre los ojos, el macuto a la espalda. Le trae sin cuidado el tiempo que tarde en llegar a Madrid o a cualquier otro sitio.

Cuando escucha el ruido, piensa que son los militares que han salido a por él para rematarlo. Se detiene y busca la pistola en el cinturón, pero no intenta esconderse. Las luces lo bañan al momento y lo atraviesan, pero el vehículo está frenando.

Se aproxima sin apresurarse a la puerta abierta que lo espera.

—¿Va hacia Madrid? —le pregunta el conductor, invisible en las sombras del interior.

—Sí.

—Suba.

Un hombre triste de unos cincuenta, calvo y con barba gris, fuerte, curtido, grave. Arranca lentamente.

—Me llamo Jacinto Ortega.

—Éctor Mena.

El tipo conduce un poco echado sobre el volante, sin la pericia natural que da la experiencia que se le presupone por su edad, concentrado en la

carretera sin iluminar difuminada por las ráfagas de lluvia; aún quedan unos cuantos kilómetros hasta la ciudad, Éctor se recuesta en el asiento, imaginando las ráfagas como benditas corrientes de interferencia que le impiden sintonizar con sus pensamientos.

—¿Viene usted del frente? —mirando hacia el macuto del ejército que Éctor lleva entre las piernas.

—Indirectamente.

—Le esperará su familia. —Sí.

—¿Tiene usted hijos?

—No, no.

Jacinto se arrepiente de haber hecho las preguntas en el momento de formularlas; lo normal es que el otro le hubiera correspondido interrogándole por su propia familia y no deseaba hablar de Jacintito, no quería que se trasluciera en su voz la angustia imposible de dissociar de cualquier pensamiento relacionado con su hijo; lo cierto es que hasta temía, absurdo, que los demás adivinaran las aberraciones en las que se había hundido para salvarlo. Lleva semanas sin apenas hablar con nadie.

Tampoco Éctor quiere prolongar aquella conversación que puede llevarle a Nuncy que no ha respondido a ninguno de sus telegramas, no quiere ni puede pensar que le haya ocurrido algo, ahora que le queda tan poco para volver a verla.

—¿A qué parte va?

—A la estación de Atocha. Pero déjeme donde le venga bien.

—Le acerco.

—De verdad, no se moleste.

—No tengo prisa.

No, Jacinto no tiene prisa, viene con las manos vacías, a esa hora no va a encontrar lo que necesita, y cada vez está menos seguro de que encontrarlo sirva para algo.

Éctor tiene la fuerte impresión de que el sujeto está verdaderamente triste, y de que es una buena persona, lo que le hace desear aún más llegar a la estación y bajar de aquel vehículo lo antes posible.

Aparte del trecho iluminado por los faros del automóvil, no ve nada

delante, ni a los lados, ni, por suerte, a su espalda.

20

Éctor

*«Me descubrirán al amanecer ante tu puerta,
ciego de saturno, desangrándome. Con las uñas
preparadas para arañar el interior del ataúd,
haciéndome el muerto, para siempre».*

Ruinas sin nombre

Sólo la espesura de la niebla amarillenta, algo más corrompida, oliendo peor, ocultando nuevos espantos, le espera en Sevilla.

Mientras se acerca a la camisería, ya de noche, con el gabán manchado por los surcos de sangre, la camisa sucia con el cuello abierto, el sombrero deformado y el macuto del ejército, Éctor reconoce que, como le dijo aquel hombre que lo recogió en su automóvil cuando caminaba bajo la lluvia, tiene todo el aspecto de un soldado veterano recién licenciado. Es así como se siente.

En las largas horas de tren, ha firmado una tregua consigo mismo; un alto el fuego frágil, eso sí, que puede romperse en cualquier momento por el lado de dentro, pero que quizás baste para convencerse durante un tiempo de que todo esto era necesario y que recomienza su vida justo donde la abandonó.

Enfila Harinas despacio y, desde mediados de la calle, con un alivio que le vacía los pulmones de un aire contenido hace días, puede ver que la camisería de Nuncy está iluminada. Pasa ante la puerta de la casa y se acerca al escaparate.

Con la última luz del día sobre el blocao, enterrábamos, frente a la trinchera, las horas finales de la guardia mientras esperábamos al relevo. Un soldado había traído dos cantimploras llenas de vino, yo era el único oficial a la vista pero ni se me había ocurrido preguntarle de dónde procedían, y estábamos mediando ya la segunda cuando uno de Mérida se levantó con su fusil, se acercó a la alambrada, y apuntando con mucho cuidado, empezó a disparar contra el cuerpo de uno de los moros caídos en la última acometida. Todos le rieron la ocurrencia. Era un buen tirador, no erraba un disparo, apuntaba a los ojos, o a los pies —alguno dijo que estaba consiguiendo que bailara— o a las manos. Terminamos la cantimplora en una última ronda. Cuando consideró que el soldado estaba lo bastante agujereado, cambió de objetivo, y se dedicó a jugar con otro cadáver algo más lejano. Esta vez concentró el fuego sobre el cuello del hombre, un par de compañeros hablaron de apostar sobre si lograría decapitarlo, pero no llegaron a concretar nada. El fusil debía de haberse recalentado, porque llegó un momento en que, en vez de recargarlo, lo cambió por otro de los que estaban apoyados en los sacos, herencia de los compañeros abatidos. Cada vez que acertaba, los hombres coreaban un grito de alegría.

Yo lo miraba todo desde muy lejos, como desde un telescopio interestelar, apenas escuchaba las detonaciones.

Me levanté despacio, esperé a que corriera el cerrojo y, cuando apuntaba de nuevo, le golpeé en la nuca con el puño cerrado; quedó inconsciente a mis pies. El tiempo que tardé en detener aquella salvajada, todo ese tiempo, me dio una medida justa de aquello en lo que me había convertido.

Su primo Luis está más delgado que nunca, pero mantiene ese porte distinguido de toda la vida, y parece contento, sentado sobre el mostrador, balanceando los pies, contándole algo a Nuncy que, de pie a su lado, asienta unos datos en el libro de contabilidad, seria pero divertida con lo que escucha.

Éctor toma el macuto que había dejado en el suelo y pasa de largo.

La guerra se acaba, pronto habrá drásticos cambios políticos, jamás se

atrevieron a soñar con una amnistía.

Dobla por la siguiente, se interna en una calle bastante más estrecha en busca de la niebla amarilla. Al pasar frente a las vitrinas de una pastelería, un cartel suspendido con letras de colores le desea «feliz navidad».

Jacinto Ortega y Jacinto Ortega

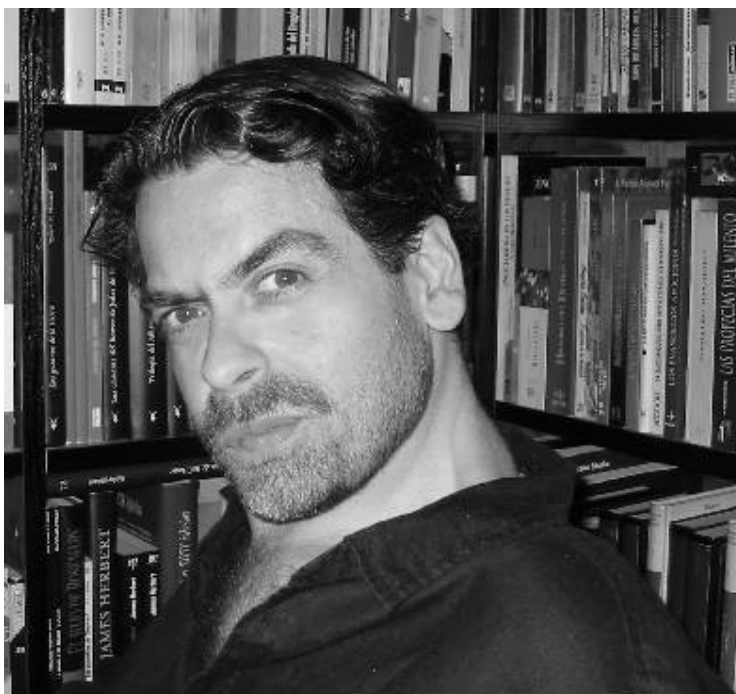
Ese invierno había sido el más largo de toda su vida.

Sentado en su mecedora en medio del salón, Jacinto se entretiene en no hacer nada, en no esperar a nadie, en el profundo silencio que llena la casa.

Pasa las horas allí, ha vendido el coche y ha despedido a la criada, ya no los necesita. Se nota algo más torpe, como embotado, pero no le importa. Piensa en el mar, en todo el tiempo que pasaba como ahora, inmóvil en su camarote vacío. Aquello también acabó para siempre.

Escucha un chirrido en el dormitorio y al momento aparece su hijo empujando el camión de hojalata; tiene buen aspecto, saludable, mejor que nunca. El médico le dio el alta definitiva la semana pasada.

Lo mira pasar frente a él, le devuelve la sonrisa, está a punto de recordar algo que le ronda hace mucho, pero el niño, que se ha perdido de vista, lo llama desde la cocina.



JUAN RAMÓN BIEDMA nace en Sevilla, estudia Derecho, y durante años simultanea su actividad en la gestión de emergencias con la de locutor de radio, guionista, crítico musical y cinematográfico; actualmente colabora en diversas publicaciones y páginas webs.

Su primera novela *El manuscrito de Dios* fue designada Mención Especial del Jurado en el II Premio de Novela fallado en la Semana Negra de Gijón del 2004 y finalista del Premio Memorial Silverio Cañada; la obra ha sido reeditada continuamente desde su publicación. Con su segunda obra, *El espejo del monstruo*, inicia una serie de novelas por entregas protagonizadas por el abogado Set Santiago, que interrumpe para presentar *El imán y la brújula*, una intriga histórico-criminal ambientada en la España de 1926. Desde abril del 2008 está en las librerías su nueva novela, *El efecto Transilvania*, que se complementará el año próximo con *El humo en la botella*, novela independiente de la anterior pero que complementa un experimento narrativo sobre el mundo de las alteraciones mentales.